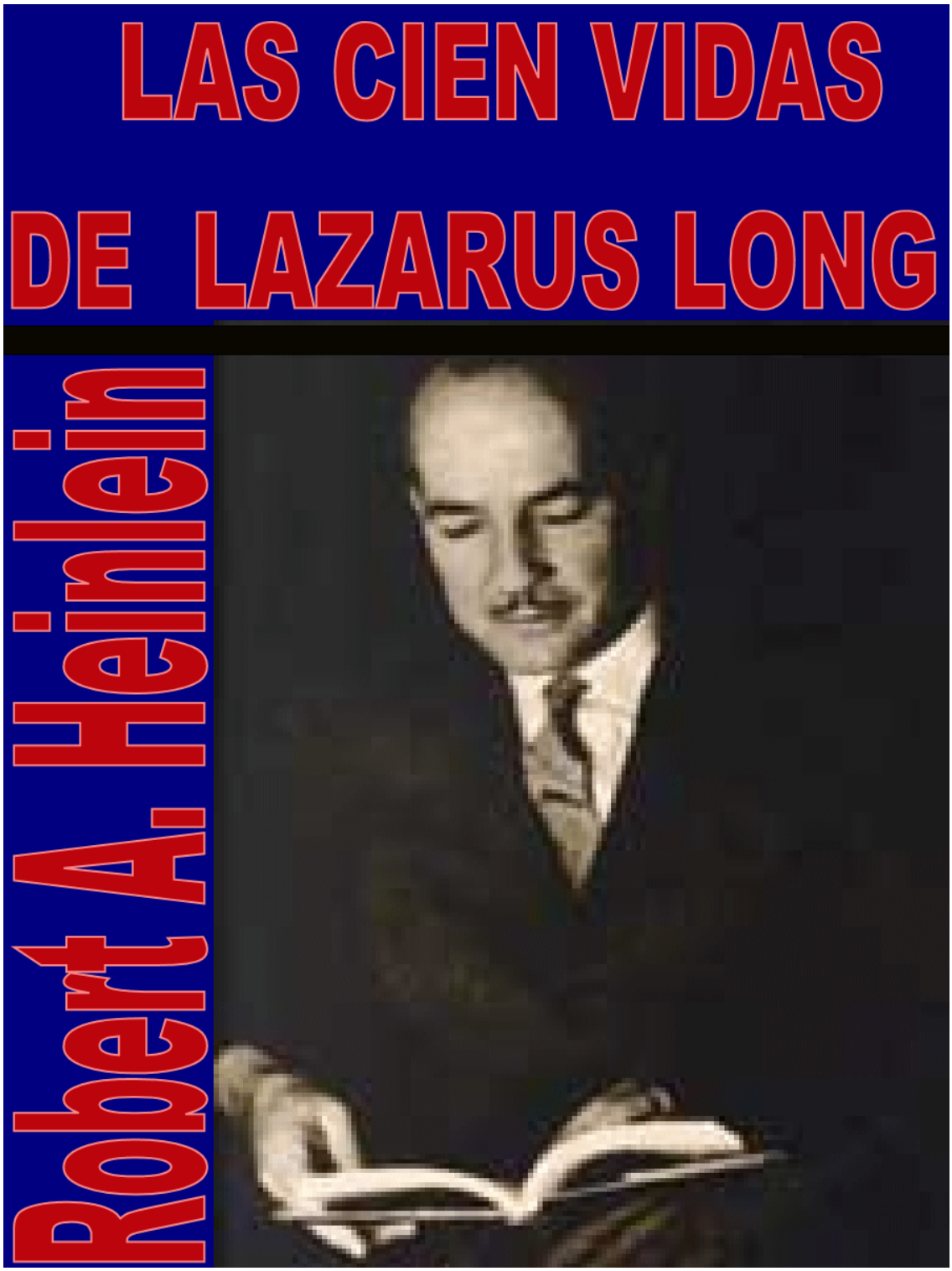
LAS CIEN VIDAS DE LAZARUS LONG
Robert A. Heinlein



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A Edward E. Smith, Ph. D. Primera parte

Librodot

1

-¡Serás una tonta si no te casas con él, Mary Sperling!

La aludida calculó sus pérdidas y extendió un cheque antes de contestar:

-Es demasiada diferencia de edad.

Le tendió a su amiga el cheque y añadió:

-No debería jugar contigo; creo que tienes facultades telepáticas.

-¡Tonterías! No quieras cambiar de conversación. Tú debes rondar cerca de los treinta... y piensa que no serás hermosa toda la vida.

Mary sonrió con ironía. -¡Como si no lo supiera!

-No creo que Bork Vanning pase mucho de los cuarenta, y es ciudadano distinguido. Opino que la ocasión la pintan calva. -Pues aprovéchala tú. Ahora debo irme. Salud, Ven.

-Salud -se despidió Ven, frunciendo el ceño mientras la puerta se cerraba a espaldas de Mary Sperling. Ardía en ganas de averiguar por qué Mary no quería casarse con un flete de primera como el Honorable Bork Vanning; también le habría gustado saber por qué se iba Mary y adónde iba. Pero el acostumbrado respeto a la vida privada la contuvo.

Mary no tenía la menor intención de hacer saber a nadie adónde iba. Tan pronto como salió del apartamento de su amiga, un ascensor rápido la llevó a los sótanos, donde un sistema robot le tenía preparado el coche. Lo condujo hasta la rampa de salida y luego puso los mandos rumbo a la costa Norte. El vehículo permaneció inmóvil hasta detectar un claro en la circulación; luego salió a la pista de alta velocidad y se dirigió al norte. Mary reclinó el respaldo hacia atrás, disponiéndose a dar una cabezada.

Cuando transcurrió el tiempo prefijado, el cuadro de instrumentos emitió un zumbido en demanda de instrucciones. Mary despertó y echó una ojeada afuera. El lago Michigan aparecía como una gran mancha oscura a su derecha. Pidió al control de tráfico acceso a la carretera local. El control se hizo cargo de la maniobra y luego devolvió la iniciativa a la conductora, Ella rebuscó algo en la guantera.

La matrícula del coche, que el control fotografiaba automáticamente al salir de la autopista controlada, no era la misma que solía ostentar el vehículo de Mary.

Condujo varias millas por una carretera no controlada, y luego enfiló un camino de tierra que llevaba hasta la orilla del lago, donde se detuvo. Allí aguardó, con las luces apagadas, escuchando con atención. Al sur resplandecían las luces de Chicago. A pocos centenares de yardas rugía el tráfico de la autopista automática, pero en aquel escondite sólo se escuchaban los temerosos rumores de los habitantes de la noche. Metió la mano en la guantera y accionó un conmutador. En el cuadro de instrumentos se encendieron otros indicadores, que hasta entonces habían permanecido ocultos. Los estudió y practicó varios ajustes, Una vez estuvo segura de que no había por allí ningún radar de vigilancia y de que nada se movía a su alrededor, desconectó los instrumentos y cerró herméticamente la ventanilla. Seguidamente puso de nuevo en marcha el motor.

Lo que había parecido hasta entonces un Camden coupé normal, se elevó por los aires hasta quedar flotando sobre el lago. Luego se hundió en las aguas y desapareció.

Mary aguardó hasta encontrarse a cincuenta pies de profundidad y a un cuarto de milla lejos de la ribera. Entonces hizo una llamada.

-Hable -dijo una voz. -La vida es corta...

-Pero los años son largos.

-No, mientras tarden en llegar los malos tiempos -replicó Marv. -Es lo que me pregunto, a veces -respondió la voz de la radio, ya en tono de conversación normal-, Todo en orden, Mary. Hemos controlado tu llegada.

-¿Eres Tommy?

-No, Cecil Hedrick. ¿Tienes suelto el piloto? -Sí. Haceos cargo.

Diecisiete minutos más tarde, el vehículo salió de nuevo a la superficie. Era un estanque, el cual ocupaba la mayor parte de una gran cueva artificial. Después de acercarse a la orilla, Mary se apeó, saludó a los guardias y se dirigió por un túnel hacia una gran sala subterránea, donde se sentaban unas cincuenta o sesenta personas, hombres y mujeres. Charlaron hasta que un reloj anunció la medianoche. Entonces subió a una tribuna y se encaró con la gente.

-Tengo ciento ochenta y tres años de edad -declaró-. ¿Hay alguien aquí con más edad?

Nadie habló. Después de una pausa prudencial, Mary continuó: -Entonces, de acuerdo con nuestras costumbres, declaro abierta esta reunión, ¿Queréis elegir un moderador?

Alguien dijo: -Adelante, Mary. En vista de que nadie decía nada más, ella prosiguió: -Muy bien.

Parecía no importarle el honor, y el grupo compartía aquella actitud serena, relajada. No se daban prisa por nada, indiferentes a la tensión de la vida moderna.

-Nos hemos reunido, como de costumbre, para discutir de lo relativo a nuestro bienestar y al de nuestros hermanos y hermanas. ¿Trae algún miembro representante un mensaje de su Familia? ¿O desea alguien hablar en su propio nombre?

Uno de los asistentes se puso en pie y dijo:

-Soy Ira Weatheral y hablo en nombre de la Familia Johnson. Nuestra asamblea tuvo lugar hace dos meses. Cedo la palabra a los síndicos.

Ella asintió con un gesto y se volvió hacia un hombrecillo que estaba sentado en primera fila.

-Justin, si tienes la bondad...

El hombrecillo se puso en pie e hizo una rígida inclinación. Sus piernas huesudas asomaban por debajo del mal cortado «kilt». Tenía el aspecto y los ademanes de un viejo funcionario encanecido en el servicio, pero su cabello negro y el tinte lozano y saludable de su tez desmentían aquella impresión, demostrando que se trataba de un hombre en la mejor pujanza de la juventud.

-Soy Justin Foote y voy a informar en nombre de los síndicos. Hace once años que las Familias decidieron hacer un experimento y comunicar a la opinión pública la existencia de un número determinado de personas dotadas de una esperanza de vida muy superior al promedio normal, algunas de las cuales habían confirmado por aquel entonces la realidad científica de dicha esperanza de vida, por haber alcanzado una edad muy superior al doble de la longevidad humana conocida,

Aunque hablaba sin leer ningún papel, su informe sonaba como un texto cuidadosamente preparado. Cuanto estaba diciendo era sabido por todos, pero nadie se impacientó. Aquel auditorio carecía de la intranquilidad febril tan común en otros lugares.

-Varias consideraciones movieron a las Familias a tomar esa decisión y abandonar la tradicional política de silencio y secreto en cuanto al peculiar aspecto en que nosotros diferimos de los demás humanos. Recordemos la justificación que se adujo al adoptar la anterior política de secreto: «Los primeros vástagos procreados por

las uniones que patrocinaba la Fundación Howard nacieron en 1875. No suscitaron ningún comentario, pues nada los diferenciaba de los demás. La Fundación se constituyó como corporación benéfica de derecho público, sin finalidades lucrativas...»

El 17 de marzo de 1874, el estudiante de medicina Ira Johnson estaba sentado en la oficina de los abogados Deems, Wingate, Alden y Deems, escuchando una propuesta bastante insólita. Por eso interrumpió al más anciano de los letrados:

-¡Un momento! ¿Debo entender que pretende usted alquilarme para que me case con una de esas mujeres?

El abogado pareció escandalizado.

-¡Por favor, señor Johnson! No me interprete usted mal.

-Pues no veo de qué otra manera podría interpretar lo que ha dicho.

-No, señor. Un contrato así sería nulo a todos los efectos legales. Simplemente, nosotros le informamos a usted, como administradores que somos de una Fundación, que caso de tomar usted la decisión de casarse con una de las señoritas de esta lista, nos veríamos en la agradable obligación de dotar a cada uno de los hijos habidos en tal unión con las cantidades previstas en el baremo que usted ve aquí, Lo cual no supone la firma de ningún contrato con nosotros, ni la existencia de «proposición» alguna en tal sentido por nuestra parte. Por supuesto, no es nuestra intención el tratar de coaccionarle en ningún sentido. Nos limitamos a poner en su conocimiento ciertos hechos.

Ira Johnson frunció el ceño y se agitó, nervioso. -Entonces, ¿a qué viene todo esto? ¿Por qué?

-Son los fines de la Fundación. Podríamos añadir que estamos de acuerdo con los abuelos de usted.

-¿Han hablado de mí con ellos? -preguntó, contrariado.

No le inspiraban afecto sus abuelos. Eran cuatro individuos de lo más tacaño. Si uno de ellos, al menos, le hiciera el favor de morirse a una edad razonable, no tendría que preocuparse por el dinero que necesitaba para terminar la carrera.

-Hemos hablado con ellos, sí, pero no de usted.

El abogado dio por terminada la discusión, y el joven Johnson recibió de mala gana una lista de jóvenes, todas desconocidas. Se propuso romperla tan pronto como saliera de aquella oficina.

Pero, en vez de hacer esa, aquella noche escribió siete borradores antes de hallar las palabras adecuadas para enfriar las relaciones con su novia, allá en el pueblo. Se alegró de no haberse comprometido con ella en serio todavía; en tal caso, todo habría sido mucho más difícil.

Más adelante, cuando se casó (con una de las mujeres de la lista), le pareció una coincidencia curiosa, aunque no demasiado importante, que su mujer tuviese también cuatro abuelos con vida, gozando de buena salud y notablemente activos.

-Corporación benéfica de derecho público, sin finalidades lucrativas -seguía diciendo Foo te-, con el propósito de promover los enlaces entre parejas sanas de genuina procedencia norteamericana, lo cual estaba en consonancia con las costumbres de aquel siglo. Por el sencillo expediente de mantener la boca cerrada en cuanto a los verdaderos fines de la Fundación, fue innecesario adoptar métodos de seguridad especiales, hasta que sobrevino la época de las Guerras Mundiales, también llamada vulgarmente de .los años de locura»...

Titulares seleccionados de abril a junio de 1969: EL NIÑO BILL ROMPE LA BANCA

Un niño de dos años, ganador del premio de un millón de dólares de la televisión. La Casa Blanca le telefonea felicitándole.

EL TRIBUNAL SUPREMO ORDENA VENDER LA CÁMARA LEGISLATIVA DEL ESTADO

El tribunal supremo de Colorado reconoce prioridad en su sentencia a las

obligaciones de la Seguridad Social; el Estado debe prestar todos sus bienes en garantía.

MITIN POLÍTICO DE LA JUVENTUD DE NUEVA YORK EN REIVINDICACIÓN DE SUS DERECHOS

EL COEFICIENTE DE NATALIDAD DE ESTADOS UNIDOS, «MÁXIMO SECRETO» POR ORDEN DE LA AUTORIDAD MILITAR

LA POLICÍA DEL CONGRESO DE CAROLINA CORONA A UNA REINA DE LA BELLEZA

«Lista para ponerme a la disposición del Presidente, anuncia la bella al iniciar la gira de exhibición de sus méritos.

IOWA FIJA EN LOS CUARENTA Y UN AÑOS LA MAYORÍA DE EDAD PARA VOTAR Disturbios en el campus de la universidad de Des Moines.

LA MANÍA DE COMER TIERRA SE EXTIENDE HACIA EL OESTE: EN CHICAGO, UN PÁRROCO SE TOMA UN BOCADILLO DE ARCILLA EN PLENO PÚLPITO

«Hay que volver a las cosas sencillas», anuncia a sus feligreses.

LOS ESTUDIANTES REVOLUCIONARIOS DESAFÍAN AL CLAUSTRO

«Mds subvenciones, menos horas de clase. No a los deberes en casa. Exigimos nuestro derecho a nombrar catedráticos y entrenadores por votación.»

EL INDICE DE SUICIDIOS AUMENTÓ POR NOVENO AÑO SUCESIVO

La comisión de energía atómica negó toda relación con las precipitaciones radiactivas.

«"Los años de locura". En aquel tiempo los síndicos decidieron, y vemos ahora que acertadamente, que en tal época de desorientación semántica y de histeria colectiva, cualquier minoría estaba expuesta a ser probable blanco de persecuciones, legislación discriminatoria e incluso algaradas violentas. Por otra parte, la inquietante situación financiera del país, y en particular el canje obligatorio de los valores de renta fija por bonos del Gobierno, amenazaban la solvencia de la Fundación,

»Se adoptaron dos políticas: en primer lugar, los activos de la Fundación fueron invertidos en bienes inmobiliarios, y éstos fueron ampliamente repartidos entre los miembros de las Familias en calidad de fideicomisarios. En segundo lugar, se adoptó con carácter permanente la política de la "Mascarada", como llegó a llamarse. Se arbitraron medios para simular el fallecimiento de algunos miembros de las Familias que habían alcanzado una longevidad socialmente comprometedora, proveyéndoles de nuevos documentos de identidad y trasladándolos a otras regiones del país.

»La sabiduría de esta última política, que algunos consideraron molesta al principio, se hizo patente durante el Interregno de los Profetas. Al comenzar el reinado del Primer Profeta, el noventa y siete por ciento de los miembros de las Familias tenían edades declaradas de menos de cincuenta años. El registro público obligatorio impuesto por la policía secreta de los Profetas dificultó mucho los cambios de identidad, aunque se lograron algunos con la ayuda de la Cábala revolucionaria.

»De esta forma, medio por suerte y medio por previsión, se evitó el descubrimiento de nuestro secreto. Menos mal, pues podemos estar seguros de que las cosas se habrían puesto muy difíciles para cualquier grupo que poseyera bienes no confiscables a favor del Profeta.

»Las Familias como tales no intervinieron en los sucesos que condujeron a la Segunda Revolución Americana, pero muchos de sus miembros participaron con méritos señalados en la Cábala y en los combates que precedieron a la caída de Nueva Jerusalén. Pudimos aprovechar la subsiguiente época de desorganización para reajustar

las edades de aquellos de entre los nuestros que habían llegado a ser llamativamente viejos. En esto nos ayudaron algunos miembros de las Familias introducidas, en cuanto afiliados a la Cábala, en puestos influyentes de la Reconstrucción.

»En la asamblea del año 2075, el año del Tratado, muchos en las Familias opinaron que ahora debíamos darnos a conocer, puesto que se acababan de restablecer con firmeza los derechos civiles. En aquel entonces, la mayoría no se adhirió a esta opinión... quizá como consecuencia de los largos hábitos de secreto y precaución. Pero el renacimiento de la cultura durante los cincuenta años siguientes, el aumento de la tolerancia y las buenas formas, la orientación semánticamente sana de la educación, el aumento del respeto por la vida privada y la dignidad del individuo... todo eso nos condujo a crer que había llegado por fin la hora en que podríamos mostrarnos sin peligro tal y como somos, y ocupar el lugar que nos corresponde como minoría social, tal vez algo insólita, pero no por eso menos respetable.

»Numerosas razones nos compelían a intentarlo. Entre los nuestros eran cada vez más los que juzgaban intolerable la "Mascarada" en una sociedad nueva y mejor. No sólo era molesto el tener que cortar raíces y buscar nueva residencia cada cierto número de años, sino que también parecía odioso tener que vivir una mentira, en una sociedad donde la mayoría de las personas adoptaban una actitud de honestidad y juego limpio. Además, las Familias como grupo habían aprendido mucho mediante el estudio de las ciencias biológicas; cosas que podían ser un gran beneficio para nuestros pobres semejantes de vida corta. Pero necesitábamos libertad para poder ayudarles.

»Estos y otros argumentos se trajeron a colación. Pero fue la reintroducción de los sistemas de identificación física positiva lo que hizo realmente insostenible la "Mascarada". Bajo la nueva orientación, todo ciudadano pacífico y normal está de acuerdo con la identificación personal, por muy celoso de su derecho privado que sea en otras ocasiones. En consecuencia, no nos atrevimos a oponernos; ello habría suscitado curiosidad y nos habría designado como un grupo de excéntricos, destruyendo así todo lo conseguido durante el período de "Mascarada".

»Así que nos sometimos a la identificación personal. Para la época de la asamblea del año 2125, es decir hace once años, iba siendo cada vez más difícil el falsificar nuevas identidades para el número cada vez mayor de los nuestros que alcanzaban edades en absoluto desacuerdo con su aspecto físico. Por ello se decidió el experimento de permitir que algunos voluntarios de ese grupo, hasta totalizar un diez por ciento de todos los miembros de las Familias, se diesen a conocer y observasen los resultados, mientras que el resto mantendría los secretos de la organización de las Familias.

»Lamentablemente, los resultados fueron muy diferentes de cuanto esperábamos.»

Justin Foote se interrumpió. El silencio se espesó durante algunos segundos, hasta que pidió la palabra un tipo recio de mediana estatura. Tenía el cabello algo canoso, cosa rara en aquel grupo, y su piel atezada revelaba al explorador del espacio. Mary Sperling ya había reparado en él y se preguntaba quién sería: sus marcadas facciones y su risa cordial le habían interesado. Pero cualquier

miembro de las Familias podía asistir a las reuniones del consejo, por lo que había juzgado inútil seguir preguntándoselo.

-Vamos, muchacho. Continúa tu informe -dijo. Foote continuó dirigiéndose a la presidencia.

-Le corresponde hacerlo a nuestro psicometrista más antiguo. Mis observaciones han sido a título de prefacio.

-¡Por el amor de...! -empezó el desconocido canoso-. Muchacho, ¿vas a seguir ahí de pie, pues admites que no tienes otra cosa que decir sino lo que todos sabemos?

-He venido a exponer el telón de fondo... Y además me llamo Justin Foote, y no «muchacho».

Mary Sperling intervino con energía:

-Puesto que estás dirigiéndote a las Familias, hermano, haz el favor de presentarte. Lamento decir que no te conozco. -Disculpa, hermana. Soy Lazarus Long,

Librodot

y hablo en nombre propio.

Mary meneó la cabeza. -Pues ahora no caigo...

-Perdón otra vez... Es un seudónimo de «Mascarada» que adopté en tiempos del Primer Profeta... me hizo gracia. En las Familias mi nombre es Smith, es decir, Woodrow Wilson Smith.

- ¡Woodrow Wilson! Pues, ¿qué edad tienes?

-¿Cómo? ¡Ah, sí! Hace tiempo que no lo pienso... Cien, no, doscientos y..., trece años. Sí, eso es: doscientos trece.

Hubo un silencio súbito y profundo., Luego Mary dijo con serenidad: -¿No me oíste preguntar por el de más edad?

-Claro que sí, hermana, pero, ¡qué caramba!, lo estás haciendo muy bien. Hace más de un siglo que no asisto a ninguna asamblea de las Familias. Hay muchos cambios.

-Ocupa mi lugar para que continúe la sesión -hizo ademán de abandonar el estrado.

-¡No, no! -protestó él, pero ella no hizo caso y fue a buscar un asiento. Él miró a su alrededor, se encogió de hombros y cedió. Después de sentarse al borde del pupitre, anunció:

-Muy bien, pues vamos a seguir. ¿A quién le toca?

Ralph Schultz, de la Familia Schultz, parecía un banquero, y no un psicometrista. Nada tímido ni distraído, hablaba en tono claro, directo y desprovisto de énfasis, que le confería autoridad sobre sus oyentes.

-Yo fui del grupo que propuso el fin de la «Mascarada». Estaba equivocado. Creí que la mayoría de nuestros conciudadanos, educados bajo los modernos métodos pedagógicos, serian capaces de evaluar un dato cualquiera sin mostrar reacciones emocionales excesivas. Supuse que algunos individuos anormales nos tomarían antipatía, e incluso llegarían a odiarnos; predije que muchos nos envidiarían, pues toda persona que goza de la vida desea vivir mu-chos años. Pero no previ que los problemas pudieran ser serios. Las actitudes modernas han descartado todas las fricciones interraciales, y quienes ocultan todavía prejuicios raciales se avergüenzan de exteriorizarlos. Creí que nuestra sociedad había llegado a ser tan tolerante, que podríamos vivir franca y pacíficamente entre nuestros congéneres de corta vida. Estaba equivocado. El negro odió y envidió al blanco mientras éste disfrutó de privilegios que se le negaban al negro en razón de su color. Era, pues, una reacción sana y normal. Cuando se suprimió la discriminación, el problema se resolvió por sí mismo, y se produjo la asimilación cultural. De parecida manera, existe una tendencia entre los de corta vida a envidiar a los longevos. Creíamos que tal reacción, aunque prevista, no alcanzaría una trascendencia social mayoritaria, cuando quedase bien claro que nuestra peculiaridad proviene de nuestros genes, que no es defecto ni virtud de nuestra parte, sino mera suerte en la composición del árbol genealógico.

»Por desgracia, éstos no fueron sino buenos deseos. Mirando retrospectivamente, es fácil asegurar ahora que una correcta aplicación del análisis matemático a nuestros datos nos habría dado una solución diferente, poniendo de relieve el error de nuestra analogía. No intento justificar ese defecto de apreciación, pues no tiene defensa posible. Nos dejábamos llevar por nuestras esperanzas.

»Lo que ocurrió en realidad fue esto: mostramos a nuestros congéneres de corta vida el mayor don que hombre alguno pudo soñar... para luego decirles que jamás les pertenecería. Esto les encaró con un dilema insoluble. Por eso rechazan el hecho insoportable, negándose a creernos. Entonces su envidia se convierte en odio, en la convicción emocional de que estamos privándoles de un derecho... de manera premeditada y alevosa.

»Ese caudal de odio se ha convertido ahora en un torrente que amenaza el

bienestar e incluso la vida de todos nuestros hermanos revelados... y también puede ser peligroso para nosotros, los demás. El peligro es grave e inminente.

Dicho esto, se sentó en seguida.

La asamblea se lo tomó con calma, con la serenidad de sus muchos años. Una mujer delegado tomó la palabra luego:

-Eve Barstow, por la Familia Cooper. Tengo ciento diecinueve años, Ralph Schultz, o sea que soy mayor que tú, me parece. No poseo tu talento para las matemáticas ni he estudiado, como tú, la conducta humana. Pero he tratado a muchas personas. Creo que los seres humanos son buenos, nobles y amables por naturaleza. Sí, tienen sus debilidades, pero si les das una pequeña oportunidad, la mayoría responde con decencia. No creo que estén dispuestos a odiarme y a destruirme sencillamente porque he vivido mucho tiempo. ¿Qué me dices a eso? Has confesado que cometiste un error... ¿por qué no confiesas ahora otro?

Schultz la miró con aire grave y se alisó el «kilt».

-Tienes razón, Eve. Podría equivocarme otra vez. Eso es lo malo de la psicología; es un estudio tan terriblemente complicado, con tantas ecuaciones y tantas incógnitas que, a veces, nuestros mejores esfuerzos se revelan como tonterías a la lívida luz de los hechos ulteriores.

Schultz se puso de nuevo en pie, y continuó dirigiéndose a la asamblea en tono de autoridad:

-Pero esta vez no hago una predicción a largo plazo. Hablo de hechos, no de suposiciones ni de buenos deseos. Y esos hechos autorizan una predicción a corto plazo, tan segura como predecir que un huevo va a romperse cuando ya ha escapado de nuestras manos. Eve tiene razón en cierto aspecto: las personas son amables y decentes... en cuanto individuos y en el trato con otros individuos. Ningún peligro puede venirle a Eve de sus amigos y vecinos, como tampoco a mí de los míos. Pero éstos sí la amenazan a ella, como a mí aquéllos. Y es que la psicología de masas no es la mera suma de las psicologías individuales. Tenemos ahí el primer teorema de la psicodinámica social. No es una simple opinión mía; hasta el presente no se ha encontrado excepción alguna a ese teorema. Es la regla de la acción de masas, la ley de la histeria colectiva, bien conocida y empleada por los militares, los jefes políticos y religiosos, los publicitarios, los profetas y los propagandistas, los demagogos, los actores y los cabecillas de bandas, desde hace muchas generaciones y desde antes de que fuese formulada en términos matemáticos. Funciona ahora, como ha funcionado siempre.

»Hace ya algunos años, mis colegas y yo empezamos a sospechar que estaba formándose una tendencia de histeria colectiva contra nosotros. No hemos traído nuestras sospechas a la asamblea de las Familias, porque no podíamos demostrar nada. Cuanto observamos entonces podía reducirse a murmuraciones de la minoría de chiflados que existe siempre, incluso en las sociedades más sanas. Al principio la tendencia era tan minoritaria que apenas se detectaba, dado que todas las tendencias sociales se combinan con otras muchas, entremezcladas como los fideos en un plato, o peor aún. Se necesitan espacios topológicos abstractos de muchas dimensiones (de diez o doce, muy a menudo, y muchas veces no son bastantes) para describir matemáticamente la interacción de las fuerzas sociales. Apenas cabe exagerar la complejidad del problema.

»Por eso dimos largas al asunto, aunque cada vez más preocupados, efectuando muestreos, analizando con el máximo cuidado nuestras poblaciones estadísticas.

»Para cuando estuvimos seguros, era ya casi demasiado tarde. Las tendencias sociopsicológicas se rigen, como la fermentación de la levadura, por una ley exponencial. Crecen o mueren con gran rapidez. Seguíamos esperando que otros factores favorables invirtiesen la tendencia: los trabajos de Nelson en simbiótica,

nuestra

propia contribución a la geriatría, o el gran interés de la opinión en la apertura de los satélites de Júpiter a la inmigración. Cualquier novedad importante que ofreciese mayor esperanza de vida a los efímeros habría contrarrestado el resentimiento latente contra nosotros.

»Pero ese rescoldo de resentimiento se ha convertido en una llamarada, en un incendio forestal incontrolado. Según nuestros cálculos, la cifra absoluta de afectados se ha doblado en los últimos treinta y siete días, y la velocidad de propagación se acelera sin cesar. Es imposible predecir hasta dónde llegará ni con qué rapidez. Por eso hemos convocado esta reunión de emergencia: porque el peligro es inminente.

El orador tomó asiento, con expresión de fatiga en su rostro. Eve no quiso polemizar más con él, ni nadie de los presentes. Ralph Schultz estaba considerado como un experto en su especialidad; pero además, todos ellos habían observado, cada uno desde su punto de vista, diferentes aspectos de la peligrosa tendencia que amenazaba a los revelados de su especie. Pero, mientras era unánime el diagnóstico del problema, las opiniones sobre cómo enfrentarse a él eran tantas como cabezas presentes en la asamblea. Lazarus les dejó divagar durante dos horas, hasta que por fin alzó la mano cortando la discusión.

-Así no vamos a ninguna parte, aunque hablemos toda la noche -dijo-. Vamos a resumir los puntos más importantes de cuanto hemos averiguado:

»Podemos esperar sin hacer nada, vigilar y ver qué pasa. »Podemos abandonar de una vez por todas la "Mascarada", revelar la totalidad de nuestros efectivos y exigir derechos políticos. »Podemos aguantar la situación actual, empleando nuestra organización y recursos para cubrir a los hermanos revelados, e incluso hacerles regresar a posiciones de "Mascarada".

»También podríamos revelarnos totalmente y exigir un lugar donde establecer una colonia y vivir separados de los demás. »Caben otras soluciones. Sugiero que forméis grupos, los que estéis de acuerdo con uno de esos cuatro puntos principales, digamos en las esquinas de la sala, empezando por el fondo a la derecha, para elaborar los respectivos planes de acción y someterlos a las Familias. Los que no estén de acuerdo con ninguna de las soluciones expuestas, que se junten en el centro y preparen sus alternativas. Y ahora, salvo objeción, declaro aplazada la asamblea hasta la medianoche de mañana, ¿Qué os parece?

Nadie habló, La expeditiva simplificación introducida por Lazarus Long en sus métodos parlamentarios les sorprendía un poco, acostumbrados como estaban a las largas y pacíficas discusiones en que un determinado punto de vista solía imponerse, poco a poco, hasta la unanimidad. El hacer las cosas de prisa les resultaba chocante.

Pero aquel hombre tenía una personalidad poderosa; sus muchos años le daban prestigio, y añadía a esa autoridad patriarcal un modo de expresarse algo anticuado. Nadie le replicó.

-Muy bien -dijo Lazarus dando una palmada-. Continuará la asamblea mañana a medianoche.

Mary Sperling se le acercó mientras él se disponía a abandonar el estrado.

-Me gustaría conocerte mejor -dijo mirándole a los ojos. -Seguro, hermana. ¿Por qué no? -¿Vas a quedarte para las discusiones? -No.

-¿Querrías acompañarme a casa?

-Encantado. No tengo asuntos urgentes en ninguna parte.

-Vamos, pues.

Le condujo por el túnel hasta el lago subterráneo conectado con el lago Michigan. Él contempló con asombro el falso Camden, pero no dijo nada hasta que estuvieron sumergidos.

-Bonito coche te has agenciado. -Sí.

-Tiene algunas características fuera de serie. Ella sonrió.

-Sí. Entre otras, la de estallar en pedazos si alguien intentase ver cómo está hecho. -Bien. ¿Acaso eres ingeniero proyectista, Mary?

-¿Yo? ¡No, por Dios! Al menos, no durante el pasado siglo. Hace tiempo que dejé de estar al día. Pero si quieres puedes conseguir un coche modificado de este tipo a través de las Familias. Habla con...

-No te molestes; no lo necesito. Pero me gustan los cacharros que funcionan tal y como su inventor los proyectó, y que además lo hacen de una manera silenciosa y eficiente. El que hizo esto debió de ser un tipo muy ingenioso.

-En efecto.

Mary estaba ocupada en la maniobra de salir a la superficie, previa inspección a través del radar para asegurarse de que no serían descubiertos.

Una vez llegados a su apartamento, ella le sirvió tabaco y bebidas, para luego retirarse a su alcoba, Allí se quitó la ropa de calle y eligió una bata suave y vaporosa, que la hacía parecer aún más joven y esbelta que antes. Cuando regresó al lado de Lazarus, éste se puso en pie, le, ofreció un cigarrillo y dejó escapar un admirativo aunque poco discreto silbido.

Ella correspondió con una breve sonrisa, aceptando el cigarrillo, y luego se dejó caer en un sofá sobre el cual recogió las piernas.

-Lazarus, amigo mío, me levantas la moral. -¿Es que no tienes espejos, guapa?

-No me refiero a eso -le rebatió con impaciencia-, sino a ti.

Ya sabes que he sobrepasado la esperanza normal de vida de nuestra gente... Esperaba morir pronto, y me había resignado a ello, desde hace diez años. Hasta que apareciste tú... años y años más viejo que yo. Eso me devuelve la esperanza.

Él se incorporó de un salto.

-¡Que estabas resignada a morirte! ¡Santo cielo, criatura! Creo que aún tienes cuerda para otro siglo más.

Ella hizo un gesto de cansancio.

-No lo digas ni en broma. Tú sabes que el aspecto no tiene nada que ver con eso. ¡Lo que pasa es que no quiero morirme, Lazarus!

-No me proponía gastar bromas contigo, hermana -respondió Lazarus muy serio-. Sencillamente, no tienes cara de ser aspirante a cadáver.

Ella se encogió de hombros, con un mohín.

-Sólo es cuestión de biotécnica. Mantengo el aspecto que tenía a comienzos de mis treinta,

-Yo diría que menos. Me parece que no estoy al tanto de los últimos trucos, Mary. Ya me oíste decir que no había asistido a una reunión de las Familias desde hace más de un siglo. La realidad es que todo ese tiempo he permanecido sin contacto alguno con ellas. - ¿De veras? ¿Puedo preguntarte por qué?

-Es una historia larga y aburrida. Lo que significa que ellos me aburrían. Solía ser delegado a las reuniones anuales. Pero la cosa se puso pesada, y además ellos siempre trataban de salirse con la suya... o a mí me lo parecía. De modo que lo dejé. Pasé el Interregno en el planeta Venus, casi siempre. Volví por algún tiempo cuando se firmó el Tratado, pero no creo que haya pasado dos años seguidos en la Tierra desde entonces. Me gusta viajar por ahí.

Los ojos de Mary brillaron.

-¡Oh, cuéntame cosas! Nunca he estado en el espacio exterior, exceptuando una vez que visité Luna City.

-Cómo no -convino Lazarus-. Un día de éstos. Pero antes quiero que me hables de tu aspecto. Desde luego no representas tu edad, hermosa,

-Supongo que no. O mejor dicho, desde luego que no. Pero no puedo explicarte cómo se consigue. Hormonas y simbióticos; y terapia glandular, y algo de psicoterapia.

Cosas así. La cuestión es que, para los miembros de las Familias, la senilidad se demora y la senectud se detiene, al menos por medios cosméticos.

Reflexionó durante unos instantes y luego continuó:

-Una vez creyeron que estaban a punto de descubrir el secreto de la inmortalidad, la verdadera fuente de la Eterna Juventud. Pero se equivocaban. Simplemente, se pospone la senilidad... y se acelera su proceso cuando llega. Unos noventa días después del primer aviso... y sobreviene la muerte por total decrepitud.

Mary se estremeció.

-Desde luego, la mayoría de nuestros primos no esperan. Un par de semanas para verificar el diagnóstico, y entonces: la eutanasia.

-¡El infierno, dirás más bien! Pues yo no pienso seguir ese camino. Cuando venga la Vieja a por mí, tendrá que llevarme a rastras, y espero patalear y luchar hasta el último segundo.

Ella sonrió con desánimo.

-Me agrada oírte decir eso, Lazarus. Francamente, no se lo habría contado a ninguna persona más joven que yo, pero tu ejemplo me da confianza.

-Los enterraremos a todos, Mary. Puedes estar segura. Pero, hablando de la reunión de esta noche, y como no me fijo en las noticias y hace poco que he llegado a la Tierra, ¿sabe ese muchacho, Ralph Schultz, lo que habla?

-Debe de haberlo, creo. Su abuelo fue un hombre muy brillante, y también su padre. -Me parece que tú conoces a Ralph. -Un poco. Es uno de mis nietos. -Es divertido. Parece más viejo que tú.

-Lo que pasa es que juzga conveniente aparentar unos cuarenta años. Su padre fue mi vigesimoséptimo hijo. Ralph debe de ser... espera un momento... Sí, unos ochenta o noventa años más joven que yo, por lo menos. En realidad, es más viejo que algunos de mis hijos.

-Has cumplido con las Familias, Mary.

-Creo que sí. Pero ellas también quedan muy bien conmigo. He gozado teniendo hijos, y la pensión que me corresponde por los treinta y tantos vástagos supone toda una fortunita. Dispongo de todos los lujos que se me antojan.

Volvió a estremecerse y agregó:

-Supongo que por eso estoy bien... porque me gusta vivir. -¡Basta! Creía que mi ejemplo vigorizante y mi sonrisa juvenil habían disipado esos pensamientos.

-Pues... han sido una ayuda, sí.

-¡Hum! Mira, Mary, ¿por qué no te casas otra vez y tienes un par de críos más? Así no te quedaría tiempo para remover ideas negras.

-¡Cómo! ¿A mi edad? ¡Este Lazarus!

-¿Qué pasa con tu edad? Eres más joven que yo. Ella le estudió un momento.

-¿Estás haciéndome una proposición, Lazarus? En tal caso, preferiría que hablases con más franqueza.

El se quedó con la boca abierta, y luego tragó saliva.

-¡Eh! ¡Un momento! ¡Calma, por favor! Hablaba en términos generales... Yo no soy un hombre casero. Todas mis esposas se han aburrido de verme al cabo de pocos años. No es que yo... En fin, quiero decir que tú eres estupenda y cualquier hombre...

Ella se acercó y le cubrió la boca con la mano para que no siguiera hablando. Luego, dijo con gracioso mohín:

-No quise asustarte, primo. O tal vez sí... ¡Los hombres os ponéis muy divertidos cuando creéis que os tendemos una trampa!

-Bien... -empezó Lazarus, indeciso.

-Olvídalo, querido. Y dime, ¿qué plan crees que va a salir? -¿De la sentada de esta noche?

-Sí.

-Evidentemente, ninguno. No llegarán a ponerse de acuerdo. Mira, Mary: un comité es la única forma de vida conocida que tiene cien estómagos y carece de cerebro. Hasta que aparece alguien dotado de cerebro propio, y les empuja a adoptar su plan. No sé cuál poría ser.

-De acuerdo... Y, ¿qué solución propones tú?

-¿Quién, yo? Ninguna.. Si algo he aprendido durante los últimos siglos es que estas cosas pasan lo mismo que han llegado. Las guerras, las depresiones, los Profetas, los Tratados... Todo pasa. El secreto consiste en aguantar más que ellos.

Ella asintió, pensativa.

-Me parece que tienes razón.

-Seguro que sí. Se tarda cien años, por lo menos, para convencerse de lo buena que es la vida.

Lazarus se puso en pie y estiró el cuerpo.

-Pero, de momento, el muchacho que tienes delante necesita dormir un poco. -También yo.

El apartamento de Mary era un ático con luz cenital. Cuando regresó a la sala había apagado la luz y descorrido los cierres de la ventana orientada al cielo. Tras una delgada lámina de plástico habían permanecido sentados bajo las estrellas, y al estirarse Lazarus reparó en su constelación favorita.

-Qué raro. Orión parece haber añadido una cuarta estrella a su cinturón. Ella miró también hacia arriba.

-Debe de ser la gran espacionave de la Segunda Expedición a Centauri. Fíjate a ver si se mueve.

-No se puede ver sin instrumentos.

-Me lo figuro -asintió ella-. Ha sido una solución muy astuta la de construirla en el espacio exterior, ¿no?

-No podía ser de otra manera. Demasiado grande para montarla en la Tierra. Yo puedo echarme aquí mismo, Mary. ¿O tienes por ahí alguna habitación disponible?

-Tu habitación es la segunda puerta a la derecha. Si necesitas algo, da una voz. Alzó la cara y le dio un rápido beso en la mejilla. -Buenas noches. Lazarus le correspondió y luego se encaminó a la habitación.

Al día siguiente, Mary Sperling despertó a la hora de costumbre. Se levantó sin hacer ruido para no despertar a Lazarus, tomó una ducha y un masaje automático, ingirió una píldora de sucedáneo de sueño a cuenta de la velada anterior y se preparó el breve desayuno que le permitía mantener su línea. Luego se puso a escuchar las llamadas a las que no había podido contestar la noche anterior. El contestador automático reprodujo varios mensajes sin interés, y luego se oyó la voz de Bork Vanning.

-Hola -dijo el aparato-. Mary, soy Bork y te llamo a las once en punto. Pasaré mañana a las diez para ir a bañarnos en el lago y luego almorzar en cualquier parte. Si no puedes, llámame. Adiós, querida. Salud.

-Salud -repitió ella sin darse cuenta.

¡Aquel pesado! No encontraba el modo de quitárselo de encima, y eso que le cuadruplicaba la edad.

Quizá si le llamaba en seguida para decirle que... Pero no; sin duda se hallaba en camino ya, ¡Qué lata!

Cuando Lazarus se fue a la cama se quitó la falda escocesa y la arrojó hacia un guardarropa... que la atrapó al vuelo, la cepilló y la colgó cuidadosamente plegada.

-Buenos reflejos -comentó él, mirándose las peludas piernas con una sonrisa de satisfación.

La falda había ocultado una pistola atada a un muslo y un cuchillo al otro. En aquella época no estaba bien visto el llevar armas, pero él se sentía desnudo sin ellas.

Además, las nuevas costumbres le parecían absurdas, necedades de vieja. Opinaba que no existe arma peligrosa, pero sí hombres peligrosos.

Cuando salió de la ducha las puso donde estuviesen a su alcance, antes de abandonarse al sueño.

Y despertó al instante con una en cada mano... hasta que recordó dónde se hallaba. Se relajó y miró a su alrededor para descubrir qué le había despertado.

Era un murmullo de voces que llegaba por la tubería del aire acondicionado. Insonorización defectuosa, decidió, pensando que Mary estaría hablando por teléfono y que no debía mostrarse como un invitado holgazán. Por ello se levantó, y después de refrescarse y atarse de nuevo a las piernas sus mejores amigos, salió en busca de su anfitriona.

Mientras la puerta de la sala se abría silenciosamente ante él, las voces se oyeron con más claridad y la cosa empezó a interesarle. La sala tenía forma de L y él no podía ser visto, por lo que se echó un poco atrás y se dispuso a escuchar. No le dio vergüenza hacerlo; el escuchar detrás de las puertas le había salvado la vida más de una vez. En realidad, le gustaba.

Había un hombre en la estancia, y en aquel momento decía: -No eres razonable, Mary. Has admitido que me aprecias y que nuestro matrimonio sería ventajoso para ti. Entonces, ¿por qué no quieres darme el sí?

-Ya te lo he dicho, Bork. Es la diferencia de edades.

-Eso es una tontería. ¿Qué esperabas? ¿Un idilio juvenil? Bien... Admito que no soy tan joven como tú, pero la mujer necesita a un hombre maduro que sepa defenderla y guiar su conducta. Conque no soy demasiado mayor para ti; además, me encuentro en plena forma.

Lazarus decidió que ya conocía lo suficiente a aquel tipo para saber que le caía antipático, Tenía voz de pedante.

Mary no contestaba, y el desconocido continuó:

-Por otra parte, en este punto te reservo una sorpresa. Me gustaría decírtelo ahora, pero... en fin, es un secreto de Estado. -Entonces, no digas nada. En cualquier caso, no voy a cambiar de opinión.

-¡Ya lo creo que sí! Bien..., te lo diré ahora. Sé que puedo fiarme de ti.

-Un momento, Bork. No pienses que...

-No importa, Mary, Será del dominio público dentro de pocos días. ¡Yo no voy a envejecer más, Mary!

-¿Qué significa eso?

A Lazarus le pareció adivinar un acento de sospecha en la voz de ella.

-Exactamente lo que he dicho, ¡Se ha descubierto el secreto de la eterna juventud, Mary! -¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo?

-¡Ah! Ahora sí que te interesa, ¿eh? Bien, no tendrás que esperar para saberlo. ¿Sabes lo de esos fulanos que se llaman a sí mismos las Familias Howard?

-Sí... He oído hablar de ellos, en efecto -admitió Mary en tono dubitativo-. Pero, ¿qué tiene eso que ver? Son unos farsantes. -No lo creas, Sé que no lo son. El Gobierno ha verificado en secreto sus títulos. Algunos de ellos tienen, incuestionablemente, más de cien años... ¡y todavía se conservan jóvenes!

-Eso es muy difícil de creer. -No obstante, es verdad. -Conforme, pues, ¿Cómo lo consiguen?

-¡Ah! Esa es la cuestión. Ellos dicen que se trata de una simple cualidad hereditaria, que viven muchos años porque descienden de antepasados longevos. Pero eso es absurdo, incompatible con los hechos científicamente probados. El Gobierno hizo una comprobación cuidadosa, y estamos seguros de que poseen el secreto de la eterna juventud.

-No puedes estar seguro de una cosa así.

-¡Oh, vamos, Mary! Eres una muñeca adorable, pero ahora estás cuestionando la opinión de los mejores cerebros científicos del mundo. Pero no importa. Vamos a la parte confidencial. Todavía no poseemos el secreto, pero lo tendremos pronto. Sin dar publicidad al asunto ni remover a la opinión los iremos cogiendo de uno en uno para interrogarles. Tendremos el secreto... y con ello el medio de no envejecer, ni tú ni yo. ¿Qué me dices a eso ahora, eh? Mary repuso lentamente, con voz casi inaudible:

-Sería estupendo que todo el mundo pudiera vivir muchos años. -¿Cómo? ¡Ah, sí! Supongo que sí. Pero tú y yo disfrutaremos del tratamiento en todo caso, cualquiera que sea. Piensa en nosotros, cariño. Años y años de vida conyugal feliz y juvenil. Como un siglo, por lo menos, o quizá más aún...

-Espera un poco, Bork. El secreto... ése, ¿no sería para todo el mundo?

-Bueno, veamos... es asunto de alta política. La superpoblación ya representa un problema difícil hoy por hoy. En la práctica, será necesario restringir el uso del tratamiento

a las personas importantes... y a sus esposas. Pero no te preocupes, querida. Tú y yo lo tendremos.

-Querrás decir que yo lo tendré... si me caso contigo.

-¡Hum! Es una manera poco diplomática de decirlo, Mary. Ya sabes que yo haría cualquier cosa por ti, porque te quiero. Pero todo sería más fácil si te casaras conmigo.. Conque no tienes más que darme el sí.

-Dejemos eso por ahora, ¿Cómo os proponéis arrancar el secreto a esas gentes? A Lazarus casi le pareció ver el ademán despectivo del hombre.

-¡Bah! Hablarán.

-¿Quieres decir que serán presos si no lo hacen?

-¿Presos? ¡Hum! Bien se ve que no captas la situación. Aquí no se trata de un delito menor, Mary. Serían reos de traición. Traición contra toda la raza humana. ¡Y emplearemos los medios necesarios, como los que usaban los Profetas, si no quieren colaborar de buen grado!

-¡Ah! ¿Te refieres a eso...? Pero, ¡sería ir contra el Tratado! -¡Al diablo con el Tratado! Esto es cuestión de vida o muerte, y no vamos a detenernos por un pedazo de papel. No hay tiquismiquis legales que valgan en asuntos tan fundamentales. Esos granujas quieren ocultarnos el secreto de la vida misma. ¿Te parece que puede haber «tratado que valga en una contingencia semejante? Mary respondió con voz ahogada por el horror:

-¿De veras crees que el Consejo va a violar el Tratado? -¿Que si lo creo? La acción fue determinada por el Consejo anoche mismo. Hemos dado plenos poderes al Administrador. Lazarus tendió el oído durante el largo rato de silencio que siguió entonces. Finalmente, Mary habló:

-Bork... -¿Sí, cariño? -Has de hacer algo. Hay que detener esa acción.

-¿Detenerla? No sabes lo que dices. Yo no podría... Y aunque pudiera, no querría hacerlo.

-Pues tienes que hacerlo. Debes convencer al Consejo. Van a cometer un error, un trágico error. No sacaréis nada de esa pobre gente. ¡No existe ningún secreto!

-¿Qué? Vamos, querida, te excitas inútilmente. Tus juicios contradicen a los mejores y más sabios cerebros de este planeta. Créeme, sabemos lo que vamos a hacer. No nos agradan los métodos duros más que a ti, pero se trata del bienestar general. Ahora lamento haberlo mencionado. Naturalmente, tú eres delicada y sensible, y de buenos sentimientos, y yo te quiero más por eso. ¿Por qué no te casas conmigo y dejas de preocuparte de asuntos políticos?

-¿Casarme contigo? ¡Nunca!

-Bah, Mary... Estás trastornada, Dame al menos una buena razón.

-¡Ahora voy a decirte por qué! ¡Porque yo soy una de esas personas a las que

queréis perseguir!

Hubo otro silencio. -Mary... tú no estás bien,

-¿Conque no estoy bien, eh? Estoy mejor que pueda estarlo cualquier persona a mi edad. óyeme bien, ¡estúpido! Tengo nietos que te doblan la edad. Yo estaba ya en el mundo cuando el Primer Profeta se adueñó del país. Estaba aquí cuando Harriman lanzó el primer cohete a la Luna. Tú no eras ni siquiera un niño llorón... tus abuelos ni siquiera se habían conocido, cuando yo era ya una mujer adulta y casada. Y ahora vienes aquí y me hablas de perseguir a los míos, e incluso de torturarlos. ¡Casarme contigo! Antes lo haría con uno de mis propios nietos.

Lazarus se incorporó y metió la mano debajo de su «kilt», temiendo que fuese a ocurrir algo. Nadie como una mujer, pensó, para perder los estribos en el momento menos indicado.

Esperó. La respuesta de Bork fue fría; donde antes se escuchaban los acentos de la pasión amorosa, resonó ahora la voz de un hombre acostumbrado a mandar.

-Cálmate, Mary, y siéntate. Yo cuidaré de ti. Primero vas a tomar un sedante; luego te llevaré al mejor psiquiatra de la ciudad... De todo el país. Te pondrás bien, ya lo verás.

-¡Quítame las manos de encima!

-Pero, Mary...

Lazarus entró en la sala y apuntó a Vanning con su desintegradora.

-¿Te molesta este gorila, hermana? Vanning se volvió, sorprendido.

-¿Quién es usted? - se indignó-. ¿Qué hace aquí? Lazarus siguió dirigiéndose a Mary.

-Una sola palabra tuya, hermana, y lo hago picadillo.

-No, Lazarus -respondió ella, ya dueña de sus nervios-. Gracias, de todos modos, pero guárdate esa pistola. No me gustarla que ocurriese algo malo.

-Como quieras.

Lazarus enfundó la pistola, pero sin soltar la culata.

-¿Quién es usted? -repitió Vanning-. ¿Qué significa esta intrusión? '

-Es precisamente lo que yo iba a preguntarte, pimpollo. Pero dejémoslo correr, Yo soy otro de esos fulanos a quienes pretendes perseguir... como Mary.

Vanning le miró con asombro.

-Me pregunto... -murmuró, volviéndose hacia Mary de nuevo-. No puede ser, es demasiado absurdo. No obstante... no estaría de más echar una ojeada a su historial. De todos modos, me sobran motivos para hacer que lo detengan. Nunca he visto un caso más claro de atavismo antisocial.

Y se dirigió hacia el videófono.

-Mejor será que te apartes de ese aparato, pimpollo -dijo rápidamente Lazarus, y luego agregó, dirigiéndose a Mary-: No tocaré la pistola, hermana. Quizá sea mejor emplear el cuchillo. Vanning se detuvo.

-Muy bien -dijo en tono molesto-. Deje de amenazarme con ese vibropuñal. No llamaré desde aquí.

-Míralo bien. No es un vibropuñal, es acero de verdad. Muy doloroso. Vanning se dirigió a Mary Sperling.

-Me voy, y si sabes lo que te conviene, te vendrás conmigo. Ella meneó la cabeza. Vanning, contrariado, se encogió de hombros y se enfrentó a Lazarus Long:

-En cuanto a usted, señor, sus modales primitivos le han conducido a un serio aprieto. Será arrestado inmediatamente. Lazarus alzó los ojos hacia el techo.

-Esto me recuerda a un fulano de Venusberg que quiso arrestarme una vez.

-¿Y qué?

-Pues que le he sobrevivido muchos años.

Vanning abrió la boca para replicar, pero luego se volvió bruscamente y salió tan

deprisa que estuvo a punto de darse de narices contra la puerta. Cuando ésta se cerró tras él, Lazarus dijo, pensativo:

-Hace años que no tropezaba con un tipo tan poco razonable. Apostaría que no ha usado una cuchara sin esterilizar en toda su vida.

Mary le miró con asombro y luego sonrió, divertida. -Celebro verte contenta, Mary. Pensé que estabas asustada.

-Y lo estaba. No sabía que estuvieras escuchando. Me vi forzada a improvisar sobre la marcha.

-¿Crees que hice mal?

-No, Me alegro de que hayas intervenido, gracias. Pero ahora tenemos que darnos prisa.

-Así lo creo, Supongo que hablaba en serio y que pronto aparecerá un agente a por mí... y a por ti también, quizás.

-A eso me refería. Salgamos de aquí cuanto antes.

Mary estuvo dispuesta en pocos minutos, pero cuando salieron al vestíbulo del edificio entraba ya un hombre cuya placa y equipo hipodérmico le identificaban como policía.

-Salud -se dirigió a ellos-. Estoy buscando a un ciudadano que se aloja en casa de la ciudadana Mary Sperling. ¿Voy bien por aquí?

-Desde luego, Es en el ático -dijo Lazarus apuntando al fondo del vestíbulo.

Cuando el agente se volvió le golpeó con la culata de la pistola en la nuca, un poco a la izquierda, y tuvo que sostenerle mientras se desplomaba sin conocimiento,

Entre ambos se dieron prisa a meterlo en el apartamento de Mary. Él se inclinó sobre el guardia, registro el estuche hipodérmico y le dio al hombre una inyección.

-Con esto dormirá unas cuantas horas.

Luego, miró el equipo hipodérmico, pensativo, y desprendió el estuche del cinturón.

-Podría servir para otra ocasión. En todo caso, no será malo llevárnoslo.

Luego, y como si acabase de ocurrírsele, le quitó la placa al policía y se la guardó en un bolsillo.

Volvieron a salir del apartamento y bajaron al garaje. Mientras subían por la rampa, Lazarus observó que Mary marcaba la combinación para dirigirse a la costa Norte.

-¿Adónde quieres ir? -preguntó ella.

-A la Sede de las Familias. No hay lugar más seguro donde refugiarnos. Pero tendremos que escondernos en algún lugar de las afueras hasta que anochezca.

Cuando el coche enfiló hacia el Norte sobre la pista teleguiada, Mary se excusó y quiso dormir unos minutos. Lazarus se dedicó a contemplar el paisaje durante algunas millas, hasta que acabó por adormilarse a su vez.

Fueron despertados bruscamente por el estrépito de la sirena de alarma y el inmediato frenazo del coche. Mary alzó la mano y desconectó la alarma.

-Todos los vehículos deberán pasar por el control local -se oyó una voz-. Continúe a veinte millas por hora hasta la próxima torre de Tráfico para inspección. Todos los vehículos deberán... Mary desconectó el otro aparato.

-Esto va por nosotros. ¿Se te ocurre algo? -comentó jovialmente Lazarus.

Mary no respondió, sino que se asomó para estudiar la situación. La carretera local, no controlada, distaba sólo unos cincuenta metros de la autopista de alta velocidad donde se hallaban. Pero les separaba de ella una valla ininterrumpida de tela metálica. La salida más próxima quedaría como a una milla de distancia y, por supuesto, conduciría a la torre de control donde se les ordenaba presentarse. Arrancó el coche de nuevo, conducido esta vez a mano, cortando la circulación en dirección al obstáculo. Cuando estuvieron cerca, Lazarus se sintió repentinamente hundido en el

asiento. El vehículo se elevó en el aire, salvando la valla por pocas pulgadas. En el acto empezó a rodar por la pista izquierda.

Otro coche venía del norte, y estaban cerrándole el paso. El otro iba sólo a noventa, pero su conductor se vio cogido por sorpresa; no había razón alguna para esperar que otro coche fuese a materializarse de súbito, y para colmo en dirección contraria. Mary se vio forzada a virar con rápidos volantazos a la izquierda, a la derecha y otra vez a la izquierda. El coche patinó alzando una rueda trasera; toda su inercia luchaba contra el férreo control de los giroscopios. Mary logró dominarlo, entre atroces chirridos del herculene sobre cristal a medida que el tren posterior mordía y ganaba tracción.

Lazarus dejó colgar la mandíbula y exhaló un suspiro de alivio.

-¡Uf! Espero que no tengamos que hacer eso otra vez.

-¿Tienes algún prejuicio contra las mujeres al volante? -sonrió Mary, mirándole de reojo,

-¡No, no! ¡Nada de eso! Pero avísame la próxima vez que te dispongas a hacer algo parecido.

-¡Y yo qué sabía! -replicó Mary, agregando en tono de preocupación-: La verdad es que no sé cómo continuar ahora. Creí que podríamos esperar en las afueras hasta que se hiciera de noche... pero al saltar esa valla se nos ha visto el pelo. A estas alturas, alguien habrá informado a la torre...

-¿Y por qué esperar hasta la noche? -preguntó Lazarus-. ¿Por qué no volamos directamente hasta el lago con este invento tuyo, y nos sumergimos hasta alcanzar el refugio?

-No me atrevo. Ya hemos llamado demasiado la atención. Un trimóvil trucado para parecer un coche normal ya es mucho, pero si encima nos ve alguien metiéndonos con él debajo del agua, empezarán a olerse algo raro. Nos buscarán con el sismógrafo y el sonar, y quién sabe cuántos procedimientos.

-Naturalmente, tienes razón -admitió Lazarus, pensativo-. No es cosa de introducir a los sabuesos en la Sede de las Familias. Mary, creo que será mejor abandonar tu coche y esfumarnos. Frunció el ceño.

-Adonde sea, menos a la Sede de las Familias.

-No. Tiene que ser allí -replicó ella con énfasis.

-¿Por qué? Sería caer en la propia trampa y...

-¡Silencio un momento! Voy a intentar una cosa.

Lazarus obedeció. Mary conducía con una mano mientras hurgaba con la otra en la guantera.

-Hable -dijo una voz.

-La vida es corta... -contestó Mary. Del otro lado completaron la consigna.

-Oye -continuó Mary con urgencia-, estoy en un apuro. Echadme una mano.

-Vale.

-¿Tenéis un submarino en el lago?

-Sí.

-¡Bien! Toma el control, y que estén preparados.

Siguió hablando de prisa, explicando los detalles de lo que quería que hicieran. Sólo se interrumpió un instante para preguntarle a Lazarus si sabía nadar, Luego concluyó:

-Eso es todo, pero ¡de prisa! Tenemos los minutos contados...

-¡Espera, Mary! -protestó la voz-. Ya sabes que el submarino no puede salir a pleno día. Podrían verlo y...

-¿Vas a hacerlo, o no? -

Una tercera voz intervino en la discusión.

-Estaba escuchando, Mary. Soy Ira Barstow. Te recogeremos.

-Pero... -objetó la primera voz.

-Cierra el pico, Tommy. Ocúpate de tus asuntos y llévame a bordo. Hasta ahora, Mary. -¡Bien, Ira!

Mientras hablaba con la Sede, Mary abandonó la carretera y enfiló el mismo camino sin pavimentar de la noche anterior, todo ello sin disminuir la marcha y casi sin mirar. Lazarus apretó los dientes y aguantó. Dejaron atrás un letrero desvencijado que decía ZONA CONTAMINADA - NO SE RESPONDE DE LOS RIESGOS, con el símbolo convencional del trébol rojo. Lazarus lo vio y se encogió de hombros. Poco podría contribuir al riesgo que estaban corriendo un neutrón más o menos.

Mary frenó el coche debajo de un grupo de árboles achaparrados, cerca del camino abandonado. El lago estaba a sus pies, más allá de un pequeño acantilado. Mary se quitó el cinturón de seguridad, encendió un cigarrillo y se relajó.

-A esperar tocan, Por mucha prisa que les meta Ira, no pueden llegar aquí antes de media hora. ¿Crees que habremos sido vistos al meternos por aquí, Lazarus?

-A decir verdad, Mary, estaba demasiado ocupado para fijarme. -Bueno... aquí no viene nunca nadie, excepto algunos chicos atolondrados.

«Y algunas chicas también», pensó Lazarus; luego, dijo en voz alta: -He visto un indicador de radiactividad. ¿Está muy caliente este lugar?

-¿Esto? ¡Bah! No tiene importancia, salvo que decidas hacerte aquí una casa. ¡Nosotros sí que vamos quemados! Si no fuera porque hemos de mantenernos cerca del comunicador...

El aparato aludido habló: -Bien, Mary. Mira delante de ti. Ella pareció sorprendida.

-¿Ira?

-Sí, soy yo quien te habla, pero estoy en la Sede. En la cueva de los submarinos de Evanston estaba Pete Hardy, así que todo ha sido más rápido.

-Muy bien; gracias.

Fue a volverse para hablar con Lazarus, pero éste le tocó el brazo.

-Mira a nuestra espalda.

Un helicóptero aterrizaba a menos de cien metros, y saltaron al suelo tres hombres.

Mary abrió rápidamente la puerta del coche y sin solución de continuidad se despojó del vestido. Volviéndose, gritó:

-¡Corre!

Al mismo tiempo metía una mano y arrancaba un perno del panel de instrumentos. Luego, echó a correr.

Lazarus se quitó la falda escocesa e imitó su ejemplo. Mary bajaba por el acantilado con ágiles movimientos; él la siguió con más precaución, profiriendo maldiciones según tropezaba con algún pedrusco afilado, El coche estalló como una bomba, y recibieron algo de la onda expansiva, pero ya estaban cubiertos por las rocas.

Juntos se zambulleron en el lago.

La escotilla del submarino apenas daba paso a una persona; Lazarus empujó a Mary para que le precediera y quiso darle un cachete cuando ella se negó. Así descubrió que los cachetes no surten efecto debajo del agua. Luego pasó una eternidad, o así se lo pareció, preguntándose si sería posible respirar agua.

«¿Qué tendrá un pez que no tenga yo?», se dijo, pero en aquel momento quedó despejada la escotilla y pudo entrar.

Aún tardó once largos segundos en quedar libre de agua la cámara estanca y permitirle revisar su desintegradora por si el agua la había dañado.

Mary se dirigió al piloto para urgirle:

-Oye, Pete. Ahí fuera aterrizaron tres policías con un helicóptero. Mi coche ha estallado en sus narices mientras nosotros nos echábamos al agua. Pero si no están

todos muertos o heridos, alguno de esos chicos listos imaginará que sólo teníamos un lugar seguro a donde dirigirnos: bajo el agua. Hemos de alejarnos antes de que despeguen para buscarnos.

-Sería una carrera perdida -se quejó Pete Hardy, sin dejar de maniobrar los mandos mientras hablaba-. Aunque sólo hicieran una inspección visual, tendríamos que salir del círculo de reflexión total antes de que ellos consiguieran ganar altura, y eso no puede ser.

Pero el pequeño submarino ganaba profundidad sin ser molestado.

Mary estaba preocupada por si podía llamar a la Sede desde el submarino. Decidió no hacerlo, pues equivaldría a un riesgo para ambos. Por ello se armó de paciencia y esperó, acurrucada en aquella cabina prevista únicamente para dos personas. Pete seguía buscando el fondo del lago y la protección de la oscuridad.

Cuando emergieron en el estanque interior del refugio, ella había decidido prescindir de todo medio físico de comunicación, pese a que los equipos de la Sede estaban cuidadosamente apantallados para evitar su detección. Esperaba encontrar entre los acogidos a la Sede algún telépata disponible. En el seno de las Familias Howard, los telépatas habían sido tan escasos como entre cualquier otro grupo de población. Pero la misma endogamia que había conservado y reforzado su anormal longevidad conservaba y reforzaba los demás genes anormales, al mismo tiempo que los normales. Llegaron a tener un porcentaje anormalmente alto de tarados físicos y mentales. Con el tiempo, el gabinete de estudios genéticos conseguiría eliminar la herencia patológica, conservando al mismo tiempo la longevidad. Pero durante muchas generaciones continuarían pagando el precio de un exceso de deficientes, a cambio de sus largas vidas.

Sin embargo, casi un cinco por ciento de aquellos tarados poseían sensibilidad telepática.

Mary se dirigió directamente a los locales donde eran atendidas tales criaturas. Lazarus le pisaba los talones.

-¿Dónde está el pequeño Stephen? -se dirigió a la matrona-. Le necesito.

-Baja la voz -se sulfuró la matrona-. Está descansando. Ahora no puedes verle.

-Es urgente, Janice -insistió Mary-. Este asunto no puede esperar. Debo enviar un mensaje a todas las Familias... ahora mismo.

La otra se puso en jarras.

-Pues vete a la oficina de comunicaciones. No permitiré que mis niños sean molestados a todas horas.

-¡Por favor, Janice! No me atrevo a usar otro medio que no sea la telepatía. Sabes que no te lo pediría si no fuese del todo indispensable. Vamos, déjame ver a Stephen.

-No te serviría de nada. El pequeño tiene hoy uno de sus días malos.

-¡Pues búscame el telépata más poderoso que pueda servir! ¡Pronto, Janice! La seguridad de todos nosotros está en juego. -¿Tienes un encargo de los síndicos?

-¡No, no! ¡No hay tiempo para eso!

La matrona todavía dudaba. Mientras Lazarus trataba de recordar cuánto tiempo hacía que no azotaba a una señora, la interpelada cedió.

-De acuerdo. Te dejaré que veas a Billy, aunque no debería permitirlo. Pero no vayas a fatigarlo demasiado.

Refunfuñando todavía, echó a andar por un largo corredor, flanqueado de habitaciones de alegre aspecto, hasta encontrar la que buscaba. Lazarus echó una ojeada al ser que yacía allí, y apartó el rostro.

La matrona se volvió hacia una vitrina y sacó una jeringuilla. -¿Necesita hipnóticos? - preguntó Lazarus.

-No -replicó fríamente la matrona-. Es un estimulante. Sin él no repararía en nosotros siquiera.

Le puso rápidamente la inyección y se hizo a un lado, con una mueca de censura.

-Adelante -dijo.

La criatura acostada se estiró poco a poco. Sus ojos inexpresivos se centraron, y lanzó un grito de alegría.

-¡Tía Mary! ¡Oooooh! ¿Has traído alguna cosa para el nene Billy?

-Hoy no, cariño -dijo Mary con dulzura-. Tía Mary tiene ahora mucha prisa. La próxima vez sí te traeré una sorpresa, ¿quieres?

-Está bien -dijo el muchacho dócilmente.

-Buen chico -respondió Mary acariciándole los cabellos, y de nuevo Lazarus tuvo que apartar la mirada-. Ahora el nene Billy hará una cosa para su tía Mary, un favor muy grande.

-Claro.

-¿Puedes oír a tus amigos?

-¡Oh, sí!

-¿A todos ellos?

-¡Hum! Casi nunca dicen nada -agregó.

-Llámalos. Hubo un breve silencio.

-Ya me han oído.

-¡Muy bien! Ahora escucha, Billy: A todas las Familias. ¡Llamada urgente! Habla Mary Sperling, la Mayor. Por decisión del Consejo Permanente, el Administrador se dispone a arrestar a todos los miembros revelados. Le han sido concedidos «plenos poderes», y es mi conclusión objetiva que están dispuestos a actuar sin reparar en medios y despreciando lo estatuido en el Tratado, a fin de sacarnos lo que ellos creen ser el secreto de nuestra longevidad. Se proponen recurrir incluso a las torturas utilizadas por los inquisidores de los Profetas.

Se le quebró la voz, pero hizo un esfuerzo por dominarse y continuó:

-¡Daos prisa! ¡Localizadlos! ¡Ponedles sobre aviso! ¡Escondedlos! Es cuestión de minutos su salvación.

Lazarus le tocó el brazo, murmurando alguna cosa; ella asintió con la cabeza y prosiguió:

-Si alguno de nuestros parientes es detenido, rescatadle por cualquier medio. No tratéis de invocar el Tratado ni de reclamar justicia... Sería tiempo perdido. ¡Rescatadles! ¡Y moveos pronto!

Dicho esto se interrumpió para preguntar con voz dulce y fatigada: -¿Nos oyen, Billy? -Claro.

-¿Se lo están diciendo a los suyos?

-Sí. Todos menos Jimmie el Caballo. Está enfadado conmigo -añadió en todo confidencial.

-¿Jimmie el Caballo? ¿Dónde está?

-En su casa.

-Es en Montreal -intervino la matrona-. Pero hay otros dos telépatas allí. Tu mensaje habrá llegado. ¿Has terminado?

-Sí... -dijo Mary, indecisa-. Pero quizá sería mejor pasarlo a través de otra Sede. -¡No!

-Pero, Janice...

-No lo permitiré. Supongo que era importante, pero quiero administrarle a Billy un antídoto ahora mismo. Salid.

Lazarus tomó a Mary del brazo.

-Vamos, pequeña. Tanto si ha pasado tu mensaje como si no, tú has hecho cuanto podías. Buen trabajo, Mary.

Mary salió a buscar al Secretario Residente para someterle un informe. Lazarus se dirigió a sus asuntos, volviendo sobre sus pasos en busca de alguien que no estuviese demasiado ocupado para atenderle. Los guardias de la entrada del estanque fueron los

primeros a quienes pudo localizar.

-Salud... -empezó, dirigiéndose a uno de ellos. -Salud. ¿Buscas a alguien?

Miró con curiosidad la desnudez casi completa de Lazarus, pero luego desvió la mirada; la indumentaria, o la falta de ella, eran cuestión particular de cada cual.

-En cierto modo -admitió Lazarus-. Busco a alguien que pueda prestarme un «kilt.

-Pues ya lo has encontrado -repuso el centinela con jovialidad, y volviéndose a su compañero-: Prosigue la guardia, Dick. Vuelvo dentro de un minuto.

Lazarus fue conducido a los alojamientos de los solteros, donde recibió ropa, le ayudaron a secar la bolsa y su contenido, y no hicieron ningún comentario acerca del arsenal que llevaba amarrado a los peludos muslos. Afectaban no darse por enterados de las rarezas de los Mayores, pues todos ellos sentían también un profundo apego a sus vidas privadas. Habían visto a tía Mary Sperling llegar medio desnuda, pero esto no les extrañó, pues se hallaban presentes cuando Ira Barstow ordenó a Pete que saliera con el submarino. En cuanto al otro visitante, si gustaba de echarse al agua llevando lastre en ambas piernas, tal vez les pareciese un poco raro, pero no lo manifestaron.

-¿Necesitas algo más? -preguntó el guía de Lazarus-. ¿Te vienen bien los zapatos?

-Bastante bien. Muchas gracias, chico.

Lazarus se alisó la falda prestada. Le venía un poco larga, pero esto no le incomodó demasiado. Eso de andar por el mundo en calzoncillos podía quedar bien en Venus, pero a él nunca le habían gustado las costumbres venusianas. ¡Qué diablos! Un hombre debe andar vestido.

-Ahora me siento mejor -admitió-. Otra vez gracias. Por cierto, ¿cómo te llamas? -Edmund Hardy, de la Familia Foote.

-¡Qué interesante! ¿Por qué línea de descendencia?

-Charles Hardy y Evelyn Foote. Edward Hardy, Alice Johnson, y Terence Briggs, Eleanor Weatheral. Oliver...

-Basta, basta. Ya me lo figuraba. Tú eres uno de mis tataranietos.

-Interesante, en efecto -comentó Hardy, agradablemente sorprendido-. Tenemos una decimosexta parte de consanguinidad directa, entonces. ¿Puedo preguntar tu nombre?

-Lazarus Long.

Hardy meneó la cabeza.

-Pues debe haber algún error. No está entre mis antepasados.

-A ver si te vale Woodrow Wilson Smith. Es el 'nombre que solía usar al principio.

-¡Cómo! ¡Ah, claro que sí! Pero yo creía que estabas... ¡ejem!

-¿Muerto? Pues no. Aquí me tienes.

-Bueno, no quise decir eso -protestó Hardy, confuso al escuchar la temida palabra pronunciada por el otro sin vacilación-. En realidad me alegro mucho de haberte conocido, abuelo. Tenía ganas de conocer la verdadera historia de la gran reunión de las Familias en el año dos mil doce.

-Aquello ocurrió cuando tú aún no habías nacido, Ed -dijo severamente Lazarus-. Y no me llames «abuelo».

-Lo siento, señor... quise decir, lo siento, Lazarus. ¿Puedo serte útil en alguna otra cosa?

-No vamos a enfadarnos por eso. No necesito nada; o mejor dicho, sí. Esta mañana he salido con un poco de prisa. ¿Dónde podría tomar un ligero tentempié?

-No hay problema.

Hardy le condujo a la cocina automática, programó un desayuno y sacó café para su compañero y para sí mismo. Luego salió a reanudar su guardia. Lazarus consumió su «ligero tentempié», constituido por unas tres mil calorias de salchichas, huevos, jamón, panecillos calientes, café con leche y otros accesorios. Siempre solía repostar a tope, y

más ignorando, dadas las nuevas circunstancias, cuándo podría tomar otra comida semejante. Por último se puso en pie, eructó, recogió el servicio y lo echó al incinerador. Seguidamente salió en busca de un teletipo, para enterarse de las últimas noticias.

La máquina estaba en la biblioteca de los solteros. El local estaba vacío, a excepción de un hombre que aparentaba la misma edad de Lazarus. No había otro parecido entre ambos, pues el desconocido era delgado, de facciones más suaves y de pelo rizado y rojo, muy diferente del cepillo gris que lucía nuestro protagonista. El desconocido se inclinaba sobre el teletipo, con los ojos pegados al microvisor.

Lazarus carraspeó con fuerza y dijo: -¿Qué tal? El pelirrojo se incorporó, exclamando:

-¿Eh? Disculpe; me ha sobresaltado, ¿Qué se le ofrece? -Buscaba el teletipo. ¿Le importaría pasar a proyección en pantalla?

-Cómo no.

Accionó el pulsador de rebobinado y ajustó los mandos para proyección. -¿Le interesa algún asunto en particular?

-Sólo quiero ver si hay alguna noticia relacionada con nosotros..., con las Familias. -Es lo mismo que yo estaba buscando. Quizá sería mejor pasar la banda sonora.

-Muy bien -dijo Lazarus, adelantándose y tocando el pulsador del sistema de audio--. ¿Cuál es la clave?

-Matusalén.

Lazarus compuso la palabra en el teclado; las bobinas zumbaron girando a gran velocidad, y por último se detuvieron con un chasquido de triunfo.

-Las noticias del día -anunció el altavoz-. El único noticiario del Medio Oeste abonado a todas las cadenas de cobertura nacional y conectado por canal video con Luna City. Corresponsales vía Tri-S en todo el Sistema. ¡El primero, el más rápido y el mejor informado! Lincoln, Nebraska. La ciencia desenmascara a los longevos. El doctor Witwell Oscarsen, presidente honoris causa del Liceo Bryan, exige que sea reconsiderada oficialmente la situación actual de la asociación autodenominada «de las Familias Howard». «Se ha demostrado, afirma el profesor, «que los miembros de ese grupo han conseguido resolver el inmemorial problema de la larga vida y son capaces de extenderla,

31

quizás, indefinidamente. Podríamos felicitarles por ello, pues se trata de un campo de investigación útil y posiblemente provechoso. Pero su afirmación de que tal solución deriva sólo de una predisposición hereditaria desafía tanto a la ciencia como al sentido común. El moderno conocimiento de las leyes de la genética nos permite afirmar con certeza que esas personas mantienen en secreto la técnica o técnicas mediante las cuales obtienen el resultado antedicho. Ahora bien, es contrario a nuestras leyes el permitir que los conocimientos científicos sean monopolio detentado por una asociación privada, sea cual fuere. Y cuando el ocultamiento de tales conocimientos afecta a las fuentes mismas de la vida, dicha acción se convierte en una traición a la raza humana. Como ciudadano estoy en el derecho de exigir a la Administración que actúe con energía en este asunto, y les recuerdo que esta situación no pudo ser prevista por los inspirados legisladores que establecieron nuestro Tratado y demás leyes fundamentales. Toda ley es obra humana, es un intento finito de englobar infinitas posibilidades; por consiguiente, puede inferirse con lógica rigurosa, y tan cierto como que la noche sigue al día, que toda ley tiene sus excepciones. El atenerse a ella frente a nuevas...»

Lazarus había accionado el pulsador de «paro».

-¿No te parece que ya hemos oído bastante a ese fulano? El desconocido suspiró.

-En efecto. Ya lo había escuchado antes, Pocas veces he tropezado con semejante falta de juicio. Y me extraña, pues el doctor Oscarsen ha sido autor de investigaciones muy meritorias en el pasado... No lo entiendo.

-Habrá llegado a la chochez -explicó Lazarus, poniendo de nuevo en marcha la máquina-. Toma sus deseos por realidades, y le llama a eso una ley científica.

El aparato emitió una serie de ruidos y se puso a hablar nuevamente.

Las noticias del día. El único noticiario del Medio Oeste... -¿No podríamos saltarnos la publicidad? -sugirió Lazarus. Su interlocutor contempló el cuadro de mandos.

-No veo que sea posible.

-Ensenada, Baja California. El matrimonio Jeffers y Lucy Weatheral ha solicitado protección policial especial alegando que un grupo de ciudadanos había invadido su hogar, haciéndoles víctimas de vejaciones, y cometido otros actos antisociales. Los Weatheral, según su propia declaración, son miembros de las célebres Familias Howard, y aseguran que el incidente denunciado podría atribuirse a tal circunstancia. Por su parte, el preboste del distrito afirma que no presentaron ninguna prueba de sus afirmaciones, pese a lo cual ha abierto una investigación. Esta noche se celebrará en la ciudad una asamblea, de la que informaremos a su debido...

El pelirrojo se volvió hacia Lazarus.

32

-¿No crees que ya hemos escuchado bastante, primo? Es el primer caso de violencia antisocial colectiva ocurrido en más de veinte años, y sin embargo lo comunican como si hablasen de una avería en una central eléctrica.

-No del todo -repuso Lazarus-. El redactor de la noticia usa palabras cargadas de segunda intención.

-Sí, por cierto, y de una manera muy astuta. Tomándolas una a una, no creo que ninguna sobrepase un índice emocional de uno coma cinco. El reglamento les impone a los locutores un índice de dos coma cero.

-¿Eres psicometrista?

-¿Eh? No, Creo que debería presentarme. Soy Andrew Jackson Libby. --Y yo Lazarus Long.

-Ya lo sé. Estuve presente en la reunión de anoche. -¿Libby...? ¿Libby...? No acabo de encajarte en las Familias, pero me suena.

-Mi caso es un poco parecido al tuyo. -¿Lo cambiaste durante el Interregno, eh?

-Sí y no, Yo nací después de la Segunda Revolución. Pero los míos se habían convertido a la Nueva Cruzada, por lo que rompieron con las Familias y se cambiaron el apellido. Yo ya era un hombre cuando me enteré de todo eso y me convertí en Miembro.

-¡Diablos! Esto es muy interesante. ¿Cómo lograron reconstruir tu ascendencia, si no es indiscreción?

-Pues verás, yo estaba en la Marina, y uno de mis oficiales... -¡Ya caigo! ¡Y yo que me figuraba que eras astronauta! Tú eres «Regla de Cálculo» Libby, el Algebrista.

-Así me llaman algunos -sonrió Libby, confuso.

-¡Claro que sí! El último cacharro que piloté iba equipado con tu rectificador paragravitacional. Y el ordenador de control aplicaba tu diferencial-fraccional para el mando de los cohetes de posición. Aunque eso lo instalé yo mismo... me tomé prestada tu patente.

A Libby no pareció molestarle aquel hurto de su propiedad intelectual. -¿Te interesas por la lógica simbólica?

-Sólo esporádicamente. Pero mira, introduje en tu invento una modificación que resulta de la solución que tú rechazabas por impropia en la decimotercera ecuación. La cuestión es ésta: supongamos que te mueves en un campo de densidad «X», con un

gradiente de enésimo orden normal a tu trayectoria, y que deseas optimizar el rumbo para un punto de reunión previsto «A», siendo el rotacional «rho» y empleando selección automática durante todo el recorrido. Entonces, si se cumple...

33

De este modo dejaron a un lado el lenguaje con que se entiende la gente normal. Cerca de ellos, el teletipo seguía funcionando. Por

tres veces el altavoz empezó a decir algo, y otras tantas Libby alargó el brazo distraídamente y lo suprimió.

-Ya veo lo que quieres decir -dijo al fin-. Yo había considerado una solución parecida, pero llegué a la conclusión de que no sería comercialmente rentable, salvo para aficionados muy entusiastas como tú. En cambio, tu solución es más barata que la mía. - ¿Cómo lo sabes?

-¡Pero si está muy claro! Se deduce de los datos. Tu solución tiene sesenta y dos piezas móviles; suponiendo procesos de fabricación normalizados, resulta... -Libby titubeó, como si estuviese programando el problema-, resulta un probable optimal de cinco mil doscientas once operaciones de producción, admitiendo que la automación no presentase cuellos de botella; mientras que la mía... Lazarus le interrumpió:

-¿No te duele nunca la cabeza, Andy?

Libby se mostró nuevamente confuso, y protestó:

-No hay nada de anormal en mi talento. En teoría, cualquier persona puede alcanzarlo.

-Claro -convino Lazarus-. Uno también puede hacer que una serpiente baile «claqué», si consigue ponerle los zapatos. Pero no importa; me alegro de haberte conocido. He oído contar anécdotas sobre ti desde mi infancia. Estuviste en el Cuerpo de Construcciones Cósmicas, ¿no?

Libby asintió:

-En el escalón Tres, entre Tierra y Marte.

-Eso es. Un amigo de Marte me lo contó, un comerciante de Drywater. También conocí a tu abuelo materno, un vejestorio muy testarudo, por cierto.

-Supongo que lo fue.

-¡Vaya si lo fue! Tuve una buena pelea con él en la reunión del año dos mil doce. No tenía pelos en la lengua tu abuelo.

Lazarus frunció el ceño.

-Qué cosa tan rara, Andy... Eso lo recuerdo como si fuese ahora mismo. Siempre he tenido buena memoria, pero últimamente se me escapan cosas, sobre todo las que se refieren a este siglo.

-Es una fatalidad matemáticamente ineluctable -dijo Libby. -¿Cómo? ¿Por qué?

34

-La experiencia de la vida es linealmente acumulativa; en cambio la correlación de las impresiones memorísticas está sujeta a un límite en su expansión. Si el género humano llegase a vivir mil años, sería necesario inventar un sistema completamente distinto para almacenar las asociaciones de la memoria y ligarlas selectivamente a la época que les correspondiese. De otro modo, el hombre se ahogaría en la sobreabundancia de sus propios conocimientos, incapaz de evaluarlos. Sería la locura, o la imbecilidad.

-¿De veras? -se preocupó de pronto Lazarus-. En ese caso, vale más que hagamos algo al respecto.

-¡Bah! Creo que debe existir una solución practicable. -Pues manos a la obra, Que no se nos eche el tiempo encima. El teletipo reclamó atención otra vez, ahora con el zumbador

y los pilotos puestos en intermitente.

-¡Atención al noticiario! ¡Flash informativo de última hora! ¡El alto Consejo ha

suspendido el Tratado! Invocando la cláusula de situación de emergencia, y en una acción sin precedentes, el Administrador recibe el encargo de capturar e interrogar a todos los miembros de las autodenominadas Familias Howard, empleando todos los medios a su disposición. El Administrador ha autorizado la difusión del siguiente mensaje a través de todos los medios sindicados (y cito textualmente): «La suspensión de las garantías civiles articuladas en el Tratado se refiere únicamente al grupo designado como Familias Howard, dejando a salvo los poderes de que se hallan investidos los agentes del gobierno para actuar según juzguen conveniente al fin de lograr la detención de dichas personas. Se ruega a los ciudadanos que soporten con optimismo las pequeñas molestias que la aplicación de esta medida pueda ocasionarles. Sus derechos serán respetados en toda la extensión posible; su libertad de movimientos puede quedar sujeta a restricciones temporales, si bien recibirán indemnización completa por cualquier perjuicio que pudiera resultar de ello.»

»Y ahora, mis queridos amigos y conciudadanos, ¿qué significa esto para nosotros, para ustedes, para todos? Noticias del día cede la palabra al popular comentarista Albert Reifsnider.

-Reifsnider al habla, ¡Salud, Ciudadanos! No hay ningún motivo de alarma, Para el ciudadano libre corriente, esta emergencia representará menos molestias que una baja de presión barométrica demasiado súbita para ser dominada por las máquinas del clima. ¡Calma! ¡Serenidad! Colaborad con los agentes de la autoridad cuando os lo pidan, y, por lo demás, ocupaos de vuestros asuntos. No pongáis inconvenientes: colaborad con el servicio. Eso es lo que significa hoy por hoy. Y ¿qué significa para el mañana, para el inmediato futuro? Significa que la administración pública ha tomado medidas para aseguraros la bendición de una vida más larga y feliz. ¡No exageréis vuestras ilusiones! Pero ya se adivina la aurora de un nuevo amanecer... ¡Ah! ¡Así es, en efecto! El secreto celosamente guardado por un grupo de egoístas, muy pronto será...

35

Long se volvió hacia Libby enarcando una ceja, y luego desconectó la máquina.

-Supongo que esto es un ejemplo de información objetiva y veraz -comentó Libby amargamente.

Lazarus abrió su bolsa y lió un cigarrillo antes de contestar: -Tómalo con calma, Andy. Siempre hubo tiempos de vacas flacas y tiempos de vacas gordas. A nosotros nos toca resistir una época de vacas flacas, La horda se ha puesto de nuevo en marcha... esta vez contra nosotros.

3

El escondrijo designado por la Sede de Las Familias fue quedando atestado de gente a medida que pasaba el día. Los refugiados llegaban de todas las partes del Estado, así como de Indiana, a través de los túneles. Al caer la noche quedó embotellada la entrada del estanque subterráneo: submarinos deportivos, falsos automóviles como el de Mary, vehículos de superficie trucados para funcionar en inmersión, todos abarrotados de elementos perseguidos, muchos de los cuales llegaban en estado de semiasfixia, debido a haber tenido que esperar todo el día en el fondo del lago hasta poder pasar.

La gran sala de reuniones resultaba ya insuficiente para alojar a tantas personas. El personal de la Sede despejó las habitaciones, el refectorio, y derribó tabiques para ganar espacio. A medianoche, Lazarus ocupó un estrado provisional y anunció con fuerte voz:

36

-Vamos a discutir la situación. Los de delante, sentaos en el suelo para que los demás puedan ver. Yo nací en mil novecientos doce. ¿Hay aquí algún miembro de más edad?

Hizo una pausa, y luego añadió:

-Procedamos a la designación de presidente. Hablad.

Fueron propuestos tres; antes de que se nombrase a otro, el último de los anteriores se puso en pie:

-Yo soy Axel Johnson, de la Familia Johnson. Deseo retirar mi candidatura y propongo que los demás hagan lo mismo. Lazarus cumplió ayer por la noche; dejémosle continuar. No es momento de rendir culto al protocolo de las Familias,

Los otros se retiraron también, y no se presentó nadie más. Lazarus dijo:

-Muy bien, si ése es vuestro deseo. Antes de comenzar la discusión, quiero escuchar un informe de nuestro Síndico jefe. ¿Qué sabemos por ahora, Zack? ¿Han atrapado a alguno de nuestros hermanos?

Zaccur Barstow no tuvo necesidad de identificarse, por lo que comenzó sin rodeos:

-En nombre de los síndicos: nuestro informe no es completo, pero no nos consta que haya sido arrestado ningún miembro. De los nueve mil doscientos ochenta y cinco Miembros revelados, nueve mil ciento seis pasaron aviso hasta diez minutos antes de que yo dejara la oficina de comunicaciones, informando de que se hallaban en seguridad, bien sea en otros refugios de las Familias, en casa de Miembros no revelados o en otros lugares. La voz de alarma dada por Mary Sperling ha resultado extraordinariamente eficaz, en vista del poco tiempo transcurrido hasta la entrada en vigor de los decretos gubernamentales. Pero todavía nos faltan ciento setenta y nueve personas de las que no sabemos nada por ahora. La mayoría irán llegando dentro de los próximos días. Otros quizá se hallen seguros, aunque no puedan ponerse en contacto con nosotros.

-Vamos al grano, Zack -insistió Lazarus-. ¿Existe una posibilidad razonable de que todos lleguen aquí sanos y salvos? -Absolutamente ninguna.

-¿Por qué?

-Porque sabemos que tres de ellos están a bordo de convoyes de enlace entre la Tierra y la Luna, viajando bajo sus identidades reveladas. Y puede que haya otros, atrapados en circunstancias parecidas.

-¡Pido la palabra!

Un hombrecillo se puso en pie con decisión casi frente al estrado, apuntando con el dedo al Síndico jefe.

-Todos esos hermanos en apuros, ¿disponen de inyecciones hipnóticas para protegerse? -No. No hubo... -¡Exijo una explicación!

37

-¡Silencio! -ladró Lazarus-. Te retiro la palabra. Aquí no se juzga a nadie, ni podemos perder el tiempo en recriminaciones. Adelante, Zack.

-Muy bien, pero quiero contestar a la pregunta que me ha sido formulada. Todo el mundo sabe que la propuesta de cubrir nuestros secretos por medios hipnóticos fue derrotada en la votación que puso fin a la =Mascarada». Me parece recordar que el ahora contraopinante votó con la mayoría en aquella ocasión.

-¡Eso es falso! ¡E insisto en que...!

-¡Silencio! -tronó Lazarus, mirando fijamente al objetor. Luego, contemplándole con cierta atención, prosiguió-: Hermano, creo que constituyes una prueba viviente de que la Fundación habría procedido mejor si se hubiese dedicado más a la inteligencia que a la longevidad.

Lazarus paseó la vista sobre los reunidos.

-Todo el mundo podrá decir lo que piense, pero como presidente pienso moderar la reunión, y como vuelva a interrumpir alguien, haré que se trague su propia dentadura. ¿De acuerdo?

Hubo un murmullo de asombro y aprobación. Nadie objetó. Zaccur Barstow continuó:

Librodot

-Por consejo de Ralph Schultz, durante los últimos tres meses los síndicos han procedido a impartir instrucción hipnótica a los Miembros revelados.

Hizo una pausa.

-Abreviemos, Zack -le urgió Lazarus-. ¿Estamos cubiertos, sí o no?

-Pues no; por lo menos dos de nuestros hermanos, entre los que serán detenidos con toda seguridad, carecen de esa protección. Lazarus se encogió de hombros.

-Entonces, todo es inútil. Hermanos, la partida ha terminado. Una inyección de suero de la verdad en el brazo, y se acabó la «Mascarada». Estamos ante una situación nueva, o lo estaremos dentro de pocas horas, ¿Qué proponéis para resolverla?

En la cabina de mandos del «Wallaby», cohete de trayecto a las antípodas por el rumbo Sur, el telecomunicador zumbó, hizo «puf» y expulsó, como si sacase la lengua para hacer burla, una tira de papel. El copiloto se adelantó, cortó la tira del mensaje y la leyó. - Agárrese bien, capitán.

-¿Algún problema? -Lea.

El capitán lo hizo y emitió un tenue silbido.

-¡Maldita sea! Nunca he arrestado a nadie. Ni siquiera creo haber visto un arresto. ¿Cómo se hace eso?

-Me inclino ante sus galones, capitán,

38

-¿Conque ésas tenemos? Pues ya que está inclinado, siga inclinándose. Le ordeno que proceda al arresto.

-¿Eh? Eso no es lo que yo quería decir. Usted representa la autoridad en esta nave. Proceda, yo me encargaré de la navegación. -No me ha entendido. Acabo de delegar mi autoridad en usted. Cumpla mis órdenes.

-A la orden, mi capitán.

El copiloto se dirigió hacia popa. La nave acababa de completar el reingreso en la atmósfera e iniciaba el descenso en caída libre. Se preguntó cómo podría proceder al arresto, a falta de gravedad. ¿Cazando al pasajero con un atrapamoscas? Localizó por el número del asiento al que buscaba y le tocó el brazo.

-Disculpe, señor. Ha habido un error en la reserva de plazas. ¿Podría ver su documentación?

-Desde luego.

-Pasemos a la cabina de oficiales. Allí estaremos más tranquilos y podremos tomar asiento.

-Como quiera.

Una vez en la cabina privada, ofreció asiento al pasajero y de pronto puso cara de contrariedad.

-¡Torpe de mí! Me he olvidado la lista de pasaje en la cabina de mando.

Dicho esto se volvió y salió. El sorprendido pasajero oyó un «clic» que no esperaba. Receloso, fue a abrir la puerta. Ésta no cedió.

Dos agentes le esperaban en Melbourne. Mientras le escoltaban a través del aeropuerto, pudo escuchar los comentarios de una multitud curiosa que, inexplicablemente, le miraba con hostilidad.

-¡Ése es uno de ellos! -dijo alguien.

-¿Ése? Pues no parece tan viejo.

-¿A cuánto habrá pagado las glándulas de mona? -No le mires de esa manera, Herbert. -¿Por qué no? Es mucho menos de lo que merece.

Fue conducido a la oficina del Preboste, quien le invitó a sentarse con fría cortesía.

-Bien, señor -dijo el Preboste con su ligero acento australiano-. Si tiene usted la amabilidad de colaborar, permita que nuestro practicante le ponga una inyección en el brazo.

-¿Y para qué?

39

-Para colaborar a un fin social. Estoy seguro de que deseará hacerlo. No vamos a causarle daño alguno.

-No es ésa la cuestión. Exijo una explicación. Soy ciudadano de los Estados Unidos.

-En efecto, pero la jurisdicción de la Federación abarca a todos los estados federados, y ésa es la autoridad que me respalda. Hágame el favor de descubrirse el brazo.

-Me niego rotundamente. Esto es un atropello a mis derechos civiles. -Vamos, muchachos. ¡Sujetadle!

Se necesitaron cuatro hombres para conseguirlo. Incluso antes de que la aguja tocase su piel, la mandíbula del hombre se contrajo y se reflejó una mueca de agonía en su rostro. Luego quedó como en colapso, mientras el Preboste y sus ayudantes aguardaban a que la droga hiciese efecto. Por último, aquél levantó un párpado del viajero y dijo:

-Creo que ya está. No pesará mucho más de s¿lenta kilos, por eso le hizo efecto en seguida. ¿Dónde está esa lista de preguntas? Uno de los agentes se la entregó, y el Preboste ,- empezó: -Horace Foote, ¿me oye usted?

Los labios del pasajero dibujaron una mueca; parecía que iba a hablar. Abrió la boca y salió un chorro de sangre que le manchó todo el pecho.

El Preboste se abalanzó sobre el viajero y le sostuvo la cabeza, haciendo un rápido examen.

-¡Pronto! ¡Un médico! ¡Este hombre se ha partido la lengua en dos!

El capitán de la nave lunar «Moonbeam» gruñó, malhumorado, después de leer el mensaje,

-¿A qué juegan ésos? -dijo, volviéndose hacia el tercer oficialA ver si usted puede explicármelo.

El aludido se inclinó para leer el mensaje que le tendía su iracundo capitán, y lo hizo en voz alta:

«Se atenderá sobre todo a evitar que las personas en cuestión puedan infligirse daños a sí mismas. Por tanto, se le ordena reducirlas a la inconsciencia sin previo aviso.»

El capitán agitó el papel en el aire.

-¿Qué se habrán creído? ¿Que esto es una cárcel? ¿Quién se creen que son? Decirme a mí, en mi propia nave, lo que debo hacer con mis pasajeros... ¡No lo haré, maldita sea! ¡No lo haré! El reglamento no me obliga a obedecer, ¿no es cierto, oficial?

El tercer oficial se dedicó a estudiar la estructura de la nave, sin replicar palabra. El capitán interrumpió sus paseos a lo largo y a lo ancho de la cabina.

40

-Sobrecargo! ¡Sobrecargo!¿Dónde se mete que nunca aparece cuando le necesito? -Estoy aquí, mi capitán. -¡Ya era hora!

-He estado aquí todo el rato, señor.

-No discuta. Tome... Léalo y proceda. Es una orden. Entregó el despacho al sobrecargo y se fue.

Un mecánico, bajo la supervisión del sobrecargo, del oficial de guardia y del oficial médico, modificó ligeramente las tuberías del aire acondicionado de cierta cabina, y dos inquietos pasajeros olvidaron sus problemas por influjo de una dosis de gas somnífero no letal.

-Otro informe, señor.

-Déjelo ahí -dijo el Administrador con voz fatigada,

-El consejero Bork Vanning le presenta sus respetos y solicita audiencia.

-Dígale que, sintiéndolo mucho, estoy demasiado ocupado. -Insiste en verle, señor. El Administrador Ford contestó, irritado:

-En ese caso, dígale al honorable señor Vanning que él no manda en esta oficina.

El secretario no dijo nada; el Administrador Ford se frotó las sienes con los dedos y agregó lentamente:

-No, Gerry, no se lo diga. Sea diplomático, pero no le deje pasar. -Sí, señor.

Cuando se halló a solas, el Administrador tomó el informe. Leyó distraídamente el encabezamiento, la fecha y la referencia.

«Sinopsis de la entrevista con el ciudadano condicionalmente proscrito Arthur Sperling. Adjuntamos transcripción completa. Condiciones de la entrevista: Al sujeto se le administró una dosis normal de neo-escopolamina, habiendo recibido previamente una dosis no determinada de hipnotal en estado de gas. Antídoto... »

Por lo visto, no había modo de curar la prolijidad de los subordinados. Algo en la personalidad del funcionario le impulsaba a emborronar papel. Trató de hallar un pasaje interesante:

«... dice ser y llamarse Arthur Sperling, de la Familia Foote, y establece su edad en ciento treinta y siete años. (La edad aparente del sujeto viene a ser de cuarenta y cinco, más

41

menos cuatro: véase informe biológico adjunto.) El sujeto confiesa pertenecer a las Familias Howard, Declara que el número de asociados a las Familias sobrepasa los cien mil. Se le rogó que corrigiese su estimación, dado que calculábamos dicho número en unos diez mil. Se reafirma en su declaración originaria.»

El Administrador leyó dos veces este párrafo. Luego siguió más abajo, buscando las conclusiones:

«... insiste en que su larga vida es consecuencia de una disposición hereditaria, sin obedecer a ninguna otra razón. Admite haber recurrido a medios artificiales para conservar el aspecto juvenil, pero mantiene firmemente que su longevidad es innata, no adquirida. Se le sugirió que tal vez sus mayores le hubieran sometido a tratamiento en su primera infancia, al objeto de aumentar su esperanza de vida, El sujeto admitió esta posibilidad. Al ser presionado para que diese nombres de personas que pongan o hayan puesto en práctica tales tratamientos, volvió a su primera declaración, asegurando que no existen los susodichos tratamientos.

»Ha dado los nombres (procedimiento de la asociación espontánea), y en algunos casos las direcciones, de unos doscientos miembros de su grupo familiar, no identificados previamente como tales en nuestros archivos. (Se adjunta la lista.) Su fuerza quedó muy mermada como consecuencia del arduo interrogatorio y ha caído en una completa apatía, de la cual no puede ser sacado mediante ningún estímulo dentro de las tolerancias admisibles (véase informe biológico).

»Conclusiones del análisis resumido por el método de aproximación de Kelly-Holmes: el sujeto no conoce el Objeto Buscado ni cree en él. No recuerda ninguna experiencia con el Objeto Buscado. Debe estar en un error, o bien el conocimiento del Objeto Buscado se limita a un grupo pequeño, del orden de veinte personas. Un miembro de este grupo selecto puede ser localizado mediante un proceso eliminatorio de tres secuencias, a lo sumo. (Probabilidad igual a la unidad, dados los siguientes supuestos: primero, que el espacio topológico social sea continuo y se halle dentro de la Federación occidental; segundo, que exista al menos una secuencia de concatenación entre los sujetos detenidos y el grupo de élite. Estos supuestos no pueden ser verificados por el autor del presente informe, pero el primero está fuertemente apoyado por la lista de nombres facilitada por el sujeto, en la que se identifica a miembros de las Familias Howard anteriormente libres de toda sospecha. En cuanto al segundo, si examinamos la proposición contraria estaríamos afirmando que el grupo de élite

Librodot

detentor del Objeto Buscado habría sido capaz de aplicarlo sin disponer de un espacio sociológico de contacto, lo cual es, evidentemente, absurdo.)

»Tiempo de localización estimado: setenta y una horas, más menos veinte. El servicio responsable confirma la predicción, aunque no da garantía con respecto al tiempo. Se llevará a cabo una revisión de éste... »

42

Ford arrojó el informe sobre un rimero de papeles que se amontonaba sobre su anticuado escritorio. ¡»atajo de imbéciles! ¡No sabían ni distinguir un informe negativo cuando lo tenían delante... y se titulaban psicógrafos!

Escondió la cara entre las manos, presa de total frustración y cansancio.

Lazarus golpeó la mesa con la culata de su desintegradora, a modo de mazo presidencial.

-¡No interrumpáis al orador! -tronó, añadiendo luego en tono normal-: Adelante, pero sé breve.

Bertram Hardy asintió brevemente.

-Digo y repito que esas mariposas efímeras que vemos a nuestro alrededor no tienen derecho alguno que nosotros, los de las Familias, debamos respetar. Trataremos con ellos empleando la astucia, el fraude, la alevosía, y una vez consolidada nuestra posición, si es preciso... ¡la fuerza! No estamos obligados a respetar su bienestar, de la misma manera que el cazador no da el alto a la pieza antes de pegarle un tiro. El...

Se oyó un abucheo al fondo de la sala. Lazarus reclamó silencio otra vez, mientras trataba de localizar a los alborotadores. Hardy seguía, obstinado:

-El llamado género humano se ha dividido en dos subespecies; ya es hora de que nos demos cuenta. De un lado, el homo vivens, que somos nosotros; del otro, ¡el homo moriturus! Su tiempo se ha cumplido, lo mismo que ocurrió con los grandes reptiles, el tigre de dientes de sable o el bisonte. No vamos a mezclar más nuestra sangre viviente con la de ellos, lo mismo que no trataríamos de cruzarnos con los chimpancés. Lo que propongo es que contemporicemos con ellos, que les contemos algún cuento, prometiéndoles que los bañaremos en la fuente de la eterna juventud. Es decir, ganar tiempo de forma que cuando esas dos especies radicalmente antagónicas entablen la batalla final, que llegará ineluctablemente, la victoria sea nuestra.

No hubo ningún aplauso, pero Lazarus pudo ver que muchos vacilaban. Las ideas de Bertram Hardy eran contrarias a los principios inculcados en muchos años de vida civilizada, pero sus palabras parecían ir de acuerdo con el signo de los tiempos. Pero Lazarus no creía en lo de seguir el signo de los tiempos; creía... En fin, no importaba. Trató de imaginar el aspecto que tendría el hermano Bertram con los dos brazos rotos,

Eve Barstow se puso en pie.

-Si eso es lo que entiende Bertram como la supervivencia de los más dotados -exclamó con amargura-, prefiero ir a vivir con los asociales de Coventry. Sin embargo, él ha sugerido una línea de acción, y puesto que yo la rechazo estoy obligada a proponer otra. No aceptaré ningún plan que consista en vivir a costa de nuestros pobres semejantes de corta vida, Por lo demás, resulta para mí evidente que nuestra mera presencia, el simple

43

hecho de nuestra rica herencia vital, daña al espíritu de nuestros desgraciados convecinos. Nuestros largos años de vida, y la mayor abundancia de oportunidades, ridiculizan los mejores esfuerzos de ellos. Cualquier empresa les parece una lucha sin esperanza ante la proximidad de la muerte. Nuestra presencia mina sus fuerzas, arruina su juicio y les llena de terror ante la muerte. Por tanto, voy a proponeros un plan. Mostrémonos abiertamente, digamos toda la verdad, y exijamos nuestro lugar en la Tierra, es decir, algún rincón donde podamos vivir aparte. Si nuestros pobres amigos quieren rodearnos con una muralla muy alta, como la de Coventry, que lo hagan... pues

mejor sería no volver a encontrarnos cara a cara.

Algunos de los que antes dudaban manifestaron ahora su aprobación. Ralph Schultz se puso en pie,

-Aunque no me opongo a la idea fundamental de Eve, en mi calidad de profesional debo advertiros que el aislamiento psicológico por ella propuesto no se consigue tan fácilmente. Mientras vivamos en este planeta, no podrán apartarnos de sus mentes. Las comunicaciones modernas...

-¡Entonces tendremos que irnos a otro planeta! -replicó ella. -¿Adónde? -terció Bertram Hardy-. ¿A Venus? Preferiría vivir en un baño turco. ¿A Marte? Esquilmado y sin valor alguno. -Podríamos colonizarlo -insistió ella.

-Eso no sería posible con toda la duración de tu vida y de la mía. No, querida Eve, tus humanitarias ideas suenan muy bien, pero no son practicables. En todo el sistema solar sólo hay un planeta idóneo para la vida, y es el que ahora tenemos.

Las palabras de Bertram Hardy desencadenaron una reacción en el cerebro de Lazarus Long, pero luego la idea se le escapó. Algo... de lo que había oído, o dicho, uno o dos días antes... ¿O quizás hacía más tiempo? Le parecía de alguna forma relacionado con su primer viaje al espacio, hacía más de un siglo. ¡Condenación! Era para volverse loco que la memoria le jugase aquellas pasadas...

En seguida acudió la idea: ¡La nave estelar! El vehículo interestelarque estaban acabando entre la Tierra y la Luna.

-¡Hermanos! -gruñó-. Antes de abandonar esa idea de colonizar otro planeta, conviene tener en cuenta todas las posibilidades.

Aguardó unos instantes, para que todos estuvieran pendientes de sus palabras.

-¿Os habéis detenido a considerar que no todos los planetas del Universo giran alrededor de este Sol?

Zaccur Berstow rompió el silencio. -Lazarus... ¿lo dices en serio? -Nunca he hablado más seriamente, -Pues no lo parece. Será mejor que te expliques. -Lo haré,

Lazarus se volvió hacia la multitud y continuó:

44

-Tenemos un vehículo estelar en órbita, muy espacioso, pensado para dar el gran salto hacia las estrellas. ¿Por qué no lo tomamos y nos vamos con él a buscar un mundo que sea nuestro, un solar para nuestra raza?

Bertram Hardy fue el primero en recuperarse.

-No sé si nuestro presidente trata de animar el ambiente con una de sus bromas, o no. Pero, admitiendo que haya hablado en serio, voy a contestarle. Lo que he objetado a propósito de Marte se aplica centuplicado a este loco proyecto. Entiendo que los locos temerarios que se proponían tripular esa nave preveían que el viaje iba a durar aproximadamente un siglo; entonces, serán sus nietos quienes encuentren algo, o tal vez no encuentren nada. En cuanto a mí, no me interesa. No tengo ganas de estar encerrado durante un siglo en un recipiente de acero, ni espero vivir tanto tiempo. No apoyo la idea.

-Cállate ya -le dijo Lazarus-, ¿Dónde está Andy Libby? -Aquí -respondió Libby, poniéndose en pie.

-Sube al estrado. ¿Has tenido tú algo que ver en el proyecto de la nueva nave Centauro? -No, ni en ésta ni en la primera que se construyó.

-Eso aclara la situación. Si la mano de «Regla de Cálculo» Libby no ha intervenido en el diseño de los motores, la nave no será ni con mucho tan rápida como debería. Más vale que empieces a trabajar en ese problema, «Regla de Cálculo». Es muy probable que necesitemos una solución.

-Pero, Lazarus, no irás a creer que... -¿No es teóricamente posible?

-Sí, y tú también lo sabes, pero...

-Entonces, que esa gran zanahoria que tienes por cabeza empiece a funcionar. -

Pero... Está bien, como tú digas -dijo Libby, poniéndose del mismo color que su pelo. -Espera un momento, Lazarus -dijo Zaccur Barstow-.

Me gusta esta proposición y creo que hemos de discutirla en detalle, sin dejarnos intimidar por la contrariedad del hermano Bertram. Aunque el hermano Libby no llegase a inventar un mejor sistema de propulsión, y francamente no creo que pueda, por lo que sé de mecánica de los campos, incluso en ese caso no me espanta un siglo de viaje. Utilizando la hibernación y tripulando la nave por turnos, la mayoría de nosotros llegaríamos a completar el salto. Claro está que...

-Qué motivo tienes para creer que nos dejarán esa nave a nosotros? -interrumpió Hardy.

-Dirígete a la presidencia cuando quieras decir algo, Bert. Ni siquiera eres un delegado de las Familias. Última advertencia -le reprendió Lazarus.

45

-Como iba diciendo -continuó Barstow-, la idea de que sean los longevos quienes exploren las estrellas parece singularmente adecuada. Un místico podría llamarlo «nuestra verdadera vocación».

Se interrumpió para reflexionar unos instantes, y luego continuó:

-En cuanto a la nave que sugirió Lazarus, es posible que no quieran dárnosla, pero las Familias son ricas. Si necesitamos una espacionave, o varias, podemos construirlas; tenemos medios para pagarlas. Pienso que será mejor conservar la esperanza de que nos dejarán hacerlo, pues muy posiblemente no existe otra solución, ninguna solución a este dilema, que no incluya nuestro exterminio.

Barstow pronunció estas últimas palabras en voz baja, aunque con énfasis, y en tono de honda tristeza que caló en los oyentes como un viento helado. Para la mayor parte de ellos, el problema era demasiado nuevo y no acababa de parecerles real. Nadie había formulado en voz alta la posible consecuencia de un fracaso en hallar una solución que satisficiera a la mayoría de los efímeros. Pero cuando el mismo Síndico jefe se atrevía a decir que las Familias podían llegar a ser exterminadas -sus miembros cazados como ratas y muertos-, tales palabras conjuraban en ellos el fantasma que nunca se atrevían a mencionar.

Cuando el silencio llegó a hacerse doloroso, Lazarus lo rompió diciendo:

-Bien, antes de apurar las posibilidades de esta idea veamos si alguien tiene otro plan que sugerir. Hablad.

Entonces entró a toda prisa un mensajero, que habló con Zaccur Barstow. Este puso cara de sorpresa y se hizo repetir el mensaje. Luego corrió hacia el estrado y habló al oído de Lazarus. Lazarus puso cara de sorpresa y Barstow salió corriendo.

Lazarus se volvió hacia la multitud.

-Se suspende la sesión durante algunas horas -anunció-. Esto os servirá para reflexionar sobre otros proyectos... y para estirar las piernas y fumar.

Y metió la mano en el bolso.

-¿Qué pasa? -preguntó alguien, al fondo,

Lazarus encendió un cigarrillo, aspiró una larga bocanada y la expelió.

-Habremos de esperar y ver -dijo-. No lo sé, pero al menos media docena de los planes que hemos discutido esta noche no tendremos que molestarnos ni en votarlos. La situación ha cambiado de nuevo, aunque ignoro en qué medida.

-¿Qué quieres decir con eso?

46

-Pues que, por lo visto, el Administrador de la Federación ha pedido hablar con Zack Barstow en seguida. Le ha llamado por su nombre... y lo hizo a través del circuito secreto de las Familias. -¿Qué? ¡Eso es imposible!

-Como dijo la soltera cuando le anunciaron que estaba en estado.

4

Zaccur Barstow procuró calmarse mientras corría hacia la cabina telefónica.

Al otro lado del mismo circuito de videófono, el honorable Slayton Ford trataba de hacer lo mismo: es decir, de calmar sus nervios. Y no era que no tuviese buena idea de sí mismo. Una larga y brillante carrera pública, coronada por muchos años de Administrador del Consejo y del Tratado de la Confederación occidental, afirmaban en Ford la certeza de su habilidad e incomparable experiencia. Posiblemente ningún interlocutor sería capaz de hacerle sentirse inferior en una negociación política.

Pero este caso era diferente.

¿Cómo se comportaría un hombre que había vivido más de dos veces la duración de una vida corriente y ordinaria? Y peor aún, que multiplicaba por cuatro o por cinco la experiencia adulta del propio Slayton Ford. Este sabía que sus propias opiniones no eran las mismas que las de su juventud; el muchacho que fue, o el joven que había sido, no

47

hubieran podido medirse con el hombre maduro que era ahora. Pero, ¿cómo sería Barstow? Sin duda el más hábil, el más astuto, de un grupo cuyos integrantes poseían todos más experiencia que el propio Ford. ¿De qué modo podría tratar de adivinar los propósitos, la mentalidad, los recursos de un hombre así?

Ford sólo estaba seguro de una cosa: él no vendería la isla de Manhattan por veinticuatro dólares y una caja de whisky, ni los derechos naturales de la humanidad por un plato de lentejas.

Estudió el rostro de Barstow, que aparecía en el videófono. Era un rostro noble y enérgico; sería inútil tratar de intimidarle. Y parecía un hombre joven... ¡Caramba, si hasta parecía más joven que el mismo Ford! La imagen de su severo e implacable abuelo regresó al inconsciente del Administrador, dejando en paz su mente y relajando la tensión acumulada. Por ello dijo tranquilamente: -¿Es usted el ciudadano Zaccur Barstow?

-Sí, señor Administrador.

-¿Y el jefe ejecutivo de las Familias Howard?

-Sólo soy el Síndico jefe y portavoz de la Fundación de nuestras Familias. Pero soy responsable ante mis primos, sin que ello implique que tenga autoridad sobre ellos.

Ford desoyó la objeción.

-Doy por supuesto que su cargo supone un liderazgo. No puedo negociar con cien mil personas.

Barstow no pestañeó. Vio el juego del poder en la súbita admisión de que el Gobierno conocía el verdadero número de miembros de las Familias, pero no hizo caso. Ya había tenido que absorber el hecho de que el cuartel general secreto de las Familias hubiera dejado de ser secreto, lo mismo que su circuito privado de comunicaciones, que el Administrador había sabido interceptar. Pero esto sólo significaba que uno o más Miembros habían sido capturados y obligados a hablar.

Así pues, era prácticamente seguro que las autoridades conocían ya cuanto valiera la pena conocer acerca de las Familias.

Por tanto, era inútil farolear; no obstante, mejor sería no anticipar nada. Dado el escaso tiempo transcurrido, era posible que aún desconociesen muchos detalles.

Barstow respondió sin vacilar:

-¿Qué desea negociar conmigo, señor?

-La política de la Administración para con su grupo familiar. El bienestar de los suyos y de usted mismo.

Barstow se encogió de hombros.

48

-¿Qué vamos a discutir? El Tratado es un papel mojado, y usted tiene plenos poderes para hacer de nosotros lo que quiera... a fin de sacarnos un secreto que no

poseemos. ¿Qué podemos hacer, si no suplicar clemencia?

-¡Por favor! -el Administrador hizo un gesto de contrariedad-. ¿Para qué andar con rodeos? Usted y yo tenemos el mismo problema. Discutámoslo francamente y tratemos de alcanzar una solución, ¿no le parece?

Barstow replicó lentamente:

-Ya me gustaría... y quiero creer que a usted también. Pero el problema se basa en un falso supuesto: que nosotros, las Familias Howard, sabemos cómo prolongar la vida humana. Y no es así.

-Supongamos que yo le digo que, en efecto, sé que no existe tal secreto.

-¡Hum! Me gustaría creerlo. Pero, ¿cómo concuerda eso con la persecución emprendida contra mi gente? Hemos sido acorralados como ratas.

Ford puso el rostro sombrío.

-Hay una historia muy, muy antigua, acerca de un teólogo a quien se le preguntó cómo reconciliaba la doctrina de la misericordia divina con la de la condenación o castigo de un menor de edad. «El Todopoderoso», explicó, «considera necesario hacer cosas, en el ejercicio de Sus funciones oficiales y públicas, que tal vez deplore a nivel privado y personal».

Barstow sonrió a su pesar.

-Ya comprendo la analogía. ¿Le parece aplicable a la situación actual? -Creo que sí.

-Entonces, ¿me ha llamado sólo para pedirme disculpas por tener que ejercer como dirigente político?

-No, espero que no. ¿Está usted familiarizado con los asuntos políticos? Estoy seguro de que lo está; su cargo lo exige. Barstow asintió, y entonces Ford inició una amplia explicación. La Administración de Ford había sido la más larga desde la firma del Tratado: logró perdurar a través de cuatro legislaturas. No obstante, su control estaba ahora tan debilitado que no podía arriesgarse a forzar una votación de confianza, y, lógicamente, no para un asunto como el de las Familias Howard. En esta cuestión, su mayoría nominal era en realidad una minoría. Si rehusaba la decisión vigente del Consejo y presentaba la cuestión de confianza, Ford sería derrotado y el líder de la actual minoría pasaría a ocupar el cargo de Administrador.

49

-¿Me sigue? Puedo elegir entre mantenerme en el cargo y tratar de solucionar este problema, aunque me vea limitado por una decisión del Consejo con la que no estoy de acuerdo..., o dejar los trastos a otro, para que lo resuelva él.

-¿Supongo que no está pidiéndome mi opinión?

-¡No, no! ¡Nada de eso! La decisión del Consejo habría sido puesta en práctica de todos modos, bien por mí o por el señor Vanning. Por consiguiente, he preferido hacerme cargo yo. La pregunta es: ¿van a ayudarme ustedes, sí o no?

Barstow vaciló, mientras su mente pasaba rápida revista a la carrera política de Ford. Los comienzos de la larga administración de Ford habían sido casi una Edad de Oro, por su buen Gobierno. Hombre práctico y sabio, Ford había convertido en leyes útiles y justas los principios de las libertades humanas que Novak estableció en el Tratado, Fue un período de buena voluntad, de expansión próspera, de progreso civilizador que había parecido permanente, irreversible.

No obstante, ahora se presentaba una regresión, cuyas razones podía entender Barstow tan bien como el mismo Ford. Dondequiera que los ciudadanos fijen su atención en un solo problema, con exclusión de los demás aspectos, queda abonado el terreno para los bribones, demagogos y ambiciosos. Las Familias Howard habían creado, sin poder preverlo, la crisis de la moral pública que ahora

se volvía contra ellos, a causa de la decisión tomada muchos años antes de dejar que los efímeros conocieran su existencia. No importaba que el «secreto» no existiera;

Librodot

igual envenenaba las mentes. Ford, al menos, comprendía la verdad de la situación...

-Le ayudaremos -respondió Barstow de pronto. -Bien. ¿Qué sugiere? Barstow se mordió el labio.

-¿Hay algún medio de revocar esa drástica medida, que supone una violación del Tratado?

Ford meneó ja cabeza. -Es demasiado tarde.

-¿Y si usted se dirigiese a la opinión pública, dando la cara, y les dijese a los ciudadanos que usted sabe que...?

Ford le interrumpió:

-No duraría en esta poltrona el tiempo necesario para terminar la alocución, Y, además, no me creerían. Por otra parte, y entiéndame bien, Zaccur Barstow, aunque personalmente simpatizo con usted y los suyos, yo no haría tal cosa aunque me fuese posible. Esta cuestión es un cáncer que devora los órganos más vitales de nuestra sociedad; tiene que ser extirpado. Es cierto que me he visto ante un hecho consumado, sí... pero ya nadie puede volverse atrás. Hay que luchar por imponer una solución,

50

Al menos en un sentido, Barstow era un hombre sabio. Admitía que otro hombre pudiera oponérsele, sin juzgarle por ello un villano. No obstante, protestó:

-Mi gente está siendo perseguida...

-Su gente no es más que una fracción de la décima parte del uno por ciento de la humanidad..., y yo debo hallar una solución que cuadre a todos, Le llamo para saber si tiene alguna sugerencia que pueda encaminarnos a tal solución. ¿La tiene?

-No estoy seguro -empezó lentamente Barstow-. Supongamos que le concedo la necesidad de seguir adelante con ese feo asunto, con eso de detener a los míos y someterlos a interrogatorios ilegales... Imagino que no tengo otra opción...

-No la tiene, ni yo tampoco -Ford frunció el ceño-. Se hará con el mayor humanitarismo posible... Recuerde que tengo las manos atadas.

-Gracias. Pero, aunque usted me diga que sería inútil dirigirse al pueblo, dispone sin embargo de inmensos recursos propagandísticos. ¿No sería posible organizar una campaña para convencer a la gente de la verdad? ¿De que no existe ningún secreto? Así ganaríamos tiempo.

Ford replicó:

-Hágase usted mismo esa pregunta: ¿le convencería? -Seguramente no -suspiró Barstow.

-¡Ni yo lo consideraría una solución, aunque funcionase! La gente, y esto incluye a los colaboradores que me rodean, se aferra

ciegamente a la creencia en una fuente de la Eterna Juventud, pues la otra alternativa es demasiado amarga para digerirla. ¿Sabe usted lo que significaría para ellos la verdad completa?

-Continúe.

-Para mí, la Muerte sólo es soportable porque hasta ahora fue siempre la Gran Demócrata, la que trata a todos por igual. Pero ahora resulta que la Muerte tiene sus favoritos. ¿Puede usted, Zaccur Barstow, comprender la amarga envidia del hombre corriente de... digamos cincuenta años, mientras contempla a uno de los vuestros? ¡Cincuenta años! Veinte de los cuales transcurrieron en la infancia. Hasta pasados los treinta no se adquiere el dominio de la profesión; hasta Jos cuarenta no habrá consolidado una posición respetable. Sólo en los diez últimos años, hasta los cincuenta, habrá llegado a alguna parte. -Ford se acercó a la pantalla y agregó con sobrio énfasis-: Y ahora que ha alcanzado su meta, ¿cuál va a ser su recompensa? La vista le falla, el vigor de la juventud le abandona, su corazón y sus pulmones «ya no son lo que solían». Todavía no es un anciano, pero ya puede sentir el frío de la invernada. Y sabe lo que le espera. ¡Lo sabe, lo sabe!

51

-Pero eso es inevitable, y todos los hombres han aprendido a aceptarlo con resignación.

-Entonces aparecen ustedes -continuó Ford con amargura-. Ustedes se burlan de su debilidad, le humillan ante sus hijos. El no se atreve a hacer proyectos para el futuro; vosotros abordáis empresas a las que no daréis cima antes de cincuenta años. Por muchos éxitos que él haya obtenido, por méritos que haya acumulado, vosotros le alcanzáis y superáis con facilidad, seguís adelante... En su debilidad, sois amables con él, ¿Le sorprende que os odien?

Barstow se irguió, abrumado. -¿Me odia usted, Slayton Ford?

-No, no. No puedo permitirme el lujo de odiar a nadie. Pero voy a decirle una cosa: si hubiera existido el secreto, sepa que se lo arrancaría aunque para ello tuviera que cortarle en pedazos.

-Sí, eso puedo entenderlo -reflexionó Barstow-. Poco podemos hacer los de las Familias Howard. Nosotros no planeamos las cosas en esta forma; otros lo dispusieron así. No obstante, hay una cosa que sí podemos ofrecer.

-¿Y bien?

Barstow se lo explicó. Ford meneó la cabeza.

-Lo que usted sugiere es factible médicamente, y no dudo que una mitad de participación en su herencia podría alargar la duración de la vida humana. Pero, aunque las mujeres estuviesen dispuestas a aceptar la donación de semen de vuestros hombres, y no aseguro que lo hiciesen, sería la muerte psíquica para todos los demás varones. Habría una explosión de odio y frustración que dividiría la raza humana, encaminándola a la ruina. No importa lo que nosotros opinemos, las costumbres son como son. No se puede criar a los hombres como si fuesen animales; no lo soportarían. -Ya comprendo -repuso Barstow-, pero eso es todo lo que podemos ofrecer... una participación en nuestro capital biológica, a través de la inseminación artificial.

-Sí. Supongo que debería darle las gracias, pero el caso es que no experimento ninguna gratitud, y no lo haré. Ahora, seamos prácticos. Individualmente, ustedes los, longevos son, sin duda alguna, personas honradas y encantadoras. Pero, como grupo, son tan peligrosos como si fuesen portadores de una plaga. Por tanto, deben ser puestos en cuarentena.

Barstow asintió.

-Mis parientes y yo habíamos llegado ya a esa conclusión. Ford pareció sentirse algo aliviado.

-Celebro que sean tan comprensivos.

52

-No tenemos otra solución. ¿Y bien? ¿Una colonia segregada, a modo de reserva penitenciaria? ¿Madagascar, tal vez? O podríamos confinarnos en las Islas Británicas, reconstruirlas y desde allí colonizar Europa conforme vaya disminuyendo la radiactividad.

Ford meneó de nuevo la cabeza negativamente.

-Imposible. Eso sería dejar el problema para nuestros nietos. Para entonces, usted y los suyos se habrían hecho fuertes, y podrían derrotarnos. No, Zaccur Barstow; usted y los suyos ¡deben abandonar este planeta de una vez por todas!

Barstow palideció.

-Ya me figuraba que llegaríamos a esto. Bien, ¿y adónde quiere que vayamos? -Pueden elegir en todo el sistema solar, dondequiera que les guste.

-Pero, ¿dónde? Venus no es ninguna ganga, pero, aunque eligiésemos ir allí, ¿nos aceptarían? Los venusianos no aceptan órdenes de la Tierra, eso quedó bien claro el año dos mil veinte. Es verdad que ahora admiten un cupo de inmigrantes bajo las condiciones del Concordato de los Cuatro Planetas, pero, ¿aceptarían a cien mil,

Librodot

enviados por la Tierra por considerarlos demasiado peligrosos? Lo dudo.

-Y yo. Mejor sería buscar otro planeta.

-¿Cuál? En todo el sistema solar no hay otro que pueda sustentar la vida humana en su forma actual. Exigiría un esfuerzo casi sobrehumano, aun disponiendo de recursos ilimitados de dinero, y con la más moderna tecnología, el conseguir un mínimo de habitabilidad en el mejor de ellos.

-Hagan ese esfuerzo, No regatearemos nuestra ayuda. -Seguro que no. Pero, a largo plazo, ¿no sería lo mismo que concedernos una reserva en la Tierra? ¿Podría usted detener los viajes interplanetarios?

Ford le entendió en seguida.

-¡Ah! Entiendo su idea, No la había seguido hasta el final, pero podemos considerarla. ¿Por qué no? ¿No sería mejor abandonar los viajes espaciales, que permitir que esta situación degenere en una guerra declarada? Ya fueron abandonados en otra ocasión.

-Sí, cuando los venusianos se declararon independientes y expulsaron a los concesionarios. Pero luego se reanudaron otra vez. Luna City fue reconstruida, y hoy cruza el espacio un tonelaje diez veces mayor que entonces. ¿Cómo detenerlos, ahora y a largo plazo?

Ford reflexionó, r_l no podía prohibir los vuelos espaciales; ningún gobierno podía hacerlo, Pero, ¿no podría decretarse un bloqueo sobre cualquier planeta donde desembarcasen aquellos longevos? ¿De qué serviría? Podría durar una generación, dos, tres... ¿Cuál iba a ser la diferencia? Los antiguos japoneses habían tomado una

53

determinación semejante, y sin embargo los diablos extranjeros llegaron de todos modos con sus cañoneras. Las culturas no pueden vivir aparte para siempre, y cuando entran en contacto, la más fuerte desplaza a la más débil por ley natural.

Una cuarentena permanente y eficaz era imposible. Aquello dejaba sólo una respuesta... y muy fea. Pero Ford era decidido; sabría aceptar lo necesario. Empezó a hacer planes, olvidándose de la presencia de Barstow en pantalla. Una vez comunicada al Preboste en jefe la localización del cuartel general de las Familias Howard, sería cosa fácil reducirlo en una hora, o dos a lo sumo... a menos que dispusieran de unas defensas extraordinarias. Pero aun así era sólo cuestión de tiempo. Con los que se consiguiera detener en el cuartel general, sería fácil localizar y capturar a todos los demás componentes del grupo. Con suerte, todo podría terminar en veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

El único punto sin decidir en su mente era si procedería a liquidarlos a todos, o sólo a esterilizarlos- Cualquiera de las dos sería una solución definitiva, y no había otra. Pero, ¿cuál era la más humanitaria?

Ford sabía que aquello iba a ser el fin de su carrera. Dejaría su cargo en desgracia, tal vez para ser deportado a Coventry, pero no quiso pensar en ello. Por temperamento, Ford era incapaz de pensar en sus propios intereses antes que en el bien público.

Barstow no podía leer en la mente de Ford, pero adivinó que éste acababa de tomar una decisión, e intuyó con acierto que tal decisión no podía ser sino fatal para él y los de su raza. Era el momento de arriesgar su único triunfo.

-Señor Administrador...

-¿Eh? ¡Ah, perdone! Estaba pensando.

No era mal subterfugio, pensó Ford, para enfrentarse a un hombre a quien acababa de sentenciar a muerte. Se rodeó de solemnidad, como quien reviste una toga.

-Le agradezco esta entrevista, Zaccur Barstow. Lamento que... -¿Señor Administrador? -¿Sí?

-Le propongo que nos autorice a abandonar totalmente el sistema solar.

-¿Qué? -parpadeó Ford, sorprendido-. ¿Habla usted en serio?

Barstow habló con rapidez, persuasivo, explicando el proyecto medio esbozado por Lazarus Long, improvisando los detalles a medida que hablaba, dejando de lado las dificultades y exagerando las ventajas.

-Sí, podría resultar -concedió Ford al fin-. Hay dificultades que usted no ha mencionado, dificultades políticas y, sobre todo, el terrible problema del tiempo. Sin embargo, podría

54

ser. -Ford se puso en pie-. Vuelva con su gente, y no les diga nada todavía. Volveremos a hablar más adelante.

Barstow regresó andando poco a poco, preguntándose qué diría a los miembros de las Familias. Ellos pedirían explicaciones completas, y teóricamente no se les podía rehusar. Pero él se sentía muy inclinado a colaborar con el Administrador mientras existiera una oportunidad de salida favorable. Súbitamente decidido, se volvió, se encaminó a su oficina e hizo llamar a Lazarus.

-¡Hola, Zack! ¿Qué tal ha ido esa charla? -le saludó Long. -Bien y mal -replicó Barstow-, Escucha...

Y le dio un resumen breve y exacto.

-¿Podrías volver allá y decirles algo que calme su impaciencia? -¡Hum! Supongo que sí. -Bien. pues hazlo y vuelve cuanto antes.

No les gustó la evasiva de Lazarus. No quisieron esperar más, ni consintieron en aplazar la sesión.

-¿Dónde está Zaccur? -¡Exigimos información completa! -¿A qué viene tanto rodeo? Lazarus les hizo callar con un rugido:

-¡Escuchadme, malditos idiotas! Zack hablará cuando esté dispuesto a hacerlo, ¡No le metáis prisa! Él sabe lo que hace.

Al fondo, un hombre se levantó y dijo: -Yo vuelvo a casa.

-Hazlo, y saluda de mi parte a la policía -dijo Lazarus con suavidad. El hombre pareció sorprendido, y volvió a sentarse.

-¿Alguien más quiere regresar al hogar? -preguntó Lazarus-. No se lo impediré a nadie. ¡Pero ya va siendo hora de que os deis cuenta, cabezas de chorlito, de que estáis fuera de la ley! Lo único que se interpone entre nosotros y la policía es la capacidad de Zack Barstow para liar al Administrador, Haced lo que os parezca, pero la reunión queda aplazada.

Minutos más tarde, Lazarus le decía a Barstow:

-Mira, Zack, vayamos al grano. Ford va a utilizar sus poderes extraordinarios para ayudarnos a ocupar la gran nave y salir de la Tierra, ¿no es así?

-Prácticamente se ha comprometido a ello.

-¡Hum! Pero tendrá que hacerlo mientras finge ante los del Consejo que está haciendo todo lo necesario para sacarnos el «secreto». Es decir, que traicionará a los suyos tramando un doble juego, ¿no?

55

-Yo no he supuesto tanto. Me parece... -Pero, ¿es verdad lo que digo, o no? - Pues... Sí, así debe de ser.

-Muy bien. ¿Tú crees que nuestro amigo Ford sabe el lío en que se ha metido, y que será lo bastante duro como para seguir adelante, pase lo que pase?

Barstow pasó revista a cuanto sabía de Ford, y añadió sus impresiones de la entrevista. -Sí -decidió-. Lo sabe y es lo bastante fuerte como para llevarlo a cabo.

-De acuerdo. Y ¿qué me cuentas de ti, amigo? ¿Estás tú en las mismas condiciones? - continuó Lazarus en tono acusador. -¿Yo? ¿Qué quieres decir con eso?

-Tú estás planeando un doble juego con tu gente, también, ¿no es cierto? ¿Tendrás arrestos para seguirlo cuando la situación se ponga comprometida?

-No te entiendo, Lazarus -contestó Barstow, preocupado-. No planeo engañar a

Librodot

nadie, o por lo menos, a ningún miembro de las Familias.

-Mejor será que mires otra vez tus cartas -continuó Lazarus-. Tu parte del trato es procurar que se sumen todos al éxodo, hombres, mujeres y niños. ¿Esperas proponerles la idea uno a uno y lograr que se pongan de acuerdo? ¿Unánimemente? ¡Rayos! Una multitud así no se pone de acuerdo unánimemente ni para silbar a coro el Yankee Doddle.

-¡Pues tendrán que estar de acuerdo! -protestó Barstow-. No hay otra opción. O emigramos, o nos cazan y nos matan a todos. Estoy seguro de que tal es el propósito de Ford. Y es capaz de hacerlo.

-Entonces, ¿por qué no vuelves a la reunión y se lo cuentas así? ¿Por qué me enviaste para que les diera largas?

Barstow se frotó los ojos con los dedos. -No lo sé.

-Yo te diré por qué -continuó Lazarus-. Tú piensas mejor con tus corazonadas que la mayoría de los hombres con laboriosos razonamientos. Me enviaste a contarles un cuento, porque sabías muy bien que la verdad no serviría de nada. Si les dijeras que la cuestión es emigrar o morir, unos se pondrían histéricos y otros se

pondrían tozudos. Y otros, como mujeres con faldas, querrían volverse a casa para hacer valer sus derechos según el Tratado. Y se habría dado a conocer el proyecto cuando el gobierno aún no hubiera dado el primer paso, ¿no es cierto?

Barstow se encogió de hombros y lanzó una risa amarga. -Tienes razón. No lo había pensado a fondo, pero la verdad es que así es.

-Sí lo habías pensado -le tranquilizó Lazarus-. Tú estabas en lo cierto, Zack. Admiro tus corazonadas, y por eso te apoyo. Bien, tú y Ford os proponéis engañar a todos los habitantes de este planeta. Por eso repito: ¿tendrás valor para continuar hasta el final?

56

5

Los miembros de las Familias formaban asustados corrillos. -No lo entiendo -decía el Archivero jefe a sus preocupados oyentes-. El Síndico jefe nunca se ha entrometido en mi trabajo. Pero ayer entró en mi oficina como una tromba, seguido de Lazarus Long, y me echó de allí.

-¿Y qué fue lo que dijo? -preguntó uno de los oyentes.

-Pues yo le dije: «¿En qué puedo servirle, Zaccur Barstow?u Y él contestó: «Largándote de aquí, y llévate también a tus secretarias». ¡Ni una palabra de la más elemental cortesía!

-¡Pues sí que te quejas por poca cosa! -comentó una voz en tono lúgubre. Era Cecil Hedrick, de la Familia Johnson, el Ingeniero jefe de comunicaciones-. A mí me habló Lazarus Long, y se comportó de la forma más grosera.

-¿Qué hizo?

-Pues va y se mete en la cabina, y me dijo que quedaba relevado del servicio por orden de Zaccur. Yo le dije que nadie estaba autorizado a tocar mis instrumentos, salvo yo mismo y mis ayudantes, y le pregunté que quién le daba autoridad a él. Y, ¿sabéis lo que hizo? Aunque no lo creáis, sacó una desintegradora y me encañonó con ella.

-¡No es posible!

57

-Lo que os digo. Creo que ese hombre es peligroso. Debería visitar al psiquiatra. En mi vida he visto un atavismo semejante.

El rostro de Lazarus Long apareció en pantalla mirando fijamente al Administrador. -¿Lo tiene todo grabado? -preguntó.

Ford desconectó el receptor telegráfico de microfichas. -Todo -replicó.

-Bien -contestó la imagen de Lazarus-. Voy a cortar.

Cuando la pantalla quedó en blanco, Ford habló por el intercomunicador de su

oficina. -Que pase a mi oficina el Jefe Superior de Prebostes, en persona.

El jefe de la seguridad pública se presentó como acababan de mandarle. En las líneas de su rostro la disciplina luchaba con la contrariedad; estaba pasando la noche más agitada de toda su carrera, y precisamente ahora el Viejo insistía en hacerle comparecer en persona, ¿Para qué diablos estaban los videófonos? Dio a entender su disgusto saludando al jefe con frialdad y cuadrándose sin que nadie se lo exigiera.

-A sus órdenes, señor. Ford fingió no darse cuenta. -Sí, gracias. Aquí.

Accionó un pulsador, y salió del receptor telegráfico una bobina.

-Aquí tiene la lista completa de los afiliados a las Familias Howard. Deténgalos a todos. -Sí, señor.

El jefe de policía de la Federación contempló la bobina con asombro, sin atreverse a preguntarle al jefe cómo la había conseguido... ¿Era posible que el Viejo dispusiera de servicios de información secretos incluso para él?

-Está por orden alfabético, pero con clave topográfica -dijo el Administrador-. Cuando la haya evaluado, envíeme... No; es mejor que me devuelva el original. Puede ordenar que cesen los interrogatorios psicológicos. Más tarde volveré a llamarle para más instrucciones.

El Jefe Superior de Prebostes decidió que no era momento para mostrar curiosidad. -Sí, señor -dijo, saludó rígidamente y se fue.

Ford se volvió hacia los mandos de su escritorio e hizo llamar a los jefes de sus ministerios de agricultura y control de transportes. Después de pensarlo unos momentos, llamó también al jefe de la oficina de logística del consumo.

En la Sede de las Familias tenía lugar una sesión de emergencia, convocada en ausencia de Barstow por los demás síndicos.

58

-No me gusta esto -estaba diciendo Andrew Weatheral-. Comprendo que Zaccur decidiese demorar su informe a los Miembros, en el supuesto de que quisiera hablar antes con nosotros. Al menos, pienso que debía consultarnos. ¿Qué opinas tú, Philip?

Philip Hardy se mordió el labios.

=No lo sé. Zaccur tiene la cabeza bien firme sobre los hombros..., pero también opino que debió llamarnos para pedirnos comsejo. ¿Ha hablado contigo, Justin?

-Desde luego que no -replicó Justin Foote con frialdad.

-¿Qué vamos a hacer? No podemos mandarle llamar para exigirle cuentas, salvo si estamos dispuestos a desposeerle del cargo en caso de que se niegue. Por mi parte, no estoy decidido a llegar a tanto.

Aún seguían discutiendo cuando llegó la policía.

Lazarus oyó el alboroto y lo interpretó acertadamente; lo cual no era ninguna proeza, pues él sabía algo que sus hermanos ignoraban. Se daba cuenta de que debía entregarse y dejarse detener sin resistencia a la vista de todos, para dar un buen ejemplo. Pero las viejas costumbres no se dejan con facilidad, y decidió retrasar lo inevitable metiéndose en el lavabo más próximo.

Era un callejón sin salida. Contempló la tubería de ventilación... No, demasiado estrecha. Mientras reflexionaba, buscó un cigarrillo en la bolsa. Su mano tanteó un objeto extraño y lo sacó. Era la chapa que había tomado «prestada al policía de Chicago.

Cuando el sargento de la patrulla que cubría aquel ala enfiló el pasillo del lavabo, se encontró a otro policía allí.

-Aquí no hay nadie -anunció Lazarus-. Ya lo he comprobado. -¿Cómo diablos has conseguido adelantarte?

-Viniendo por este lado, desde el túnel de Stoney Island y a través de la ventilación.

No existía ningún túnel de Stoney Island, pero Lazarus confiaba en que el otro no

lo supiera.

-¿Tienes un cigarillo?

-¿Eh? No es momento de fumar ahora.

-¡No seas burro! -dijo Lazarus-. Mi comisario está a una milla de distancia.

-Es posible, pero el mío está aquí mismo, detrás de nosotros. -¿Sí? Bueno, pues dejémoslo correr... Además, tengo que hablar con él.

Lazarus quiso dejar plantado al policía, pero éste no se apartaba de su camino. Estaba mirando con curiosidad la falda de Lazarus. Éste la había vuelto del revés, y el forro azul

59

daba una imitación bastante aceptable del uniforme de servicio de los guardias... si no se miraba con demasiada atención.

-¿De qué cuartel dijiste que venías? -preguntó el polizonte. -De éste -dijo Lazarus, dándole un derechazo corto al esternón.

Cuando Lazarus tenía instructor de defensa personal, éste le había explicado que un golpe al plexo solar resultaba mucho más duro de encajar que uno a la mandíbula. El entrenador murió en las algaradas callejeras del 1966, pero su ciencia le había sobrevivido.

Lazarus se sintió mucho más policía con la falda correcta de uniforme y una cartuchera de bombas paralizantes colgada al brazo izquierdo. A la derecha, el pasillo conducía al Refugio, que no tenía otra salida. Por consiguiente, no podía sino torcer a la izquierda, aun sabiendo que se tropezaría con el jefe de su inconsciente benefactor. El pasillo daba a una sala llena de Miembros de las Familias, cercados de guardias. Lazarus hizo caso omiso de los suyos y se dirigió al atareado oficial. Después de ejecutar un correcto saludo, dijo:

-Señor, hay una especie de clínica ahí atrás. Va a necesitar unos cincuenta o sesenta camilleros.

-Dígaselo a su jefe y no me moleste a mí. ¿No ve que tenemos quehacer a manos llenas?

Lazarus se quedó un instante siii habla; acabatba de captar la mirada de Mary Sperling fija en él. Cuando la miró, ella apartó los ojos. El se dominó rápidamente y replicó:

-No puedo, señor. Hemos perdido contacto.

-Pues salga fuera y busque a quien le pueda ayudar. -Sí, señor.

Se volvió haciéndose un poco el remolón, con los pulgares metidos en el cinturón de la falda escocesa. Había avanzado un buen trecho por el túnel de enlace que daba a la salida de Waukegan, cuando oyó gritos a su espalda. Dos guardias corrían para alcanzarle.

Lazarus se detuvo en la boca del túnel y les esperó.

-¿Qué pasa? -preguntó con naturalidad cuando estuvieron lo bastante cerca. -El comisario... -empezó uno de ellos.

No pudo continuar; una bomba paralizante había estallado a sus pies. Tuvo un gesto de sorpresa, hasta que las radiaciones borraron de su cara toda expresión. Su compañero cayó sobre él.

60

Lazarus aguardó oculto detrás de un recodo, contando hasta quince segundos, luego añadió dos más para estar seguro de que se habría disipado el efecto paralizante. Se había pasado de listo, y por no esconderse a tiempo tenía un pie adormecido.

Miró a su alrededor. Aquellos dos estaban inconscientes, y no había nadie más. Se subió al transportador. Quizá no le buscaban a él bajo su verdadera identidad; quizá no había sido denunciado por nadie. Pero no quiso quedarse para comprobarlo. De una cosa estaba bien seguro, y era que si se había ido alguien de la lengua, ciertamente no

era Mary Sperling.

Alcanzar el aire libre le costó un par de bombazos más y cientos de mentiras. Una vez en el exterior y seguro de no ser visto, la placa y las bombas restantes fueron a parar a su bolsa, y la cartuchera detrás de unos matojos. Después se dirigió a un almacén de ropas de Waukegan.

Entró en la cabina de compra y marcó el número de código para una falda escocesa. Vio desfilar las muestras por la pantalla sin hacer caso de la persuasiva voz del catálogo, hasta que apareció un dibujo claramente no militar y no azul. Entonces paró el desfile de imágenes y marcó un pedido para su talla. Anotó el importe, sacó de su cartera un talón de crédito, lo introdujo en la máquina automática y pulsó el botón. Seguidamente encendió un cigarrillo mientras tenía lugar la localización de lo pedido.

A los diez minutos echaba la falda del policía en la canasta de papeles de la cabina y salía, elegante y llamativamente vestido. No había estado en Waukegan desde hacía un siglo, pero consiguió localizar una pensión barata sin hacer preguntas que hubieran llamado la atención. Marcó en recepción para pedir una habitación corriente, y se acostó para dormir. Tardó siete horas largas en despertar.

Desayunó en la habitación, oyendo distraídamente las noticias de la televisión. Hasta cierto punto le interesaba saber cómo había acabado la captura de las Familias. Pero era un interés relativo; la cuestión ya estaba descartada en su mente. Ahora comprendía que había sido un error lo de entrar otra vez en contacto con las Familias. Menos mal que había asumido una nueva identidad, y nadie podría relacionarle con el jaleo.

Una frase captó su atención:

-Incluyendo a Zaccur Barstow, autodenominado caudillo de esa tribu. Los detenidos están siendo internados en una reserva de Oklahoma, cerca de las ruinas de la autopista de Okla-Orleans y unas veinticinco millas al este del Parque Memorial de Harriman. El Preboste jefe de la policía la describe como una «pequeña Coventry», y ha prohibido toda circulación, incluso aérea, dentro de un radio de diez millas alrededor de sus límites. No ha sido posible entrevistar al Administrador, pero una fuente generalmente bien informada ha revelado que el arresto masivo fue ordenado para acelerar la investigación mediante la cual los expertos de la administración esperan averiguar el «Secreto de las Familias Howard», es decir, los medios que utilizan para prolongar la vida. La rápida reacción de

61

las autoridades al detener y deportar a todos los miembros de dicho grupo ilegal debe servir para quebrantar la resistencia de sus dirigentes, evitando que sigan negándose a satisfacer los legítimos deseos de la sociedad. Así entenderán que los derechos civiles de que gozan los ciudadanos honrados no pueden ser: vir de capa a cualquier actividad perjudicial a la sociedad. Los bienes y propiedades de los miembros de la recién desarticulada asociación quedan embargados por el Conservador General y serán administrados por sus agentes durante el confinamiento de... Lazarus apagó el aparato.

-¡Maldita sea! -se dijo-. Más vale no preocuparse, ya que no podemos hacer nada por evitarlo.

Por supuesto, él estaba convencido de que hubiera sido arrestado también, pero, puesto que había conseguido escapar... Si le hubieran encerrado, de nada les habría servido a las Familias. Por otra parte, él no les debía nada, ni el más mínimo favor.

Bien mirado, mejor estaban arrestados todos juntos, y con guardias a la vista. Si los hubieran capturado de uno en uno, podría haber ocurrido cualquier cosa, linchamientos e incluso matanzas colectivas. Lazarus sabía por dura experiencia que la ley de Lynch y la histeria colectiva subyacen a flor de piel incluso en las sociedades más civilizadas y refinadas. Por ello aconsejó a Zack cómo debía proceder... por eso y

Librodot

por el hecho de que tanto Zack como el Administrador necesitaban tener agrupadas a las Familias, a fin de evitar que se divulgase prematuramente su plan. El caso era que estaban a buen recaudo... y allá películas.

Se preguntó cómo estaría arreglándoselas Zack, y qué opinaría de la desaparición de Lazarus. Y lo que pensaría Mary Sperling. Debió ser un golpe para ella el verle aparecer dando voces y vestido de policía. Le hubiera gustado tener ocasión de explicarle lo ocurrido.

Y no era que importase mucho lo que ellos pudiesen pensar. Pronto estarían a muchos años-luz de distancia... o muertos. Para el caso era lo mismo.

Se volvió hacia el videófono y llamó a Correos.

-Soy el capitán Aaron Sheffield -anunció, indicando su número postal-. Mi última dirección registrada era la lista de Correos de la sucursal de Goddard Field. ¿Tendrá la bondad de enviar mi correo a...?

Inclinándose, leyó el número de código del buzón de la pensión. -A su servicio -dijo el funcionario-. Me ocuparé de ello. -Gracias.

Le llevaría un par de horas, pensó, hasta recibir el correo en su habitación. Media hora de transporte, y el resto de tiempo perdido en trámites de oficina. Más valía esperar allí mismo... sin duda había despistado * a sus seguidores, pero no había nada en Waukegan que le llamase la atención. Una vez en poder de su correo alquilaría un cacharro y...

62

¿Adónde? ¿Qué rumbo emprender luego?

Estudió varias posibilidades, hasta llegar a la conclusión de que no había, en todo el Sistema Solar, cosa alguna que le interesara en realidad.

Esto le asustó un poco, En cierta ocasión oyó decir, y estaba inclinado a creerlo, que la pérdida del interés por las cosas de la vida marcaba el verdadero punto crucial en la batalla entre el anabolismo y el catabolismo, es decir, la irrupción de la vejez. De pronto envidió a la gente normal de corta vida; al menos ellos tenían las preocupaciones causadas por los hijos. El cariño filial no era corriente entre los miembros de las Familias, pues no resultaba factible sostenerlo durante un siglo o más. En cuanto a la amistad, excepto entre Miembros, venía a considerarse como una relación efímera y de poco fuste. Lazarus no tenía deseos de ver a nadie en especial.

Aunque... ¡un momento! ¿Y aquel granjero de Venus que sabía tantas canciones populares y resultaba tan divertido cuando se emborrachaba? Sí, iría a buscarle. Un salto en el espacio, y a pasarlo bien los dos. Aunque le agradaba poco vivir en Venus.

Instantes después tuvo una impresión helada al recordar que no había visto al buen hombre... ¿desde cuándo? En cualquier caso, estaría ya muerto y bien muerto.

Libby tenía razón, decidió sombríamente, cuando dijo que los longevos necesitaban un nuevo tipo de memoria asociativa. Ojalá el muchacho continuase su investigación y hallase un remedio antes de que Lazarus se viera reducido a contar con los dedos. Estuvo dando vueltas a esta idea durante uno o dos minutos, hasta recordar que muy posiblemente no volvería a ver a Libby jamás.

Llegó el correo, pero no contenía nada importante. Esto no le sorprendió, ya que no esperaba ninguna misiva personal. Los rollos publicitarios fueron arrojados al triturador de basuras; leyó sólo uno, una carta de la Pan-Terra Docking anunciándole que acababan de poner a punto el crucero convertible de Lazarus «I Spy», y que lo tenían estacionado y listo para entrar en servicio en cualquier momento. De acuerdo con las instrucciones recibidas, no habían tocado para nada los mandos de astrogación de la nave, y ¿ordenaba algo más el capitán?

Decidió hacerse cargo de la nave por la tarde y salir en seguida rumbo al espacio. Cualquier cosa era mejor que permanecer pegado a la Tierra y tener que confesar que se aburría.

En menos de veinte minutos pagó su cuenta y alquiló un reactor. Despegó y se dirigió a Goddard Field, empleando el pasillo aéreo bajo que servía para el tráfico local. De este modo se ahorraba el tener que comunicar su plan de vuelo al control. No era que evitase conscientemente a la policía, pues no tenía motivo para creer que estuvieran buscando a ningún «capitán Sheffield»; era sólo un hábito, y además le sobraba tiempo para llegar a Goddard Field.

63

Pero mientras volaba sobre Kansas, bastante antes de llegar al punto de destino, decidió aterrizar y lo hizo.

Buscó el campo de alguna ciudad tan pequeña que verosímilmente no tuviese policía local. Luego se alejó del aeropuerto en busca de una cabina telefónica. Una vez en ella, reflexionó un poco. ¿Cómo llamar al jefe de toda la Federación occidental y conseguir que se pusiera al aparato? Si se limitaba a pedir comunicación con la Torre Novak y preguntaba por el Administrador Ford, no sólo no se pondría, sino que muy probablemente su llamada sería conectada con el departamento de Seguridad para hacerle algunas preguntas embarazosas.

Sólo había una manera de evitarlo, y era llamar al mismo departamento de Seguridad y de alguna forma conseguir hablar con el Preboste jefe. Lo demás ya se vería.

-Departamento de Seguridad Pública -dijo una voz-. Salud, ciudadano.

-Lo mismo digo -replicó entonando la voz como si se encontrase sobre el puente de mano-. Soy el capitán Sheffield. Póngame con su jefe.

No solicitaba un servicio; sencillamente, daba por supuesta la obediencia. Un breve silencio.

-¿De qué se trata, por favor?

-Le digo que soy el capitán Sheffield -esta vez el acento de Lazarus denotaba una ligera impaciencia.

Otra corta pausa.

-Le pasaré con el despacho del adjunto -dijo la voz, en tono de incertidumbre.

Esta vez se encendió además la pantalla videofónica. -¿Sí? -preguntó el adjunto, mirando a Lazarus. -Póngame con el Jefe, ¡pronto!

-¿Qué ocurre?

-¡Hombre de Dios! ¡Póngame con su jefe! ¡Soy el capitán Sheffield!

Había que disculpar al Preboste adjunto por pasar la llamada como le ordenaban; aquella noche no había dormido, y en las últimas veinticuatro horas le habían ocurrido las cosas más extrañas, que aún lo lograba asimilar. Cuando el Preboste jefe apareció en pantalla, Lazarus habló primero:

-¡Hombre, por fin! ¡Pues no tienen ustedes pocas pamplinas! ¡Vamos, póngame con el Viejo, y pronto! Utilice su circuito privado.

-¿Qué diablos significa esto? ¿Quién es usted?

64

-Mira, hermano -dijo Lazarus en tono de lenta exasperaciónNo habría recurrido a tu incompetente departamento si no estuviera en un apuro. Es urgente que hable con el Viejo. Se trata de las Familias Howard.

El policía despabiló al instante. -Haga su informe.

-Mira -repitió Lazarus con voz fatigada-. Ya sé que te gustaría meter las narices en los asuntos del Viejo, pero ahora no es una buena ocasión. Como me pongas pegas y me obligues a perder dos horas pasándote el informe a ti, no tendré más remedio que aguantarlo. Pero, en tal caso, el Viejo querrá saber lo que pasó, y te juro que tendré mucho gusto en decírselo, ¡puedes apostarte el uniforme de gala!

El Preboste jefe decidió pasar la lamada, aunque interviniendo la línea. Si el Viejo no colgaba antes de tres segundos, despidiendo al bromista con cajas destempladas,

sabría que había actuado bien; en caso contrario, siempre se podría achacar lo ocurrido a un cruce en las comunicaciones. Dispuso la conexión.

El Administrador Ford se quedó patitieso al ver a Lazarus en la pantalla.

-¡Cómo! ¿Usted...? -exclamó-. Pero... ¿cómo es posible? ¿Es que Zaccur Barstow...?

-¡Ponga el secreto, hombre! -rugió Lazarus, interrumpiéndole. El Preboste jefe parpadeó al ver que la imagen se difuminaba en el videófono. Así pues, el Viejo tenía, efectivamente, sus hombres al margen del departamento... Muy interesante, y digno de tenerse en cuenta.

Lazarus dio a Ford un resumen rápido y relativamente sincero de lo ocurrido, y luego agregó:

-Como ve usted, podía pasarme a la clandestinidad y escapar. De hecho, aún puedo hacerlo. Pero necesito saber una cosa: ¿sigue en vigor el trato con Zaccur Barstow en cuanto a nuestra emigración?

-En efecto.

-¿Ha pensado cómo embarcar a cien mil personas a bordo del «Nuevas Fronteras» sin pillarse las manos? Ya sabe que no puede fiarse de su propia gente.

-Lo sé. La situación actual es sólo un expediente para salir del paso, mientras pensamos en ello.

-Yo puedo resolverlo. Soy el único agente en libertad y en el que uno y otro pueden confiar. Ahora, escuche...

Ocho minutos más tarde, Ford asentía lentamente y decía: -Podría funcionar. Sí... podría. Empiece sus trabajos. Le firmaré una carta de crédito que estará esperándole en Goddard. -¿No será mejor hacerlo de una manera discreta? No puedo presentar una carta de crédito del Administrador; a la gente le llamaría la atención.

65

-Concédame algo de inteligencia. Para cuando llegue a sus manos, parecerá una transacción bancaria vulgar.

-Disculpe. Ahora, ¿cómo puedo comunicarme con usted cuando le necesite?

-¡Ah, sí! Anote este número -Ford lo recitó despacio-. No, no lo apunte; reténgalo en la memoria. Es línea directa con mi despacho.

-Y ¿cómo puedo hablar con Zack Barstow?

-Con el mismo número; yo le comunicaré. De otro modo no podría hablar con él directamente, a menos que disponga de un circuito extrasensorial.

-Aunque pudiera, no llevaría un telépata conmigo; llamaría demasiado la atención. Bien, voy a colgar... Adiós.

-¡Buena suerte!

Lazarus salió de la cabina con no poca prisa, y se encaminó rápidamente hacia donde le aguardaba su nave -de alquiler. No conocía suficientemente las costumbres de la policía para saber si el Preboste jefe trataba de localizar su llamada al Administrador.

Pero lo daba por hecho, pues él habría procedido del mismo modo, si estuviera en el lugar del policía. Por tanto, era muy probable que el agente más cercano estuviera ya pisándole los talones. Conque era cuestión de largarse y embrollar un poco las pistas.

Despegó de nuevo y puso rumbo al oeste sin salirse del pasillo aéreo local, no controlado, hasta alcanzar un banco de nubes que ocultaba el horizonte hacia Poniente. Entonces dio vuelta y puso rumbo a Kansas, cuidando de no exceder el límite de velocidad y volando tan bajo como lo permitiese el código. En Kansas devolvió el aparato a la agencia de alquiler correspondiente y tomó un taxi de tierra que le llevó a Joplin por la autopista controlada. Allí tomó asiento en un reactor de línea a San Luis, sin reservar previamente la plaza para que no quedase registro hasta que el parte de recorrido de la nave hubiese llegado a la costa occidental.

En vez de preocuparse, aprovechó el tiempo trazando planes. Cien mil personas,

Librodot

con un promedio de peso de setenta kilos... No, pensó Lazarus, mejor sería calcular la cifra en ochenta kilos. Significaban una carga de ocho mil toneladas. El «I Spy» podía levantar semejante carga contra una aceleración de un G, pero quedaría tan abarrotado como una lata de guisantes. No era cuestión ni de pensarlo; la gente no podía estibarse como mercancía. El «I Spy» podía despegar con semejante peso muerto, pero «muerto» sería la palabra exacta, pues así saldrían de la Tierra. Necesitaba un medio de transporte,

No era difícil comprar una nave de pasajeros con capacidad suficiente para transportar a las Familias, en varios viajes, desde la Tierra hasta la órbita donde se estaba montando el «Nuevas Fronteras». La compañía Four Planets Passenger Service alquilaría el vehículo a muy buen precio. Teniendo en cuenta la fuerte competencia que imperaba en el sector

66

del turismo espacial, aprovecharían la oportunidad para seguir explotando alguna nave antigua, desdeñada por los viajeros exigentes. Pero no; no servía una nave de pasajeros. No sólo daría lugar a una inoportuna curiosidad, sino que además no podría pilotarla él solo. Según el Reglamento de Seguridad Espacial, las naves de pasajeros no podían funcionar con mando automático, siguiendo la teoría de que ningún instrumento podía reemplazar a la razón humana en caso de emergencia.

Tendría que ser una nave de carga.

Lazarus sabía dónde buscarla. Pese a los esfuerzos invertidos en hacer ecológicamente autosuficiente la colonia lunar, Luna City seguía importando muchas más toneladas de las que exportaba. En la Tierra, los transportes habrían tenido que regresar sin carga, pero en el transporte espacial a veces resultaba más rentable ir almacenando los vectores vacíos. Especialmente en la Luna, un cohete vacío podía valer como chatarra cuatro veces su precio como nuevo en la Tierra.

Se apeó del aerobús en Goddard City, se encaminó al espaciopuerto, pagó las facturas, tomó posesión del «l Spy» y llenó un formulario para que le asignaran salida inmediata hacia la Luna. Supo que habría de aguardar dos días, pero no dejó que ello le preocupara. Sencillamente, se dirigió a las oficinas de la compañía y explicó que estaba dispuesto a gratificar espléndidamente a quien quisiera permutar una salida inmediata por otra cuarenta y ocho horas más tarde. Al cabo de veinte minutos recibió ya una seguridad de palabra de que podría despegar para la Luna aquella misma tarde.

Empleó las horas restantes en el complicadísimo papeleo de los permisos de vuelo interplanetario. Primero fue a recoger la carta de crédito que Ford le había prometido, y la convirtió en metálico. Estaba dispuesto a gastar buena parte del dinero en acelerar los trámites legales, lo mismo que había pagado por el derecho de salir en lugar de otro. Pero se vio en la imposibilidad de hacerlo. Dos siglos de supervivencia le habían enseñado que un soborno debe ofrecerse con la misma diplomacia que una proposición atrevida a una señora orgullosa. Pronto aprendió que los funcionarios de Goddard Field ignoraban el significado de las palabras propina, mordida o tarugo, así como las propiedades lubricantes del dinero sobre los formulismos rutinarios. Admiró aquella incorruptibilidad, aunque no tenía razones para que le gustase, especialmente dado que la cumplimentación de impresos inútiles le hizo perder el tiempo que esperaba dedicar a un festín gastronómico en el Skygate Room.

Incluso prefirió dejar que le vacunaran otra vez, antes que regresar al «I Spy» para buscar el certificado que demostraba que ya había sido vacunado pocas semanas antes, al llegar a la Tierra.

A pesar de todo, logró ponerse a los mandos del «I Spy» veinte minutos antes de la hora fijada para la salida, con el bolsillo repleto de papel sellado y el estómago escasamente repleto con los bocadillos que pudo atrapar al vuelo, Acababa de revisar la trayectoria en

67

«S de Hohmann» que iba a emprender, comunicando los parámetros al piloto automático. Todos los pilotos del tablero de instrumentos estaban en verde, excepto uno que pasaría al verde cuando el control del espaciopuerto iniciase la cuenta atrás. Como siempre que estaba a punto de despegar, le embargaba una sensación de cálida felicidad.

Le asaltó una idea súbita, que puso en tensión los cinturones de seguridad. Soltándose un momento, hojeó el último ejemplar del «Manual Suplementario del piloto terrestre para la prevención de los riesgos de vuelo». ¡Hum!

El «Nuevas Fronteras» circulaba en órbita geoestacionaria de veinticuatro horas, siempre sobre el meridiano 106° Oeste y declinación cero, a una distancia de unas veintiséis mil millas con referencia al centro de la Tierra.

¿Por qué no hacerle una visita, cuestión de reconocer el terreno? Con los tanques a tope de combustible y las bodegas de carga vacías, disponía de muchas millas-segundo de reserva. Cierto que tenía autorización para dirigirse a Luna City, no al vehículo interestelar... pero dada la fase actual del satélite, la desviación respecto de la trayectoria autorizada apenas si aparecería en pantalla, y probablemente no sería descubierta hasta el ulterior análisis de la grabaión. En cuyo momento Lazarus sería multado, o incluso le retirarían la licencia. Pero jamás se había preocupado por las multas... y ciertamente valía la pena practicar un reconocimiento. Estaba ya introduciendo los datos en su calculador balístico. Aparte de consultar en el «Piloto terrestre» los de la órbita del de la grabación, En cuyo momento Lazarus sería multado, o incluso dormido. Las maniobras de atraque a satélites eran cosa vieja para cualquier piloto, y cualquier estudiante de piloto sabía de memoria el cálculo de una trayectoria de doble tangencia con respecto a una órbita geoestacionaria.

Pasó los parámetros al piloto automático durante la cuenta atrás y aún le sobraron tres minutos. Se apretó bien los cinturones de seguridad y se relajó para soportar la aceleración inicial. Cuando la nave pasó al régimen de caída libre, verificó su situación y trayectoria con respecto a la radiobaliza del espaciopuerto. Satisfecho, echó llave al tablero de instrumentos, dispuso el despertador para la hora de la cita espacial, y se echó a dormir.

68

6

El despertador sonó unas cuatro horas más tarde. Lo desconectó, pero seguía sonando, y una mirada a la pantalla le mostró el porqué. El descomunal casco cilíndrico del «Nuevas Fronteras» estaba muy cerca. Desconectó también el circuito de la alarma de radar y completó la maniobra a ojo, sin utilizar el calculador balístico. Aún no había emprendido el atraque cuando empezó a incordiar el sistema de comunicaciones. Pulsó un botón, y después de un breve .barrido de sintonía se iluminó la pantalla, apareciendo el rostro de un hombre.

-«Nuevas Fronteras» a crucero desconocido. Identifíquese. -Crucero particular «I Spy», del capitán Sheffield. Mis saludos a su comandante. ¿Puedo subir a bordo?

Les agradaba recibir visitas. La nave interestelar estaba terminada, prácticamente, a falta de la verificación final, las pruebas y la homologación. El ejército de montadores que la habían construido estaba ya de regreso en la Tierra. A bordo no quedaba nadie, sino los representantes de la Fundación Jordan y media docena de técnicos empleados por la corporación que se encargó de construir la nave costeada por dicha fundación. Este personal estaba harto de inactividad, hartos unos de otros, e impacientes por dejar de matar el tiempo y regresar a las diversiones de la Tierra. Un visitante era una distración siempre bien recibida.

Cuando la escotilla de atraque del «I Spy» quedó unida a la del «Nuevas Fronteras», Lazarus vio que venía a recibirle el ingeniero jefe: técnicamente el

Librodot

«capitán», puesto que el «Nuevas Fronteras» estaba ya en órbita, aunque no por la fuerza de sus propios motores. Después de las presentaciones invitó a Lazarus a recorrer la nave. Flotaron a lo largo de millas de corredores, visitaron laboratorios, bodegas, bibliotecas que contenían cientos de miles de bobinas, acres de cultivos hidropónicos para asegurar la alimentación

69

y la provisión de oxígeno, y camarotes amplios, confortables, lujosos incluso, para una tripulación de diez mil personas, futuros colonos.

-Creemos que la expedición del «Vanguardia. estuvo poco dotada de gente - explicó el ingeniero jefe-. Los especialistas en sociodinámica estiman que esta otra colonia podrá sustentar las bases del nivel de cultura actual.

-No me parecen bastantes. ¿Acaso no existen más de diez mil tipos de especialización? - objetó Lazarus.

-Ciertamente, pero basta con tener expertos en todos los oficios básicos y en las ramas indispensables del conocimiento. Luego, conforme la colonia vaya creciendo, se alcanzarán las especializaciones necesarias con ayuda de las bibliotecas, cuyas obras de consulta abarcan desde el baile «claqué» hasta el anudado de alfombras a mano. Esa es la idea general, aunque esta cuestión queda fuera de mi campo. Problema interesante, sin duda, para quienes les guste.

-¿Quizás están ustedes impacientes por salir? El ingeniero pareció casi ofendido,

-¿Quién, yo? ¿Insinúa usted que soy capaz de navegar en esto? Señor mío, yo soy ingeniero, y no un loco suicida.

-Disculpe.

-¡Hombre! No me molestan unos cuantos viajes por el espacio, cuando haya motivo para ello, He estado en Luna City tantas veces que he perdido la cuenta. Incluso he estado en Venus. Pero no supondrá que el carpintero que construyó la «Mayflower» embarcó luego en ella, ¿verdad? En mi opinión, si la gente que se apuntó para este viaje se salvan de volverse locos antes de llegar, es porque ya estaban mochales antes de emprender el viaje.

Lazarus cambió de tema. No se entretuvieron en la zona de motores, ni en la célula blindaba donde se alojaba el gigantesco convertidor atómico, pues se trataba de dispositivos completamente automáticos que no interesaron a Lazarus. La total ausencia de mandos a manejar en aquellas secciones, posible gracias a los recientes progresos de la parastática, convertía su funcionamiento en una cuestión de puro interés intelectual, que podía dejarse para más adelante. Lo que le interesaba a Lazarus era ver la cabina de mandos; una vez en ella se hizo el remolón, formulando infinidad de preguntas, hasta advertir que su anfitrión estaba aburrido y sólo le aguantaba por pura cortesía.

Finalmente Lazarus calló, no porque le importase molestar a su anfitrión sino porque estaba seguro de haber aprendido lo suficiente para atreverse a robar la nave y gobernarla.

70

Antes de abandonar la nave averiguó otros dos datos importantes: que dentro de nueve días la reducida tripulación proyectaba pasar un fin de semana en la Tierra, después de lo cual se proce-

dería a las pruebas de homologación. Por tanto, la gran espacionave iba a permanecer desierta durante tres días, salvo quizás un oficial de comunicaciones. Lazarus era demasiado astuto como para mostrarse muy inquisitivo acerca de este punto. Pero no quedaría ninguna guardia, porque nadie podía imaginar que fuese necesaria; sería como ponerle una guardia al río Mississippi.

La otra cosa que aprendió fue cómo entrar en la nave sin ayuda desde el interior, detalle que observó al llegar el cohete del correo, precisamente mientras él abandonaba el «Nuevas Fronteras».

Librodot

En Luna City dio la bienvenida a Lazarus su amigo Joseph McFee, factor de la Diana Terminal Corp., una compañía subsidiaria de la Diana Freight Lines.

-¡Hola! Adelante, capitán, y tome asiento. ¿Qué quiere tomar? -preguntó, sin esperar respuesta mientras servía ya una copa de matarratas libre de impuestos, salido de su alambique de aficionado.

-Hacía tiempo que no se le veía por aquí. ¿Ha oído algún chiste nuevo? ¿De dónde viene usted?

-De Goddard -respondió Lazarus, y le contó lo que le dijo el comandante a su pasajero VIP.

McFee correspondió con el chiste de la solterona que se halló en caída libre, y Lazarus fingió no saberlo ya. De los chistes pasaron a la política, y McFee le expuso sus ideas sobre la «única solución posible» a la cuestión europea. Era una solución fundada en una complicada teoría del propio McFee, según la cual no procedía extender el Contrato a aquellas culturas que no hubiesen alcanzado determinado nivel de industrialización. A Lazarus no le importaba en absoluto la cuestión, pero no le convenía desairar a McFee. Por ello se limitó a asentir de vez en cuando, además de aceptar el brebaje que el otro le servía a intervalos regulares. Cuando vio llegado el momento oportuno, hizo la pregunta que le interesaba.

-¿Hay algún material de la Compañía en venta ahora, Joe? -¿Que si hay? ¡Para echarse a llorar! Tengo ahí fuera más acero, abarrotando solares y recargando mi inventario, del que antes juntaba en diez años. ¿Quiere comprar algo? Le haré precio de amigo.

-Puede que sí, puede que no. Depende de si tiene lo que yo necesito.

-Diga lo que es, y verá como lo tengo. En la vida he visto el mercado tan desanimado. Hay días que no gana uno ni un cochino crédito -frunció el ceño McFee-. ¿Sabe usted

71

cuál es la causa? Yo voy a decírselo: es el jaleo ése de las Familias Howard. Nadie se arriesga a invertir un dinero hasta saber a qué atenerse. ¿Cómo puede uno hacer cálculos sin saber si son para diez años o para

cien? Acuérdese de lo que yo le diga: si la Administración consigue sacarles el secreto a esos tipos, veremos el mayor bum de las inversiones a largo plazo que se haya producido jamás, Pero si no... pues bien, los valores a largo plazo servirán para empapelar las paredes, y la gente se echará a comer, beber y pasarlo bien como no se había visto desde la Reconstrucción. -El factor frunció de nuevo el ceño--. ¿Qué clase de metal busca usted?

-No quiero metal. Necesito una nave.

El ceño de McFee desapareció y sus cejas se enarcaron. -¿Ah, sí? ¿Y de qué tipo? -No sabría decirlo exactamente. ¿Dispone de tiempo para enseñarme lo que tenga?

Poniéndose en pie, salieron del domo por el túnel Norte y pasaron revista a los hangares llenos de naves almacenadas, andando con el paso largo y fácil de la baja gravedad lunar. Pronto Lazarus localizó dos vehículos con el empuje ascensional y el cubicaje que necesitaba. Uno de ellos era un transporte de combustible y el más barato, pero un cálculo mental le demostró que faltaba espacio habitable para pasaje, aunque se reformasen a este fin las bodegas. El otro era un modelo antiguo, con un vetusto sistema de inyectores a pistón, pero estaba proyectado para mercancía general y contaba con capacidad suficiente. En realidad, tenía más cubicaje del necesario para la misión, pero convenía que fuese así para que la gente no tuviera que viajar hacinada; este factor podía revelarse crítico.

En cuanto a los inyectores, ya se encargaría de modernizarlos. Cosas peores había arreglado Lazarus.

Los dos hombres se enzarzaron en un regateo, no porque a Lazarus le importase

ahorrar dinero, sino porque el dejar de hacerlo en un trato de aquella naturaleza habría estado fuera de carácter. Finalmente llegaron a un complicado arreglo por el cual McFee se quedaba con el «I Spy», haciéndole Lazarus una cesión legal de la nave. A cambio recibía de McFee una letra no aceptada. Luego, compraba el transporte endosándole a McFee su propia letra y añadiendo la diferencia en metálico. McFee a su vez podría hipotecar el «I Spy» en el Commerce Clearance Bank de Luna City, empleando la documentación de la compra-venta, y a ser posible antes de que alguien verificase las cuentas de McFee en una inspección, aunque esto no lo mencionó Lazarus.

No era una ganga; Lazarus había aprovechado el gran deseo que tenía McFee de poseer un vehículo como el «I Spy», al que consideraba ideal para los negocios y diversiones de un soltero. Lazarus no rebajó sino hasta el límite de las posibilidades de McFee, las

72

cuales conocía muy bien. El resultado del regateo aseguraba que McFee no se lo contaría a nadie, al menos hasta después de haber rescatado su letra de favor. Para embrollar mejor las pistas, Lazarus le insinuó a McFee una posibilidad de contrabando de tabaco a gran escala, lo cual le sugirió al factur la idea de que el nuevo y misterioso negocio del capitán Sheffield apuntaba a Venus, que era el principal mercado para tal artículo.

Lazarus logró poner en condiciones el, carguero en cuatro días, mediante generosas primas y pago de horas extraordinarias. Por último despegó de Luna City convertido en amo y señor del «City oí Chillicothe», nombre que abrevió para su uso particular en «Chile», por recordarle un plato favorito que no había tomado desde hacía infinidad de tiempo, hecho con habichuelas rojas, salsa chile y trozos de carne; es decir, carne verdadera y auténtica, no la bazofia sintética que los jóvenes de la época llamaban «carne». Sólo de recordarlo se le hacía la boca agua.

Poco más echaba en falta.

Cerca de la Tierra llamó al control de Tráfico y solicitó una órbita de estacionamiento, pues no deseaba aterrizar con el «Chile». Habría sido un gasto inútil de combustible, así como una manera de llamar la atención. No era que le importase orbitar sin permiso, pero existía la posibilidad de que el «Chile» fuese localizado, determinadas sus coordenadas e investigado durante su ausencia, confundiéndolo con un vector abandonado. Era más seguro moverse dentro de la ley.

Le asignaron una órbita, él ejecutó la maniobra y se dispuso a salir. Después de comprobar que el radar de la naveta de aterrizaje sintonizaba con la radiobaliza de la nave, se posó con el pequeño vehículo en una pista auxiliar del espaciopuerto. Procuró tener en orden todos los papeles necesarios esta vez; dejando la naveta precintada en los hangares se ahorró las formalidades de Aduanas, con lo cual pudo salir del espaciopuerto en pocos minutos. Por el momento no tenía otra preocupación sino la de buscar una cabina pública y hablar con Zack y con Ford. Luego, si le quedaba tiempo, procuraría localizar algún establecimiento donde le sirvieran un chile auténtico.

No había llamado al Administrador desde el espacio porque la comunicación nave-tierra precisaba un enlace repetidor, y el respeto a la vida privada difícilmente habría prevalecido si el operador hubiese oído mencionar a las Familias Howard.

El Administrador se puso inmediatamente, aunque en la latitud correspondiente a la Torre Novak debía ser ya de noche. Viendo las ojeras que tenía Ford, Lazarus dedujo que llevaba muchas horas sin moverse de la oficina,

-¡Hola! Será mejor que hable simultáneamente con Zack Barstow mediante un supletorio. Tengo muchas cosas de que informar. -Conque es usted -dijo Ford con mal humor-. Creí que nos había abandonado. ¿Dónde se ha metido?

73

Librodot

-He comprado una astronave -respondió Lazarus-. Podía figurárselo. Hablemos con Zack ahora.

Ford frunció el ceño, pero se volvió hacia su escritorio. La pantalla se dividió en dos, apareciendo al mismo tiempo Ford y Barstow. A éste pareció sorprenderle, y no alegrarle del todó, el ver a Lazarus. inste habló rápidamente:

-¿Qué pasa contigo, amigo? ¿Es que Ford no te dijo lo que habíamos convenido?

-Sí lo hizo -admitió Barstow-, pero no sabíamos dónde estabas ni lo que hacías. Pasó el tiempo sin que recibiéramos noticias tuyas... por lo -que pensamos que ya te habíamos visto bastante.

-¡Rayos! Sabías que yo no era capaz de hacer una cosa así -se quejó Lazarus-. Sea como fuere, aquí estoy, y esto es lo que he estado haciendo.

Y les contó lo del «Chile» y lo del reconocimiento llevado a cabo en el «Nuevas Fronteras».

-Y, ahora, así es como veo yo la cosa: este fin de semana, cuando el «Nuevas Fronteras» quede vacío y sin nadie que lo vigile, aterrizaré con el «Chile» en la reserva, embarcaremos a toda prisa, abordaremos el «Nuevas Fronteras», lo capturaremos y saldremos a toda velocidad. Señor Administrador, eso requiere mucha ayuda de su parte. Su policía tendrá que fingir que no se entera mientras yo aterrizo y embarco gente. Luego tendremos que burlar el control de vuelo. Seguidamente, convendría que ningún navío armado estuviese cerca del «Nuevas Fronteras» y en disposición de hacer algo. Por último, habría que retirar de la espacionave la guardia que tenga, no vayamos a tener que dominarla.

-Acredíteme algunas facultades de previsión -replicó Ford, agriamente-. Ya me figuro que necesita operaciones de diversión para salir adelante con la suya. Su plan es descabellado.

-No demasiado descabellado -discrepó Lazarus-. Basta que utilice sus poderes ilimitados hasta el último minuto. -Posiblemente. Pero no podemos aguardar cuatro días, -¿Por qué no?

-No podré dominar la situación tanto tiempo. -Ni yo tampoco -intervino Barstow. Lazarus les miró interrogadoramente.

-¿Cómo? ¿Qué pasa? Se lo explicaron.

Ford y Barstow estaban comprometidos en una tarea absurdamente difícil: la de montar un engaño muy complicado y sutil, un triple fraude con fachadas diferentes según se tratase de las Familias, de la opinión pública o del Consejo de la Federación. Cada uno de estos aspectos presentaba complicaciones insuperables al parecer.

74

Ford no podía fiarse de nadie, pues hasta sus colaboradores más íntimos podían estar infectados con la manía de poseer la fuente de la Eterna Juventud, o tal vez no, pero no había manera de averiguarlo sin comprometer la conspiración. Al mismo tiempo, tenía que convencer al Consejo de que estaba haciendo todo le posible por cumplir las órdenes del mismo.

Además, tenía que emitir comunicados diarios para que la opi. nión pública creyese que su Gobierno estaba haciendo progresos hacia la obtención del gran «secreto» que les permitiría vivir eter namente. Las declaraciones tenían que ser cada día más prolijas y las mentiras más truculentas. El pueblo se impacientaba con la demora, se desgastaba cada vez más el barniz de civilización, y estaba a punto de convertirse en populacho.

El Consejo recibía la presión de la opinión, y por dos veces Ford tuvo que invocar la cuestión de confianza, ganando la segun da por sólo dos votos.

-No ganaré la próxima si no hacemos algo -se lamentó.

Los problemas de Barstow eran diferentes, pero no menos di fíciles. Necesitaba ayudantes, pues se trataba de preparar el éxode de cien mil personas. Sería preciso

decirles algo antes de que lle. gase el momento de embarcar, si se quería que salieran pronto y sin contrariedades. Sin embargo, no se atrevía a decirles la verdad demasiado pronto, pues entre tanta gente no faltarían los tozudos y los estúpidos... Y bastaba un loco solo para echar a perder todc el proyecto; por ejemplo: provocando la intervención de la policía.

Por consiguiente, estaba necesitado de personas con dotes de mando en quienes confiar para que convencieran a los demás. Ne cesitaba casi un millar de fieles «pastores» capaces de conducir a los cien mil cuando llegase el momento. Pero este número tan grande suponía la casi certeza de que alguno entre ellos flaquearía tarde o temprano.

Peor aún, necesitaba ayudantes para otra misión aún más de} licada. Ford y él habían convenido un plan para ganar tiempo, que aunque flojo era el único posible. Consistía en ir anunciando poce a poco las técnicas empleadas por las Familias para retrasar la senilidad, haciendo creer que la suma de tales técnicas era el «se creto» tan ansiosamente buscado. Para llevar a cabo tal engaño, Barstow tuvo que entrenar a sus bioquímicos, endocrinólogos, es. pecialistas en simbiótica y metabolismo y otros expertos. Tal entrenamiento, a cargo de los mejores psicotécnicos de las Fami. lias, incluía una preparación hipnótica capaz de resistir a los in terrogatorios policiales e incluso al empleo de los «sueros de la verdad». Evidentemente, esta preparación hipnótica era mucho más complicada que la implantación de un simple bloqueo, puesto que no se trataba de callar, sino de hilvanar un engaño verosímil. Has. ta entonces había funcionado... bastante bien. Pero las discrepan cias se hacían más difíciles de explicar a cada día que pasaba.

75

Barstow no podía seguir el juego más tiempo. La gran masa de las Familias, necesariamente mantenida en la ignorancia, se des. mandaba e incluso antes que el público de fuera. Estaban justa mente indignados por lo que se había hecho con ellos, y espera

ban que sus jefes hicieran algo. ¡Y pronto!

La autoridad de Barstow sobre los suyos se evaporaba casi tan rápidamente como la de Ford en el seno del Consejo.

-No pueden ser cuatro días -repitió Ford-. Lo ideal serían doce horas. Veinticuatro como máximo. El Consejo vuelve a reunirse mañana por la tarde.

Barstow estaba preocupado.

-No estoy seguro de poder prepararlos en tan poco tiempo. Quizá sea difícil conducirlos a bordo.

-Yo no me preocuparía por eso -atajó Ford. -¿Cómo que no?

-Porque el que se quede atrás será hombre muerto... y eso si tiene suerte -dijo Ford sin rodeos.

Barstow no dijo nada y apartó los ojos. Era la primera vez que se admitía expresamente que aquello no era una intriga política relativamente trivial, sino el intento desesperado de evitar una matanza... y que el propio Ford estaba en ambos campos a la vez.

-Bien -intervino Lazarus vivamente-, ahora que eso ha quedado claro entre ustedes dos, pongamos manos a la obra. Puedo hacer que el «Chile» aterrice en...

Se interumpió para considerar la posición actual de la nave en su órbita y el tiempo que tardaría en alcanzarla.

-Digamos a las veintidós horas, mediriano de Greenwich. Añadamos una hora para más seguridad. ¿Qué tal las siete en punto, hora de Oklahoma, mañana por la tarde? O, mejor dicho, hoy, en realidad.

Sus interlocutores parecieron muy aliviados.

-Está bien -asintió Barstow-. Procuraré mantener la moral como sea.

Librodot

-Está bien, si no puede hacerse más rápido -asintió también Ford, y después de reflexionar unos instantes agregó-: Barstow, ordenaré retirar toda la policía y personal del Gobierno que se hallan ahora dentro del recinto de la reserva. Una vez hayan cerrado las puertas, hable con los suyos.

-De acuerdo. Haré lo que pueda.

76

-¿Alguna cosa más? -preguntó Lazarus-, ¡Ah, sí! Tendrás que despejar un sitio para que yo aterrice, Zack, o me llevaré a unos cuantos por delante con los reactores.

-Desde luego, desde luego. Aproxímate por el oeste. Te guiaremos con un faro normal, ¿no?

-No puede ser -se opuso Ford-. Tendrá que usar una radiobaliza para orientarse.

-Tonterías. Soy capaz de aterrizar en la punta del monumento a Washington. No se preocupen -fanfarroneó Lazarus.

-No esté tan seguro. Podría tener inconvenientes con el tiempo. Al acercarse la hora de la cita espacial con el «Chile», Lazarus

emitió una señal desde la naveta. El radar del «Chile» respondió, con gran alivio de Lazarus, pues tenía poca confianza en los instrumentos que no hubiese comprobado él mismo, y en aquellos momentos una prolongada búsqueda del «Chile» habría sido desastrosa.

Calculó el vector relativo, disparó los cohetes de la naveta, se aproximó, disparó los retrocohetes y abordó la nave con un error de tres minutos sobre el tiempo calculado, lo cual le hizo sentirse satisfecho de sí mismo. Encerró la naveta, corrió a los mandos y se dispuso a iniciar la maniobra de aterrizaje.

Entró en la estratosfera y cubrió dos tercios de la circunferencia terrestre en menos tiempo del previsto. Empleó parte de la hora de exceso que se había concedido en repasar atentamente las maniobras; era preciso no someter a esfuerzos excesivos los viejos y desgastados inyectores. Descendió hasta la troposfera, procurando qué el casco no alcanzase un calentamiento peligroso, y entonces fue cuando comprendió la observación de Ford acerca del tiempo. Oklahoma y media Texas estaban cubiertas de nubes bajas y densas. Lazarus quedó sorprendido, aunque no contrariado. Aquello le recordaba otros tiempos, cuando el clima era algo que se soportaba, y todavía no se controlaba. En su opinión, la vida había perdido algo de su sabor cuando los técnicos aprendieron a dominar los elementos. Esperaba que su planeta, si llegaban a encontrar uno, tuviese un clima algo variado y rudo.

En seguida se vio metido en ello, y demasiado ocupado para seguir pensando en otras cosas, A pesar de su tamaño, la nave acusaba el temporal. ¡Uf! Sin duda fue Ford quien dispuso aquel tíovivo tan pronto como convinieron la hora, con ayuda de alguna zona de baja presión que las máquinas debieron hallar a mano.

Por la radio una torre de control le pedía identificación a voces. B1 la desconectó para fijar todo su interés en el radar de aproximación y en las fantasmagóricas imágenes del rectificador de infrarrojos. La nave sobrevoló una tremenda cicatriz abierta en el paisaje:

77

eran las ruinas de la antigua autopista Okla-Orleans. De todas las aberraciones técnicas que se había infligido a sí misma la humanidad, aquellas obras mastodónticas se llevaban sin duda el primer premio.

Sus ideas fueron interumpidas por un silbido de acoplamiento de su panel receptor. La nave acababa de ser alcanzada por la señal de la radiobaliza.

Siguió el rumbo que le marcaba, accionó los retrocohetes y finalmente pasó la mano por toda una hilera de interruptores: las puertas del gran carguero se abrieron y penetró en el interior una lluvia torrencial.

Eleanor Johnson se acurrucó sobre sí misma, luchando contra la tormenta y

Librodot

tratando de envolver mejor con el abrigo a la criatura que llevaba sobre el brazo izquierdo. Cuando la tempestad

golpeó por primera vez, el niño gritó sin parar, poniendo en tensión los nervios de la madre. Ahora guardaba silencio, pero esto sólo era motivo de nueva preocupación.

Ella también había llorado, aunque procuró disimularlo. En sus veintisiete años de vida no había visto nunca tormenta como aquélla; parecía simbolizar el cataclismo que acababa de trastornar toda su vida, arrancándola de su recién fundado hogar, con su acogedora chimenea al estilo antiguo, con su brillante cocina automática y su termostato que podía poner a la temperatura que quisiera sin consultar a nadie... Una tempestad que se la había llevado entre dos siniestros policías, detenida como cualquier pobre loca, y arrojada después de terribles humillaciones al barro frío y pegajoso de un campo de Oklahoma.

¿Sería cierto? ¿Sería posible que todo aquello fuese verdad y no una de las extrañas pesadillas que había tenido durante su embarazo?

Pero la lluvia era demasiado helada, el trueno de la tormenta demasiado retumbante como para soñarlo sin despertar. Así pues, era verdad lo que había dicho el Síndico. Sí, debía de ser verdad, pues ella había visto llegar la gigantesca nave. Con sus propios ojos había visto las llamaradas de sus toberas destacando entre la negrura del temporal. Ahora, perdida entre la muchedumbre, ya no alcanzaba a distinguirla, pero los que la rodeaban seguían avanzando poco a poco; por tanto, debía estar delante de ella. Estaba casi a la cola de la multitud, sería una de las últimas en subir a bordo.

Era muy necesario subir a bordo. Eso había dicho el abuelo "haccur Barstow, explicándoles luego en tono solemne lo que les aguardaba si no lo hacían. Ella creyó en sus palabras, aunque no dejaba de preguntarse cómo era posible, cómo alguien podía ser tan malvado, tan horriblemente desalmado como para querer matar a una persona tan indefensa e inofensiva como ella misma y su niño.

78

Se sintió embargada por el pánico. ¿Y si no quedase sitio cuando ella fuese a subir? Apretó al niño con más fuerza entre sus brazos, v la criatura gritó de nuevo al sentir la presión.

De entre la multitud salió una mujer que se acercó a Eleanor y le dijo: -Debes estar muy cansada. ¿Quieres que te lleve el niño un rato? -No, no, gracias. Estoy bien.

Un relámpago le dejó ver las facciones de la mujer. Eleanor Johnson la reconoció: era la abuela Mary Sperling.

Pero aquel amable ofrecimiento le hizo recobrar la confianza. Ahora sabía lo que iba a hacer. Si la nave se llenaba y no podía admitir más gente, ella haría pasar al niño de mano en mano sobre las cabezas de la multitud. Nadie rehusaría el hacer sitio a una criatura tan pequeña.

Alguien la rozó en la oscuridad. La multitud seguía adelantándose.

Cuando Barstow vio que faltaban pocos minutos para completar la operación de embarque, dejó su guardia junto a una de las compuertas del carguero y corrió tan rápido como le permitía el fangoso estado del suelo hacia la barraca de comunicaciones. Ford le había dicho que necesitaba recibir aviso antes de que despegase la nave: era preciso para organizar una maniobra de diversión. Barstow forcejeó con una puerta no automática que se negaba a abrirse, abrió y entró corriendo. Marcó el número privado que comunicaba directamente con la oficina de Ford, y apretó la palanca.

Contestaron en el acto, pero el rostro que apareció en pantalla no era el de Ford. Impaciente, Barstow estalló:

-¿Dónde está el Administrador? He de hablar con él.

Fue entonces cuando identificó el rostro que tenía ante sí. Era una cara muy conocida: la de Bork Vanning, jefe de la minoría del Consejo.

-Está usted hablando con el Administrador -replicó Vanning con fría sonrisa-.

Librodot

Con el nuevo Administrador. Ahora, ¿quién diablos es usted y qué se le ofrece?

Barstow dio gracias a todos los dioses pasados y presentes, en vista de que la identificación no había sido recíproca. Cortó la comunicación de un rápido gesto instintivo, y salió corriendo del barracón.

Dos de las compuertas del carguero estaban ya cerradas; los rezagados se aglomeraban alrededor de las otras dos. Barstow entró por una de ellas, empujando a todo el mundo y mascullando maldiciones. Finalmente logró abrirse paso hasta la cabina de mandos.

-¡Arriba! -gritó con todas sus fuerzas al ver a Lazarus-. ¡Hay que despegar ahora mismo!

79

-¿A qué viene todo ese jaleo? -preguntó Lazarus, pero al mismo tiempo su mano accionaba el cierre de ambas compuertas. Aceleró los motores, esperó apenas diez segundos... y dio paso a toda la potencia.

-Bien -dijo a modo de comentario seis minutos más tarde-. Espero que todo el mundo haya conseguido echarse; de lo contrario, tendremos que curar algunos huesos rotos. ¿Qué decías?

Barstow le contó lo sucedido con su intento de hablar con Ford. Lazarus parpadeó y silbó algunos compases de la canción Un pavo en la paja.

-Parece que nos hemos salvado por los pelos. ¡Vaya si lo parece!

Luego guardó silencio y fijó toda su atención en los instrumentos, con un ojo en el control balístico y otro en el radar de popa.

7

Lazarus tuvo quehacer a manos llenas para conducir el «Chile» hasta la posición de atraque al costado del «Nuevas Fronteras». El exceso de carga hacía muy insegura la maniobra del transporte, que cabeceaba como un potro. Pero lo consiguió. Los anclajes magnéticos se pegaron al casco de la nave interestelar, las bombas se pusieron en marcha, y a todos les dolieron los oídos mientras la presión interior del «Chile» se ajustaba a la de la nave gigante. Lazarus echó a correr hacia la escotilla que daba a la sala de mandos, y cuando alcanzó el pie de la escala se dio de bruces con el ingeniero jefe del «Nuevas Fronteras».

El hombre le miró y bufó:

-Usted otra vez, ¿eh? ¿Por qué diablos no ha contestado a nuestras llamadas? ¿Es que no sabe que está prohibido atracar aquí sin permiso? Esta nave es propiedad privada. ¿Qué significa esa intrusión?

-Pues, sencillamente, que usted y sus muchachos van a irse a la Tierra algunos días antes de lo previsto... en ese carguero que ahí ve.

80

-¡Cómo! ¡Esto es ridículo!

-Hermano -empezó Lazarus con amabilidad, exhibiendo la desintegradora con súbito gesto de la derecha-, no me gustaría hacerte daño después de haber sido tan amable conmigo..., pero ten por seguro que te lo haré, si no te comportas.

El oficial se limitó a parpadear sin dar crédito a sus ojos. Algunos de sus hombres se apiñaban a su espalda; uno de ellos dio un salto y echó a flotar por el aire con intención de ir a pedir ayuda. Lazarus le apuntó a la pierna y disparó con poca potencia. El atrevido se contorsionó en el aire, con espasmódicos movimientos.

-Ahora tendrán que ocuparse de él -observó Lazarus.

Fue suficiente. El ingeniero reunió a sus subordinados llamándoles a través del intercomunicador, y Lazarus fue contándolos mientras llegaban. Eran veintinueve, cifra que Lazarus había tenido buen cuidado de memorizar en ocasión de su primera visita. Después examinó al hombre a quien había disparado.

-Eso no es nada, chico -decidió tras breve inspección, y luego, volviéndose hacia

Librodot

el ingeniero en funciones de capitán-: Tan pronto como hayan pasado a la otra nave, póngale un poco de pomada contra la radiación. El botiquín está en la cabina de mandos.

-¡Esto es un acto de piratería, y no se saldrá con la suya! -Probablemente no -dijo Lazarus, pensativo-. Pero voy a intentarlo.

En seguida volvió su atención a lo que más le importaba. -¡Vamos, pronto! ¡No tenemos todo el día!

El «Chile» se estaba vaciando poco a poco. Sólo podía utilizarse una puerta de salida y entrada, pero la presión de la muchedumbre medio histérica y el embotellamiento producido en el pasillo de comunicación entre ambas naves hacían que los refugiados entrasen como abejas huyendo de una colmena en peligro.

Muchos de ellos no se habían visto nunca en situación de gravedad cero, y al entrar en la gigantesca astronave se quedaban flotando en el aire, totalmente desorientados. Lazarus trató de poner orden, por el procedimiento de echar mano de los que parecían más acostumbrados a aquellas condiciones y ponerlos a dirigir a los demás. Era cuestión de despejar rápidamente, de meter a los recién llegados en cualquier parte, de hacer sitio a los miles y miles que aún estaban por llegar. Había elegido ya como a una docena de ayudantes, cuando apareció por la escotilla Barstow; Lazarus echó mano de él, y le cedió la tarea.

-Que se vayan moviendo, sea como sea. He de ir a la cabina de mandos. Si localizas a Andy Libby, envíamelo.

81

Un hombre se apartó de la multitud y se dirigió a Barstow: -Hay una nave que trata de entrar en la nuestra. La he visto por una ventana.

-¿Dónde? -preguntó Lazarus.

Aunque el hombre desconocía los términos astronáuticos, supo hacerse entender.

-Ahora vuelvo -le dijo Lazarus a Barstow-. Que sigan entrando, y no pierdas de vista a esos chicos, que son nuestros anfitriones aquí.

Enfundó la desintegradora y se abrió paso entre la muchedumbre que entraba.

La escotilla número tres parecía ser la indicada por el informante. En efecto, había algo. La escotilla tenía un ojo de buey de cristal blindado, pero en vez de un fondo de estrellas dejaba ver un reflejo blanco. Un vehículo desconocido estaba pegado al costado del «Chile».

Sus ocupantes no se habían atrevido a abrir una escotilla del «Chile», o tal vez no sabían hacerlo. La escotilla no estaba cerrada por dentro, y un piloto exterior verde indicaba que las presiones estaban niveladas; por tanto, el acceso no era difícil.

Lazarus se extrañó.

Si era un patrullero, un crucero de la Escuadra o algo por el estilo, su presencia significaba una mala noticia. Pero, en tal caso, ¿por qué no abrían la escotilla y entraban? Estuvo tentado de cerrarla por dentro, acabar las operaciones de transbordo y salir huyendo.

Pero los ancestrales hábitos del mono pudieron más; no podía desentenderse de algo sin averiguar antes lo que era. Conque optó por una solución de compromiso, cerrando el pestillo de un puntapié y asomándose luego cuidadosamente por el ojo de buey para ver quién era.

Estaba viendo a Slayton Ford.

Rápidamente se hizo a un lado, descorrió el pestillo y accionó el pulsador que abría la escotilla. Allí aguardó, con un pie afianzado en un estribo, la desintegradora en una mano y el cuchillo en la otra.

-¿Qué diablos quiere ahora? -preguntó-. ¿Qué hace usted aquí? ¿A quién se ha traído, a la patrulla?

-He venido solo -respondió el ex Administrador de la Federación. -¡Cómo!

Librodot

-Quiero irme con ustedes... si me aceptan.

82

Lazarus se quedó mirándole, sin responder. Luego se acercó de nuevo al ojo de buey e inspeccionó cuanto pudo divisar. Por lo visto, Ford decía la verdad. No había nadie más. Pero no fue eso lo que más llamó la atención a Lazarus.

En efecto, el aparato del recién llegado no era una nave espacial propiamente dicha; carecía de compartimiento estanco, y en su lugar sólo tenía una compuerta de atraque para unirse a otra nave más grande. Parecía... Sí, aquello era un pequeño estratoyate privado, capaz para saltar de un lugar a otro o, como mucho, para abordar algún satélite siempre que éste dispusiera de facilidades para repostar, al objeto de emprender el salto de regreso.

Pero allí no tenían medios para repostar. Un piloto muy hábil habría sido capaz, quizá, de aterrizar planeando con aquella lata, siempre que se las arreglase para reingresar en la atmósfera sin chamuscarse la piel. Lazarus se dijo que, de todos modos, a él no le gustaría verse en tal aventura, ¡ni hablar! Dirigiéndose a Ford, le preguntó:

-Suponiendo que no le aceptásemos, ¿cómo pensaba regresar? -No me paré a pensarlo - replicó Ford.

-¡Hum! Cuéntemelo todo, pero rápido, pues vamos con el tiempo justo.

Ford había quemado todos sus puentes. Desposeído del cargo pocas horas antes, sabía que cuando todo saliera a relucir lo mejor que podría esperar sería el internamiento a perpetuidad en Coventry, sin hablar de la posibilidad de ser linchado por las turbas fanatizadas o de perder la razón en el curso de los interrogatorios.

Fueron sus maniobras de diversión lo que le hizo perder el ligero margen de mayoría que aún conservaba. Sus explicaciones no habían convencido al Consejo. Dijo que la tempestad sobre la reserva, con simultánea retirada de la policía, había sido un intento de romper la moral de las Familias: excusa plausible pero no demasiado verosímil. Sus órdenes a la Escuadra para alejarla del «Nuevas Fronteras» afortunadamente no habían sido relacionadas por nadie con la cuestión de las Familias Howard. Sin embargo, no pudo aducir motivos suficientes y esto también sirvió de argumento para el voto de desconfianza. No hubo caso que no sacaran a relucir para combatirle; una de las interpelaciones aludió a ciertos dineros retirados del fondo discrecional de la Administración por un tal capitán Aaron Sheffield. ¿Habían sido gastadas en alguna misión de interés público tales cantidades?

Lazarus abrió mucho los ojos:

-¿Quiere decir que andaban ya sobre mi pista?

83

-No del todo, o no estaría usted aquí. Pero les faltaba muy poco para dar con ella. Supongo que muchas personas de mi confianza han debido pasar a la oposición en los últimos días.

-Probablemente, pero dejémoslo correr. Vamos. Partiremos tan pronto como haya salido el último de esta nave.

Lazarus se volvió, dispuesto a alejarse. -¿Permitirá que vaya con ustedes? Después de echar una ojeada, Lazarus se encaró con Ford. -¡Cómo no!

Su primera intención había sido devolver a Ford con el «Chile». Si cambió de opinión no fue por gratitud, sino por respeto. Después de perder su cargo, Ford se había encaminado directamente a Huxley Field, al norte de la torre Novak, indicando al control de vuelo que se dirigía al satélite «Monte Carlo», pero con el propósito de buscar el «Nuevas Fronteras». Esto agradó a Lazarus. Hacía falta tener valor y carácter para jugárselo todo a una carta y largarse con lo puesto, como quien dice.

-¡Pues claro que vendrá con nosotros! -añadió sinceramenteUsted me cae bien, Slayton.

El «Chile» ya estaba medio vacío, aunque la muchedumbre atemorizada seguía

agolpándose alrededor de la escotilla de transbordo. Lazarus se abrió paso a codazos, procurando no maltratar a mujeres ni a niños, pero sin permitir que nada le demorase. Ford iba colgado del cinto de Lazarus para no separarse de él. Así llegaron hasta la presencia de Barstow.

r_ste se quedó de una pieza.

-Sí, es él -confirmó Lazarus-. No mires tanto, que es de mala educación. Vendrá con nosotros. ¿Has visto a Libby?

-Aquí estoy, Lazarus -dijo Libby, soltándose de su estribo y acercándose al vuelo con la soltura de un veterano del espacio. Llevaba un pequeño petate sujeto a la muñeca.

-Está bien, no te alejes demasiado. ¿Cuánto tardarán en pasar los demás, Zack? - Cualquiera sabe. Es imposible contarlos. Supongo que una hora, más o menos.

-Que sea menos. Pon un par de tipos rudos a cada lado de la entrada, y que vayan tirando de los que entran. Es preciso que nos vayamos ahora mismo. Estaré en la cabina de mandos, llámame por el intercomunicador cuando haya pasado el último y nuestros anfitriones hayan entrado en el «Chile» para ser devueltos a la Tierra. ¡Andy! ¡Slayton! ¡Conmigo!

-Lazarus.. .

-Más tarde, Andy. Hablaremos cuando estemos allí.

84

Lazarus se llevaba a Slayton Ford porque no sabía qué hacer con él, y pensando además que sería mejor tenerlo apartado de la circulación hasta que se les hubiera ocurrido una buena explicación de su presencia. Hasta aquel momento nadie parecía haber reparado en él, pero cuando las cosas se hubiesen calmado, el conocido semblante de Ford exigiría prontas explicaciones,

La cabina de mandos estaba a unos ochocientos metros más a proa. Lazarus sabía que debía existir una guía directa hasta el puesto de mando, pero no estaba dispuesto a perder el tiempo buscándola, por lo que enfiló adelante por el primer pasillo que halló. Tan pronto como se vieron lejos de la multitud, consiguieron avanzar a buen ritmo, aunque Ford no dominaba mucho la técnica de moverse en condiciones de ingravidez. Los otros dos, en cambio, se movían como peces en el agua.

Una vez llegados a la cabina, Lazarus entretuvo la forzosa espera explicándole a Libby la disposición sumamente ingeniosa, aunque poco ortodoxa, de los mandos de la nave. Libby, entusiasmado, empezó a familiarizarse con ellos, Lazarus se volvió a Ford.

-¿Qué le parece, Slayton? No nos vendría mal otro ayudante. Ford meneó la cabeza. -He estado escuchando, pero no llegaría a aprenderlo. No soy piloto. -¿Eh? Pues, ¿cómo ha llegado usted hasta aquí?

-¡Ah! En realidad tengo la licencia, pero me ha faltado tiempo para practicar. Siempre pilotaba mi chófer. Hace años que no calculo una trayectoria.

Lazarus le miró de arriba abajo.

-Y sin embargo, trazó usted la cita orbital, ¡y sin reserva de combustible! -Pues sí. Lo hice.

-Entiendo. Como el gato que aprendió a nadar. Bien, es un sistema tan bueno como cualquier otro.

Se volvió hacia Libby, pero entonces la voz de Barstow se dejó oír a través del intercomunicador:

-¡Cinco minutos, Lazarus! Primer aviso.

Lazarus localizó el micrófono, accionó el botón y replicó: -Conforme, Barstow. Cinco minutos. ---

Luego comentó:

-¡Rayos! ¡Pero si aún no hemos determinado el rumbo! ¿Qué opinas, Andy? ¿Nos alejamos perpendicularmente de la Tierra para perderla de vista cuanto antes, y

Librodot

85

escogemos destino luego? ¿Qué le parece, Slayton? ¿Iría eso de acuerdo con las órdenes que dio a su Escuadra?

-¡No, Lazarus, no! -protestó Libby. -¿Y por qué no?

-Hay que enfilar directo hacia el Sol. -¿Hacia el Sol? ¿Se puede saber por qué?

-Es lo que intentaba decirte antes. Es por lo de la propulsión espacial que me mandaste que estudiara.

-Pero aquí no hay nada de eso, Andy.

-Sí hay. Aquí está -indicó Libby, señalando el petate que había traído. Lazarus lo abrió.

Montado con piezas de otros mecanismos, y más parecido al trabajo de un niño aficionado a la mecánica que a un producto de laboratorio técnico, el trasto al que Libby denominaba «propulsión espacial» quedó expuesto a la contemplación crítica de Lazarus. En medio de la brillante perfección de la complicada sala de mandos, parecía algo desmañado, patético, ridículamente inadecuado.

Lazarus lo empujó un poco, indeciso. -¿Qué es eso? -preguntó-. ¿Una maqueta?

-No, no, Eso es, precisamente, la propulsión espacial. Lazarus contempló al, para él, joven científico, con cierta simpatía irónica.

--Hijo, ¿no se te habrá aflojado un tornillo, verdad?

-¡No, no! -se apresuró a negar Libby-. Estoy tan cuerdo como tú. Esto representa un concepto radicalmente nuevo. Por eso quiero que nos acerquemos al Sol. Si funciona, tendrá que ser donde la presión de la luz sea más intensa.

-Y si no funciona, ¿cómo quedaremos? ¿Como unas manchas solares?

-No digo que nos dirijamos al Sol. Pero de momento podemos enfilar hacia allá, y cuando haya calculado los datos, te daré las correcciones para entrar en la trayectoria conveniente. Quiero que pasemos cerca del Sol en una hipérbola muy abierta, bastante dentro de la órbita de Mercurio y tan cerca de la fotosfera como esta astronave pueda aguantar. Como no sabía hasta dónde podíamos

aproximarnos, no he calculado los datos antes, pero con la documentación de a bordo los tendré en seguida.

Lazarus contempló de nuevo el armatoste cientifico.

86

-Mira, Andy... Si estás seguro de que los engranajes de tu cabeza no se han oxidado, voy a correr el riesgo. Apretaos los cinturones.

Con estas palabras, se ciñó los cinturones del puesto de piloto y llamó a Barstow. -¿Cómo va eso, Zack? -¡Listos!

-¡Pues agárrense bien!

Lazarus cubrió con una mano una luz del cuadro de mandos que tenía a la izquierda. La alarma de aceleración resonó en toda la nave. Otra maniobra con la derecha, y se abrió frente a ellos un hemisferio de cielo estrellado. Ford lanzó una exclamación de sorpresa.

Lazarus lo estudió, viendo que casi veinte grados de firmamento estaban eclipsados por el hemisferio nocturno de la Tierra. -Habrá que dar un rodeo, Andy. Ahora verás cómo pilotamos los de Tennessee.

Empezó suavemente con una aceleración igual a un cuarto de la correspondiente a la gravedad terrestre, lo suficiente para despabilar a los pasajeros y obligarles a tomar precauciones. Al mismo tiempo iniciaba la lenta operación de variar el rumbo de la gigantesca nave, hacia la dirección conveniente para salir cuanto antes del cono de sombra de la Tierra. Luego aumentó la aceleración a medio G, y después a un G.

La negra silueta de la Tierra pronto se convirtió en un plateado cuarto creciente, apareciendo tras ella el blanco disco del Sol, con magnitud aparente de medio grado.

-Quiero sobrepasarla a mil millas más de distancia y con aceleración de dos G.

«Regla de Cálculo» -dijo Lazarus, nervioso-, dame el vector temporal.

Libby no necesitó más de algunos segundos para efectuar el cálculo. Lazarus hizo sonar de nuevo la alarma y aumentó la aceleración a dos G. Por un instante pensó ponerla al máximo de emergencia, pero se contuvo, comprendiendo que no podía hacerlo con aquel cargamento de novatos. Cualquier nave rápida de la Escuadra podía acelerar mucho más, si era enviada en misión de intercepción, y las tripulaciones estaban entrenadas para resistirlo. Pero no tenían más remedio que correr el riesgo... Por otra parte, las naves de la Escuadra no podían mantener mucho tiempo una fuerte aceleración, pues contaban con tanques de capacidad limitada.

En cambio, el «Nuevas Fronteras» no estaba sometido a tan anticuados límites, puesto que no empleaba depósitos. Su convertidor funcionaría con cualquier masa, transformándola en pura ener-

gía de propulsión. Todo servía, meteoritos, partículas interestelares, átomos captados al paso, o incluso los desperdicios de la propia nave. La masa era energía, y un gramo de materia al morir proporcionaba novecientos millones de trillones de ergios de empuje.

87

El cuarto creciente de la Tierra fue aumentando y quedando a un lado de la pantalla hemisférica. En cambio, el Sol señalaba exactamente el rumbo. Algo más de veinte minutos más tarde, cuando pasaban por el punto de máxima aproximación y la media Tierra se eclipsaba por un lado de la pantalla, entró en funcionamiento el circuito de nave a nave.

-¡«Nuevas Fronteras»! -ordenó una voz poderosa-. ¡Pónganse en órbita de espera! ¡Es una orden del control de circulación espacial!

Lazarus lo desconectó.

-De todos modos, si tratan de alcanzarnos, no creo que vayan a seguirnos hasta el Sol - dijo con optimismo-. Camino despejado, Andy, ¿Quieres calcular el tiempo, o prefieres darme los datos a mí?

-Lo calcularé -respondió Libby.

Había descubierto ya que las características relativas a la astrogación de la nave, incluyendo su comportamiento como «cuerpo negro», figuraban duplicadas en ambos puestos de pilotaje. Con esto y los datos del instrumental empezó a calcular la hipérbola con que se proponía pasar cerca del Sol. Hizo un débil intento de utilizar la calculadora balística de a bordo, pero fracasó; el modelo era completamente desconocido para él, y además no tenía parte movible alguna, ni siquiera en sus mandos externos. Como no era cuestión de perder tiempo, prefirió emplear la extraña capacidad para los números que poseía su cerebro. Tampoco éste presentaba partes movibles, pero al menos sabía manejarlo.

Lazarus decidió comprobar cómo andaban de popularidad en relación con el mundo exterior. Conectó de nuevo la comunicación de nave a nave, lo que le permitió escuchar más ladridos de voces irritadas, aunque algo más lejanas. Así supo que habían averiguado su verdadero nombre (o al menos uno de ellos); esto significaba que los forzados huéspedes del «Chile» debieron llamar al control de circulación tan pronto como se hallaron a solas. Supo también que acababa de ser anulada la licencia de piloto del «capitán Sheffield», lo que le hizo menear la cabeza con irónico disgusto. Cortó aquel canal y ensayó las frecuencias empleadas por la Escuadra. Acabó por desconectarlas también, pues transmitían en clave y no se entendía nada, excepto una vez que captó las palabras «Nuevas Fronteras», que alguien había radiado sin cifrar.

Murmuró algo así como «no me causan pavor vuestros semblantes esquivos...», y ensayó otro método de investigación. Mediante radar de largo alcance y detector paragravitacional podía

saber si había otras naves en proximidad, pero esto no bastaba. Se hallaban

todavía cerca de la Tierra y era lógico que hubiese naves, pero no resultaba fácil distinguir un

88

pacífico carguero o crucero de pasaje de una espacionave armada y lanzada en furiosa persecución.

Pero el «Nuevas Fronteras tenía más recursos que una nave ordinaria para saber lo que ocurría a su alrededor, pues había sido equipada para enfrentarse sola a las más insólitas situaciones. La sala de mandos hemisférica que ocupaban era un enorme receptor multipantalla de televisión, capaz de reproducir el cielo estrellado, tanto a proa como a popa, según la voluntad del piloto. Pero aún tenía otros circuitos más sutiles: simultánea o separadamente, podía funcionar como una enorme pantalla de radar con presentación de cualquier objeto que entrase dentro de su alcance.

Y esto era sólo el principio. Sus detectores sobrehumanos podían aplicar el análisis diferencial a la resolución de los efectos Doppler, y dar una presentación visual de los resultados. Lazarus estudió la consola de mandos que tenía al lado izquierdo, tratando de recordar lo que le habían explicado, y ensayó una maniobra.

Las simuladas estrellas e incluso el mismo Sol se desvanecieron hasta resultar apenas visibles, destacando por contraste una docena de puntos luminosos.

Accionó los mandos para el cálculo de velocidad angular. Los puntos viraron al color rojo y se convirtieron en pequeños cometas de cola rosada. Todos menos uno, que seguía de color blanco y no presentaba cola. Estudió durante unos segundos a los demás, decidiendo que según sus vectores no llegarían a acercarse nunca. Luego ordenó que los instrumentos midieran el efecto Doppler del perseguidor constante.

Este adquirió un color violeta, recorrió la mitad del espectro y quedó detenido en el verde. Lazarus reflexionó unos instantes, restó de la aceleración medida los dos G que llevaba su propia nave, y observó que el punto incógnita regresaba a su primtivo color blanco. Satisfecho, repitió la misma verificación con los instrumentos de proa.

-Lazarus.. . -¿Sí, Lib? -¿Te molesto si te doy las correcciones ahora?

-En absoluto. Sólo estaba echando una ojeada. Si esta linterna mágica funciona, no creo que puedan organizar una persecución con posibilidades de alcanzarnos.

-Bien, pues ahí van los números...

-Ponlos en máquina tú mismo, ¿quieres? Te cedo un rato los mandos y me voy a desayunar. ¿Y vosotros? ¿Queréis tomar algo? Libby asintió con la cabeza, distraído, mientras iniciaba las operaciones para modificar la trayectoria de la nave. Ford terció prontamente, hablando por primera vez desde hacía largo rato:

-Deje que vaya yo. Lo haré con mucho gusto.

89

-¡Hum! Podría meterse en algún jaleo, Slayton. No sé lo que habrá contado Zack por ahí, pero me figuro que para la mayoría usted seguirá siendo el enemigo número uno, Voy a pedir por-el intercomunicador que venga alguien a atendernos.

-No creo que nadie me reconozca en estas circunstancias -objetó Ford-, Además, es una diligencia legítima y puedo explicarla. Lazarus observó el semblante de Slayton y comprendió que tenía necesidad de ocuparse en algo para mantener la moral.

-De acuerdo... siempre que consiga desenvolverse bajo una aceleración de dos G. Ford se incorporó pesadamente en el asiento.

-Creo que he conseguido tener piernas de astronauta. ¿Qué clase de bocadillos quieren?

-Yo diría de filete de buey, pero seguramente será un maldito sucedáneo. Que sean de queso y salchicha con mucha mostaza. Y un cubo de café. ¿Qué quieres tú, Andy?

-¿Yo? ¡Bah!, me da igual. Cualquier cosa.

Ford se dispuso a salir, luchando dificultosamente contra el doble peso de su

cuerpo; luego titubeó y dijo:

-Señores, me harían un favor si me indicaran dónde debo buscar lo que pidieron.

-Si no encuentra la nave abarrotada de alimentos por todas partes, hermano -dijo Lazarus-, será que hemos cometido un terrible error. Busque, y espero que encuentre algo.

Cayendo, cayendo, cayendo siempre hacia el Sol, a velocidad que aumentaba diecinueve metros por segundo cada segundo transcurrido. Cayendo y cayendo durante quince interminables horas de peso doblado, En ese tiempo recorrieron diecisiete millones de millas y alcanzaron la inconcebible velocidad de seiscientas cuarenta millas por segundo: la distancia de Nueva York a Chicago en un abrir y cerrar de ojos.

Durante las horas en que permanecieron sometidos a un peso doble del normal en la Tierra, Barstow fue uno de los que lo pasaron peor. Otros podían echarse, tratar de dormir respirando con dificultad y buscando nuevas posturas para aliviar la carga del propio cuerpo, pero Zaccur Barstow se sentía espoleado por su responsabilidad, y se mantuvo en pie, cargando con sus trescientas cincuenta libras.

Y no porque pudiese hacer nada en favor de los suyos, excepto arrastrarse penosamente de un compartimiento a otro y preguntarles cómo se encontraban. Nada podía hacerse, ninguna organización podía aliviar el malestar mientras viajasen bajo aquella aceleración. Hombres, mujeres y niños se echaban donde hallaban sitio, aprovechando todos los espacios de una cosmonave no proyectada para semejante muchedumbre.

90

Lo único bueno de todo aquello, meditaba Barstow, era que todos se sentían demasiado enfermos para pensar en otra cosa. Estaban demasiado abatidos para crear problemas. Tarde o temprano se plantearían las dudas sobre el acierto del viaje, habría preguntas embarazosas sobre la presencia de Ford a bordo, o sobre el peculiar y ambiguo comportamiento de Lazarus, o sobre las contradicciones de la actuación del propio Barstow. Pero aún no había llegado el momento.

Convendría montar una campaña de propaganda, anticiparse al crecimiento del malestar. De lo contrario, valía más no pensar en lo que podría ocurrir..., y que ocurriría ciertamente si no se hacía algo para evitarlo.

Llegado frente a una escala de acero, apretó los dientes y consiguió subir a la cubierta superior. Sorteando los cuerpos tendidos en todas direcciones por el suelo, casi tropezó con una mujer que oprimía a un bebé entre sus brazos. Barstow observó que la criatura estaba sucia y mojada, y pensó en reconvenir a la madre, puesto que parecía despierta. Pero luego continuó su camino, comprendiendo que no habría un pañal limpio en millones de millas a la redonda. O tal vez hubiese una partida de diez mil en cualquier lugar de la nave..., que para el caso era prácticamente lo mismo.

Eleanor Johnson nunca supo de las preocupaciones que había motivado. Después de la gran sensación de alivio que experimentó al verse sana y salva dentro de la nave, se había dedicado a cuidar de los ancianos, y ahora no se daba cuenta de nada, sino del abatimiento debido a la reacción emocional y al aplastante peso. El niño había llorado al sentirlo, pero ahora estaba callado, demasiado callado. Ella se alzó una vez para comprobar si le latía el corazón; tranquilizada al notar que seguía con vida, cayó de nuevo en su estupor.

Quince horas más tarde, y a sólo cuatro de la órbita de Venus, Libby cortó la aceleración. La nave entró en régimen de caída libre, aunque su velocidad seguía aumentando, esta vez bajo el influjo de la poderosa atracción solar. Lazarus despertó al dejar de sentir su peso. Volviéndose hacia el puesto del copiloto, preguntó: -¿Estamos sobre la trayectoria?

-De acuerdo con lo previsto. Lazarus se le quedó mirando.

-Lo hemos conseguido. Ahora lárgate a dormir un rato. Muchacho, pareces un

Librodot

trapo viejo. -Descansaré aquí mismo.

-¡Y un cuerno! No has dormido cuando llevaba yo los mandos. Si te quedas aquí, te dedicarás a vigilar los instrumentos y a hacer cálculos. ¡Vamos! Lléveselo, Slayton,

Libby sonrió tímidamente y salió. Halló que fuera de la cabina de mandos todo estaba lleno de cuerpos flotantes, pero consiguió encontrar un rincón, pasó el cinturón de su falda por un estribo

91

de acero y se quedó dormido.

La ausencia de gravedad debió representar un momentáneo alivio para todos, pero dejó de serlo muy pronto, excepto para el uno por ciento de personas con experiencias en viajes espaciales. El mareo puede ser muy divertido para quienes no lo padecen, pero se necesitaría un Dante para describir el espectáculo formado por cien mil personas mareadas. Había drogas antináusea a bordo, pero costó trabajo hallarlas; había médicos entre la gente de las Familias, pero se pusieron enfermos también. El estupor continuó.

Barstow, acostumbrado a la ingravidez desde hacía mucho tiempo, entró flotando en la cabina de mandos para suplicar un alivio para los menos afortunados.

-Lo están pasando muy mal -le explicó a Lazarus-. ¿No podrías hacer girar la nave para crear una gravedad artificial y darles un poco de respiro?

-Lo cual dificultaría nuestras maniobras. Lo siento, Zack, pero dentro de poco la rapidez de maniobra va a ser más importante que el conservar el desayuno en el estómago. Además, nadie se muere de mareo..., únicamente desea estar muerto.

-La astronave siguió cayendo, ganando velocidad conforme se aproximaba al Sol. Los pocos que podían ser útiles siguieron ayudando débilmente a la inmensa mayoría de los enfermos.

Libby siguió durmiendo; era el sueño feliz, comparable a un retorno al seno materno, de los que están acostumbrados a la ingravidez. Apenas había dormido desde el día en que fueron arrestadas las Familias, pues su mente superactiva se ocupaba del problema de idear una nueva propulsión espacial.

El enorme navío modificó ligeramente su trayectoria sin que él despertara. Sencillamente cambió de postura. Pero lo que sí le despertó fue la alarma de aceleración. Se orientó a sí mismo, tratando de ponerse plano contra un mamparo, y esperó. La aceleración le golpeó casi en seguida, y pudo calcular por sus sensaciones que debía ser de unos tres G, cosa poco usual y que no auguraba nada bueno, Cuando salió a dormir se había alejado casi medio kilómetro; no obstante, luchó por ponerse en pie y emprendió la descomunal tarea de escalar aquel medio kilómetro alzando tres veces el peso de su propio cuerpo, mientras se maldecía a sí mismo por haber dejado a Lazarus solo con los mandos.

Tuvo que recorrer sólo una parte de aquella distancia, pero fue una parte heroica, como subir por las escaleras de un edificio de diez pisos con dos hombres sentados sobre las espaldas. La súbita vuelta a condiciones de caída libre le alivió, e hizo el resto del recorrido de un salto, como el salmón cuando nada río arriba.

-¿Qué ha pasado? Lazarus dijo, compungido: -Hubo que darle vector, Andy.

92

Slayton Ford no decía nada, pero parecía preocupado. -Sí, ya lo sé, pero ¿por qué?

Con estas palabras, Libby se ceñía rápidamente los cinturones del asiento de copiloto y estudiaba la situación astrogacional. -Luces rojas en la pantalla -describió Lazarus, dando las coordenadas y los vectores relativos.

Libby asintió, pensativo.

-Naves armadas. Ningún vehículo comercial pasa por estos parajes. Me parece una escuadrilla de minadores.

-Eso fue lo que yo pensé. No tenía tiempo para consultarte, de manera que decidí

acelerar antes de que pudieran cerrarnos el paso.

-Sí, no había más remedio -confirmó Libby, preocupadoPensé que ya estábamos a salvo de toda interferencia de la Escuadra.

-No son de los nuestros -intervino Ford-. No pueden serlo, cualesquiera que fuesen las órdenes impartidas desde..., ¡ejem!, desde que dejé el cargo, Han de ser naves venusianas.

-Probablemente -convino Lazarus-. Su amigo el nuevo Administrador debió de pedir ayuda a los venusianos, y aquí la tenemos. Sólo un gesto de buena voluntad interplanetaria.

Libby apenas escuchaba. Estaba examinando datos y procesándolos en la calculadora que tenía dentro de su caja craneana. -Esta nueva órbita... no es demasiado buena, Lazarus.

-Lo sé -admitió Lazarus con tristeza-. Tenía que esquivarlos, y lo hice en la única dirección posible: más hacia el Sol. -Demasiado cerca, quizás.

El Sol no es una estrella muy grande, ni demasiado caliente. Pero es tórrido con referencia al hombre, hasta el punto de hacerle caer muerto si no se protege de sus rayos durante los mediodías tropicales. Y eso a ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia. Es tan caliente que nosotros, pese a haber nacido bajo sus rayos, no nos atrevemos a mirarlo de frente.

A una distancia de cuatro millones de kilómetros, el Sol arde con un resplandor mil cuatrocientas veces más intenso que la peor solanera soportada en el Valle de la Muerte, el Sahara o Adén. Tal irradiación no sería percibida en forma de luz o calor; sería una muerte súbita como la causada por una explosión. El Sol es una bomba de hidrógeno natural, y el «Nuevas Fronteras» estaba rozando el círculo de total destrucción,

Hacía calor dentro de la nave. Las Familias estaban protegidas por el casco antirradiación, pero la temperatura ambiente subía sin cesar. Los viajeros ya no tenían que padecer la náusea de la ingravidez, pero ahora estaban doblemente a disgusto, tanto por el calor como por el hecho de no poder contar con ninguna superficie rigurosamente

93

horizontal; no podían estar de pie, ni tumbados. Esto era debido a que ahora la nave aceleraba, y al mismo

tiempo giraba sobre su eje, cosa no prevista por los constructores. La adición de las dos aceleraciones, angular y lineal, creaba una gravedad artificial incongruente. El giro se le imprimía a la nave por la necesidad de evacuar parte de la energía radiante recibida, y la aceleración en el sentido de la trayectoria era igualmente necesaria para pasar frente al Sol lo más lejos y lo más rápidamente posible, reduciendo al mínimo el perihelio o punto de máxima aproximación.

Hacía calor en la cabina de mandos. Hasta Lazarus se había resignado a los usos venusianos, prescindiendo de la falda. El metal estaba caliente al tacto. En la gran pantalla del estelario, un enorme círculo negro indicaba el lugar donde debía hallarse el disco del Sol. Los instrumentos se habían desconectado automáticamente frente a una demanda tan superior a toda escala.

Lazarus repitió las últimas palabras de Libby.

-Treinta y siete minutos para el perihelio. No podremos aguantarlo, Andy. La nave no resistirá.

-Lo sé. Nunca me propuse pasar tan cerca.

-Es cierto; tal vez no debía hacer esa maniobra. Tal vez hubiéramos podido pasar por entre las minas, En fin...

Lazarus se encogió de hombros, desechando aquellas ideas de «lo que pudo haber sido si ...».

-Me parece, hijo, que ha llegado la hora de ensayar tu armatoste. Hizo un gesto

hacia la destartalada «propulsión espacial» de Libby. -¿Dijiste que bastaba con soldar esta conexión?

-Así lo dispuse. Adhiérase un cable a cualquier punto de la masa sobre la cual se desee influir. Por supuesto, no estoy realmente seguro de que funcione -admitió Libby-. No había modo de probarlo.

-¿Y si no funciona?

-Pueden pasar tres cosas -respondió Libby, siempre metódico-. La primera, que no pase nada.

-En cuyo caso, nos freiremos.

-La segunda, que nosotros y el navío dejemos de existir como materia, entendida en el sentido tradicional.

94

-O sea, muertos, aunque tal vez de una manera menos desagradable.

-Supongo. Desconozco lo que es la muerte. La tercera, y si mis hipótesis no fallan, que nos alejemos del Sol a una velocidad escasamente inferior a la de la luz.

Lazarus contempló el dispositivo y se enjugó el sudor que le corría por los hombros. -Hace cada vez más calor, Andy. Conéctalo, ¡y ojalá funcione! Andy lo contectó. -¡Adelante! -le urgió Lazarus-. Acciona el pulsador, baja la

palanca, tira del cordón, ¡haz lo que sea, pero pronto! -Ya está -insistió Libby-, Mira el Sol. -¿Eh? ¡Oh!

El gran círculo oscuro que representaba el Sol en la pantalla estaba encogiéndose rápidamente. En unos doce segundos perdió la mitad de su diámetro; veinte segundos más tarde se había reducido a la cuarta parte de su anchura originaria.

-Funcionó -dijo Lazarus en voz baja-. ¡Fíjese, Slayton! ¡El diablo me lleve! ¡Funcionó! -Supuse que así sería -respondió Libby, muy serio-. Tenía que ser, ya sabes.

-¡Hum! Eso podrá ser evidente para ti, Andy, pero no lo es para mí. ¿Qué velocidad llevamos?

-¿Con respecto a qué?

-¿Eh? Pues... en relación con el Sol.

-No he tenido oportunidad de medirla, pero debe ser poco menos que la velocidad de la luz. Más no puede ser.

-¿Por qué no, dejando aparte las consideraciones teóricas? -Todavía vemos -indicó Libby la pantalla del estelario. -En efecto -meditó Lazarus-. Pero, ¿cómo es posible? Las estrellas deberían desaparecer por efecto Doppler. Libby pareció sorprendido; luego sonrió.

-Y lo hacen, pero aparecen por el otro lado debido al mismo efecto. Hacia este lado, hacia el Sol, vemos radiaciones de poca longitud de onda corridas hacia el espectro visible; hacia el otro lado son casi ondas de radio las que vemos como luz.

-¿Y en medio?

-No te burles de mí, Lazarus. Estoy seguro de que sabes sumar vectores relativos lo mismo que yo.

-Tú sí que sabes -afirmó Lazarus-. Yo no puedo hacer otra cosa sino escucharte y admirarte, ¿verdad, Slayton?

-Desde luego, desde luego. Libby sonrió cortésmente.

95

-Podríamos dejar de desperdiciar masa con el propulsor principal. Hizo sonar la alarma y lo desconectó.

-Ahora ya podemos regresar a condiciones normales -agregó, disponiéndose a desconectar asimismo su invento.

Lazarus intervino con precipitación:

-¡Alto! Ni siquiera hemos salido de la órbita de Mercurio, Andy. ¿Por qué echas el freno? -¡Cómo! ¡Pero si no vamos a frenar! Conservaremos la velocidad adquirida,

eso es todo. Lazarus se rascó una mejilla, pensativo.

-Normalmente, estaría de acuerdo contigo. Es la primera ley del movimiento. Pero con esta pseudovelocidad no estoy tan seguro. La hemos alcanzado sin dar nada a cambio... en términos de

energía, quiero decir. Tú pareces haber suspendido las leyes de la inercia; cuando pongas fin al intermedio, ¿no regresará toda la velocidad libre al punto de donde vino?

-No lo creo -replicó Libby-. La nuestra no es una falsa velocidad, sino tan real como cualquier otra. Lo que tú haces es aplicar tu lógica verbal antropomórfica a un campo en que no procede. ¿No creerás que vamos a regresar inmediatamente al potencial gravitacional inferior donde estábamos, no es cierto?

-¿Al lugar donde pusiste en marcha tu invento? No, no lo creo. -Y seguimos moviéndonos. Nuestra energía potencial gravitacional recién adquirida a mayor distancia del Sol, no es más real que nuestra actual energía cinética debida a la velocidad. Pero ambas existen.

Lazarus se quedó de una pieza. Aquella expresión no le iba en absoluto.

-Creo que no te sigo, Andy. Lo mire como lo mire, es preciso que hayamos captado la energía de alguna parte. Pero, ¿de dónde? Cuando fui al colegio me enseñaron a honrar la bandera, asistir a las elecciones y creer en la ley de conservación de la energía. A mí me parece como si la hubieras violado. ¿Cómo puede ser eso?

-No te preocupes -sugirió Libby-. La llamada ley de conservación de la energía no era más que una hipótesis de trabajo, indemostrada e indemostrable, y usada para describir macrofenómenos. Sólo se cumple dentro del antiguo concepto dinámico del universo. Pero en un plenum concebido como una red estática de relaciones, la «violación» de una «ley» no es nada más que una función discontinua, que puede ser observada y descrita. Eso fue lo que yo hice. Hallé una discontinuidad en el modelo matemático masa energía de ese aspecto al que llamamos inercia, y la apliqué. El modelo matemático ha resultado

96

ser conforme al universo real. Y ahí estaba el peligro: no se puede saber si un modelo matemático es conforme, hasta ensayarlo y ver cómo funciona.

-Sí, en efecto, hay que catar la cosa para poder decir qué gusto tiene. Pero, Andy... Sigo sin entender la causa. -Se volvió hacia Ford-. ¿Usted lo entiende, Slayton?

Ford meneó la cabeza.

-Me gustaría entenderlo..., pero ni palabra, oiga. -Pues ya somos dos. ¿Y bien, Andy? Ahora fue Libby el que puso cara de no comprender.

-Bien, Lazarus, la causalidad no tiene nada que ver con el plenum real, Un hecho es, sencillamente. La causalidad no es más que un postulado anticuado de la filosofía precientífica.

-Entonces, sospecho que yo también estoy anticuado -dijo lentamente Lazarus. Libby no respondió, limitándose a desconectar su aparato.

El disco negro seguía encogiéndose. Cuando llegó aproximadamente a un sexto de su mayor diámetro, pasó súbitamente del ne-

gro a un resplandor brillante, indicio de que la nave se había alejado bastante del Sol como para que sus sensores volvieran a funcionar.

Lazarus intentó calcular mentalmente la energía cinética de la nave: la mitad del producto de la velocidad de la luz al cuadrado (menos un poquito, se corrigió) por el poderoso tonelaje del «Nuevas Fronteras». La cifra -resultante no le tranquilizó mucho, tanto si querían ponerla en ergios como si querían llamarles manzanas.

8

97

-Lo primero es lo primero -interrumpió Barstow-. Estoy tan fascinado por los sorprendentes aspectos científicos de nuestra situación como vosotros, pero tenemos

Librodot

otras cosas que hacer. Hemos de trazar inmediatamente un programa de vida diaria. Conque olvidemos la física matemática y hablemos de organización.

No se estaba dirigiendo a los Síndicos, sino a sus propios lugartenientes, a las personas que le habían ayudado en las complicadas operaciones que hicieron posible el éxodo: Ralph Schultz, Eve Barstow, Mary Sperling, Justin Foote, Clive Johnson y otros doce más, aproximadamente.

Lazarus y Libby asistían a la conferencia. Lazarus había dejado a Slayton Ford al cuidado de la cabina de mandos, con orden de rechazar a todos los curiosos y, sobre todo, no permitir que nadie tocase los mandos. Esta ocupación era, según el punto de vista de Lazarus, la mejor terapéutica para Ford, en quien adivinaba un estado mental que le intranquilizaba. Ford parecía cada vez más ensimismado; respondía cuando le dirigían la palabra, pero eso era todo. Aquello preocupaba a Lazarus.

-Necesitamos un jefe ejecutivo -continuó Barstow-, alguien que provisionalmente disponga de muy amplios poderes para dar órdenes y hacerlas cumplir. Habrá que tomar decisiones, organizar, asignar tareas y responsabilidades, conseguir que funcione la administración interna de esta nave. Es una gran misión, y me gustaría que nuestros hermanos se planteasen una elección democrática. Pero eso tendrá que esperar; necesitamos a alguien para que dé las órdenes inmediatas. Se está desperdiciando comida, y la nave está... Bien, me gustaría que vieseis la ducha que he intentado usar hoy.

-Zaccur... -¿Sí, Eve?

-Creo que deberíamos encargar este asunto a los Síndicos; no tenemos otra autoridad.. Los que estamos aquí somos un grupo de emergencia, creado para una situación que ya pasó.

-¡Ejem! -intervino Justin Foote, con voz tan seca y grave como su propio rostro-. Discrepo de nuestra hermana en varios aspectos. Los Síndicos no están en contacto con la realidad actual, y no podemos perder el tiempo en ponerlos al corriente. Además, y por ser Síndico yo mismo, creo que se podrá confiar en mi imparcialidad cuando digo que los Síndicos, como grupo orgánico, ya no tenemos jurisdicción ni existencia legal.

Lazarus prestó atención.

-¿Qué quieres decir con eso, Justin?

98

-Considerando: que el consejo de los Síndicos custodiaba una fundación constituida como parte de una determinada sociedad y en relación con ella. Que los Síndicos nunca constituyeron un gobierno, siendo su deber únicamente el de las relaciones propias de las Familias y de éstas con la sociedad. Resultando que ahora las relaciones entre la sociedad terrestre y las Familias han cesado, luego ipso facto el consejo de los Síndicos deja de existir, ingresa en la Historia. Ahora nosotros, en esta nave, no somos todavía una sociedad, sino un grupo anárquico. Los aquí reunidos tenemos tanta, o tan poca autoridad para iniciar una sociedad como cualquier otro grupo parcial.

Lazarus prorrumpió en exclamaciones y aplaudió ruidosamente. -¡Muy bien, Justin! ¡Es la mejor argumentación leguleya que he escuchado desde hace muchos años! Nosotros, los aquí reunidos, nos lo guisamos, y nosotros nos lo comemos, ¿eh?

Justin Foote se sintió ofendido. -Evidentemente... -empezó.

-¡No, pero si estoy de acuerdo! ¡Ni una palabra más! Me has convencido. Manos a la obra y busquemos a nuestro hombre. ¿Qué te parece, Zack? Tú me pareces el candidato lógico.

Barstow meneó la cabeza.

-Conozco mis limitaciones. Soy ingeniero, no líder político; mi actividad en las Familias no era más que un pasatiempo. Necesitamos un experto en administración social.

Librodot

Cuando consiguió convencerles de que lo decía en serio, fueron propuestos otros nombres, y se debatieron largo y tendido las condiciones de cada cual. En un grupo tan numeroso como las Familias, había muchos especialistas en ciencias políticas, y bastantes de ellos habían desempeñado brillantemente cargos públicos.

Lazarus escuchó; conocía a cuatro de los candidatos. Por último, se apartó a un lado con Eve Barstow y le dijo algo al oído. Ella pareció sorprenderse, luego reflexionó, y por último asintió. Pidió la palabra y habló con su voz siempre amable y serena: -Voy a proponer un candidato que normalmente no se os ha-

bría ocurrido, y que me parece incomparablemente mejor dotado, en cuanto a temperamento, formación y experiencia, que cualquier otro de los que han sido propuestos. Propongo a Slayton Ford para el cargo de administrador civil de esta nave.

Los asistentes se quedaron mudos de asombro, y luego rompieron a hablar todos a la vez:

-¿Se ha vuelto loca?

-¡Pero si Ford se ha quedado en la Tierra!

-¡No, no, que está aquí en la nave! Ahora recuerdo haberle visto.

99

-¡Esto es intolerable!

-¡Las Familias jamás lo admitirían! -¡Además, no es uno de los nuestros! Eve aguardó con paciencia a que se calmaran los ánimos.

-No ignoro que mi propuesta os parecerá ridícula y absurda, y admito que resulta difícil entenderla. Consideremos, no obstante, las ventajas. Todos conocemos el prestigio y los méritos de Slayton Ford. Sabéis, como saben todos los miembros de las Familias, que Ford es un genio en su especialidad. Será muy difícil organizar la vida en común en esta nave superpoblada. El mejor talento que pudiéramos encontrar aún sería poco para la tarea.

Sus palabras hicieron impacto, porque Ford había sido uno de esos ejemplares raros en la Historia, un político cuyos méritos le eran reconocidos en vida. Los historiadores contemporáneos le acreditaban el haber salvado a la Federación occidental en dos de sus más graves crisis, por lo menos. Había sido una desgracia, más que un fracaso personal, el que su carrera hubiese tropezado con una crisis no soluble por medios ordinarios.

-Coincido con tu opinión acerca de Ford, Eve -dijo Zaccur Barstow-, y yo mismo celebraría que fuese nuestro jefe. Pero, ¿qué me dices de los demás? Para las Familias, exceptuando únicamente a los aquí presentes, el Administrador Ford personifica la represión que hemos padecido. Opino que eso le inhabilita como candidato.

Eve continuó, gentilmente obstinada:

-No lo creo. Ya hemos quedado de acuerdo en que necesitaremos montar una campaña para explicar públicamente los hechos contradictorios de los últimos días. ¿Por qué no decir toda la verdad, y explicar que Ford ha sido un mártir, que se sacrificó a sí mismo para salvarnos? Y así ha sido, como sabéis.

-¡Hum! Así fue en efecto, aunque no lo hizo en primera línea por nosotros. Pero el hecho indiscutible es que su sacrificio personal fue nuestra salvación.. En cuanto a poder convencer a los demás, con fuerza persuasiva suficiente para que le acepten y acaten sus órdenes, olvidando que le consideraban como al demonio en persona... ¡Hum! No sé, Mejor será preguntar a un experto. ¿Qué opinas, Ralph? ¿Podría hacerse?

Ralph Schultz titubeó.

-La verdad de una proposición tiene poco o nada que ver con sus aspectos psicodinámicos, La noción de que «la verdad se abrirá paso» no es más que un deseo piadoso, como nos enseña la Historia. El hecho de que Ford sea realmente un mártir a quien debemos gratitud, es irrelevante para la pregunta meramente técnica que me hacéis.

Librodot

100

Reflexionó un rato.

-Bien mirado, la proposición en sí tiene ciertos aspectos dramático-sentimentales que podrían prestarse a la manipulación propagandística, incluso frente a la contraproposición actual, que es la socialmente aceptada, Sí... Supongo que podría tener éxito. -¿Cuánto tardarías en conseguirlo?

-¡Hum! El espacio social considerado es lo que llamamos «denso» y «cargado en nuestra jerga profesional. Estaríamos en condiciones de alcanzar un fuerte factor «kg positivo en la reacción en cadena..., si logramos iniciarla. Pero se trata de un campo no explorado mediante sondeos de opinión. Asimismo, ignoramos qué rumores pueden correr ahora mismo en la nave. Si os ponéis de acuerdo en apoyar esa candidatura, yo me encargaría de hacer correr algunos rumores encaminados a restaurar el prestigio de Ford. Doce horas más tarde se podría hacer correr la voz de que Ford se halla a bordo... porque había decidido jugárselo todo a nuestra carta desde el principio.

-¡Uf! No creo que eso sea exacto, Ralph. -¿Estás seguro de que no lo sea, Zaccur? -¡Hombre, no! Pero es que...

-¿Lo ves? La verdad sobre sus creto entre él y su Dios. Vosotros Pero la dinámica de la proposición

hayan repetido tres o cuatro

pezarás a creértelo.********** ********** REVISAR MARCOS IRREGULARES

El psicometrista se quedó mirando al aire, mientras consultaba su intuición refinada por casi un siglo de estudio matemático del comportamiento humano.

-Sí, funcionará. Si deseáis hacerlo, creo que podréis anunciar una declaración oficial para dentro de veinticuatro horas.

-¡De acuerdo! -exclamó alguien de entre los reunidos.

primeras intenciones es un seno sabéis nada, y yo tampoco. es otro asunto. Para cuando te

veces el rumor, Zaccur, tú mismo em

Pocos minutos más tarde, Barstow envió a Lazarus en busca de Ford. Lazarus no le explicó para qué se requería su presencia; Ford entró en el compartimiento como quien se dispone a asistir a su juicio y no tiene ninguna duda acerca de la sentencia. Su actitud denotaba firmeza, pero no esperanza. Tenía la mirada triste.

Lazarus había estudiado aquellos ojos durante las largas horas en que ambos habían permanecido encerrados en la cabina de mandos. Tenían una expresión que Lazarus había visto muchas veces

101

en su larga vida. Tanto el condenado que ha perdido su último recurso, como el suicida totalmente decidido, o el pequeño ser exhausto y derrotado por la lucha contra una inflexible trampa de acero, todos tienen en los ojos la misma expresión, nacida de la definitiva seguridad de que todo ha terminado.

Así era la mirada de Ford.

Lazarus la había visto surgir poco a poco, y ello le intrigó. Bien es verdad que estaban pasando peligros, pero éstos le amenazaban igual que a los demás, ni más ni menos. Además, la certeza de un peligro aviva la mirada. ¿Por qué la de Ford parecía llevar la señal de la muerte?

Lazarus decidió que ello sólo podía ser debido a que Ford había alcanzado aquella encrucijada de la mente en que el suicidio se presenta como la única solución posible. Pero, ¿por qué? Lazarus lo había rumiado durante las largas guardias de la cabina de mandos, y consiguió reconstruir el proceso lógico a su satisfacción. Allá en la Tierra, Ford había sido importante entre los suyos, los hombres de vida efímera. Su posición superior fue lo que le hizo casi inmune a los sentimientos de inferioridad que los de

larga vida despertaban en los normales. Pero, ahora, él era el único efímero entre una raza de Matusalenes,

Entre ellos, Ford no tenía ni la experiencia de los ancianos ni las esperanzas de los jóvenes; debía sentirse inferior a ambos, e irremediablemente desclasado. Estuviese en lo cierto o no, era como un pensionista inútil, un parásito de la caridad ajena.

Para una persona como Ford, con su historial de vida activa y útil, tal situación era intolerable. Su mismo amor propio y el vigor de su carácter le empujaban al suicidio.

Cuando entró en la sala de conferencias, su mirada buscó a Zaccur Barstow. -¿Me ha enviado a buscar, señor? -Sí, señor Administrador.

Barstow le explicó en breves palabras la situación y la responsabilidad que ellos deseaban que asumiese.

-Nadie le obliga -concluyó-. Pero precisamos de sus servicios, si quiere usted realmente ayudarnos. ¿Querrá usted? Lazarus se animó al ver que la expresión de Ford cambiaba de pronto a un extraordinario asombro.

-¿Lo dicen en serio? ¿No están burlándose de mí? -preguntó Ford, hablando lentamente. -Muy en serio, señor.

Ford no respondió en seguida, y cuando lo hizo, su respuesta pudo parecer irrelevante. -¿Puedo sentarme un momento?

102

Le buscaron una silla; él se dejó caer en ella pesadamente, y ocultó el rostro entre las manos. Nadie habló. Seguidamente irguió la cabeza y dijo con voz firme:

-Si ustedes lo quieren así, les prometo hacer lo mejor que sepa para complacer su voluntad.

Además de un administrador civil, la nave necesitaba un capitán. Hasta aquel momento, Lazarus había sido el capitán en un sentido práctico y piratesco, pero protestó cuando Barstow le propuso formalmente que ostentase tal título.

-¡Eh! ¡No! Yo no. Antes preferiría pasar todo el viaje jugando al ajedrez. Libby es vuestro hombre. Serio, concienzudo, ex oficial de la Marina, el elemento ideal para ese empleo.

Libby se puso colorado al ver que todos le miraban.

-¿Yo? Cierto que alguna vez he tenido que mandar naves en cumplimiento de mis deberes, pero nunca me gustó. Soy un oficial de Estado Mayor por temperamento; nunca he servido para desempeñar un mando.

-No veo que puedas evitarlo -insistió Lazarus-. Tú inventaste el truco ése de la propulsión, y eres el único que sabe cómo funciona. Te has ganado el puesto a pulso, muchacho.

-No tiene nada que ver -se defendió Libby-. No me importa actuar como piloto, pues ello va en consonancia con mi formación. Pero prefiero estar a las órdenes de un comandante.

Lazarus tuvo entonces la satisfacción de comprobar cómo Slayton Ford se hacía cargo de la situación. Había muerto el hombre enfermo, y allí estaba otra vez el jefe ejecutivo.

-No es cuestión de preferencias, comandante Libby. Cada uno debe cumplir con su deber. Yo he aceptado la organización social y civil, lo que está de acuerdo con mis conocimientos, pero no puedo mandar esta nave en cuanto tal, pues no estoy entrenado para ello. Usted sí, conque debe hacerlo.

Libby se ruborizó aún más y tartamudeó:

-Lo haría si fuese el único a bordo. Pero hay cientos de hombres del espacio entre las Familias, y docenas de ellos tienen ciertamente mucha más experiencia y dotes de mando que yo. Si lo buscan, hallarán al hombre adecuado.

Ford dijo:

-¿Qué opina usted, Lazarus?

-¡Hum! Andy tiene razón. Un capitán tiene que ser el amo de su nave... o dejarlo correr. Si a Libby no le gusta mandar, más vale que busquemos a otro.

103

Justin Foote tenía una nómina microfilmada, pero no estaba a mano de ningún lector. Las memorias de los presentes colaboraron hasta proponer cierto número de candidatos. Por último, todos convinieron en designar al capitán Rufus King, alias «el Bruto».

Libby estaba explicando el funcionamiento de su propulsor de presión lumínica al nuevo comandante en jefe.

-El lugar geométrico de los destinos alcanzables está contenido

en el haz de paraboloides cuyos vértices sean tangentes a nuestra trayectoria actual. Esto supone que la aceleración debida a la propulsión normal de la nave esté siempre aplicada, de modo que se mantenga constante la magnitud de nuestro vector actual, que es escasamente inferior a la velocidad de la luz. Esto exigirá una leve precesión de la nave durante la aceleración de maniobra, lo cual no será demasiado difícil, debido a la enorme diferencia de magnitudes entre nuestro vector actual y los vectores de maniobra que se trataría de introducir. Quiero decir que, aproximadamente, podemos acelerar en ángulo recto respecto de nuestra trayectoria.

-Entiendo, pero, ¿por qué dice usted que los vectores resultantes deben conservar siempre la magnitud del actual?

-No sería necesario, si el capitán lo decide de otro modo -replicó Libby algo sorprendido-, pero es que al aplicar una componente que redujese el vector resultante por debajo de nuestra actual velocidad, lo único que haríamos sería frenar un poco, sin que ello nos proporcionara un mayor número de puntos de destino. El efecto sería incrementar la duración de nuestro viaje en varias generaciones, o quién sabe si en varios siglos, si la resultante...

-Cierto, cierto. Yo también sé algo de balística fundamental, señor mío. Pero, ¿por qué rechaza usted la otra alternativa? ¿Por qué no quiere aumentar la velocidad? ¿Por qué no puedo acelerar directamente en el sentido de mi trayectoria, si me da la gana? Libby puso semblante de preocupación.

-Puede hacerse, si el capitán lo ordena. Pero sería un intento de superar la velocidad de la luz, y esto se admite que es imposible...

-Ahí es donde yo quería ir a parar exactamente: «se admite». Siempre me he preguntado si esa hipótesis estaba justificada. Ahora parece llegada la ocasión de verificarlo.

Libby titubeó. Su sentido del deber luchaba contra las extáticas tentaciones de la curiosidad científica.

-Si ésta fuese una nave de investigación, capitán, yo también estaría impaciente por intentarlo. No puedo imaginar en qué condiciones nos hallaríamos caso de sobrepasar la

104

velocidad de la luz, pero imagino que dejaríamos de captar el espectro electromagnético; quiero decir el emitido por otros cuerpos. ¿De qué manera nos orientaríamos?

A Libby le preocupaban otros temas, además de las discusiones teóricas. En aquel momento se orientaban exclusivamente por medio de la «visión» electrónica. Para el ojo humano, el hemisferio que iban dejando a popa no era más que una inmensa oscuridad; las radiaciones más cortas se convertían por efecto Doppler en demasiado largas para el ojo humano. Hacia proa todavía se podían ver estrellas, pero su «luz» estaba constituida por ondas hertzianas muy . largas, resumidas al alcance de la nave gracias a su incomprensible velocidad. Las radiofuentes más negras lucían como

estrellas de

primera magnitud, y las estrellas poco abundantes en ondas de radio desaparecían. Las constelaciones familiares habían cambiado hasta hacerse irreconocibles. Este hecho de la visión distorsionada por el efecto Doppler resultaba confirmado por el análisis espectral. Las rayas de Fraunhofer desaparecían por el lado del ultravioleta, y eran reemplazadas por configuraciones desconocidas...

-¡Hum! -replicó King-. Entiendo lo que usted quiere decir, pero ciertamente me gustaría intentarlo, ¡Vaya si me gustaría! Admito que no podemos intentarlo llevando pasajeros a bordo. Bien, pues prepáreme trayectorias aproximadas a todas las estrellas tipo G comprendidas en ese haz o ramillete de que me hablaba, y que no estén demasiado lejos. Digamos diez años-luz para la primera exploración.

-Ya lo tengo, señor. No hay ninguna tipo G dentro de esa distancia.

-¿Conque no, eh? Un poco solitarios estos parajes, ¿no? ¿Qué más?

-Tenemos a Tau Ceti dentro de las trayectorias posibles, a once años-luz de distancia. -¿Una G Cinco, no? No parece demasiado buena.

-No, señor. Pero tenemos una auténtica G Dos, tipo igual a nuestro Sol, número de catálogo ZD Nueve, Ocho, Uno, Siete. Sólo que está más de dos veces más alejada.

El capitán King se frotó los nudillos.

-Supongo que tendremos que someter la cuestión a los ancianos. ¿Qué adelanto de tiempo subjetivo tenemos a nuestro favor? -No lo sé, mi capitán,

-¿Cómo? ¡Pues haga el cálculo! O deme los datos y lo haré yo. No presumo de ser tan buen matemático como usted, pero este problema podría resolverlo hasta un cadete. Así de sencillas son las ecuaciones.

-En efecto, mi capitán. Pero no tengo los datos para sustituir en la ecuación de contracción del tiempo, puesto que desconocemos la velocidad de la nave. El corrimiento hacia el violeta del espectro no nos sirve, puesto que no sabemos lo que significan las

105

nuevas líneas. Me temo que tendremos que esperar hasta poder disponer de una base de tiempos segura.

King suspiró.

-Señor Libby, a veces me pregunto para qué me habré metido en este jaleo. ¿Querría usted aventurar, al menos, un cálculo aproximado? ¿Mucho tiempo? ¿Poco tiempo?

-Ejem... Mucho tiempo, señor. Años.

-¿Sí? En fin, he tenido que esperar en naves peores que ésta. ¿Juega usted al ajedrez? -Solía jugar, mi capitán.

Libby no mencionó que lo había dejado por falta de contrincantes.

-Parece que vamos a disponer de mucho tiempo para jugar. Peón cuatro rey, -Caballo tres alfil de rey.

-¿Jugador heterodoxo, eh? Bien, pues ya le contestaré más tarde. Supongo que será mejor convencerles de explorar la G Dos, aunque tardemos más en llegar... Y supongo que deberíamos avisar a Ford para que cuide de organizar concursos y campeonatos y cosas así, no les vaya a dar la claustrofobia.

-Sí, mi capitán. ¿Le he recordado lo del tiempo de deceleración? Necesitaremos un año de tiempo terrestre subjetivo, con deceleración de menos un G, para alcanzar velocidades interplanetarias normales.

-Bien, pues hagámoslo de la misma manera en que se aceleró... con su aparato de presión lumínica.

Libby meneó la cabeza.

-Lo siento, mi capitán. El inconveniente de la propulsión por presión lumínica es que no hace caso de la ruta previa y la velocidad existente. Cuando uno llega sin inercia

Librodot

a proximidad de una estrella, sale despedido como un corcho arrastrado por una corriente de agua. Su momento previo queda cancelado al cancelar la inercia.

-Bien, pues admitamos que me ajusto a su programa. Todavía no puedo discutir con usted; aún desconozco muchos detalles de ese invento suyo.

-Sí, hay muchas cosas que yo tampoco entiendo todavía -replicó Libby, muy serio.

La nave había sobrepasado la órbita de la Tierra antes de que pasaran diez minutos desde que Libby conectó su propulsión espacial. Lazarus y él discutieron los aspectos físicos más esotéricos de la misma mientras llegaban a la órbita de Marte... Cuestión de un cuarto de hora.

106

El sendero de Júpiter aún estaba lejos cuando Barstow convocó; la reunión para elegir jefes. Se perdió una hora reuniendo a la gente en aquel navío superpoblado, y cuando llegaron todos, estaban a mil millones de millas más lejos, más allá de la órbita de Saturno. Tiempo transcurrido desde la puesta en marcha, menos de hora, y media.

Después de Saturno, las distancias se hacen inconmensurables. Urano les encontró discutiendo todavía. Sin embargo, Ford era no) minado y elegido cuando la nave se hallaba tan lejos del Sol coma el mismo Neptuno. King fue nombrado capitán, se hizo cargo del mando con ayuda de Lazarus, y conferenció con su piloto mientras la nave pasaba por la órbita de Flutón, a cuatro mil millones de millas, menos de seis horas después de haber sido empujados por el Sol a la velocidad sublumínica que llevaban.

Aún no habían salido del sistema solar, pero entre ellos y l"

estrellas ya quedaban sólo los cuarteles de invierno de los cometas y los escondrijos de los hipotéticos planetas transplutonianos... Espacios sobre los cuales el Sol tiene opción, pero que apenas se puede asegurar que sean suyos. Con todo, las estrellas más próximas estaban a años-luz de distancia. El .Nuevas Fronteras» se dirigía hacia ellas pisándole los talones a la luz, aguantando el frío a paso rápido.

Lejos, lejos, muy lejos... hacia los abismos solitarios donde las coordenadas del espacio son prácticamente rectilíneas, no distorsionadas por ninguna gravitación.

Día tras día, mes tras mes, año tras año, su fabuloso vuelo les alejaba cada vez más de toda la Humanidad.

Segunda parte

107

1

El gigantesco navío estelar continuó su vuelo solitario a través del desierto de la noche cósmica, a través de años-luz idénticamente vacíos. Las Familias se habían construido ya un estilo de vida adaptado a las nuevas condiciones.

El «Nuevas Fronteras» era de forma aproximadamente cilíndrica. Cuando no aceleraba, se le imprimía una rotación axial para crear una ilusión de gravedad en los compartimientos más cercanos al casco, que era donde iban los pasajeros. Estos compartimientos exteriores, llamados «los de abajo», eran los cuarteles habitados, mientras que los más interiores o «de arriba» servían de almacenes, granjas de cultivos hidropónicos y demás por el estilo. A lo largo del eje de proa a popa, se localizaban la cabina de mandos, el convertidor y la propulsión principal.

El diseño no difería mucho del de los grandes cargueros interplanetarios de la época, pero todo a escala descomunal. Era como una ciudad, proyectada para alojar desahogadamente una colonia de veinte mil individuos, ampliable a diez mil más en que se calculaba el incremento demográfico para cuando llegase a Próxima Centauri.

Pero, por grande que fuese, los cien mil individuos de las Familias se hallaban en ella demasiado hacinados, ya que excedía el pasaje previsto en relación de cinco a uno.

Fue preciso resistir hasta tener instalados los dispositivos de hibernación.

Librodot

Convirtiendo algunos de los espacios de recreo de los niveles bajos en almacenes, se ganó capacidad para este fin. Los durmientes precisan sólo un uno por ciento, aproximadamente, del espacio exigido por las personas despiertas y activas. En poco tiem-

po la nave dispuso de lugar suficiente para los que tenían que seguir despiertos. Al principio se presentaron pocos voluntarios para la hibernación; eran personas más temerosas de la muerte que el común de los hombres, y la hibernación se asemejaba demasiado al sueño final. Pero las incomodidades del hacinamiento, combinadas con la gran monotonía del interminable viaje, hicieron cambiar de opinión a muchos. Pronto las peticiones fueron tan numerosas que los servicios encargados de administrar la «pequeña muerte» no daban abasto.

108

Los que permanecieron despiertos se dedicaron a las tareas imprescindibles: la limpieza de la nave, el cuidado de las plantaciones hidropónicas y de la maquinaria auxiliar; pero, sobre todo, había que vigilar a los hibernados. Los biomecánicos poseían complejas fórmulas empíricas para determinar el deterioro de los cuerpos, así como toda una serie de procedimientos encaminados a contrarrestarlo bajo las variadas condiciones de aceleración, temperatura ambiente, medicamentos tomados en la vigilia, y otros factores como la edad metabólica, el peso del cuerpo, el sexo, y así sucesivamente. Situándolos en los compartimientos superiores pudo ser reducido al mínimo el deterioro debido a la aceleración (es decir, a la acción del propio peso de los tejidos, que es el inconveniente que produce dolencias tales como los pies planos o las llagas de los hospitalizados). Pero todos estos cuidados tenían que impartirse a mano: dar la vuelta a los durmientes, darles masajes, contrastar el azúcar en la sangre y el lento latido cardíaco. Todas estas pruebas y servicios eran necesarios para asegurar que la extrema reducción del metabolismo no se deslizase hasta la muerte real. Aparte de una docena de plazas en la enfermería, el «Nuevas Fronteras» no se había proyectado para llevar pasajeros en hibernación; por eso carecía de máquinas automáticas y se hacía preciso atender manualmente a decenas de millares de durmientes.

Eleanor Johnson tropezó con su amiga Nancy Weatheral en el refectorio 9-D, llamado «El Club» por sus parroquianos, y cosas menos distinguidas por quienes lo evitaban. La mayor parte de la clientela era gente joven y alborotadora. Lazarus era el único viejo que solía comer allí con cierta frecuencia. No le molestaba el bullicio, sino todo lo contrario: le agradaba.

Eleanor se precipitó hacia su amiga y le dio un beso en la nuca. -¡Nancy! ¿Conque estás otra vez despierta? ¡Vaya, me alegro de verte!

Nancy se liberó del abrazo.

-¡Eh, chica! Vas a derramar mi café. -¡Cómo! ¿No te alegras de verme?

-Desde luego. Pero olvidas que, aunque para ti haya pasado un año, para mí sólo es un día. Y todavía tengo sueño. -¿Cuánto tiempo hace que despertaste, Nancy?

-Hará un par de horas. ¿Cómo va ese chico tuyo?

-¡Ah! Muy bien -se alegró el rostro de Eleanor Johnson-. No le conocerías. Ha crecido mucho durante este año. Casi me llega al hombro, y se parece cada vez más a su padre.

Nancy cambió de tema. Las amigas de Eleanor procuraban alejar de las conversaciones el recuerdo del difunto marido de Eleanor. -¿Qué has estado haciendo mientras yo roncaba todo un año? ¿Todavía enseñando en la primaria?

-Sí. Mejor dicho, no. Ahora estoy con el grupo de bachillerato, al que asiste mi Hubert.

109

-¿Por qué no te tomas un par de meses de hibernación y descansas un poco? Te harás vieja si continúas fatigándote así. -No, mientras Hubert me necesite -se negó

Librodot

Eleanor.

-No seas sentimental. La mitad de las voluntarias son mujeres jóvenes con hijos, y no las critico. Mírame; desde mi punto de vista, el viaje sólo ha durado siete meses hasta ahora. Se pasa sin sentir.

Eleanor se obstinó:

-No, gracias. Podrá estar bien para ti, pero creo que lo hago mejor a mi manera.

Lazarus se había sentado en la misma barra y estaba haciendo estragos en un sucedáneo de solomillo.

-Tiene miedo de perderse algo -explicó-. No se lo censuro; lo mismo me pasa a mí. Nancy cambió de táctica,

-Podrías tener otro hijo, Eleanor. Así te relevarían de tus obligaciones.

-Se necesitan dos para eso -objetó Eleanor.

-No es problema. Ahí está Lazarus, por ejemplo. Sería un padre de primera.

Eleanor se ruborizó, y Lazarus enrojeció un poco bajo el permanente tostado de su piel.

-A decir verdad, se lo propuse una vez y él no quiso enterarse. Nancy derramó el café y se quedó mirándoles de hito en hito. -Lo siento, no lo sabía.

-No tiene importancia -respondió Eleanor-. Fue sólo porque yo soy una de sus tataranietas, de la cuarta generación.

-Pero... -Nancy luchó contra las leyes de la discreción habitual, y éstas salieron derrotadas-. ¿No queda eso dentro de los límites permitidos? ¿Qué inconveniente hay? ¿O debería callarme? -Deberías -corroboró Eleanor.

Lazarus se removió en su asiento.

-Sé que soy un hombre de ideas anticuadas -confesó-, aunque arrojé por la borda algunas de ellas hace tiempo. Con la genética o sin ella, no me parece bien casarme con una de mis tataranietas.

Nancy pareció sorprenderse,

-¡Pues sí que eres anticuado! O quizá seas solamente tímido -añadió-. Me dan ganas de hacerte proposiciones, a ver si es verdad.

Lazarus la miró con desafío. -Inténtalo y verás lo que pasa, Nancy le contempló fríamente, -¡Hum!... -pareció pensarlo. Lazarus procuró resistir su mirada, y por último

110

bajó los ojos. -Amigas, debo excusarme. Tengo trabajo -dijo, nervioso. Eleanor le tocó en el brazo,

-No te vayas, Lazarus. Nancy es una gata y no puede remediarlo. Dinos algo de los planes de desembarco.

-¿Qué es eso? ¿Vamos a aterrizar? ¿Cuándo? ¿Dónde? Lazarus, deseoso de quedar bien, se lo contó. La estrella tipo G2 parecida al Sol, hacia la cual se dirigían desde hacía tantos años, quedaba ya a menos de un año-luz de distancia (más exactamente, a poco más de siete meses-luz), y mediante análisis parainterferométricos se había determinado que dicha estrella ZD9817 (o más llanamente, «nuestra» estrella) poseía varios planetas.

Pasado un mes, cuando la estrella estuviese a medio año-luz, empezaría la deceleración. La rotación se suprimiría y durante un año se aplicaría un G de contramarcha, que conduciría a las inmediaciones de la estrella bajo una velocidad interplanetaria, en vez de interestelar, lo cual permitiría buscar un planeta capaz de albergar la vida humana, La búsqueda sería rápida y sencilla, pues los planetas que les interesaban tendrían que ser brillantes como Venus visto desde la Tierra; no les interesaban los planetas fríos y ocultos, como Neptuno o Plutón, envueltos en sombras lejanas, ni los calcinados como Mercurio, apenas visible entre los llameantes resplandores del Sol.

De no ser posible hallar tal planeta semejante a la Tierra, tendrían que continuar

Librodot

hasta llegar muy cerca dél sol desconocido, para recibir de nuevo el empuje de la presión lumínica y seguir buscando refugio en otra parte. Con la diferencia de que esta vez, al no estar acosados por ninguna policía, podrían elegir con más detenimiento la nueva ruta en el espacio.

Lazarus explicó que el «Nuevas Fronteras», en realidad, no llegaría a aterrizar; era demasiado grande para ello, y su propio peso la aplastaría. Lo que haría, si encontraban un planeta, sería situarse en órbita de aparcamiento y enviar partidas de exploración a bordo de naves auxiliares.

Tan pronto como pudo hacerlo sin desaire, Lazarus dejó a las dos mujeres y se encaminó al laboratorio, donde las Familias proseguían sus investigaciones sobre gerontología. Esperaba encontrar allí a Mary Sperling. Lo ocurrido con Nancy Weatheral le hacía desear más la compañía de aquélla. Si alguna vez volvía a casarse, decidió, Mary cuadraba más con su estilo. No es que lo conside-

rase en serio, pues le parecía que una relación con Mary Sperling tendría perfume a lavanda y a viejos arcones llenos de vestidos pasados de moda.

Al verse confinada en el barco, y no queriendo aceptar la simbólica muerte de la hibernación, Mary Sperling procuró hacerse útil en el laboratorio, que continuaba investigaciones sobre el metabolismo, Aunque no era biólogo de carrera, su mente ágil y

111

sus manos habilidosas, unidas a los largos años de viaje, habían hecho de ella una valiosa asistente del doctor Gordon Hardy, jefe de investigación.

Lazarus la halló atendiendo el tejido imperecedero de corazón de pollo, al que llamaban en el laboratorio la «señora Hawkins». La señora Hawkins era más vieja que ningún miembro de las Familias, con la única posible excepción de Lazarus. Era un pedazo del tejido originario, cedido a las Familias por la Fundación Rockefeller a comienzos del siglo veinte. Sus células se habían mantenido con vida desde entonces. El doctor Hardy y sus predecesores cuidaban de él desde hacía más de doscientos años, siempre con arreglo a la técnica Carrel-Lindbergh-O'Shaug, y la «señora Hawkins» seguía creciendo...

Gordon Hardy había insistido en llevarse la muestra de tejidos vivos y los aparatos necesarios a la reserva donde estuvieron confinadas las Familias, y con igual obstinación logró llevarlos a bordo del «Chile». Ahora estaban en el «Nuevas Fronteras», y la «señora Hawkins» no dejaba de proliferar; pesaba veinticinco o treinta kilos. Materia ciega, sorda y sin cerebro, pero viva todavía.

Mary Sperling le estaba cortando algo de su exceso. -Hola, Lazarus, No te acerques; tengo el tanque abierto. -¿Qué es lo que mantiene con vida esa cosa, Mary? -murmuró. - Podríamos invertir la pregunta -respondió ella sin mirarle-. Lo correcto sería preguntar: ¿por qué ha de morir? ¿Por qué no ha de vivir para siempre?

-¡Pues yo desearía que se lo llevase el diablo y muriese! -se oyó la voz del doctor Hardy a sus espaldas-. Entonces podríamos observarlo y sabríamos el porqué.

-Nunca podría averiguarlo con la señora Hawkins, jefe -dijo Mary, siempre con los ojos y las manos en la tarea-. La clave de la cuestión está en las gónadas... y ella no tiene.

-¡Hum! ¿Y usted qué sabe de eso? -Intuición femenina. ¿Qué sabe usted de ella? -¡Absolutamente nada! Lo cual me permite aventajarla a usted y a su intuición.

-Puede ser. Al menos, yo le conocí a usted cuando aún no le habían destetádo.

-Argumento típicamente femenino, Mary. Este amasijo de músculos procede de una criatura que cacareó y puso huevos mucho antes de que naciéramos usted y yo, y sin embargo no sabe gran cosa.

Frunció el ceño y se volvió hacia Lazarus.

-Me gustaría cambiar esto por una pareja de carpas, macho y hembra. -¿Carpas?

Librodot

¿Por qué? -preguntó Lazarus.

-Por lo visto, las carpas no mueren. Las matan, o son comidas, o perecen de hambre, o enferman, pero que yo sepa no mueren. -¿Y eso?

112

-Eso es lo que trataba de averiguar cuando nos metieron en este condenado safari. Tienen una flora intestinal muy interesante, y tal vez eso guarde relación con el caso. Especialmente por el hecho de que nunca dejan de crecer.

Mary dijo algo inaudible, y Hardy la interpeló: -¿Qué está murmurando usted? ¿Otra intuición?

-Decía que las amebas tampoco mueren nunca. Usted dijo el otro día que cada una de las amebas actuales tiene una ascendencia de cincuenta millones de años o más. Sin embargo, no crecen indefinidamente, y desde luego no tienen flora intestinal alguna.

-Como que no tienen tripas -dijo Lazarus, guiñando un ojo. -Qué chiste tan malo, Lazarus. Lo que he dicho es verdad. No mueren. No hacen sino dividirse, y seguir viviendo.

-Con tripas o sin ellas -intervino Hardy, perdida la paciencia-, puede haber un paralelismo estructural. Pero estoy frustrado por falta de material para la experimentación. Lo cual me recuerda una cosa, Me alegro de que haya venido, Lazarus. Quiero que me haga un favor.

-Hable. Puede que me haya pillado de buen humor.

-Usted mismo es un caso interesante, ¿sabe? Usted no ha seguido nuestra pauta genética, sino que se anticipó a ella. No quiero que su cadáver vaya a parar al convertidor; deseo examinarlo. Lazarus resopló, iracundo:

-Por mí no hay inconveniente, muchacho. Pero será mejor que piense en pasarle el encargo a su heredero, pues puede que no viva lo suficiente. ¡Y le apuesto lo que quiera a que no hurgarán en mi cadáver!

El planeta que tanto ansiaban encontrar estaba allí cuando miraron: joven, verde y lustroso. Parecía tan igual a la Tierra como fuese posible serlo. Y no sólo esto, sino que lo demás de aquel sistema se asemejaba, poco más o menos, al sistema solar: planetas pequeños cerca del sol, grandes planetas jovianos en las órbitas exteriores, Los cosmólogos nunca se han puesto de acuerdo para explicar el sistema solar; sus teorías varían y sus «sólidas pruebas» físico-matemáticas no se han confirmado nunca. Pero ahora, la presencia de otro sistema parecido indicaba que la cosa, lejos de ser un azar altamente improbable, podría resultar incluso bastante común.

Pero aún fue más sorprendente y estimulante, aunque sin duda

también inquietante, otro descubrimiento revelado por observación telescópica cuando estuvieron lo bastante cerca del planeta. Este albergaba vida... Vida inteligente... Vida civilizada.

Podían verse sus ciudades. Sus trabajos de ingeniería, aunque de extrañas formas e ignorados propósitos, tenían envergadura suficiente para ser vistos desde el espacio.

113

No obstante, y aunque ello pudiera significar la necesidad de reanudar su fatigosa hégira, decidieron bajar. La raza dominante allí no parecía monopolizar todo el espacio vital. Habría sitio para la pequeña colonia en aquellos amplios continentes, Si es que eran bienvenidos...

-A decir verdad -comentó el capitán King-, yo no esperaba nada por el estilo. Tal vez unos aborígenes en estado primitivo, y animales peligrosos sin duda alguna. Pero supongo que inconscientemente había creído que la raza humana era la única civilizada. Tendremos que andarnos con mucho cuidado.

King organizó una partida de exploración, a cuyo frente puso a Lazarus. Había llegado a confiar en el sentido práctico de éste, y en su voluntad de supervivencia. A

Librodot

King le habría agradado mandar la partida él mismo, pero se lo impedían sus deberes como capitán de la nave. Slayton Ford salió también, pues Lazarus le nombró lugarteniente suyo, lo mismo que a Ralph Schultz. Los demás de la expedición eran especialistas: bioquímicos, geólogos, ecólogos, estereógrafos y distintas clases de psicólogos y sociólogos, al objeto de estudiar a los nativos. Tenían incluso un experto en la teoría estructural de la comunicación según McKelvy, cuyo trabajo sería buscar alguna manera de hablar con los nativos.

Y no llevaban armas.

King se negó en redondo a dárselas.

-Podemos sacrificar a la primera expedición -le explicó brutalmente a Lazarus-, en cambio no podemos correr el riesgo de ofenderles peleando con ellos por cualquier motivo, aunque fuese en propia defensa. Sois embajadores, no soldados. No lo olvidéis.

Lazarus se retiró a su cabina, regresó y entregó una desintegradora a King, con aire solemne. Olvidó mencionar la que todavía llevaba ceñida al muslo, debajo de la falda.

Cuando King estaba a punto de ordenarles que subiesen a bordo de la naveta, fueron interrumpidos por la brusca intervención de Janice Schmidt, la matrona que cuidaba de los tarados mentales de las Familias. Se abrió paso a empujones y reclamó la atención del capitán.

Sólo una enfermera podía salirse con la suya en tales circunstancias: tenía toda la tozudez profesional, y le ganaba al capitán por cincuenta años de servicios con mando. El se quedó mirándola.

-¿Qué significa esta intrusión? -ladró.

-Debo hablar con usted sobre uno de mis chicos, capitán.

-Su presencia es inoportuna, enfermera. Salga inmediatamente. Hablaré con usted en mi cabina, después de presentar una queja al oficial médico,

114

Ella se puso en jarras.

-Hablaremos ahora. Estos son los del grupo de desembarco, ¿verdad? Les interesa escucharme antes de salir.

King fue a oponerse, pero. luego cambió de opinión y se limitó a decir: -Sea breve.

Y así lo hizo. Uno de los pacientes confiados a su cuidado era Hans Weatheral, un muchacho de unos noventa años cuyo aspecto adolescente era debido a la hiperactividad de su glándula timo. De mentalidad algo deficiente, aunque no retrasada, padecía además una apatía crónica y una dolencia neuromuscular que le incapacitaba incluso para alimentarse por sí mismo. En cambio, poseía una aguda sensibilidad telepática.

Le había dicho a Janice que lo sabía todo acerca del planeta alrededor del cual estaban orbitando. Sus amigos en aquel planeta se lo habían contado... y estaban esperándole.

El despegue de la naveta de reconocimiento se aplazó mientras King y Lazarus hacían sus averiguaciones. La información de Hans era muy objetiva, y los pocos extremos que pudieron verificar resultaron exactos. Pero no resultó muy útil lo que supo decir sobre sus «amigos».

-Pues son gente -dijo, encogiéndose de hombros ante la estupidez de los que le rodeaban-. Como la de allá, en nuestra tierra. Buena gente. Van a trabajar, van a la escuela, van a la iglesia. Tienen hijos, y se divierten, Os gustarán.

Lo único que dejó bien claro fue que sus amigos le esperaban; por consiguiente, él tendría que ser de la partida.

Contra sus deseos y su mejor opinión, Lazarus vio cómo se añadían a su grupo Hans Weatheral y Janice Schmidt, más una camilla para transportar a Hans.

Librodot

Tres días más tarde, al regreso del grupo expedicionario, Lazarus sometió un largo informe privado a King, mientras los de los especialistas eran sometidos a los necesarios análisis y síntesis.

-Sorprendentemente parecido a la Tierra, mi capitán. Como para hacerle sentir nostalgia a uno. Pero también lo bastante diferente como para hacerle temblar; es como si uno se mirase en un espejo y se encontrase con tres ojos y sin nariz, ¿me entiende?

-¿Qué hay de los nativos?

-A eso iba. Dimos una pasada rápida sobre el lado diurno, lo bastante cerca para ver a simple vista. Nada que no haya visto usted a través de los telescopios. Entonces me detuve donde Hans me dijo, en un claro cerca del centro de una de sus ciudades. Por mi parte yo no habría escogido ese lugar, sino cualquier boscaje

115

espeso, para luego salir en descubierta. Pero usted dijo que me guiase por las intuiciones de Hans.

-Lo que no quita que usara usted su sentido común -le reconvino King.

-Sí, sí. Eso fue lo que hicimos. Para cuando los técnicos hubieron tomado muestras de la atmósfera y excluido cualquier peligro, se había congregado ya una verdadera multitud alrededor de nosotros. Son... Bueno, ya lo habrá visto en las estereografías.

-Sí. Increíblemente androides.

-¿Androides? ¡Y un cuerno! Son hombres. No humanos, pero para el caso es lo mismo - Lazarus parecía asombrado-. Me da mala espina.

King no discutió. Las imágenes habían mostrado unos bípedos de dos metros diez a dos metros cuarenta de estatura, dotados de simetría bilateral, esqueleto interno, cabeza bien definida y ojos del tipo cámara oscura con cristalino. Aquellos ojos eran su rasgo más humano y atrayente: grandes, límpidos y trágicos como los de un San Bernardo.

Valía la pena fijarse en los ojos, pues los demás rasgos eran menos tolerables. King desvió su mirada de las bocas fofas y desdentadas, de los labios superiores hendidos de aquellos seres. King decidió que seguramente tardaría mucho, mucho tiempo en hallarlos simpáticos.

-Prosiga -ordenó a Lazarus.

-Abrimos y yo salí, solo, con las manos abiertas y procurando parecer pacífico y amistoso. Tres de ellos se adelantaron, con impaciencia diría yo, Pero en seguida perdieron todo interés en mí; parecía que esperaban ver salir a otra persona, Por ello di órdenes de que sacaran a Hans. No la creerá, mi capitán, pero lo recibieron como al hijo pródigo. Aunque esta comparación no describe bien lo que ocurrió. Fue un recibimiento triunfal, Fueron amables con los demás, pero como por obligación, diría yo; mientras que con Hans literalmente babeaban. -Lazarus titubeó-. ¿Cree usted en la reencarnación, mi capitán?

-No es que no crea. No opino. Desde luego, he leído el informe del Comité Frawling.

-Por lo que a mí respecta, jamás había visto la utilidad de esa noción. Pero, ¿cómo explicar, si no, el recibimiento que le hicieron a Hans?

-No tengo la menor idea. Continúe su informe. ¿Cree que nos será posible establecer una colonia?

-¡Ah! En cuanto a eso, no hay duda. Como ya sabe, Hans habla con ellos telepáticamente. Dice que los dioses de ellos nos han autorizado a vivir aquí, y los nativos ya hacen planes para recibirnos. -¿Cómo?

-Así es. Desean que nos quedemos. -¡Bien! Eso sí que es un alivio,

116

-¿De veras?

Librodot

King estudió el sombrío rostro de Lazarus.

-Su informe ha sido favorable en todos los puntos. ¿A qué viene este semblante de mal humor?

-No lo sé. Habría preferido encontrar un planeta para nosotros solos. Mi capitán, todo lo que resulta demasiado fácil tiene trampa.

2

Jockaira (o Zhacheira, como algunos preferían escribir) se volcó entera sobre los colonizadores.

Tan sorprendente cooperación, unida al súbito descubrimiento, por parte de casi todos los miembros de las Familias Howard, de una urgente necesidad de pisar tierra firme y respirar aire puro, aceleró considerablemente las operaciones de desembarco. Durante el viaje se había calculado que el desplazamiento completo del pasaje duraría por lo menos un año, teniendo en cuenta que los hibernados no serían despertados sino después de haber hallado acomodo para ellos en las nuevas tierras. Pero ahora el factor limitativo era la insuficiente capacidad de las navetas para transportar a tantos impacientes.

La ciudad de Jockaira no estaba construida para satisfacer las necesidades de los seres humanos. Sus habitantes no eran humanos, por lo que sus necesidades físicas diferían bastante. Asimismo, las necesidades culturales, que se expresan por medio de la tecnología, eran radicalmente diferentes, Pero una ciudad, cualquier ciudad, es siempre

117

una máquina destinada a cumplir ciertos fines prácticos: refugio, alimentación, asistencia sanitaria, comunicación. La lógica interna de estas demandas fundamentales, aplicada por seres diferentes a medios distintos, producirá un ilimitado número de soluciones. Pero, aplicada por una raza de seres de sangre caliente y de respiración basada en el oxígeno, así como de constitución androide, necesariamente genera una solución utilizable por los humanos de la Tierra. En algunos aspectos, la ciudad de Jockaira resultaba tan fantástica como un cuadro superrealista. Pero los humanos han aprendido a vivir en iglúes, en chozas de hierba y en refugios totalmente automatizados bajo la banquisa antártica. Por eso los humanos podían vivir y moverse en Jockaira. Desde luego, pusieron en

seguida manos a la obra para adaptarla a sus condiciones y vivir más cómodos.

No fue difícil, aunque había mucho quehacer. Tenían grandes edificios, recintos techados: esto es, la caverna artificial, elemento básico de toda necesidad humana de refugio. No importaba el uso que los de Jockaira dieran a aquellas estructuras; a los humanos les servían casi para todo: dormitorio, recreo, comedor, almacén, nave de producción. En realidad tenían cuevas también, pues los jockairos excavaban mucho más que los humanos. Pero éstos se hacen fácilmente trogloditas cuando se presenta la ocasión, lo mismo en Nueva York que en la Antártida.

Se disponía de agua potable entubada para beber y para un aseo limitado. Un fallo era la inexistencia de un sistema de canalización en la ciudad; los «jocks» no se bañaban, y su aseo personal difería sensiblemente del humano: necesitaban otros cuidados diferentes. Fue preciso un considerable esfuerzo para construir el mencionado sistema con tuberías traídas de la espacionave. La necesidad se convirtió en ley, y el baño se convirtió en un lujo racionado hasta conseguir un equipamiento multiplicado por diez, cuando menos. Pero el baño no es indispensable.

Sin embargo, tales esfuerzos de modificación fueron pequeños en comparación con el programa de urgencia para el traslado de las plantaciones hidropónicas. La mayoría de los hibernados no podían despertar, debiendo esperar a que se dispusiera de alimentación suficiente. Los eternos partidarios de las soluciones tajantes querían desmontar hasta la última pieza de las instalaciones hidropónicas del «Nuevas

Librodot

Fronteras», trasladarlo todo al planeta, volverlo a montar y ponerlo en servicio. Argumentaban que el traslado era urgente, pues durante el mismo se dependería de las reservas de alimentos en conserva. Una minoría más prudente deseaba trasladar únicamente una instalación piloto y seguir produciendo los alimentos a bordo de la nave, no fuese a existir en aquel planeta algún hongo o virus capaz de arruinar de golpe las cosechas..., lo cual suponía morirse de hambre.

118

La minoría, fuertemente apoyada por Ford y Barstow, y respaldada por el capitán King, logró imponerse. Uno de los tanques de cultivo fue puesto fuera de servicio, y su maquinaria desmontada hasta ponerla en condiciones de ser transportada en las navetas.

Ni siquiera esto fue necesario. Los productos de la agricultura nativa resultaron adecuados para el consumo humano, y los jockairos parecían ansiosos por colmarles de cuanto necesitaran. En vista de ello, se intentó trasplantar especies terrestres para complementar las comidas jockairas con platos a los que estaban acostumbrados los humanos. También de esto se hicieron cargo los nativos, sin dejar intervenir apenas a sus visitantes: eran magníficos agricultores «naturales» (no usaban ninguna clase de abonos sintéticos, pues los recursos de su tierra estaban lejos de agotarse), y les encantaba poder ayudar a plantar lo que se les encargase.

-Ford trasladó su administración civil a la ciudad tan pronto como se dispuso de reservas alimenticias para un grupo de vanguardia. King se quedó en la nave. Se empezó a despertar a los hibernados, trasladándolos a medida que se disponía de medios de transporte y se necesitaban brazos para el trabajo, Pese a la existencia de alimento, refugio y agua potable, quedaba mucho por hacer para alcanzar un mínimo de bienestar y decencia. Las dos culturas eran fundamentalmente diferentes. Los jockairos eran gente servicial, pero muchas veces se quedaban extrañados ante las actividades de los humanos. La cultura jockaira, por lo visto, ignoraba la noción de vida privada. Sus edificios no tenían paredes, como no fuesen de sustentación, y aun así preferían utilizar pilares y columnas. No entendían por qué los humanos se empeñaban en dividir los magníficos recintos mediante tabiques y corredores; no entendían que alguien pudiese experimentar la necesidad de estar a solas.

Al parecer (dentro de lo que se pudo intuir, pues el nivel de comunicación con ellos jamás alcanzó a cuestiones tan sutiles) llegaron a la conclusión de que lo de estar a solas era para los humanos una especie de rito religioso. En cualquier caso, no negaron su ayuda, sino que suministraron grandes tableros de un material que podía ser conformado para obtener tabiques y divisiones... aunque con las herramientas de ellos, y sólo con éstas. Aquel material frustró todos los intentos de los ingenieros. Ningún ácido conocido de la tecnología humana lo atacaba; incluso los reactivos capaces de descomponer los plásticos fluorados empleados en la manipulación de los derivados del uranio resultaron ineficaces. Las muelas de diamantes se rompían sin llegar a morderlo; no se fundía con el calor ni se volvía quebradizo con el frío. Era refractario a la luz, al sonido y a todas las radiaciones que se ensayaron sobre él. No pudieron determinar su resistencia a la rotura, por serles imposible romperlo. En cambio, las herramientas de los jockairos, aun en manos humanas, lo cortaban y moldeaban a capricho.

A los ingenieros humanos no les quedó más remedio que acostumbrarse a esta clase de frustraciones. Si el criterio de civilización era el dominio del medio a través de la

119

tecnología, los jockairos era4' tan civilizados como los humanos, aunque se habían desarrollado por caminos diferentes.

Pero las diferencias entre ambas culturas eran todavía más profundas que las tecnológicas. Aun siendo ubicuamente amistosos y. deseosos de ayudar, los jockairos no eran humanos: pensaban de otra manera, calculaban de otra manera. Sus estructuras

sociales y lingüísticas reflejaban esta condición no humana, y por ello resultaban incomprensibles para los hombres.

Oliver Johnson, el semántico que había recibido el encargo de elaborar un lenguaje común, halló su tarea inmediata ridículamente fácil gracias a la comunicación mediante Hans Weatheral.

-Desde luego, Hans no es precisamente un genio -les explicaba a Slayton Ford y a Lazarus-. Le falta poco para ser un retrasado mental. Esto limita el vocabulario que recibo a través de él, pues ha de referirse a nociones que él pueda abarcar. Pero disponemos, al menos, de un diccionario básico.

-¿No es suficiente? -preguntó Ford-. Creo recordar que ochocientas palabras bastan para comunicar cualquier idea.

-Hay algo de cierto en eso -admitió Johnson-. Con poco menos de mil palabras se pueden cubrir todas las situaciones corrientes. He seleccionado algo menos de setecientas entre sus términos corrientes, verbos y sustantivos, que permitirán arbitrar una especie de lingua franca. Pero las distinciones exactas y las diferenciaciones precisas tendrán que esperar a que los conozcamos y entendamos mejor, Un vocabulario reducido no sirve para elaborar abstracciones elevadas.

-¡Tonterías! -exclamó Lazarus-. Setecientas palabras me bastan. No quiero hacerles el amor ni discutir con ellos de poesía. Aquella opinión pareció justificada cuando la mayoría de los miembros aprendieron el jockairano básico en plazos comprendidos entre dos semanas y un mes después de desembarcar. Con los conocimientos fundamentales de memorística y semántica que se impartían a todos los terrestres, la necesidad de aprender y la constante oportunidad de practicar, el aprendizaje se hacía prontamente. Exceptuando, como es natural, el inevitable porcentaje de palurdos que se empeñaron en que los nativos «debían» aprender el inglés.

Los jockairos no aprendieron el inglés. Ante todo, ninguno de ellos manifestó el menor interés por aprenderlo, ni era razonable esperar que millones de seres aprendiesen el idioma de unos pocos. En cualquier caso, el labio superior hendido de los jockairos les imposibilitaba para pronunciar la «m», la «p» y la «b», mientras la garganta humana podía reproducir con bastante aproximación las guturales, linguales, dentales y clics que ellos usaban.

120

Lazarus se vio forzado a revisar su primera mala impresión de los jockairos. Era imposible no estimarlos, una vez superado el desagrado que causaba su aspecto físico. ¡Eran tan acogedores, tan generosos, tan amables, tan deseosos de caer bien! Sobre todo se hizo amigo de Kreel Sarloo, que se había erigido en una especie de enlace entre las Familias y los jockairos. Entre los suyos, Sarloo detentaba una posición que podría traducirse aproximadamente como «jefe», «padre», «sacerdote» o «director» de la familia o tribu Kreel. Lazarus recibió invitación para visitarle en la ciudad, próxima a la colonia humana.

-A mi gente le gustará verte y oler tu piel -dijo-. Les hará muy felices, y los dioses estarán complacidos.

Sarloo parecía casi incapaz de formar una frase sin mencionar a sus dioses. A Lazarus no le importaba; frente a las religiones de los demás asumía una tolerante indiferencia.

-Iré, Sarloo, vieja habichuela. A mí también me hará feliz. Sarloo le llevó en el vehículo habitual de los jockairos, una especie de bidón sin ruedas, parecido a una sopera, que se desplazaba silenciosa y rápidamente sobre el suelo, rozando apenas la superficie. Lazarus se sentó en el suelo, mientras Sarloo aumentaba la marcha a una velocidad que mareó a Lazarus.

-¿Cómo funciona esto, Sarloo? -gritó Lazarus para hacerse oír entre el viento-.

Librodot

¿Qué es lo que le sirve de motor?

-Los dioses soplan en el... -Sarloo utilizó una palabra no común-, y le provocan la necesidad de cambiar de lugar.

Lazarus fue a pedir una explicación más completa, pero desistió en seguida, Aquella respuesta le hizo recordar algo, y pronto supo lo que era; una vez había dado una explicación muy semejante a un individuo del pueblo acuático de Venus que se interesaba por un motor diesel que los humanos utilizaban en un primitivo tipo de tractor para los terrenos pantanosos. En aquella ocasión Lazarus no fue deliberadamente misterioso, sino que se halló estorbado por la inadecuación del vocabulario común.

No obstante, había otro modo de enterarse.

-Me gustaría ver dibujos de lo que hay dentro, Sarloo -insistió Lazarus, apuntando con el dedo-. ¿Tenéis dibujos?

-Los hay en el templo. Tú no puedes entrar en el templo.

Sus grandes ojos miraron a Lazarus con tristeza, como si el jefe jockairo lamentase la falta de tacto de su amigo. Lazarus se apresuró a cambiar de tema.

Pero el recuerdo de los venusianos le trajo a la memoria otro problema. El pueblo acuático, incomunicado por las eternas nubes de Venus, ignoraba la astronomía. La llegada de los terrestres les obligó a reajustar un poco su noción del universo, pero no era

121

seguro que la explicación revisada fuese más acorde a la realidad. Lazarus se preguntó qué pensarían los jockairos de sus visitantes del espacio, No parecían muy sorprendidos, ¿o tal vez sí?

-¿Sabes de dónde vinimos mis hermanos y yo, Sarloo?

-Lo sé -respondió el interrogado-. Vinisteis de un sol muy lejano, tanto que su luz tarda muchas estaciones en llegar hasta nosotros.

Lazarus se quedó de una pieza. -¿Quién te lo ha dicho?

-Lo dicen los dioses. Tu hermano Libby habló de ello. Lazarus estaba dispuesto a apostar a que los dioses no habían hablado sino después de que Libby se lo hubiera explicado a Kreel Sarloo. Pero prefirió guardar silencio. Le habría gustado preguntarle a Sarloo si los suyos se sorprendieron mucho al ver llegar del cielo unos desconocidos visitantes, pero no encontraba ninguna palabra jockaroa que significase sorpresa o asombro. Aún estaba intentando formular la pregunta en su mente cuando Sarloo habló de nuevo:

-Los padres de mi- pueblo volaban por los cielos como hacéis vosotros, pero eso fue antes de la llegada de los dioses. En su sabiduría, los dioses nos lo prohibieron.

Aquello sí que era una condenada mentira, pensó Lazarus, un puro farol. No existía el más leve indicio de que los jockairos hubieran sobrevolado jamás la superficie de su planeta.

Aquella noche, en casa de Sarloo, Lazarus fue obsequiado con lo que supuso sería una fiesta en su honor. Se sentó cruzado de piernas en un estrado, junto a Sarloo y frente a la vasta estancia común donde se agolpaba el clan de los Kreel, y escuchó dos horas de aullidos que tal vez se propusieran ser cánticos. Lazarus opinaba que se obtendría mejor música pisando los rabos de cincuenta perros juiciosamente elegidos, pero procuró aceptar la cosa con la misma intención con que se le ofrecía.

Recordó que, según Libby, aquellos coros de aullidos a que tan aficionados eran los jockairos constituían su música, en efecto, y que los humanos podían aprender a entenderla estudiando sus intervalos.

Lazarus lo dudaba.

Sin embargo, tenía que admitir que Libby entendía mejor a los jockairos en muchos aspectos. Tuvo la satisfacción de descubrir que eran excelentes y sutiles matemáticos; en particular, tenían una soltura con los números comparable con el

Librodot

extraordinario talento del propio Libby. Su aritmética era muy complicada para los terrestres. Para ellos, cualquier número, grande o pequeño, era un ente que debía ser captado como tal, sin descomponerlo en factores más pequeños. Por consiguiente, usaban cualquier sistema

122

de notación que conviniese, posicional o exponencial, y con cualquier base, racional, irracional o variable, o ninguna en absoluto.

Fue una suerte poder contar con Libby como intérprete matemático, se dijo Lazarus, pues de lo contrario los de las Familias no habrían sabido entender muchas de las nuevas tecnologías que les estaban enseñando los jockairos.

Se preguntó por qué los jockairos no tenían ningún interés en apropiarse los conocimientos humanos ofrecidos a cambio.

Las insoportables discordancias cesaron al fin, y Lazarus volvió a prestar atención a lo que le rodeaba. Se sirvió la comida, y la familia Kreel se abalanzó sobre los alimentos con el mismo entusiasmo ruidoso que ponían en todo. Lazarus pensó que aquella gente desconocía la idea misma de dignidad. Un enorme puchero de más de medio metro, lleno de una papilla amorfa, fue puesto frente a Kreel Sarloo. Media docena de Kreels se agolparon a su alrededor y empezaron a servirse, sin dar la precedencia a su jefe. Sin enojarse, Sarloo apartó a unos cuantos a empujones y metió mano en el caldero, sacando una ración de la cual hizo rápidamente una pelota con sus manos de doble pulgar. Hecho esto, la acercó a la boca de Lazarus.

Lazarus no era muy remilgado, pero en esta ocasión hizo un esfuerzo por recordar, primero, que la comida de los jockairos servía para alimento de los humanos, y segundo, que no llegaría a sonsacarlos sin antes pasar por la degustación del bocado ofrecido.

Le hincó el diente... ¡Hum! No era demasiado malo; más bien blando y pegajoso, sin ningún sabor particular, lo que tampoco significaba que fuese bueno, pero podía tragarse. Decidido a mantener bien alto el pendón de la raza, siguió comiendo y se prometió resarcirse con un buen banquete en el próximo futuro. Cuando le pareció que pedir más sería una ofensa fi§iológica y de educación social, se le ocurrió una manera de dar por terminada su parte en la comida. Metiendo la mano en la olla común, sacó una buena porción, la hizo pelota y se la ofreció a Sarloo,

Fue un gesto diplomático inspirado. Durante el resto del banquete, Lazarus se dedicó a alimentar a Sarloo sin cesar, hasta que se le cansaron los brazos, hasta preguntarse si tendría límites la capacidad de su anfitrión.

Después de comer durmieron, y Lazarus durmió con la familia, en el sentido más literal de la palabra. Se quedaron dormidos allí donde habían comido, sin camas, caídos al azar como hojas muertas en el camino o cachorros en la perrera.

Lazarus durmió bien, como constató con sorpresa al despertarle unos globos del techo de la caverna, que se alumbraban en misteriosa sintonía con los primeros resplandores del amanecer. A su lado, Sarloo aún dormía, con ronquidos casi humanos. Lazarus halló que un chiquillo jockairo se había enroscado junto a su estómago.

123

Notó un movimiento a su espalda y un roce en el costado. Volviéndose cautelosamente, vio que otro jockairo, un crío de unos seis años a juzgar por criterios humanos, le había quitado la desintegradora de su funda y estaba mirando con curiosidad por el cañón.

Con cuidadosa rapidez, Lazarus arrebató el mortal juguete de los dedos del contrariado muchacho, comprobó con alivio que el seguro seguía puesto, y lo enfundó. Lazarus fue objeto de una mirada de reproche. El crío parecía a punto de llorar.

-¡Chitón! -susurró Lazarus-. Vas a despertar a tu viejo. Ven aquí...

Le atrajo con el brazo izquierdo, haciendo cuna contra el costado. El pequeño

Librodot

jockairo se acurrucó en el hueco y se quedó dormido.

Lazarus lo contempló y dijo en voz baja:

-¡Diablejo! Creo que llegaría a tomaros cariño, si consiguiese acostumbrarme a vuestro olor.

Algunos de los incidentes que surgían entre las dos razas habrían sido divertidos si no encerrasen un peligro en potencia. Por ejemplo, lo que pasó con Hubert, el hijo de Eleanor Johnson. Este revoltoso adolescente se pasaba la mayor parte de su tiempo en la calle.

Un día estaba mirando a dos técnicos, el uno humano y el otro jockairo, que adaptaban una toma de corriente jockaira a las necesidades de la maquinaria terrestre. Al jockairo, por lo visto, le hizo gracia el chico y lo levantó en vilo, con espíritu manifiestamente juguetón.

Hubert empezó a chillar.

Su madre, que nunca andaba lejos de donde estuviese su vástago, se incorporó a la batalla. Aunque le faltaba fuerza y destreza para hacer todo el daño que se propqpía, y el jockairo quedó por consiguiente ileso, la situación se puso bastante fea.

El administrador Ford y Oliver Johnson tuvieron bastante trabajo para explicar el incidente al ofendido. Por fortuna, no era gente vengativa.

Luego Ford hizo llamar a Eleanor Johnson.

-Ha puesto usted en peligro toda la colonia con su estupidez, señora... -Pero yo...

-¡Silencio! Si usted no hubiera malcriado a su hijo, éste habría sabido comportarse. Y si usted no fuera una vieja loca, se habría guardado las manos en su sitio. De aquí en adelante, el chico asistirá a clases de recuperación, en vez de andar siempre enmadrado. En cuanto a usted, a la menor señal de animosidad ante uno de los nativos, la envío a hibernación durante un par de años. ¡Fuera de aquí!

124

También el caso de Janice Schmidt requirió medidas de fuerza por parte de Ford. El interés que los jockairos ponían en Hans Weatheral se generalizó a todos los tarados telépatas. Los nativos parecían caer en trances de adoración ante aquellos seres capaces de comunicarse directamente con ellos. Kreel Sarloo comunicó a Ford que los sensitivos debían ser separados de los demás subnormales para alojarlos en el que había sido templo de la ciudad ahora ocupada por los humanos, y que los jockairos deseaban atenderlos personalmente. Fue una orden, más que una petición.

Janice Schmidt se sometió a la insistencia de Ford, no sin refunfuñar lo suyo, cediendo al argumento de que convenía dar satisfacción a los jockairos después de cuanto habían hecho por ellos. Las enfermeras nativas se hicieron cargo, bajo la celosa inspección de Janice.

Pero sucedió que todos los sensitivos de inteligencia superior a la del semirretrasado Hans Weatheral cayeron en psicosis espontáneas y gravísimas al verse atendidos por jockairos. Y así Ford tuvo otro quebradero de cabeza. Pero Janice Schmidt era mucho más inteligentemente agresiva que Eleanor Jolinson; la única manera de dominarla era amenazar con retirarle completamente la tutela de sus idolatrados «niños». Kreel Sarloo, acongojado y visiblemente afectado, aceptó un compromiso según el cual Janice y sus ayudantes seguirían cuidando de los pobres psicóticos, mientras Jockaira se quedaría con los imbéciles y retrasados profundos.

Pero el gran problema surgió por cuestión de... apellidos.

En Jockaira cada cual tenía un nombre individual y un apellido de clan; el número de estos últimos era limitado, lo mismo que ocurría entre las Familias. El apellido de un nativo se refería lo mismo a su tribu como al templo que debía frecuentar.

Kreel Sarloo abordó el asunto con Ford.

-Gran Padre de los Hermanos extranjeros -,dijo-, ha llegado la hora de que tú y los tuyos elijáis vuestros apellidos.

Si bien la traducción del idioma jockairo a términos humanos presentaba algunas incoherencias inevitables, Ford estaba acostumbrado a esta dificultad; por ello dijo:

-Sarloo, amigo y hermano, oigo tus palabras pero no las entiendo. Explícate más completamente.

Sarloo comenzó de nuevo:

-Hermano extranjero, las estaciones vienen y las estaciones se van, y cada cosa llega a su madurez. Por eso los dioses nos dicen ahora que vosotros, los Hermanos extranjeros, habéis alcanzado el tiempo de vuestra educación (?), y tenéis que elegir vuestra tribu y vuestro templo. Yo he venido para convenir contigo los preparativos (¿ceremonias?) mediante los cuales cada uno de vosotros elegirá su apellido. Hasta aquí he hablado en

125

nombre de los dioses, pero particularmente me alegraría mucho que tú, mi hermano Ford, quisieras escoger el templo de Kreel.

Ford se quedó pensativo, procurando ganar tiempo mientras reflexionaba sobre las consecuencias que podía traer aquello.

-Me complace que quieras darme tu apellido, pero lo que dices no puede ser; mi gente ya tiene sus apellidos.

Sarloo despreció aquella objeción con un mohín de los labios. -Sus actuales apellidos no son más que palabras. Ahora tendrán que elegir sus verdaderos apellidos; o sea, el nombre del templo y del dios al que deberán adorar. Los niños crecen y dejan de ser niños.

Ford decidió que necesitaba pedir consejo. -¿Es preciso hacer esto en seguida? - Hoy mismo no, pero sí en un próximo futuro. Los dioses son pacientes.

Ford se reunió con Zaccur Barstow, Oliver Johnson, Lazarus Long y Ralph Schultz, y les describió la entrevista. Johnson pasó otra vez la grabación de la conversación, procurando exprimir el sentido de las palabras. Preparó varias traducciones posibles, pero no logró arrojar nueva luz sobre la cuestión.

-A mí me parece que va a ser cuestión de afiliarse a la iglesia o poner pies en polvorosa - dijo Lazarus.

-Sí, eso se entiende con bastante claridad -convino Zaccur Barstow-. Bien, pues creo que no hay inconveniente en pasar por el tubo. Entre nosotros hay pocas personas con prejuicios religio-

sos lo bastante fuertes como para impedirles un acatamiento nominal ante los dioses locales, en interés del bien común.

-Supongo que tiene usted razón -dijo Ford-. Por lo que a mí respecta, no tengo inconveniente en añadir un Kreel a mi apellido, ni en hacer unas cuantas genuflexiones, si eso va a servir para que vivamos en paz.

El Administrador se interrumpió, frunciendo el ceño, y luego continuó:

-Lo que no me gustaría es que nuestra cultura acabase sumérgida por la de ellos.

-Olvídelo -le aseguró Ralph Schultz-. Por muchas cosas que hagamos para complacerles, no existe ninguna posibilidad de asimilación cultural, Nuestros cerebros no son como los de ellos... Apenas empezamos a intuir lo diferentes que son en realidad.

-¡Eso es! -intervino Lazarus-. Hasta qué punto son diferentes... Ford se volvió hacia él.

126

-¿Qué quiere decir con eso? ¿Le preocupa algo?

-Nada. Sólo que... -añadió-. Nunca he compartido el entusiasmo de los demás para con este lugar.

Quedaron de acuerdo en que uno de ellos pasaría por la prueba primero, y luego informaría a los demás. Lazarus quiso reclamar para sí la misión, argumentando que era

el mayor. Schultz dijo que era su deber profesional. Pero Ford les hizo callar a los dos y se nombró a sí mismo, en cuanto jefe civil de la colonia.

Lazarus le acompañó hasta las puertas del templo donde iba a tener lugar la iniciación. Ford iba desnudo, como los mismos jockairos. En cuanto a Lazarus, como no se proponía entrar en el templo, pudo llevar su falda. Muchos de los colonos, ansiosos de sol después de los años pasados en la nave, iban desnudos siempre que podían. Pero Lazarus nunca adoptó tal costumbre, y no sólo por ser contraria a sus hábitos, sino porque la desintegradora era un objeto demasiado conspicuo para llevarla sujeta al muslo sin nada que la cubriese.

Kreel Sarloo les recibió y condujo a Ford adentro. Lazarus se despidió gritándole: -¡No baje la cabeza, hombre! ¡Animo!

Esperó. Sacó un cigarrillo y se lo fumó. Paseó de arriba abajo. A falta de medios para saber el tiempo transcurrido, la espera le pareció mucho más larga.

Por último las puertas volvieron a abrirse y salió una muchedumbre de nativos, Parecían curiosamente atraídos por algo, y ninguno de ellos se fijó en Lazarus. La apertura formada bajo el gran portal se deshizo, se formó un callejón y una figura surgió corriendo en dirección hacia el exterior.

Lazarus reconoció a Ford.

Este no se detuvo donde le esperaba Lazarus, sino que siguió

corriendo a ciegas. Luego tropezó y cayó, Lazarus corrió a su lado. Ford no hacía nada por levantarse. Permanecía tumbado boca abajo, sacudiendo violentamente los hombros, con todo su cuerpo estremecido por los sollozos.

Lazarus se arrodilló a su lado y lo sacudió. -¡Slayton! ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra mal?

Ford volvió hacia él sus ojos húmedos, en los que se pintaba el horror, y dejó de sollozar unos momentos. No dijo nada, pero pareció reconocer a Lazarus. Tomándole con fuerza de los brazos, rompió a llorar de nuevo con más violencia que antes.

Lazarus se soltó de un tirón y le abofeteó con fuerza. -¡Basta! -ordenó-. Dígame lo que ha ocurrido.

127

Los sollozos de Ford cesaron con el bofetón, pero seguía sin decir nada, Tenía la mirada extraviada. Una sombra se movió a espaldas de Lazarus, P-ste se volvió como un rayo, cubriéndose con la desintegradora. Kreel Sarloo estaba a dos pasos de distancia, pero no manifestaba intención de acercarse, y no por temor al arma, pues jamás había visto ninguna.

-¡Tú! -gritó Lazarus-. ¡Por la ...! ¿Qué habéis hecho con él? Dominándose en seguida, procuró expresarse en términos que fuesen comprensibles para Sarloo.

-¿Qué ha ocurrido con mi hermano Ford?

-Llévatelo -dijo Sarloo, temblándole los labios-. Una cosa muy mala. Esto es una cosa muy mala.

-¿Hablarás de una vez? -exclamó Lazarus, sin molestarse en traducirlo.

3

Reunidos los mismos de antes a la mayor brevedad, aunque ahora no contaban con la presencia de su Administrador, Lazarus les refirió lo ocurrido, y Schultz informó del estado de Ford.

-El equipo médico no encuentra nada anormal en él. Lo único que podemos decir con certeza es que el Administrador padece una psicosis extrema, de etiología desconocida. No podemos comunicarnos con él.

-¿No puede hablar? -preguntó Barstow.

-Una palabra o dos, cuando se trata de cosas sencillas como la comida o el agua, Pero cualquier intento de abordar las causas de su dolencia le precipita en una histeria incoherente.

Librodot

128

-¿No hay pronóstico?

-Pues, si les vale una opinión no profesional, expresada en términos corrientes, diría que está loco de miedo. Sin embargo, he visto síntomas de terror antes de ahora -añadió Schultz-, pero nada comparable a esto.

-Pues yo sí -dijo Lazarus, de repente. -¿Tú? ¿En qué circunstancias? ¿Dónde?

-Una vez, cuando era niño, hará de esto unos doscientos años, cogí un coyote ya adulto y lo metí en una jaula. Creía que podría domesticarlo y utilizarlo como perro de caza. Pero no dio resultado. Ford se comporta exactamente como el coyote en aquella ocasión. Hubo un silencio embarazoso. Schultz lo rompió diciendo:

-No entiendo lo que quiere decir. ¿En qué estriba la comparación?

-Bien, no es más que una suposición -empezó Lazarus-. Slayton es el único que sabe toda la verdad, y no puede hablar. Pero mi opinión es que desde el principio tenemos una idea equivocada de estos jockairos. Cometimos el error de creer que, por ser parecidos a nosotros de una manera superficial, y más o menos igual de civilizados que nosotros, eran personas. Pero no lo son en absoluto. Son... animales domésticos. Pero, ¡un segundo! No nos precipitemos. En este planeta hay personas, ciertamente. Personas de verdad. Viven en los templos y los jockairos les llaman dioses. ¡Ellas son los dioses!

Lazarus continuó antes de que nadie pudiera interrumpirle: -Ya sé lo que estáis pensando. Olvidadlo. No quiero discutir de metafísica con vosotros; me limito a expresarme lo mejor que puedo. Quiero decir que hay seres vivientes dentro de esos templos, y sean lo que sean, son lo bastante fuertes como para pasar por dioses, así que podemos llamarles así. Quienquiera que sean, son la verdadera raza dominante de este planeta... ¡sus personas! Para ellos, los demás, los «jocks» o nosotros, no somos más que animales, unos domesticados, otros salvajes. Cometimos el error de creer que esa religión local era una simple superstición. No lo es.

Barstow habló lentamente:

-¿Y crees que eso explica lo sucedido con Ford?

-Lo creo, El vio a uno de ellos, al verdadero Kreel, y eso fue lo que le volvió loco.

-Según eso, la teoría de usted es que cualquier hombre que se viese expuesto a esa... presencia, ¿caería en una psicosis? -preguntó Schultz.

-No exactamente. A mí me daría mucho más miedo pensar que pudiera verla y no volverme loco -replicó Lazarus.

Aquel mismo día los jockairos interrumpieron todos sus contactos con los terrestres. Hicieron bien, pues de lo contrario habrían ocurrido violencias. El miedo se había abatido sobre la ciudad; era miedo a unos horrores peores que la muerte, miedo a una cosa sin nombre, cuya mera presencia podía convertir a un ser humano en un animal destrozado y privado de razón. Los jockairos habían dejado de parecer unos amigos inofensivos, un poco apayasados pese a sus logros científicos; ahora eran monigotes, señuelos preparados por los seres poderosos y hostiles que se agazapaban en los «templos».

No fue necesario someterlo a votación; con el seguro instinto de la multitud que huye de un edificio en llamas, los terrestres se dispusieron a dejar aquel terrible planeta, Zaccur Barstow asumió el mando.

-Llamad a King por la pantalla. Decidle que envíe todas las navetas de que pueda disponer. Vamos a largarnos de aquí cuanto antes.

Se pasó los dedos por el cabello en un gesto de preocupación, y prosiguió:

-¿Cuál es la carga máxima de cada aparato, Lazarus? ¿Cuánto tiempo nos llevará la evacuación?

Lazarus murmuró algo. -¿Qué decías?

-Digo que no es cuestión de lo que podamos tardar, sino de si nos van a dejar

Librodot

salir. Esos seres de los templos quizá necesiten más animales domésticos. ¡A nosotros!

Lazarus hacía falta como piloto, pero se le necesitaba más aún por su habilidad en dirigir multitudes. Zaccur Barstow estaba dándole instrucciones para formar un servicio de orden de emergencia, cuando Lazarus miró por encima del hombro de Barstow y exclamó:

-¡Ajá! ¡Mira quién viene! Zack, se acabó la clase.

Zaccur se volvió con rapidez y vio aproximarse, con la dignidad de un gran personaje y abriéndose paso en medio de la asamblea, a Kreel Sarloo. Nadie se atrevió a oponérsele.

Pronto descubrieron por qué. Cuando Zaccur se adelantó para saludarle, se halló detenido a unos tres metros de distancia. Ningún indicio permitía conjeturar la causa, pero el caso es que se vio detenido.

-Te saludo, hermano en desgracia -empezó Sarloo. -Te saludo, Kreel Sarloo.

-Los dioses han hablado. Tu raza nunca podrá ser civilizada. Tú y tus hermanos tendréis que abandonar este planeta.

Lazarus dejó escapar un gran suspiro de alivio.

-Así lo habíamos decidido, Kreel Sarloo -replicó serenamente Zaccur.

-Los dioses lo han decidido, Envíame a tu hermano Libby. Zaccur mandó a buscar a Libby, y luego se volvió hacia Sarloo. Pero el jockairo no tenía nada más que decirles; parecía indiferente a su presencia. Aguardaron.

Libby llegó, y Sarloo se enfrascó en una larga conversación con él. Barstow y Lazarus estaban cerca y podían ver moverse los labios de ambos; sin embargo, no oyeron ni una sílaba. A Lazarus le alarmó mucho tal circunstancia. Pensó que, si le daban tiempo y medios, él también sería capaz de idear un truco así, pero sin duda aquello era otra cosa y, además, allí no se veían medios técnicos de ninguna clase.

La silenciosa discusión terminó, y Sarloo se marchó sin despedirse. Libby se volvió hacia los demás y habló; ahora sí podía escucharse su voz.

-Sarloo dice que hemos de ir a otro planeta que dista más de treinta y dos años-luz de éste. Los dioses lo han decidido -dijo, con el ceño fruncido de perplejidad, y se interrumpió al notar lo que había dicho.

-No te preocupes -le aconsejó Lazarus-. Alégrate de que lo hayan decidido así. Sospecho que si hubieran querido nos habrían aplastado fácilmente. Una vez en el espacio, podremos elegir el destino que_ se nos antoje.

-Así lo creo. Pero lo que me desconcierta es que hayan fijado un tiempo de sólo tres horas para abandonar este sistema.

-¡Cómo! ¡Pero si es completamente absurdo! -protestó Barstow-. Imposible; no tenemos navetas suficientes.

Lazarus no dijo nada. Había renunciado a opinar.

Zaccur cambió pronto de opinión, y Lazarus adquirió la suya por experiencia. Mientras urgía a sus primos hacia el campo donde tendría lugar el embarque, se encontró de pronto levantado del suelo sin esfuerzo alguno. Luchó con brazos y piernas sin encontrar resistencia alguna, pero el suelo quedaba cada vez más lejos. Cerró los ojos, contó hasta diez y volvió a mirar. Estaba como a dos millas de altura.

Debajo de él, saliendo de la ciudad en bandada como murciélagos de una cueva, subía un número incontable de manchitas y puntos que destacaban en negro sobre el fondo iluminado por el sol. Algunos de ellos estaban lo bastante cerca para ver que eran seres humanos, terrestres, miembros de las Familias.

El horizonte fue curvándose hacia abajo, el planeta se convirtió en una esfera y el cielo se volvió negro. Sin embargo, su respiración le parecía normal y sus vasos sanguíneos no reventaron.

Quedaron arracimados como enjambres de abejas alrededor de las escotillas abiertas del «Nuevas Fronteras.

Librodot

Una vez dentro de la nave, Lazarus se abandonó a un ligero acceso de nerviosismo. -¡Uf! -suspiró luego, saboreando el instante de dar el primer paso en suelo firme.

Libby buscó al capitán King tan pronto como se vio a bordo y hubo recobrado los nervios, a fin de entregarle el mensaje de Sarloo. King parecía indeciso.

-No sé -dijo-. Ustedes conocen a los nativos mucho mejor que yo, pues apenas puse los pies en ese planeta. Pero entre nosotros, señor Libby, la forma en que me han devuelto a mis pasajeros me tiene maravillado. Es la evolución más notable que me haya sido dado contemplar jamás.

-Permítame agregar que como experiencia no ha sido menos notable -replicó Libby, sin bromear en absoluto-. Personalmente preferiría practicar el esquí acrobático antes que eso, y celebro que tuviese usted abiertas las escotillas de la nave.

-No las abrí yo -dijo King, alarmado-. Alguien lo hizo por mí. Se dirigieron a la sala de mandos con intención de poner en marcha los motores y poner un buen trecho entre la nave y el planeta de donde habían sido arrojados. Luego ya pensarían en un nuevo rumbo y un nuevo destino.

-El planeta que le describió Sarloo, ¿pertenece a una estrella de tipo G? -preguntó King. -Sí, es un planeta de tipo terrestre que acompaña a una estrella semejante a nuestro Sol. Tengo las coordenadas, y no sería difícil identificarla por el catálogo. Pero vale más olvidarla; está demasiado lejos.

-Así pues...

King accionó el sistema de visión del estelario.

Ninguno de ambos habló durante un buen rato. Las imágenes de los cuerpos celestes lo decían todo.

Sin órdenes de King, sin tocar los mandos para nada, el «Nuevas Fronteras había emprendido el viaje con rumbo desconocido, como si llevase voluntad propia.

-No puedo decirles gran cosa -confesó Libby algunas horas más tarde ante un grupo formado por King, Zaccur Barstow y Lazarus Long-. Antes de que sobrepasáramos la velocidad de la luz, en realidad o en apariencia, que eso no lo sé, llevábamos un rumbo compatible con la idea de que nos dirigíamos a la estrella designada por Kreel Sarloo según las órdenes de sus dioses. Hemos seguido acelerando, y las estrellas han desaparecido, Eso me deja sin puntos de referencia para la astrogación, por lo que no puedo decir dónde estamos ni adónde vamos.

-Tranquilízate, Andy, y trata de hacer al menos una suposición -propuso Lazarus.

-Bueno... Si nuestra trayectoria fuese una función homogénea, cosa que no puedo saber por falta de medios, entonces podríamos llegar a las proximidades de la estrella PK Tres, Siete, Dos, Dos, donde Kreel Sarloo indicó.

-¡Toma! -Lazarus se volvió hacia King-. ¿Ha intentado usted reducir la velocidad?

-Los mandos no responden -replicó King, lacónico,.

-¡Hum! ¿Cuándo llegaremos allí, Andy?

Libby se encogió de hombros, desmoralizado.

-No tengo ningún sistema de referencia. ¿Qué es el tiempo, cuando no hay espacio al que referirse?

Tiempo y espacio, inseparable y uno... Libby pensó en ello largo rato después de que hubieran salido los demás, Desde luego, tenía el marco espacial constituido por la nave y, por consiguiente, existía un tiempo de a bordo. Los relojes de la nave aún emitían su tic-tac, o su zumbido, o simplemente andaban; las personas tenían apetito, comían, se cansaban y se echaban a dormir. Los materiales radiactivos se desintegraban, los procesos fisicoquímicos seguían moviéndose hacia estados de mayor entropía, y su propia mente tenía conciencia de la duración.

Pero el fondo de estrellas, que había servido para la medida de todas las funciones

cronológicas de la historia, ahora era invisible. Por cuanto le decían a Libby sus ojos o cualquier instrumento de a bordo, cualquier relación entre ellos y el universo había dejado de existir.

Pero, ¿qué universo?

No había universo. El universo había desaparecido,

¿Se movían? ¿Podía haber movimiento cuando uno no dejaba nada atrás?

Sin embargo, la gravedad ficticia obtenida por la rotación de la nave seguía existiendo. ¿Rotación con respecto a qué?, se decía Libby. ¿Podía ser que el espacio tuviese una textura propia, absoluta, no relativa, como la que se postulaba antiguamente para aquel «éter» cuya existencia no pudieron detectar los clásicos experimentos de Michelson-Morley? No, mejor dicho, cuya existencia negaban precisamente aquellos experimentos.

Aunque también habían negado la posibilidad de una velocidad superior a la de la luz. ¿Podía ser que la nave hubiese sobrepasado la velocidad de la luz? ¿No sería, más verosímilmente, un ataúd cargado de espíritus que no iban a ningún lado en ningún momento?

Pero a Libby le picaba la espalda, y se veía obligado a rascarse. Se le había dormido la pierna derecha, y su estómago empezaba a reclamar comida con cierta insistencia. Si esto era la muerte, se dijo, no resultaba sustancialmente distinta de la vida.

Ya tranquilizado, dejó la sala de mandos y se encaminó a su comedor favorito, mientras empezaba a idear unas nuevas matemáticas que pudieran dar cuenta de todos aquellos fenómenos. De momento dejaba a un lado el misterio de cómo los hipotéticos dioses de Jockaira pudieron teleportar a las Familias desde el suelo hasta la nave. En esa oportunidad no fue posible reunir datos significativos, ni realizar mediciones. Lo único que podía hacer un científico honrado, animado de rigor epistemológico, era tomar nota del hecho y clasificarlo entre los no explicados. Pues un hecho sí lo era: ahí estaba él, que poco antes se encontraba en la superficie del planeta; además, ahí estaban los ayudantes de Schultz, que en aquellos momentos administraban drogas calmantes a miles de personas emocionalmente destrozadas por tan insólita experiencia.

Pero Libby no podía explicarla, y, a falta de datos, no tenía ninguna prisa por intentarlo. Lo que deseaba era estudiar líneas de trayectoria en un plenum, el problema fundamental de la física de campos.

Aparte de sus aficiones matemáticas, Libby era persona sencilla. Prefería la atmósfera ruidosa del «Club», refectorio 9-D, por razones muy diferentes de las de Lazarus. La compañía de personas más jóvenes que él le daba confianza; entre los ancianos sólo Lazarus le caía simpático.

Era consciente de que Ford no aparecería por allí en algún tiempo, pues aún estaba en recuperación. Pero estaba Lazarus con otros conocidos. Nancy Weatheral se hizo a un lado y le ofreció asiento.

-Usted es la persona con quien deseaba hablar -dijo-. Lazarus no es muy explícito, que digamos. ¿Adónde vamos esta vez, y cuándo llegaremos?

Libby explicó la dificultad lo mejor que supo. Nancy hizo un mohín.

-¡Bonito panorama, a decir verdad! Supongo que eso significa más trabajo para la pobre Nancy.

-¿Cómo es eso?

-¡Ay! ¡Cómo se nota que nunca ha tenido que cuidar de un hibernado! Es aburridísimo. Hay que darles vuelta, doblarles los brazos, hacerles masaje en los tobillos, volverles las cabezas, cerrar por último el depósito, y así uno tras otro. Estoy tan cansada de ver cuerpos humanos, que sería capaz de hacer voto de castidad. Procura no comprometerte demasiado -aconsejó Lazarus.

-¿Y a ti qué te importaría, viejo pólvora mojada? Eleanor Johnson intervino en la

conversación.

-¡Uf! Me alegro de estar otra vez en la nave. Esos jockairos repulsivos... ¡Puaf! Nancy se encogió de hombros.

134

-Estás llena de prejuicios, Eleanor. Los «jocks» son buena gente, a su manera. Cierto que no son exactamente iguales a nosotros, pero tampoco lo son los perros. Y tú no aborreces a los perros, ¿verdad?

-Así es como son -dijo Lazarus, pensativo-. Como perros. -¿Eh?

-No digo que se parezcan en nada a los perros; ni siquiera tienen aire canino, y ciertamente poseen tanta capacidad como nosotros. Y en algunos aspectos tal vez más... Pero no por eso dejan de ser como perros. Esos seres a quienes llaman sus «dioses» son, sencillamente, sus amos, sus dueños. A nosotros nos echaron porque no podían domesticarnos.

Libby se acordaba de la inexplicable telequinesis que habían usado los jockairos... o sus dueños.

-Me pregunto qué habría pasado si hubieran logrado domesticarnos -dijo-. Habríamos aprendido muchas cosas estupendas. -Olvídalo -dijo Lazarus, con firmeza-. El hombre no debe ser propiedad de nadie.

-Entonces, ¿qué debe ser?

-El hombre debe ser dueño de ir donde le parezca... ¡Y hacer lo que se le antoje! Ahora tengo que irme -dijo, poniéndose en pie.

Libby se dispuso a acompañarle, pero Nancy le retuvo.

-No se vaya. Quiero hacerle algunas preguntas. ¿Qué año es ahora en la Tierra?

Libby trató de responder, pero luego cambió de intención y calló. En seguida fue a hablar de nuevo, desistió, y por fin se decidió y dijo:

-No sé cómo contestar a esta pregunta; es como si dijera: ¿está muy alto ahí arriba? -Ya sé que probablemente me he expresado mal -admitió Nan-

cy-. No estoy muy fuerte en física fundamental, pero tengo entendido que el tiempo es relativo, y que la idea de simultaneidad sólo se aplica a dos puntos cuando están próximos en el mismo sistema de referencia. De todos modos, quiero saber una cosa. Hemos viajado mucho más rápido y más lejos que nadie antes de nosotros, ¿no es cierto? ¿No andan más despacio nuestros relojes, o algo por el estilo?

Libby puso la cara de total sorpresa que suelen poner los físicos matemáticos siempre que los profanos intentan hablar de física en términos comunes.

-Usted se refiere a la contracción de Lorentz-Fitzgerald. Pero, si me perdona, cualquier cosa que se diga al respecto en palabras es necesariamente absurda.

-¿Por qué? -insistió ella.

135

-Porque... Bien, pues porque el lenguaje no es adecuado. Las fórmulas empleadas para describir el efecto inadecuadamente llamado de contracción suponen que el observador sea parte del fenómeno. Pero la expresión verbal contiene implícito el supuesto de que uno puede situarse fuera de lo que pasa y observarlo. El lenguaje matemático niega la posibilidad misma de ningún observatorio exterior. Cada observador tiene su propio referencial, y no puede salirse de él para convertirse en un observador aparte.

-Pero, ¿y si lo hiciera? ¿Y si nosotros pudiéramos ver la Tierra desde aquí?

-Ya la hemos liado otra vez -dijo Libby, sintiéndose desfallecer-. He procurado explicarlo con palabras, y sólo he conseguido aumentar la confusión. No hay ninguna manera de medir el tiempo en sentido absoluto, cuando los dos acontecimientos se hallan separados en un continuo. Nosotros sólo podemos medir intervalos.

-Bueno, y ¿qué es un intervalo? Tanto así de espacio y tanto así de tiempo.

-¡No, no, no! No es nada de eso. Un intervalo es... pues eso, un intervalo. Puedo

describirlo mediante unas fórmulas y mostrar cómo las aplicamos, pero no podemos definirlo con palabras. Mire usted, Nancy, ¿podría escribir en palabras la orquestación de toda una sinfonía?

-No. Mejor dicho, tal vez pudiera hacerse, pero sería miles de veces más largo.

-Y, sin embargo, los músicos leen la notación con absoluta facilidad. Eso fue lo que quise decir al afirmar que el lenguaje es inadecuado. Una vez me vi en una dificultad parecida al tratar de explicar el funcionamiento de la propulsión por presión lumínica. Me preguntaron cómo, si el fundamento de la propulsión es una pérdida de inercia, los que estábamos en el interior de la nave no experimentábamos ninguna pérdida de inercia. A eso no se puede contestar en palabras. La inercia no es una palabra, es un concepto matemático aplicado a aspectos matemáticamente ciertos de un plenum, Quedé

atrapado.

Nancy parecía chasqueada, pero insistió con tozudez:

-Mi pregunta todavía significa algo, aunque no haya sabido formularla bien. No me conformo con que me diga que me calle y piense en otra cosa. Supongamos que ahora damos la vuelta y regresamos por donde vinimos, exactamente el mismo viaje pero al revés. Aquí en la nave tendríamos una duración doble de la invertida hasta ahora. Pues bien, ¿qué año sería en la Tierra cuando llegásemos allí?

-Pues sería el... déjeme pensar.

Los procesos casi automáticos del cerebro de Libby empezaron a funcionar, repasando el tremendo e increíblemente complicado problema que le planteaban, con sus aceleraciones, intervalos y trayectorias no uniformes. Estaba aproximándose a la solución

136

cor. un cálido resplandor de júbilo matemático, cuando de pronto el problema se hizo pedazos frente a su visión interior, convirtiéndose en indeterminado. Comprendió de súbito que tenía un número ilimitado de soluciones, todas igualmente válidas.

Pero eso era imposible. En el mundo real, no en el imaginario de las matemáticas, tal situación era absurda. La pregunta de Nancy sólo podía tener una contestación correcta.

¿Era posible que toda la bella estructura de la Relatividad fuese un absurdo? ¿O acaso significaba la imposibilidad de rehacer exactamente una distancia interestelar?

-Tendré que pensarlo más a fondo -dijo Libby con precipitación, y salió antes de que Nancy pudiera objetarle.

Pero tampoco la soledad y la reflexión le dieron la clave del problema. No era un fracaso de su capacidad matemática; él se sabía capaz de expresar en términos matemáticos la descripción de cualquier conjunto de hechos, cualesquiera que fuesen. La dificultad consistía en que le faltaban datos. Hasta que algún observador atravesara una distancia interestelar a velocidades próximas a la de la luz y regresara al planeta de origen, no habría respuesta posible. Las matemáticas por sí solas no tienen contenido, no dan respuestas.

En un momento dado, Libby se encontró preguntándose si aún serían verdes las colinas de sus Ozarks nativos, si el olor a humo de madera envolvería los árboles en otoño. Luego recordó que la pregunta carecía de sentido según las reglas conocidas, y se entregó a un ataque de nostalgia de intensidad desconocida desde que era un joven cadete del cuerpo de ingeniería cósmica en su primer viaje por el espacio.

Esta sensación de duda e incertidumbre, de aislamiento y nostalgia, se esparcía por toda la nave. En el primer tramo de su viaje, las Familias habían actuado movidas por aquella misma fe que impulsaba a los carromatos que cruzaron la pradera. Pero ahora que no iban a ninguna parte, los días se sucedían sin sentido y sus lar-

gas vidas pasaban a ser una carga absurda.

Librodot

Ira Howard, cuya fortuna sirvió de base a la Fundación Howard, nació en 1825 y murió de viejo en 1873. Vendió provisiones a los insurrectos del cuarenta y nueve en San Francisco, se hizo mayorista y gran proveedor durante la guerra de Secesión, y multiplicó su fortuna durante la trágica Reconstrucción.

Howard siempre tuvo un pánico espantoso a la muerte. Buscó a los mejores médicos de su época para prolongar su vida. Y sin embargo, la vejez prematura lo arrebató a una edad en que muchos hombres todavía son jóvenes. En su última voluntad dispuso que su dinero fuese empleado en «prolongar la vida humana». Los albaceas no encontraron mejor manera de dar cumplimiento al testamento que elegir personas cuyos árboles

137

genealógicos mostrasen predisposición a la longevidad, y luego promover casamientos entre los individuos elegidos. Sus métodos se anticiparon a los de Burbank; ignorándose si conocieron o no los brillantes descubrimientos del monje Gregor Mendel.

Cuando Lazarus entró en la cabina, Mary Sperling dejó a un lado el libro que estaba leyendo. El recién llegado lo tomó con curiosidad.

-¿Qué estabas leyendo, hermanita? ¡Ah! El Eclesiastés... No sabía que fueras persona religiosa. -Y leyó en voz alta-: «Y aunque haya vivido dos veces mil años, no habrá visto nada bueno, pues ¿no va todo al mismo lugar?»

Devolviendo el libro, comentó:

-Muy fúnebre, Mary, ¿No podrías encontrar algo más alegre, aunque fuese en los Proverbios?

Volvió a rebuscar en el libro.

-¿Qué te parece esto? «Para el que se haya unido a lo viviente hay esperanza...» ¡Hum!, no hay demasiados pasajes optimistas. Fíjate en esto: «Por tanto, suprime la tristeza de tu corazón y aleja el mal de tu carne; pues la infancia y la juventud no son sino vanidad». Esto va más con mi estilo; no me gustaría volver a ser joven, ni que me pagaran con horas extraordinarias.

-Pues yo sí.

-¿Qué bicho te ha picado, Mary? Te encuentro sentada a solas y leyendo el libro más deprimente de la Biblia, que sólo habla de muertes y funerales. ¿Por qué?

Ella se pasó la mano por los fatigados ojos.

-Me estoy haciendo vieja, Lazarus. ¿En qué otra cosa quieres que piense? -¿Tú? ¡Pero si estás fresca como una rosa!

Ella le miró, Sabía que estaba mintiendo; bien le mostraba su espejo los cabellos grises, la piel arrugada, y bien se lo decían sus huesos. Sin embargo, Lazarus era más viejo que ella... y por otra parte sabía, por lo que había aprendido de biología durante los años

en que ayudó a las investigaciones sobre la longevidad, que Lazarus normalmente no debía haber vivido tanto. Nacido cuando el programa Howard sólo estaba en la tercera generación, aún no era posible que hubiesen desaparecido de sus genes todos los factores de envejecimiento... excepto en caso de algún azar, altamente improbable, capaz de provocar una mutación genética.

No obstante, allí estaba.

-¿Cuántos años esperas vivir tú, Lazarus?

138

-¿Yo? Esta sí que es una pregunta rara. Recuerdo que una vez le hice a un fulano esa misma pregunta... Acerca de mí mismo, quiero decir. ¿Oíste hablar alguna vez del doctor Hugo Pinero? -Pinero... Pinero... ¡Ah, sí! Pinero «el charlatán=.

-No era ningún charlatán, Mary. No bromeaba. Sabía predecir con exactitud la fecha en que moriría una persona.

-Pero... En fin, no importa. ¿Qué te dijo?

-Espera un minuto. Quiero convencerte de que no era un embustero. Sus predicciones resultaron ciertas al cien por cien. Si no se hubiera muerto, habrían quebrado todas las compañías de seguros. Esto ocurrió antes de que tú nacieras, pero yo le conocí y lo sé muy bien. Pinero leyó mis antecedentes y se mostró muy preocupado. Después los releyó, y por último me devolvió mi dinero. -Pero, ¿qué dijo?

-No pude sacarle ni una palabra. No hizo más que mirarme, mirar su máquina y fruncir el ceño. No quiso hablar, de manera que no puedo contestar a tu pregunta.

-Y ¿qué crees tú, Lazarus? Sin duda no esperarás vivir eternamente.

-La verdad es que no hago ningún plan para morirme, Mary -replicó Lazarus, sin enfadarse-. No me paro a pensar en eso. Hubo un rato de silencio. Por último, ella prosiguió:

-No deseo morir, Lazarus, pero ¿cuál es el sentido de nuestra larga vida? No parece que crezcamos en sabiduría a medida que envejecemos. ¿Es que nos limitamos a vegetar una vez transcurrido nuestro lapso normal? ¿Holgazaneamos en una especie de jardín de infancia, en vez de progresar? ¿Es preciso morir para volver a nacer?

-No lo sé, ni creo que se pueda averiguar -dijo LazarusY maldito si veo la necesidad de preocuparme por eso. Ni de que te preocupes tú. Yo me propongo agarrarme a esta vida mientras pueda, y aprender todo lo que pueda. Es posible que la sabiduría y el conocimiento de las cosas estén reservados para una existencia posterior; o tal vez no sean para todos. En cualquier caso, yo estoy contento de vivir y procuro disfrutar de la vida. Mary, querida, como dijo aquel viejo latino: aprovecha la jornada, que no hay otra verdad que valga.

La nave regresó a la misma rutina uniforme en que había caído

durante los últimos años del primer salto. La mayoría de los pasajeros regresaron a la hibernación, salvo los necesarios para atender a los hibernados, a la nave y a los cultivos hidropónicos. Entre los hibernados estaba Slayton Ford; el largo sueño solía ser el último recurso terapéutico para las psicosis funcionales.

El viaje hasta la estrella PK3722 tardó diecisiete meses y tres días, según los cronómetros de a bordo.

139

Los oficiales tuvieron tan poco que ver en el final del viaje como en su principio, Pocas horas aátes de la llegada, las imágenes de las estrellas volvieron a verse en las pantallas del planetario, y la nave deceleró prontamente a velocidades interplanetarias. Pero no se experimentó ninguna sensación de deceleración; las misteriosas fuerzas que actuaban sobre ellos parecían obrar sobre todas las masas por igual.

El «Nuevas Fronteras» entró en órbita alrededor de un planeta activo y verde, que distaba unos cien millones de millas de su sol. Pronto Libby pudo informar al capitán King de que estaban en órbita estacionaria.

King ensayó cautelosamente los mandos, inservibles desde el comienzo de su travesía. Esta vez respondieron: el espectral piloto que habían llevado hasta entonces acababa de dejarles.

Libby decidió que este símil no era correcto. Aquel viaje había sido programado, indudablemente, pero sin necesidad de que alguien o algo les condujese hasta allí como a un rebaño. Libby sospechaba que para los «dioses» del pueblo jockairo, el plenum era estático; para ellos, la deportación era un hecho consumado, aunque desgraciadamente lleno de incógnitas... Pero no, no había palabras para describirlo. En términos aproximados e incorrectos, habían trazado para ellos una trayectoria «alabeada», que salía del espacio normal y volvía a regresar a él, en cuyo momento la nave funcionó otra vez normalmente.

Quiso explicar este concepto a Lazarus y al capitán, pero no le salió bien, Le faltaban datos, y además no había tenido tiempo de pulir y dar elegancia a su expresión

matemática. Ni él ni ellos quedaron convencidos.

A King y a Lazarus, además, les faltaba tiempo para dedicarlo a esta clase de cuestiones. El rostro de Barstow apareció en la pantalla de un intercomunicador.

-¡Capitán! -exclamó-. ¿Puede venir en seguida a la escotilla número siete de popa? ¡Tenemos visitantes!

Barstow había exagerado; sólo había uno. Aquella criatura le pareció a Lazarus un niño en traje de Carnaval, disfrazado de conejo. El pequeño ser era más androide que los jockairos, aunque posiblemente no sería mamífero, Iba sin ropas, pero no desnudo, pues su menudo cuerpo estaba cubierto de un pelo corto, suave y dorado. Sus ojos eran brillantes, y parecían al mismo tiempo alegres e inteligentes.

Pero King estaba demasiado maravillado para fijarse en aquellos detalles. Una extraña voz en forma de pensamiento resonaba en su cerebro.

-Usted es el jefe del grupo... Bienvenido... a nuestro mundo... Les esperábamos... Los (palabra ininteligible) comunicaron su llegada...

140

Telepatía controlada.

Una criatura, una raza tan pacífica, tan libre de enemigos, de todos los peligros y luchas, que podía compartir sus pensamientos con los demás. Aquellas criaturas eran tan amables y generosas que ofrecían a los humanos un refugio en su planeta. A eso había venido aquel mensajero: a hacer tal ofrecimiento.

Para la mentalidad de King se repetía la historia de lo ocurrido en Jockaira. Se preguntó dónde estaría la trampa oculta en aquella nueva proposición.

Por lo que había sucedido hasta aquel instante, era seguro que el mensajero podía leer sus pensamientos.

-Mirad en nuestros corazones... No albergamos malicia frente a vosotros... Compartimos vuestro amor a la vida y amamos la vida en vosotros...

-Muchas gracias -respondió solemnemente King, en voz alta-. Ahora hemos de reunirnos a conferenciar.

Se volvió buscando a Barstow, y cuando miró otra vez, el mensajero había desaparecido. El capitán se dirigió a Lazarus. -¿Adónde ha ido?

-¿ Eh? A mí no me pregunte.

=Pues usted también estaba delante de la escotilla. Ha tenido que verle.

-Estaba comprobando los pilotos de control. No había ningún vehículo acoplado al otro lado de la escotilla. Me preguntaba si los circuitos funcionan bien, y funcionan. Entonces, ¿cómo pudo entrar en la nave? ¿Dónde está su naveta?

-¿Y cómo salió? -Por mi lado no pasó. -Entró por esta escotilla, ¿no es cierto, Zaccur? - No lo sé.

-Pero ciertamente ha debido salir por ella.

-No -se opuso Lazarus-. Esta escotilla no ha sido abierta. Los precintos siguen en su lugar, véalo usted mismo.

King lo comprobó.

-No va a hacerme creer -empezó lentamente- que ha podido pasar a través de...

-No me mire a mí -dijo Lazarus-. Sé tanto de esto como la Reina Roja del cuento. ¿Adónde va la imagen del videófono cuando corta usted la comunicación?

Y salió silbando una cancioncilla. King no reconoció la tonada,

pero las primeras palabras de la letra, que Lazarus se reservó para sí, decían: Anoche vi en lo alto de la escalera a un hombrecillo que no estaba allí...

141

4

No había trampa en la oferta. Los habitantes del planeta (no tenían nombre, puesto que no usaban el lenguaje hablado, y los terrestres decidieron llamarles simplemente «el pequeño pueblo=), aquellas pequeñas criaturas, les habían dado la

Librodot

bienvenida sinceramente y estaban dispuestos a ayudarles. No tuvieron dificultad en convencer de ello a las Familias, pues la comunicación no presentaba dificultades, como en el caso de los jockairos. El pequeño pueblo podía comunicar directamente a los terrestres incluso las ideas más sutiles, e interpretar a su vez correctamente todo pensamiento que les fuese dirigido. Parecían ignorar o no estar en condiciones de captar los pensamientos que no se refiriesen a ellos; el intercambio podía controlarse igual que una conversación hablada. Tampoco los terrestres adquirieron la facultad de comunicarse telepáticamente entre sí,

Su planeta era más parecido a la Tierra, incluso, que el de Jockaira. Era algo mayor que la Tierra, y sin embargo la gravedad en la superficie era ligeramente más baja, lo cual sugería una densidad media algo inferior. El pequeño pueblo utilizaba pocos metales en su cultura, lo cual podía ser una confirmación de tal hipótesis.

La órbita del planeta era perpendicular a su eje de rotación, sin la inclinación que tiene el eje de la Tierra, y además era casi circular. El afelio difería del perihelio en menos de un uno por ciento, por tanto, no había estaciones.

Tampoco existía una Luna grande y pesada, como la que tiene la Tierra y que provoca mareas en sus océanos y perturbaciones en el equilibrio isostático de sus continentes. Allí las colinas eran suaves, los vientos moderados, los mares plácidos. Con gran contrariedad de Lazarus, aquel nuevo hogar no tenía un clima estimulante; el tiempo era una primavera perpetua, como los nativos de California quieren hacer creer a todo el mundo que tiene su país.

Pero en el planeta del pequeño pueblo era verdad.

142

Indicaron a los terrestres dónde debían aterrizar. Era una larga playa de arena, a orillas de un mar tranquilo. A espaldas de la playa quedaban millas y millas de una pradera magnífica, apenas alterada por grupos irregulares de arbustos y árboles. El paisaje tenía un equilibrio agradable, como si fuese un parque, aunque no se veían signos de cultivo.

Era allí, según dijo un mensajero a los primeros que aterrizaron, donde se les ofrecía vivir.

Siempre que necesitaban ayuda se dejaba caer alguno de los del pequeño pueblo, como por casualidad, sin la oficiosidad inevitable de los jockairos, sino con la silenciosa eficiencia de un teléfono o de un cortaplumas. El que acompañó a la primera partida de exploradores causó gran sorpresa a Lazarus y a Barstow al afirmar que ya les conocía por haberlos visitado en la nave. Como el pelaje de éste era de un rico color caoba, en vez de dorado, Barstow atribuyó el error a un malentendido, con la reserva mental de que quizás aquellas gentes fuesen capaces de cambiar de color como los camaleones. Lazarus prefirió reservar su opinión.

Barstow quiso preguntar a su guía si su 17ueblo tenía alguna preferencia sobre cómo y dónde podrían los terrestres alzar sus edificaciones. Aquella cuestión le preocupaba, pues durante la exploración preliminar desde la nave no habían podido descubrir ciudades. Sin duda los nativos vivían en moradas subterráneas, en cuyo caso deseaba evitar un paso en falso, como sería el construir algo que el gobierno local considerase un caso de chabolismo.

Habló en voz alta dirigiéndose al guía, pues habían descubierto que era el mejor medio de dar a entender a los nativos que el pensamiento se refería a ellos.

En la respuesta que el pequeño ser transmitió a Barstow se captaba la emoción de la sorpresa.

-¿Por qué estropear este bello paisaje con accidentes? ¿Para qué necesitáis construir edificios?

-Los necesitamos para muchos fines -explicó Barstow-. Nos son necesarios para refugio durante el día, y para dormir durante la noche. También para cultivar nuestro

Librodot

alimento y prepararlo para comer.

Quiso explicar los procesos del cultivo hidropónico y de la cocina, pero luego desistió, confiando en que los sutiles sentidos de la telepatía permitieran a su «interlocutor» captar el propósito.

-Necesitamos edificios para otros muchos usos, para talleres y laboratorios, para alojar las máquinas mediante las cuales nos comunicamos y que utilizamos en casi todo lo que atañe a nuestra vida diaria.

143

-Tened paciencia conmigo... -les llegó el pensamiento-, pues desconozco vuestras costumbres... Pero, decidme, ¿acaso preferís dormir dentro de una cosa así...?

Hizo un gesto hacia las navetas con las que habían llegado, y cuyos cascos aparecían a lo lejos, varados en la playa. El pensamiento con que se refirió a ellas fue demasiado fuerte para traducirse en palabras. A la mente de Lazarus llegó como noción de espacio muerto, cerrado... Como la cárcel en que había estado en una ocasión, o la estrechez y el mal olor de una cabina telefónica pública. -Son nuestras costumbres.

El pequeño individuo se inclinó y tocó la hierba. -¿Acaso no es éste un buen lugar para dormir?

Lazarus tuvo que admitir que lo era, en efecto. El suelo estaba cubierto de un césped fino y suave, pero más regular y denso que la hierba de la Tierra. Lazarus se quitó las sandalias y dejó que sus pies gozaran de aquel contacto. Parecía una alfombra de pelo largo.

-En cuanto a los alimentos... -continuó su guía-, ¿para qué esforzarse... por conseguir lo que la buena tierra nos da en abundancia...? Acompañadme...

El guía los condujo a través de la pradera hacia un bosquecillo, que crecía a orillas de un arroyuelo. Las «hojas» eran pedúnculos del tamaño de una mano humana, de forma irregular, y de una pulgada o más de grueso. El pequeñín arrancó uno y lo mordisqueó placenteramente.

Lazarus le imitó, y examinó su botín. Se rompía con facilidad, como un bizcocho bien tostado. La pulpa era de un color amarillo cremoso, esponjosa pero crujiente, y despedía un olor fuerte, pero agradable, parecido al del mango.

-¡No comas de eso, Lazarus! -le advirtió Barstow-. Aún no lo hemos analizado. -Está en armonía con vuestros organismos... Lazarus lo olfateó de nuevo. -Estoy dispuesto a servir de conejo de Indias, Zack.

-Muy bien -se encogió de hombros Barstow-. Ya te he advertido. De todos modos, harás lo que te dé la gana.

Lazarus lo hizo. El sabor era extraño, pero agradable. La pulpa era lo bastante fuerte como para hincarle el diente, y el aroma algo picante, difícil de precisar. Le cayó magníficamente en el estómago.

Barstow no autorizó a nadie a repetir la prueba, hasta ver los efectos que producía en Lazarus, Este sacó partido de su posición privilegiada para darse un gran banquete. El mejor desde hacía muchos años, decidió para sí.

-Me diréis cuáles son vuestros hábitos alimenticios... -inquirió su pequeño amigo, Barstow iba a responder, pero le detuvo el pensamiento de la criatura:

144

-Todos vosotros... pensad en ello...

Durante unos momentos no llegó ningún mensaje más. Luego transmitió: -Es suficiente... Mis mujeres se ocuparán de ello...

Lazarus no estaba muy seguro de haber entendido «mujeres», pero, desde luego, se daba a entender alguna relación parecidamente íntima. Todavía no estaba claro si los individuos del pequeño pueblo tenían diferenciación sexual... o qué.

Aquella noche Lazarus durmió bajo las estrellas, dejando que su luz fría e indiferente le purgase de la claustrofobia padecida a bordo de la nave. Las

Librodot

constelaciones aparecían desde aquel planeta bajo aspectos diferentes y escasamente reconocibles, aunque le pareció distinguir el frío azul de Vega y el resplandor anaranjado de Antares. Lo único seguro era la Vía Láctea, que tendía su arco blanquecino a través del cielo, lo mismo que en casa. En cuanto al Sol, sabía que no sería visible a simple vista, pues no tenía magnitud suficiente para brillar a través de tantos años-luz de distancia. Sería cuestión de hablar con Andy, para que le diese las coordenadas y poder localizarlo con los instrumentos. Se durmió antes de llegar a preguntarse qué le importaba, en el fondo, el verlo o no.

En vista de que no se necesitaba edificar cobijos para la noche, todos fueron transferidos empleando las naves auxiliares a plena capacidad. Las multitudes fueron repartiéndose sobre el suelo acogedor y allí esperaron, a manera de gigantesca partida campestre, hasta que se organizase la colonia.

Al principio comieron alimentos que se traían de la astronave, pero luego, la inalterable buena salud de Lazarus hizo que la cuarentena impuesta contra el consumo de alimentos nativos cayese de su peso. A partir de entonces vivieron sólo de la inagotable generosidad de las plantas, consumiendo alimentos de la nave sólo por variar la dieta.

Pocos días después de desembarcar al último, estaba Lazarus explorando a cierta distancia del campamento, y se tropezó en su camino con un individuo del pequeño pueblo, que le saludó con la familiaridad que, por lo visto, demostraban todos. Luego condujo a Lazarus hacia un grupo de árboles bajos, más lejos aún del punto de desembarco, y le indicó que comiese.

Lazarus no tenía mucho apetito, pero optó por hacer caso a su simpático acompañante y probó uno de los frutos.

Por poco se-atragantó de asombro. ¡Patatas cocidas con salsa de carne!

-¿Lo hemos captado bien? -preguntó el otro ansiosamente. -Muchacho, no sé qué os proponíais hacer, ¡pero habéis acertado!

Una cálida oleada de satisfacción inundó su mente. -Prueba este otro árbol...

145

Lazarus lo hizo con cautelosa impaciencia. Esta vez la combinación parecía ser de pan moreno recién cocido y mantequilla dulce, con una leve sospecha de helado de crema. Apenas le sorprendió que el tercer árbol diese frutos entre cuyos antepasados parecían figurar las setas y el bistec asados sobre fuego de leña.

-Hemos usado las imágenes de vuestros pensamientos... Eran mucho más intensas que las de vuestras mujeres... -explicó su compañero.

Lazarus no se molestó en explicar que él no estaba casado. El pequeño individuo añadió:

-Todavía no hemos tenido tiempo... de simular los aspectos y colores que aparecían en vuestros pensamientos... ¿Tiene esto mucha importancia?

Lazarus le aseguró formalmente que importaba muy poco. Cuando regresó a la base tuvo bastantes dificultades para convencer a los demás de la seriedad de su relato.

Uno de los que más se beneficiaron de la facilidad de la vida en aquella nueva tierra de lotófagos fue Slayton Ford. Había despertado de la hibernación completamente curado en apariencia, salvo un detalle: no recordaba nada de lo que le ocurrió en el templo de Kreel. Según la opinión de Ralph Schultz, ello debía considerarse como una sana reacción protectora frente a un recuerdo intolerable, y le dio de baja como paciente.

Ford parecía más joven y más feliz que antes de su crisis. Ya no detentaba ningún cargo oficial entre los Miembros. A decir verdad, apenas existía gobierno de ninguna clase. Las Familias vivían una vida alegre y fácil, casi anárquica, en aquel planeta privilegiado. Sin embargo, Ford seguía ostentando su título y recibía la consideración debida, como persona cuyo consejo se solicitaba y cuya opinión merece un respeto, al

igual que Zaccur Barstow, Lazarus, el capitán King y otros. Las Familias hacían poco caso de las edades según el calendario; se hacían amistades entre personas con más de cien años de diferencia. En cuanto a Ford, que tanto tiempo les había favorecido con una inteligente administración, gozaba de la influencia de un veterano estadista, pese a ser mucho más joven que la mayoría.

La interminable merienda campestre llegó a durar semanas y meses. Después de tanto tiempo pasado encerrados en la nave, durmiendo o trabajando, la tentación de tomarse unas largas vacaciones era demasiado fuerte, y no existía nada que lo prohibiera. Casi en todas partes crecía comida en abundancia, fácil de recoger y de sabor agradable; el agua de los numerosos arroyos era potable y limpia. En cuanto a ropas, les sobraban, pero bajo aquel clima elíseo eran una necesidad estética más que utilitaria. En tales condiciones, el llevar ropa era una cosa tan absurda como lo es en la Tierra el usar traje de baño, Los que deseaban llevarla, la llevaban, pero la mayoría prefirió limitarse a usar brazaletes, collares y flores en el cabello... atuendo mucho más cómodo, desde luego, para bañarse. Lazarus, sin embargo, no se quitó la falda escocesa.

146

El grado de cultura e ilustración del pequeño pueblo era difícil de juzgar a primera vista, pues sus maneras eran muy sutiles. A falta de signos externos de alta eficiencia tecnológica desde el punto de vista terrestre -nada de grandes edificios, nada de complejos medios mecánicos de transporte, nada de rugientes centrales de energía-, era fácil tomarlos por unos hijos de la Madre Naturaleza, que vivieran en un nuevo Jardín del Edén.

Un iceberg sólo muestra a la vista la octava parte de su Tamaño.

Su conocimiento de las ciencias físicas no era inferior al de los colonos, sino increíblemente superior. Inspeccionaron las navetas de desembarco afectando interés, pero confundieron a sus guías al preguntar por qué habían hecho las cosas así y no de esta otra manera... Resultando que la manera sugerida era invariablemente más sencilla y eficaz que la técnica terrestre, siempre que los asombrados ingenieros llegasen a entender lo que se les explicaba.

El pequeño pueblo entendía la maquinaria y todo cuanto ésta implica, pero, sencillamente, hacían poco caso de ella. Evidentemente, no necesitaban máquinas para comunicarse, y tampoco precisaban de transporte (aunque el verdadero motivo de esto último no se supo hasta más tarde). Ninguna de sus actividades requería soluciones mecánicas. Cuando se presentaba la necesidad específica de un artilugio mecánico, lo construían, lo usaban una vez y luego lo destruían, realizando este proceso en una espontánea colaboración, bastante desconocida entre los hombres.

Pero era en biología donde gozaban de una preeminencia más sorprendente. Grandes manipuladores de las formas de vida, para el pequeño pueblo no resultaba extraordinario crear, en cuestión de días, unas plantas cuyos frutos no sólo igualaban el sabor de los alimentos humanos, sino que además les duplicaban en valor nutritivo. Cualquier biotécnico de los suyos lo conseguía con más facilidad que un horticultor de la Tierra selecciona semillas para obtener flores de determinada forma o color.

Pero sus métodos eran diferentes de los de cualquier cultivador terrestre. Dicho sea en su favor, intentaron explicarlos, pero las explicaciones no cayeron en buen terreno. Aseguraban ser capaces de «pensar» una planta de la forma y propiedades que se les antojasen. Cualquiera que fuese el verdadero significado de esta afirmación, lo cierto era que podían tomar un plantón y, sin tocarlo ni alterarlo de ninguna manera visible para sus alumnos terrestres, hacerlo crecer y florecer en cuestión de horas, con características no existentes en la especie originaria, y que se reproducían desde entonces en adelante.

En el aspecto científico, la diferencia entre el pequeño pueblo y los terrestres era sólo de planteamiento. Pero en un sentido más fundamental, diferían de los humanos en

Librodot

el género y el número. No eran individuos.

Ningún cuerpo de cualquier nativo alojaba una individualidad concreta. Cada individuo poseía numerosos cuerpos; tenían «almas*

147

de grupo. La unidad básica de su sociedad era un yo colectivo cuyas diferentes partes se comunicaban telepáticamente entre sí. Probablemente los del pequeño pueblo también se extrañaban de la manera de ser terrestre, una vez descubrieron que el modelo propio no era compartido por los forasteros. El mutuo descubrimiento de la verdad, ocurrido a raíz de mutuos equívocos sobre cuestiones de identidad, pareció producir una reacción de horror en las mentes del pequeño pueblo. Durante varios días se retiraron de las proximidades y permanecieron alejados.

Finalmente llegó un mensajero al campamento y parlamentó con Barstow.

-Disculpad nuestra desatención... Nos hemos precipitado al haceros responsables por vuestra desgracia... Deseamos ayudaros... Nos ofrecemos a enseñaros para que lleguéis a ser como nosotros...

Barstow ponderó la manera de contestar a tan generoso ofrecimiento.

-Os agradecemos vuestro deseo de ayuda -dijo al fin-, pero lo que llamáis nuestra desgracia parece ser una parte necesaria de nuestra condición. Nuestras costumbres no son las vuestras. Tampoco creo que lleguemos a entender las vuestras nunca.

El pensamiento que recibió en respuesta le pareció muy conmovido.

-Hemos ayudado a las bestias del aire y del suelo... para que pusieran fin a sus luchas... Pero si no deseáis nuestra ayuda, no os obligaremos a aceptarla...

El mensajero se fue, dejando a Barstow hecho un lío. Pensó que tal vez se había precipitado al contestar sin consultar a los demás ancianos. La telepatía, ciertamente, no era un don despreciable, y tal vez los del pequeño pueblo podían ayudarles a adquirirla sin pérdida de individualidad humana. Pero lo que sabía de los sensitivos entre las Familias no apoyaba tajes esperanzas; entre ellos no había ni uno que estuviese emocionalmente sano, y muchos eran deficientes mentales por añadidura... No parecía un camino seguro para la especie humana.

Se podría discutir más tarde, decidió, No había prisa.

«No hay prisa» era la mentalidad que imperaba entre los de la colonia. No había necesidad de esforzarse; el quehacer era escaso y casi nunca urgente. El sol calentaba agradablemente, y el día de ayer se parecía al de hoy como éste al de mañana. Los miembros de las Familias, predispuestos por herencia a tomarse las cosas con calma, empezaron a tomárselas con plazos eternos. El tiempo dejó de contar. Incluso las investigaciones sobre la longevidad, hasta entonces continuadas a lo largo de generaciones enteras, acabaron por languidecer. Gordon Hardy dio carpetazo a los experimentos en curso para entregarse a la ocupación, infinitamente más provechosa, de

148

aprender cuanto supiera el pequeño pueblo sobre la naturaleza de la vida, Se vio forzado a ir paso a paso, dedicando largas horas

a la digestión de sus nuevos conocimientos. Con el tiempo se dio cuenta de que sus horas de contemplación se alargaban cada vez más, y los intentos de estudio activo eran cada vez menos frecuentes.

Una cosa sí aprendió, cuyas implicaciones abrían caminos totalmente nuevos al pensamiento: el pequeño pueblo, en cierto sentido, había vencido a la muerte.

Puesto que su yo era compartido entre muchos cuerpos, la pérdida de uno de éstos no implicaba la muerte del yo. Todos los recuerdos de aquel cuerpo seguían intactos, lo mismo que se conservaba la personalidad asociada con aquéllos. En cuanto a la pérdida física, se compensaba permitiendo que un nativo joven «se desposara» con el grupo para entrar a formar parte de él. Pero el yo colectivo, es decir, una cualquiera de las

personalidades que hablaban con los terrestres, no moría nunca, salvo posiblemente en caso de destrucción de todos sus componentes. Sencillamente, continuaba viviendo, quizá para siempre,

Sus jóvenes, hasta la época de su «casamiento» o asimilación en un grupo, parecían poseer escasa personalidad, y sus procesos mentales eran rudimentarios, o quizá sólo instintivos. Sus mayores no esperaban de ellos más comportamiento racional de lo que se exigiría entre humanos a un feto aún no salido del vientre materno. A cada yo individual le rodeaban siempre muchas personas así incompletas. Se les cuidaba como a cachorros o niños indefensos, aunque a los ojos de los terrestres parecían con frecuencia individuos totalmente desarrollados.

Lazarus se aburrió de aquella vida paradisíaca más pronto que la mayoría de sus parientes.

-¡No va a ser siempre la hora del té! -se quejó a Libby, que estaba tendido a su lado sobre la fina hierba.

-¿Qué te preocupa, Lazarus? -Nada en particular.

Lazarus apoyó la punta de su cuchillo en el brazo derecho, lo tumbó con la otra mano y miró cómo quedaba clavado en la tierra. -Lo que pasa es que este lugar parece un zoológico bien atendido. ¡Vaya perspectiva! -gruñó despectivamente-. Esto es el país de Nunca Jamás.

-¿Y qué tiene eso de molesto, concretamente?

-Nada. Eso es lo que me preocupa. Dime la verdad, Andy, ¿a ti te parece bien eso de vivir convertidos en unos corderos como ahora?

Libby sonrió con expresión tonta.

149

-Pues será que soy un poco pueblerino. Como decimos en mi tierra, «cuando no llueve no salen las goteras, y ahora que llueve no puedo salir a arreglarlas». Me parece que aquí estamos bien. ¿Qué mosca te pica?

-Bueno... -los ojos azul pálido de Lazarus miraban muy lejos, mientras dejaba de juguetear con el cuchillo-. Cuando era joven, hace de esto mucho tiempo, fui a recalar en los mares del Sur... -¿En Hawai?

-No, mucho más al Sur. Maldito si me acuerdo de cómo lo llaman ahora. Lo pasé mal, rematadamente mal, y hasta vendí mi sextante. Muy pronto, o quizá no tan pronto, me acostumbré a vivir como un nativo, Nada parecía importar. Pero un día me vi en un espejo.

Lazarus suspiró con nostalgia.

-Salí de aquel lugar embarcado en un carguero que llevaba pieles sin curtir, conque ya puedes figurarte si estaba espantado y desesperado.

Libby no hizo ningún comentario.

-¿Cómo empleas tú el tiempo, Lib? -insistió Lazarus.

-¿Yo? Igual que siempre, Pienso en problemas matemáticos. Estoy tratando de proyectar un sistema de propulsión espacial como el que nos trajo aquí.

-¿Y has conseguido algo? -preguntó Lazarus con súbita atención.

-Todavía no. Dame un poco de tiempo. Otras veces contemplo cómo se juntan las nubes. Dondequiera que uno mire puede encontrar divertidas relaciones matemáticas. En el oleaje de las aguas, en la forma de un busto... Elegantes funciones de quinto orden. - ¿Eh? Querrás decir de cuarto orden.

-De quinto. Olvidas la variable cronológica. Me gustan las ecuaciones de quinto orden - dijo Libby, soñoliento-. También se encuentran en los peces.

-¡Uf! -exclamó Lazarus, poniéndose en pie de repente-. A ti te podrá gustar eso, pero a mí no me va,

-¿Vas a algún sitio? -Me voy a dar un paseo.

Lazarus se encaminó al norte. Caminó el resto del día, durmiendo en el suelo

como solía durante la noche, para luego continuar al amanecer, siempre hacia el norte. El día siguiente precedió a otro igual, y éste a otro, en las mismas condiciones. La marcha era fácil, como pasear por un parque... Demasiado fácil en opinión de Lazarus. Habría pagado, realmente, por ver una buena catarata o un volcán.

Las plantas alimenticias tenían a veces un sabor raro, pero seguían siendo abundantes y satisfactorias, Ocasionalmente se encontró con uno o varios seres del pequeño pueblo

150

que iban a sus asuntos. Nunca le molestaron ni le preguntaron por qué viajaba, sino que se limitaban a saludarle con la usual familiaridad de antiguos conocidos. Empezó a desear que apareciese alguno que fuera totalmente desconocido. Se sentía vigilado.

De pronto, las noches se hicieron más frías y los días menos apacibles. Al mismo tiempo fueron escaseando los encuentros con la gente del pequeño pueblo, y finalmente, llegó un día en que no vio a nadie. Entonces acampó, permaneció allí todo el día siguiente y se dedicó a pasar revista al estado de su alma.

Tuvo que admitir que no encontraba censura lógica contra el planeta y sus habitantes. Pero, desde luego, no era de su gusto. Ninguna filosofía de las que había oído o leído en el curso de su vida explicaba razonablemente el fin de la existencia humana, ni proporcionaba una guía racional de conducta. Por tanto, el tumbarse al sol podía ser tan acertado para la vida del hombre como cualquier otra cosa... Pero sabía que no era para él, aunque no fuese capaz de explicar cómo lo sabía.

El éxodo de las Familias había sido un error. Habría sido más humano, más consciente y más viril quedarse y luchar por sus derechos, aunque hubieran muerto todos en el empeño. En cambio, habían huido a través de todo un universo (Lazarus no se andaba con chiquitas a la hora de las comparaciones) buscando un lugar al sol, Y lo habían encontrado, y muy bueno, pero ya ocupado por seres tan superiores que hacían de aquel lugar algo intolerable para el hombre... Y al mismo tiempo tan indiferentes dentro de su superioridad que ni siquiera se molestaban en exterminarles, limitándose a quitárselos de encima y enviarlos a... aquella especie de estúpido casino rural.

En esto consistía, propiamente, la intolerable humillación El «Nuevas Fronteras» había sido la culminación de quinientos años de investigación científica humana, lo mejor que los hombres eran capaces de hacer..., y sin embargo había sido arrojado hacia las profundidades del espacio con la misma facilidad con que un hombre podría devolver un pajarillo caído a su nido.

El pequeño pueblo no parecía tener propósitos de echarles, pero a su manera resultaba tan desmoralizador para el hombre como los mismos dioses de Jockaira, Tomados de uno en uno podían ser inferiores, pero en conjunto, su yo colectivo era un genio incomparablemente superior al mejor cerebro que los humanos pudieran enfrentarle, como por ejemplo Andy. Los seres humanos no podían competir con ese tipo de organización, lo mismo que un taller artesano nunca podría medirse con una factoría cibernética y automatizada. Sin embargo, el formar parte de una de tales identidades grupales sería dimitir de la condición de hombre. De eso estaba seguro Lazarus.

Se dijo que no podía evitar el prejuzgar a favor del hombre, puesto que él mismo lo era.

Pasaron incontables días mientras argumentaba consigo mismo acerca de las cosas que le preocupaban, cosas que han amargado el corazón de la especie desde que el primer homínido adquirió conciencia; problemas que no pueden resolver ni las tripas llenas ni la

151

mejor maquinaria. Y los interminables días de reflexión no le aportaron

soluciones, como tampoco habían servido ~le, .,ada a sus antepasados. ¿Por qué? ¿De qué le aprovechaban a' iombre? No había respuesta, a esto... Salvo una, una convicción fi.v aunque no razonada, de que él no estaba hecho para aquel abrigado puerto de vida ociosa, por lo que no pensaba quedarse en él.

Sus ensueños atormentados fueron interrumpidos por la aparición de un individuo del pequeño pueblo.

-Saludos, viejo amigo... Tu mujer King quiere que regreses al hogar... Necesita de tu consejo...

-¿Cuál es el problema? -preguntó Lazarus.

Pero el pequeño ser no podía o no quería decírselo. Lazarus se apretó el cinturón y echó a andar hacia el sur.

-No es preciso ir tan despacio... -le alcanzó un pensamiento. Lazarus se dejó conducir hacia un claro que se abría detrás de una arboleda. Allí encontró un objeto en forma de huevo, de unos seis pies de largo, sin características notables excepto una escotilla abierta a un lado. El nativo entró y Lazarus le imitó, encogiéndose hasta caber dentro. La puerta se cerró.

Casi al instante volvió a abrirse, y Lazarus se halló en la playa, justo al pie de la colonia. Hubo de admitir que había sido un buen truco.

Lazarus echó a correr hacia la naveta encallada en la playa, donde el capitán King y Barstow mantenían un simulacro de cuartel general.

-¿Ha enviado a buscarme, capitán? ¿Qué ocurre? El austero semblante de King estaba muy serio. -Se trata de Mary Sperling.

Lazarus sintió un frío nudo en el corazón. -¿Muerta?

-No precisamente. Se ha pasado al pequeño pueblo. Ingresó por «matrimonio» en uno de los grupos.

-¡Cómo! ¡Pero si eso es imposible!

Lazarus estaba equivocado. Desde luego, no había la menor posibilidad de cruzamiento entre los terrestres y los nativos, pero no existían barreras, en caso de simpatía suficiente, para que un humano entrase a formar parte de una de aquellas identidades colectivas, ahogando su personalidad en el yo de la mayoría.

Mary Sperling, movida por la convicción de su pronta muerte, había visto la solución en aquellos entes colectivos inmortales. Enfrentada al eterno problema de la vida y de la muerte, había huido sin elegir ni la una ni la otra..., sino la abnegación. Una vez hubo encontrado un grupo dispuesto a acogerla, dio el paso definitivo.

152

-Esto plantea muchos problemas insospechados -concluyó King-. Slayton, Zaccur y yo decidimos que era mejor que usted viniese.

-Sí, sí, claro... Pero, ¿dónde está Mary? -preguntó Lazarus, y salió corriendo del recinto sin esperar respuesta. Recorrió a la ca-

rrera toda la colonia, sin hacer caso de los saludos ni de los intentos por detenerle. A escasa distancia del campamento se tropezó con un nativo.

-¿Dónde está Mary Sperling? -Yo soy Mary Sperling... -¡Por el amor de ...! ¡No puedes ser tú!

-Yo soy Mary Sperling, y Mary Sperling es yo mismo... ¿No me conoces, Lazarus? Yo sí te conozco...

Lazarus agitó las manos.

-¡No! Quiero ver a la Mary Sperling que tiene figura de terrestre... ¡Como yo mismo! El nativo titubeó. -Sígueme, pues...

Lazarus la encontró a gran distancia del campamento; era evidente que no quería ser vista por los demás colonos.

-¡Mary!

Ella le respondió de cerebro a cerebro:

-Siento verte turbado... Mary Sperling ya no existe, excepto como una parte de nosotros... -¡Anda, Mary, déjalo ya! ¡No me hagas esa pasada! ¿Acaso no me conoces?

-Claro que te conozco, Lazarus... Eres tú quien no me reconoce a mí... No entristezcas tu alma ni se atormente tu corazón a la vista de este cuerpo... Yo ya no soy de tu especie... Soy una nativa de este planeta...

-Debes volverte atrás, Mary. ¡Sal de ahí ahora mismo!

Ella meneó la cabeza con un gesto extrañamente humano, pues su rostro había perdido ya toda expresión humana: era una máscara de otra cosa...

-Eso es imposible... Mary Sperling se ha ido... El que te habla es un yo mismo indivisible y que no pertenece a tu especie...

La criatura que había sido Mary Sperling dio la vuelta y se alejó. -¡Mary! -gritó Lazarus.

153

Su corazón dio un salto a través de los siglos y regresó a la noche en que murió su madre. Ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar con el desconsuelo de un niño desamparado.

5

Cuando volvió, Lazarus halló a King y a Barstow esperándole. King se fijó en su expresión,

-Iba a decírselo -dijo serenamente-, pero usted no quiso esperar. -Olvídelo -replicó Lazarus con dureza-. Ahora, ¿qué?

-Debe usted ver otra cosa, Lazarus, antes de que nos sentemos a hablar. -Bien, ¿de qué se trata?

-Ven y lo verás -dijo Zaccur Barstow,

Le condujeron a un compartimiento de la naveta que usaban como cuartel general. Contrariamente a las costumbres de las Familias, estaba cerrado con llave. King abrió y les hizo pasar. Dentro había una mujer, que al ver a los recién llegados se retiró sin decir palabra, cerrando la puerta al salir.

-Echa un vistazo a esto -dijo Barstow.

Era una criatura viviente en una incubadora. Un niño... Pero de una especie que no se había visto jamás. Lazarus lo miró y exclamó luego, furioso:

-¿Qué demonios es esto?

-Puedes verlo tú mismo. Cógelo, no te hará daño.

Lazarus lo hizo, precavidamente al principio y luego sin sentir repugnancia, a medida que aumentaba su curiosidad. Imposible decir lo que era. No se trataba de ninguna criatura humana, ni ciertamente procedía del pequeño pueblo. ¿Tendría aquel planeta, como el otro, una raza dominante cuya existencia no sospechaban? Era de aspecto humano, y sin

154

embargo no era un niño. Incluso le faltaba el botón de nariz de los recién nacidos, y no tenía orejas. Todos los órganos estaban en su lugar habitual, pero hundidos en el cráneo y protegidos por fuertes arcos óseos. Las manos tenían demasiados dedos, uno de los cuales era extralargo, naciendo de la muñeca y terminado en gran número de zarcillos rosados.

El torso del infante presentaba algo anormal que Lazarus no logró definir. En cambio, otra de las anomalías sí saltaba a la vista: las piernas no terminaban en pies humanos, sino en unos apéndices córneos, Eran pezuñas. Además, aquel ser era hermafrodita... No en estado deforme, sino en pleno desarrollo. Un andrógino.

-¿Qué es eso? -repitió, con la mente bullendo de vivas sospechas.

-Esto es Marion Schmidt, nacida hace tres semanas. -¿Eh? ¿Qué quieres decir?

-Pues que los del pequeño pueblo son tan hábiles en manipularnos a nosotros como con las plantas.

-¡Cómo! Pero, ¿no se comprometieron a dejarnos en paz?

-No te precipites, La idea salió de nosotros. Queríamos introducir algunas mejoras, -¡Mejoras! ¡Eso es una obscenidad!

-Sí y no. Se me revuelve el estómago cada vez que la miro..., pero, en realidad, es una especie de superhombre. La estructura de su cuerpo ha sido remodelada para hacerla más eficiente. Se han omitido nuestros inútiles apéndices simiescos, y los órganos han sido redistribuidos de un modo más sensato. Puede decirse que no es una criatura humana, porque se trata de... un modelo mejorado. Fíjate en esa extremidad suplementaria que sale de la muñeca. Es como una mano auxiliar, en miniatura, y equipada además con un ojo miscroscópico. Es fácil comprender su utilidad, una vez se acostumbra uno a la idea,

Barstow la contempló un rato.

-De todos modos, tiene un aspecto horrible -comentó al fin. -Es horrible, se mire como se mire -afirmó Lazarus-. Puede que sea una mejora, pero yo digo que no es humana, ¡maldita sea! -En todo caso, nos ha creado un problema.

-¡Y tú que lo digas! -insistió Lazarus, sin dejar de contemplarla-. ¿Dices que tiene otro par de ojos en esas manos diminutas? No parece posible.

Barstow se encogió de hombros,

-No soy biólogo, pero sé que cada célula del organismo contiene toda la dotación de cromosomas. Supongo que se podría hacer crecer ojos, o huesos, o cualquier órgano que interesara, sabiendo cómo manipular los genes de los cromosomas. Y ellos saben hacerlo.

155

-¡Pues a mí no me gustarla ser manipuladol -¡Ni a mí!

Lazarus se puso de pie sobre el banco y se quedó mirando la ancha playa donde se congregaban las Familias, convocadas a una reunión.

-Yo soy... -empezó a decir de acuerdo con el ritual, pero luego titubeó-. Acércate un momento, Andy.

Habló al oído de Libby; éste puso cara de apenado y susurró algo en respuesta. Lazarus pareció enfadarse y siguió insistiendo en voz baja. Finalmente se irguió y se dispuso a hablar de nuevo:

-Tengo doscientos cuarenta y un años... por lo menos -declaró-. ¿Hay alguno más anciano?

Era un formulismo inútil. Sabía perfectamente que era el más viejo, y en aquellos momentos sentía duplicada la carga de los años.

-Se abre la sesión -continuó, y su potente voz resonó por toda la playa, ayudada por los sistemas de altavoces instálados en las navetas de desembarco-. ¿Quién es vuestro presidente?

-¡Sigue de una vez y menos pamplinas! -se alzó una voz de entre la multitud. -Muy bien -dijo Lazarus-. Zaccur Barstow.

A espaldas de Lazarus, un técnico apuntó un micrófono direccional hacia donde estaba Barstow.

-Zaccur Barstow, hablando en representación de mí mismo -rugió su voz-, Algunos de nosotros hemos llegado a la conclusión de que este planeta, aun siendo agradable en apariencia, no es lugar adecuado para nosotros. Todos sabéis lo ocurrido con Mary Sperling y habéis visto estéreos de Marion Schmidt. Han pasado más cosas, pero no quiero extenderme ahora. Sin embargo, volver a emigrar plantea otro problema: ¿adónde? Lazarus Long propone que regresemos a la Tierra. En esta...

Sus palabras quedaron ahogadas entre el clamor de la multitud. Lazarus gritó para hacerse oír:

-Nadie será obligado a irse. Pero si los partidarios de hacerlo sumamos una mayoría suficiente, nos llevaremos la nave. Hablo de regresar a la Tierra. Puede haber

partidarios de buscar otro planeta. Eso se tendrá que decidir. Pero, en primer lugar, ¿cuántos están de acuerdo conmigo en salir de aquí?

-¡Yo!

El grito fue coreado por otros muchos. Lazarus buscó con la mirada al primero que había contestado, hizo una seña al técnico y le señaló con el dedo.

156

-Habla tú, chico -dijo-. Los demás, a callar.

-Soy Oliver Schmidt. Hace meses que llevo esperando que alguien se decidiese a hacer una sugerencia así. Creí que yo era el único descontento de las Familias. En realidad, no tengo motivo para irme. No me da miedo el caso de Mary Sperling, ni el de Marion Schmidt. Si alguien gusta de esas cosas, me parece muy bien. Vive y deja vivir. Pero tengo una necesidad urgente de ver otra vez Cincinnati. Estoy aburrido de este lugar y de no ser más que un lotófago. ¡Quiero trabajar para ganarme la vida, maldita sea! Según los genéticos de las Familias, aún estoy para aguantar un siglo

más, como mínimo. No voy a pasarme todo ese tiempo tumbado al sol sin pensar en nada.

Cuando se calló, miles de voces se alzaron pidiendo la palabra. -¡Orden! ¡Orden! -ladró Lazarus-. Si quieren hablar todos, tendré que ordenar que se haga a través de los representantes de las Familias. Hagamos ahora un pequeño sondeo nada más.

Escogió a otro hombre y le dijo que hablara.

-No tardaré mucho, pues estoy de acuerdo con Oliver Schmidt. Sólo deseo mencionar mis razones propias. ¿Acaso no echáis en falta la Luna? Allá en casa yo solía sentarme en el balcón, las noches calurosas de verano, para fumar y mirar la Luna. No sabía que fuese tan importante para mí, pero lo era. Necesito un planeta que tenga luna.

El orador siguiente sólo dijo:

-Ese caso de Mary Sperling me ataca los nervios. Tengo pesadillas en las que me pasa lo mismo que a ella.

Los argumentos continuaron así, orador tras orador. Alguien observó que habían sido expulsados de la Tierra, ¿qué motivos tenían para pensar que se les permitiese regresar? Lazarus se encargó de contestar a esto personalmente,

-Aprendimos mucho de los jockairos, y ahora hemos aprendido más del pequeño pueblo... Cosas que nos sitúan muy por delante de lo que hayan soñado nunca los científicos de la Tierra. Podremos regresar allí con las manos llenas. Estaremos en situación de exigir nuestros derechos, y con fuerza sobrada para apoyarlos.

-Lazarus Long -le llamó otra voz.

-Sí. Hable usted -dijo Lazarus cuando hubo localizado el origen de la interpelación.

-Yo soy demasiado viejo para seguir saltando de estrella en estrella, y también para pensar en luchar contra nadie. Que los demás hagan lo que quieran. Yo me quedo.

-En ese caso, no hacía falta decir nada, ¿no es cierto? -Tengo derecho a hablar. -Bien, pues ya lo has hecho. Ahora deja una oportunidad a los demás.

157

Se puso el sol, y salieron las estrellas, y la discusión continuaba. Lazarus no ignoraba que se eternizaría, si no intervenía de alguna manera.

-¡De acuerdo! -gritó, sin hacer caso de los que todavía deseaban hablar-. Puede que hayamos de dejar la decisión a los Consejos de las Familias, pero hagamos una votación de prueba y así veremos cuántos somos. Todos los que quieran quedarse, que pasen a este lado de la playa, a mi izquierda. Los que quieran regresar a la Tierra, que pasen a la derecha. Y los que prefieran continuar la búsqueda entre los planetas, que se reúnan aquí enfrente. Dio un paso atrás y se dirigió al técnico de sonido. -Pon un poco de música para que se den más prisa.

Librodot

El técnico asintió, y resonaron sobre la playa los nostálgicos compases del Vals Triste. Luego siguió Las verdes colinas de la Tierra. Zaccur Barstow se volvió hacia Lazarus:

-Esa música la has elegido tú,

-¿Yo? -Lazarus se hizo el ingenuo-. Ya sabes que tengo muy mal oído, Zack.

A pesar de al música, la separación llevó bastante tiempo. El último movimiento de la inmortal Quinta Sinfonía había cesado desde hacía bastantes horas cuando quedaron formados los tres grupos.

A la izquierda quedó como una décima parte del total, mostrando su intención de quedarse. Era prácticamente una selección de los viejos y fatigados, cuyas energías no daban más de sí. Entre ellos había algunos mozalbetes que no habían visto jamás la Tierra, y unas cuantas personas aisladas, de diferentes edades.

En el centro quedó un grupo muy pequeño, no serían más de trescientos, constituido principalmente por hombres jóvenes y algunas mujeres, ansiosos por seguir buscando nuevas fronteras todavía.

Pero la gran mayoría se concentró a la derecha de Lazarus. Los contempló, y vio una nueva vida en sus semblantes. Aquello reconfortó su corazón, pues había sufrido amargo temor a ser el único disconforme deseoso de irse.

Se volvió primero hacia el grupo central, que estaba más cerca. -Parece que os habéis quedado en minoría -dijo, sin recurrir al micrófono para amplificar su voz-. Pero no os importe; siempre habrá otra ocasión,

Luego guardó silencio y esperó.

El grupo central empezó a disgregarse de uno en uno, de dos en dos y de tres en tres. Muy pocos fueron los que se unieron a los que deseaban quedarse; la mayoría se pasó al grupo de los que estaban a la derecha.

158

Cuando terminó esta división secundaria, Lazarus se dirigió al pequeño grupo de la izquierda:

-Muy bien -les dijo muy amablemente-. Os aconsejo, viejos amigos, que regreséis a la pradera y durmáis tranquilamente. Los demás tenemos planes que hacer.

Seguidamente Lazarus cedió la palabra a Libby, y le hizo explicar cómo el viaje de regreso no sería una odisea fatigosa como la de la ida, ni se parecería siquiera al segundo salto. Libby atribuyó todo el mérito a quien correspondía, en realidad, en su mayor parte. El pequeño pueblo le había resuelto el problema de las velocidades aparentemente superiores a la de la luz. Si los del pequeño pueblo sabían lo que decían, y Libby estaba seguro de que así era, no existían límites para lo que Libby llamaba la «para-aceleración». «Paras porque, al igual que la propulsión lumínica de Libby, actuaba uniformemente sobre todas las masas y por tanto no podía ser percibida por los sentidos, como tampoco lo es la gravitación. Y «para»

también porque la nave no iba a «cruzar» el espacio normal, sino que pasaría «alrededor» o «al margen» del mismo.

-En realidad, no es cuestión de propulsar la nave dándole un empuje, sino de seleccionar el potencial adecuado en un hiperplenum de ene dimensiones con ene más uno posibles...

Lazarus le cortó con firmeza,

-Eso es de tu especialidad, hijo, y todos estamos seguros de que la dominas a fondo. No tenemos conocimientos para discutir los detalles más sutiles.

-Sólo quería dejar claro que...

-Lo sé, pero es que ya estabas fuera del mundo cuando yo te interrumpí. Una voz de la multitud hizo la última pregunta: -¿Cuándo llegaremos?

-No lo sé -admitió Libby, recordando que aquella misma pregunta se la había hecho Nancy Weatheral hacía mucho tiempo-. No puedo decir qué año será, pero creo

que podemos contar tres semanas a partir de ahora mismo.

Los preparativos consumieron bastantes días, porque se necesitaban muchos viajes de las navetas para reembarcar a la gente. Hubo una notable falta de despedidas ceremoniosas entre los que se quedaban y los que se iban, Había surgido una gran frialdad entre ambos grupos: la división en la playa había roto amistades, separado familias, herido sentimientos y creado muchas amarguras. Uno de los pocos detalles positivos de la división fue que los padres de la mutante Marion Schmidt decidieron quedarse.

159

Lazarus quedó al mando de la última naveta. Poco antes de despegar, sintió que le tocaban en el brazo.

-Usted perdone -dijo un joven desconocido-. Me llamo Hubert Johnson. Quiero irme, pero tendré que fingir que me quedo porque si no mi madre armará jaleo. ¿Me recogerá usted si me presento en el último minuto?

Lazarus le contempló de arriba abajo.

-Pareces lo bastante mayor como para decidirlo sin consultarme.

-Usted no me entiende. Soy hijo único y mi madre no me suelta. Tendré que volver antes de que me eche en falta. ¿Cuánto tiempo va a...?

-Esta nave no espera. Y tú no dejarás nunca de ser un crío. ¡Vamos, sube! -Pero... -¡Venga!

El joven obedeció con una. última mirada de preocupación hacia la playa. Aún había muchos puntos a favor de la ectogénesis, se dijo Lazarus.

Una vez a bordo del «Nuevas Fronteras», Lazarus informó al capitán King en la cabina de mandos.

-¿Todos a bordo? -preguntó King.

-Sí. Algunos se han decidido a última hora a favor o en contra, y un pasajero se ha sumado en la última fracción de segundo... una señora llamada Eleanor Johnson. ¡Adelante!

King se volvió hacia Libby. -Adelante, señor. Las estrellas desaparecieron.

Volaban a ciegas, con el talento de Libby como única guía. Si tenía alguna duda sobre su capacidad para conducirles a través de la negrura absoluta del hiperespacio, se la guardó para sí. Sobre el vigésimo tercer día de vuelo, y undécimo de para-deceleración, aparecieron de nuevo las estrellas, esta vez en sus constelaciones conocidas: la Osa Mayor, el gigante Orión, el Cisne con la Cruz del norte, las misteriosas Pléyades y frente a ellos, brillando sobre el helado fondo de la Vía Láctea, una luz dorada que no podía ser sino del Sol.

Lazarus lloró por segunda vez en sólo un mes.

No era cuestión de situarse en órbita terrestre y simplemente aterrizar; antes tendrían que presentarse cortésmente. Además, y sobre todo, necesitaban saber en qué hora vivían.

Observando los movimientos propios de las estrellas más próximas, Libby se vio pronto en situación de asegurar que no pasaban del año 3700, pero a falta de instrumental

160

exacto de observatorio no quiso comprometerse más. No obstante, cuando se acercaron lo suficiente para ver los planetas solares, quedó a su disposición otro reloj al que consultar: los mismos planetas eran un reloj con nueve manecillas.

Para cualquier fecha existe siempre una configuración, y sólo una de esas «manecillas», pues no hay dos períodos planetarios exactamente conmensurables entre sí. Plutón «da la hora» cada cuarto de milenio; Júpiter indica un minuto cósmico de doce años; Mercurio corre «segundos» de noventa días. Las demás «manecillas» pueden servir para aproximar aún más estas lecturas: el período de Neptuno es tan

extraordinariamente diferente del de Plutón, que sus configuraciones no se repiten sino una vez cada setecientos cincuenta y ocho años, y sólo aproximadamente. El gran reloj puede consultarse con cualquier grado de precisión que convenga y para cualquier período que se desee, pero no es fácil su lectura.

Libby se puso a la tarea tan pronto como avistaron algunos de los planetas. El problema le traía de cabeza,

-No tendremos ninguna oportunidad de avistar a Plutón -se quejó a Lazarus-, y dudo que lo consigamos con Neptuno. Los planetas interiores me dan una serie infinita de aproximaciones... Y ya sabes que «infinito» es una petición de principio. ¡Irritante!

-¿No estarás mirándolo por el lado difícil, muchacho? Puedes

buscar una solución práctica, o hazte a un lado y la calcularé yo. -¡Claro que puedo hallar una solución práctica! -dijo Libby, ofendido-. Si te quedas satisfecho con eso... Pero...

-¡Basta de «peros»! ¿En qué año estamos, hombre?

-¿Eh? Vamos a considerarlo así: la correlación del tiempo entre la nave y la Tierra se ha alterado tres veces. Pero ahora se ha restablecido el sincronismo, por lo que podemos afirmar que han pasado poco más de setenta y cuatro años desde que salimos.

Lazarus dejó escapar un gran suspiro. -¡Haberlo dicho antes!

Había temido que la Tierra estuviera irreconocible... Nueva York convertida en un campo de ruinas, o algo así.

-¡Rayos, Andy! No debiste asustarme de esa manera... -¡Hum! -respondió Libby.

La cuestión había dejado de interesarle. Le quedaba únicamente el delicioso problema de inventar una matemática que describiese con elegancia dos conjuntos fácticos irreconciliables en apariencia: los experimentos de Michelson-Morley y el cuaderno de bitácora del «Nuevas Fronteras». Completamente feliz, se puso a la tarea. ¿Cuál sería el menor número posible de para-dimensiones necesarias y suficientes para contener el plenum generalizado, admitiendo un conjunto de postulados que afirmasen...?

161

Aquello le tuvo distraído bastante tiempo: tiempo subjetivo, evidentemente.

La nave quedó situada en una órbita de medio billón de millas de radio alrededor del Sol, con vector normal al plano de la eclíptica. Al circular en ángulo recto con la gran tarta formada por el Sistema Solar, estaban a salvo de ser descubiertos. Una de las navetas fue equipada con el sistema de propulsión Libby mejorado, y una comisión negociadora embarcó en ella.

Lazarus quiso acompañarla y King no se lo permitió, lo cual le puso furioso. King le cortó: -Esto no es una brigada de asalto, Lazarus, sino una misión diplomática.

-¡Diablos, hombre! Yo también sé mostrarme diplomático cuando vale la pena. -Sin duda, Pero preferimos enviar a un hombre que no vaya siempre armado.

Ralph Schultz encabezó el grupo expedicionario, pues allá en la Tierra eran de primordial importancia los factores psicodinámicos. Le asesoraban especialistas jurídicos, militares y técnicos. Si las Familias iban a tener que luchar por su espacio vital, era importante saber a qué se enfrentarían en el plano tecnológico y de armamento. Pero sobre todo había que averiguar si sería posible o no un aterrizaje pacífico. Schultz había sido autorizado por los ancianos a presentar un plan, según el cual las Familias colonizarían el continente europeo, escasamente poblado y muy atrasado. No

obstante, era posible, e incluso probable, que esto se hubiese realizado ya, en vista de los períodos de semidesintegración radiactiva a considerar. Schultz seguramente se vería en la necesidad de improvisar otro compromiso, según las condiciones que encontrase.

Una vez más, no se podía hacer nada sino esperar.

Librodot

Lazarus soportó la espera mordiéndose las uñas. Había afirmado públicamente que las Familias tenían una gran ventaja científica, y que serían capaces de superar lo mejor que la Tierra pudiese presentarles. En privado, no ignoraba que esto no pasaba de ser una argucia, y también lo sabía cualquier persona medianamente enterada. La ciencia, por sí sola, no gana las guerras. Los fanáticos ignorantes de la Europa medieval habían derrotado a la cultura islámica de los árabes, incomparablemente más exquisita. Arquímedes fue muerto por un vulgar soldado. Los bárbaros saquearon Roma. Los conocimientos recién adquiridos tal vez sirvieran a Libby, o a otro, para inventar un arma invencible... o tal vez no. Además, ¿quién sabía cuánto habría progresado el arte militar en la Tierra durante los tres cuartos de siglo que había durado su ausencia?

King, versado en arte militar, pensaba lo mismo, y le preocupaba el material humano con que podía contar. Las Familias no eran, desde luego, unas legiones bien entrenadas. La perspectiva de tener que disciplinar a aquel hatajo de individualistas empedernidos para

162

convertirlos en algo semejante a una disciplinada máquina de guerra, era algo que le quitaba el sueño.

Lazarus y King no hablaban entre sí de sus temores. Ambos temían que la simple mención de tales problemas hiciera correr una oleada de pánico por toda la nave. Pero no estaban solos en sus preocupaciones; la mitad del pasaje del «Nuevas Fronteras= comprendía la debilidad de su posición. Sin embargo, todos guardaban silencio porque estaban desesperadamente decididos a regresar, cualquiera que fuese el peligro.

-Mi capitán -se dirigió Lazarus a King, dos semanas después de la partida del grupo de Schultz-, ¿ha pensado en lo que deben opinar del mismo «Nuevas Fronteras»?

-¿Eh? ¿Qué quiere decir con eso?

-Pues, en realidad, nosotros secuestramos esta nave. Eso es piratería. King se quedó de una pieza.

-¡Toma, pues es verdad! ¿Sabe una cosa? Hace de eso tanto tiempo, que me cuesta creer que ahora no sea realmente mi nave..., o recordar que entré en ella mediante un acto de piratería.

Permaneció un rato pensativo, y luego sonrió con rabia.

-Me pregunto cómo tratarán ahora a los marginados en Coventry.

-Supongo que las raciones serán más bien escasas -dijo Lazarus-. Pero, manteniéndonos unidos, ya nos las arreglaremos. De

momento aún no nos han pillado.

-¿Cree usted que acusarán también a Slayton Ford? Sería muy duro, después de todo lo que ha padecido el hombre.

-Tal vez no haya razón para preocuparse -respondió serenamente Lazarus-. Aunque el modo de hacernos con la nave fue bastante irregular, sin embargo la hemos empleado con el fin para el que fue construida: explorar las estrellas. Y la devolvemos intacta, mucho antes del tiempo calculado por ellos para recibir los primeros resultados. Y, para colmo, dotada de un nuevo y estupendo sistema de propulsión. Reciben mucho más de lo que merecían. Conque a lo mejor deciden hacer borrón y cuenta nueva.

-Así lo espero -replicó King, no muy convencido.

El grupo de exploración llegó con dos días de retraso. No se recibió ninguna señal de ellos hasta el momento en que regresaron al espacio-tiempo normal. Aún no se habían inventado medios de comunicación entre el para-espacio y el orto-espacio. Mientras maniobraban para el atraque, King vio aparecer el rostro de Ralph Schultz en la pantalla de la cabina de mandos.

163

-¡Hola, capitán! En seguida subimos a bordo para rendir informe.

-¡Déme un resumen ahora mismo!

Librodot

-No sabría por dónde empezar, pero todo va bien... ¡podemos regresar a casa! -¿Qué significa eso? -insistió King. -Lo han conseguido.

-Que han conseguido, ¿el qué? -El secreto de la longevidad.

-¡Eh! Hable con sentido. No existe tal secreto, ni existió nunca. -Nosotros no lo teníamos, pero ellos creyeron que sí. Conque lo buscaron y lo han encontrado.

-Explíquese -insistió el capitán King.

-¿No podemos esperar a que todos hayamos subido a bordo, capitán? -protestó Ralph Schultz-. Yo no soy biólogo. Nos hemos traído a un representante del Gobierno... Será mejor que le haga sus preguntas a él.

6

King recibió al representante de la Tierra en su cabina. Notificó a Zaccur Barstow y a Justin Foote para que estuviesen presentes en representación de las Familias, y al doctor Gordon Hardy porque la naturaleza de aquella sorprendente novedad entraba en los dominios del biólogo. Libby asistía en calidad de primer oficial, y Slayton Ford fue invitado en atención a su personalidad especial, aunque no ostentase cargo entre las Familias desde su crisis en el templo de Kreel, en Jockaira.

Lazarus estaba allí porque a Lazarus le dio la gana asistir, representándose estrictamente a sí mismo. Nadie le había invitado, pero ni siquiera el capitán King se atrevió a discutirle sus privilegios al más anciano de las Familias.

La asamblea fue presentada por Ralph Schultz al embajador de la Tierra.

164

-Este es el capitán King, comandante de la nave. Y éste es Miles Rodney, representante del Consejo de la Federación... Ministro plenipotenciario y embajador extraordinario, creo que podríamos llamarle.

-Mucho es, aunque estoy de acuerdo con lo de «extraordinario» -dijo Rodney-. Esta situación realmente no tiene precedentes. Es un honor conocerle, capitán.

-Me alegro de tenerle a bordo, señor.

-Y éste es Zaccur Barstow, portavoz de los Síndicos de las Familias Howard. Y éste Justin Foote, secretario de los Síndicos... -Salud.

-Salud a ustedes, señores.

Andrew Jackson Libby, primer oficial y piloto. El doctor Gordon Hardy, Biólogo jefe de investigaciones sobre las causas de la vejez y la muerte.

-¿En qué puedo servirle? -se presentó Hardy, muy serio. -A su disposición. Así que usted es el Biólogo jefe. En otro tiempo tuvo usted ocasión de hacer un gran servicio a toda la humanidad. Piénselo, señor, y piense lo diferentes que podían haber sido las cosas, Pero, afortunadamente, la raza humana fue capaz de averiguar el secreto de prolongar la vida sin ayuda de las Familias Howard.

Hardy puso cara de ofendido.

-¿Qué significa eso, señor? ¿Quiere decir que aún actúan bajo la impresión de que nosotros teníamos algún milagroso secreto que compartir, con sólo haberlo querido?

Rodney se encogió de hombros.

-Realmente, ya no hace falta seguir manteniendo la ficción. Sus resultados han sido duplicados independientemente.

El capitán King intervino.

-Disculpen un momento. Señor Ralph Schultz, ¿acaso vive todavía la Federación en la creencia de que nuestra longevidad se basa en algún «secreto? ¿No ha hablado con ellos?

Schultz parecía asombrado.

-¡Oh! Esto es ridículo. La cuestión apenas se planteó. Ellos hart logrado controlar la longevidad, y nosotros habíamos dejado de interesarles en tal sentido. Cierto que aún existía la creencia de que nuestra longevidad era debida a una manipulación, y no a la simple herencia, pero yo corregí esa impresión.

-No muy a fondo, por lo que acaba de decir Miles Rodney. -Por lo visto. En realidad no me tomé mucha molestia; eso es agua pasada, Las Familias Howard y su longevidad ya

165

no son teína de interés en la Tierra. Ahora el interés, tanto de la opinión pública como de las autoridades, se centra en el hecho de que hemos logrado dar con éxito el salto a las estrellas,

-Eso puedo confirmarlo -intervino Miles Rodney-. Todos los funcionarios, todos los periodistas, todos los sabios del Sistema están esperando con la mayor impaciencia la llegada del «Nuevas Fronteras». Es lo más grande y sensacional que ha ocurrido desde el primer vuelo a la Luna. Todos ustedes son ya famosos, señores míos.

Lazarus se llevó a Zaccur Barstow a un lado y le dijo algo al oído. Barstow pareció contrariado, y luego asintió pensativamente. -Capitán... -se dirigió Barstow a King.

-¿Sí, Zack?

-Sugiero que supliquemos a nuestro huésped que nos excuse mientras recibimos el informe de Ralph Schultz.

-¿Por qué?

Barstow lanzó una rápida ojeada a Rodney.

-Opino que estaremos mejor preparados para la negociación tras recibir el asesoramiento de nuestro delegado.

King se volvió hacia Rodney. -¿Querrá disculparnos, señor? Lazarus intervino:

-No importa, capitán. Zack tiene buenas intenciones, pero es demasiado educado. Mejor será quedarnos con el camarada Rodney e ir al grano. Dígame una cosa, Miles. ¿Qué pruebas tiene de que usted y su gente hayan inventado un modo de vivir tanto como nosotros?

-¿Pruebas? -se desconcertó Rodney-. ¿Por qué me lo pregunta..., y con quién hablo? ¿Quién es usted, señor?

Ralph Schultz intervino a su vez:

-Lo siento... No tuve tiempo de terminar las presentaciones. Señor Rodney, le presento a nuestro decano Lazarus Long. -Salud. ¿Qué significa «decano»?

-Significa el más viejo, y basta -replicó Lazarus-. Por lo demás, soy un ciudadano particular,

-¡El más viejo de las Familias Howard! ¡Caramba, caramba! Debe de ser usted el hombre más viejo del mundo, ¿se da cuenta? -Por lo visto, usted sí -respondió Lazarus-. Es un asunto que dejó de interesarme hace un par de siglos. ¿Tendría inconveniente en contestar a mi pregunta?

166

-No puedo dejar de hallarme impresionado. Usted hace que me sienta como un chiquillo, y eso que no soy joven; voy a cumplir ciento cinco el próximo mes de junio.

-Si puede demostrar que ésa es su edad, habrá contestado a mi pregunta. Yo le habría calculado unos cuarenta. Bien, ¿qué me dice de eso?

-En fin, señor... No me figuraba que sería interrogado sobre ese punto. Si quiere ver mi tarjeta de identidad...

-¡No me haga reír! Yo he tenido más de cincuenta documentos de identidad en mi vida, todos con falsas fechas de nacimiento. ¿Qué otra cosa puede ofrecernos?

-Espere un momento, Lazarus -terció el capitán King-. ¿A qué viene esa pregunta? Lazarus Long le volvió la espalda a Rodney.

-Lo que pasa es esto, capitán: tuvimos que salir disparados del Sistema Solar para salvar el cuello, porque el resto de la estúpida humanidad creyó que habíamos inventado el modo de vivir eternamente, y se proponían sacárnoslo aunque tuvieran que estrujar hasta al último de nosotros. Ahora todo se vuelve música y buenos deseos; o

eso dicen. Pero a mí me parece bastante raro que el fulano enviado a fumar la pipa de la paz con nosotros todavía esté convencido de que poseemos el célebre secreto. Eso me da que pensar. Supongamos que no hayan averiguado nada sobre la longevidad, pero que siguen convencidos de que nosotros sí. ¿Qué mejor modo de tenernos quietos y tranquilos, que decirnos que lo han descubierto, hasta poder echarnos el guante y someternos de nuevo a la cuestión?

Rodney se revolvió, irritado:

-¡Qué idea tan absurda, capitán! Espero que no vaya usted a creer... Lazarus le miró fríamente:

-Ya resultaba absurda la primera vez, muchacho... pero ocurrió. El gato escaldado, del agua fría huye.

-¡Un momento, ustedes dos! -ordenó King-. ¿Qué dice a eso, Ralph? ¿Cabe en lo posible que se haya dejado tender una trampa? Responda.

Schultz cayó en una penosa reflexión, y luego dijo:

-No lo creo -hizo una pausa-. Es bastante difícil decirlo. No podía adivinarlo por las apariencias, como es natural, del mismo modo que sería imposible identificar a un miembro de las Familias en medio de una muchedumbre.

-Pero usted es psicólogo. Sin duda habría detectado algún síntoma del fraude, de existir éste.

167

-Yo puedo ser psicólogo, pero no hago milagros, ni soy telépata. No estaba buscando un fraude -sonrió, confuso-. Además, hay otro factor, y es que estaba tan emocionado por el regreso que no me hallaba en las mejores condiciones para notar alguna discrepancia, si es que las había.

-Entonces, ¿no está seguro?

-No. Estoy emocionalmente convencido de que Miles Rodney dice la verdad... -¡Así es!

-Pero creo que algunas preguntas podrían contribuir a clarificar la cuestión. Dice tener ciento cinco años. Bien, pues eso puede verificarse.

-Entiendo -convino King-. En fin, pregunte usted, Ralph. ¿No le parece?

-En efecto. ¿Me permite, señor Rodney? -Cómo no -dijo Rodney, con mucha dignidad.

-Cuando dejamos la Tierra usted debía tener unos treinta años de edad, puesto que hará unos setenta y cinco que nos fuimos, en tiempo de la Tierra. ¿Recuerda usted el acontecimiento?

-Bastante bien. En aquella época yo era funcionario en la Torre Novak, en el despacho del Administrador.

Slayton Ford había permanecido en segundo término durante toda la discusión, sin hacer nada para llamar la atención sobre su persona, pero la respuesta de Rodney hizo que se incorporase con brusquedad.

-¡Un momento, capitán! -¿Eh? ¿Qué pasa?

-Tal vez yo pueda abreviar toda esta discusión. Disculpe, Ralph. Se volvió hacia el representante de la Tierra. -¿Me conoce?

Rodney 'le miró un tanto confuso. Su expresión pasó en breves momentos de la sorpresa al más absoluto espanto. Finalmente, después de una pausa, exclamó:

-¿Cómo...? ¡Pero si ...! ¡Usted es el Administrador Ford!

168

7

-Con calma, señores. Uno a uno -dijo el capitán King-. No pretendan hablar todos al mismo tiempo. Adelante, Slayton, usted tiene la palabra. ¿Conoce a este hombre?

Ford le miró con atención.

-No, no podría asegurar que le conozco.

Librodot

-Entonces la prueba es bien débil -dijo el capitán-. Supongo que usted reconoce a Ford por los documentos históricos, ¿no es así?

-¡No! Yo le conocí. Ha cambiado, pero es el mismo. Administrador, ¡míreme, se lo ruego! ¿No me reconoce? ¡Yo trabajé con usted!

-Parece totalmente claro que no fue así -remarcó King, con sequedad. Ford meneó la cabeza,

-Eso no prueba nada, capitán. Ni en un sentido, ni en otro. Hubo otros mil empleados en mi oficina. Rodney pudo haber sido uno de ellos. Pero eso me ocurre con muchos rostros.

-Capitán -dijo entonces Gordon Hardy-, si puedo preguntar al señor Rodney creo que estaré en condiciones de dar una opinión sobre si han descubierto o no algo respecto a las causas de la vejez y de la muerte.

Rodney meneó la cabeza, confundido.

-No soy biólogo, señores. Capitán King, creo que será mejor que disponga cuanto antes mi regreso a la Tierra. No puedo continuar sometido a este humillante interrogatorio. Y déjeme añadir que me importa un comino si usted y sus... preciosos compañeros de viaje vuelven a la civilización o no. Sólo vine para ayudarles, pero me siento profundamente disgustado.

Rodney se puso en pie. Slayton Ford se dirigió hacia él.

-Calma, Miles Rodney, por favor. Tenga paciencia. Póngase en su lugar por un instante. Usted sería tan precavido como ellos. Rodney titubeó.

-Administrador, ¿qué hace usted aquí?

-Es una historia larga y complicada. Se la contaré más tarde. -Usted es miembro de las Familias Howard, sin duda. Esto explicaría muchas cosas...

169

-No, Rodney. No lo soy. Más tarde se lo podré explicar. Usted estuvo trabajando a mis órdenes... ¿Cuándo?

-Desde el año dos mil ciento nueve hasta... Bien, hasta su desaparición. -¿Cuál era su cometido?

-En el momento de la crisis del trece yo trabajaba de ayudante en la División de Estadística Económica. Sección Control. -¿Quién era su jefe?

-Leslie Waldron.

-El viejo Waldron, ¿eh? ¿Cuál era el color de su cabello? -¿Sus cabellos? ¡Pero si era calvo como un huevo! Lazarus susurró algo al oído de Barstow.

-Tenía yo razón, Zaccur.

-Espera un momento. Posiblemente se enteraron de que Ford huyó con nosotros... -¿Qué era «La Vaca Sagrada»? -dijo Ford.

-«La Vaca Sagrada»... Pero, jefe, ¡no pretenderá que aquello merecía el honor de llamarse una publicación!

-Al menos conceda al personal de mi época el mérito de haber hecho algo inteligente. Sepa que yo recibía un ejemplar cada semana. -Pero, ¿qué era? -preguntó Lazarus.

-Una cuartilla cómica y satírica que pasaba de mano en mano -repuso Rodney.

-Dedicada a burlarse de los jefes -añadió Ford-. Especialmente de mí. -Y Ford puso un brazo alrededor de los hombros de Rodney-, Amigos, no hay duda sobre el particular. Miles y yo fuimos compañeros de trabajo.

Me gustaría saber algo del proceso de rejuvenecimiento -insistió el doctor Hardy.

-Yo creo que a todos nosotros -dijo King, mientras llenaba de vino la copa del huésped-. ¿Querrá decirnos algo de esto, señor? -Trataré de explicarlo -dijo Rodney-, aunque el doctor Hardy tendrá que ayudarme. No se trata de un proceso, sino de varios... Un proceso básico y otros secundarios. Algunos de ellos puramente cosméticos, especialmente para las mujeres. No puede detenerse el proceso de la edad

Librodot

avanzada en sí, pero puede reducirse a un grado insignificante. En realidad, no es posible que un anciano tenga el aspecto de un niño.

-Sí, sí, claro está -convino Hardy-. Pero, ¿en qué consiste el proceso básico?

-En base, consiste en reemplazar la totalidad de la sangre de una persona vieja con una sangre fresca y joven, La vejez, según tengo entendido, es una acumulación progresiva de residuos tóxicos del metabolismo. Se supone que la sangre los arrastra, y hasta ahora la sangre no era capaz de eliminarlos adecuadamente. ¿Es así, doctor Hardy?

170

-Bien. Es una forma de plantear la cuestión, pero... -Ya le dije que no soy técnico en biología.

-Esencialmente correcto. Es una cuestión de déficit de la presión de difusión. Bien, el D. P. D., como llamaremos a esto abreviadamente, en la pared externa de la célula tiene que ser tal que mantenga un exacto gradiente, o se producirá una progresiva autointoxicación de las células del individuo. Pero debo decir que me siento un poco decepcionado, Miles Rodney. La idea de combatir la muerte asegurando la eliminación de los restos tóxicos de los tejidos no es nada nuevo... Yo tengo un trozo de corazón de pollo que permanece vivo desde hace más de doscientos años, valiéndome de técnicas equivalentes. En cuanto al uso de la sangre joven... Sí, eso podría tener éxito. Yo he conservado vivos animales experimentales mediante la simple transfusión de sangre. Hasta dos veces su duración de vida normal.

-Y bien, doctor Hardy...

Hardy se mordió el labio inferior.

-Renuncié a esa línea de investigación. Era preciso hallar muchos jóvenes donadores para conservar a un solo beneficiario. Se producía un pequeño efecto desfavorable en cada uno de los donadores. Considerado el problema racionalmente, se hace imposible. Jamás se disponía de suficientes donadores. ¿Debo entender, señor mío, que este método se limita, por tanto, a una pequeña y selecta parte de la población?

-¡Oh, no! Creo haberme explicado con suficiente claridad, doctor Hardy. No hay donadores.

-¿Cómo?

-La sangre nueva y fresca, suficiente para todo el mundo, se obtiene fuera del cuerpo humano. El Servicio Público de la Salud y la Longevidad provee cualquier cantidad y de cualquier tipo...

El doctor Hardy se quedó asombrado.

-¡Y pensar que estuvimos tan cerca! -Hizo una pausa y luego continuó-: Nosotros hicimos cultivos de médula ósea in vitro. No debimos abandonarlos,

-No tiene nada que reprocharse por eso. Miles de millones de créditos, y decenas de millares de especialistas, estuvieron ocupándose del gigantesco proyecto antes de que diese resultado. Tengo entendido que la masa de ingenio empleado en este campo representa mucho más esfuerzo que el de las investigaciones atómicas. -Rodney

sonrió-. Ya ve usted. Había que conseguir algunos resultados eficaces. Era políticamente necesario. Fue, pues, un esfuerzo colosal. Rodney se volvió hacia Ford.

171

-Cuando llegaron al público las noticias de la evasión de las Familias Howard, jefe, el sucesor de usted tuvo que ser protegido contra las iras de la multitud.

Hardy insistió en preguntarle acerca de técnicas secundarias, inhibición del crecimiento, terapéutica hormonal y muchas otras, hasta que King rescató a Rodney poniendo de relieve que el primer propósito de la visita era convenir los detalles del retorno de las Familias a la Tierra,

Rodney aprobó con un ademán.

Librodot

-Pienso que deberíamos ir al grano. Tengo entendido, capitán, que gran parte de sus gentes se hallan en estado de somnolencia a temperatura reducida.

-¿Por qué no dice hibernación? -dijo casi al oído Lazarus a Libby. -Sí, así es.

-Entonces no habrá dificultad en que continúen así por algún tiempo, ¿verdad? -¿Eh? ¿Por qué dice eso, señor?

-La Administración se encuentra en una situación bastante embarazosa, Para decirlo con toda sinceridad, sólo dispone de un pequeño cupo de alojamiento. Absorber ciento diez mil personas desplazadas no puede hacerse de la noche a la mañana.

De nuevo tuvo que llamar King la atención a los demás de la nave. Hizo una señal a Zaccur, que se dirigió a Rodney.

-No alcanzo a ver en qué consiste el problema, señor. ¿Cuál es la población del continente norteamericano?

-Alrededor de setecientos millones de personas.

-¿Y no puede usted encontrar hueco para un septimo del uno por ciento de esa cantidad? Eso parece absurdo.

-Usted no lo comprende, señor -protestó Rodney-. La superpoblación se ha convertido en nuestro mayor problema. En coincidencia con ello, el derecho a disfrutar del hogar sin ser turbado por nada ni por nadie es igualmente uno de los derechos civiles más celosamente observados. Para que podamos encontrar un espacio vital adecuado para todos ustedes será preciso habilitar alguna zona desértica.

-Ya comprendo -intervino Lazarus-. Política. No se atreven ustedes a molestar a nadie por temor al censo electoral.

-Yo diría que es una forma inadecuada de plantear el caso, ¿no cree usted? -¿Sí, eh? Posiblemente se acerca la fecha para efectuar las elecciones, ¿eh? -Pues, realmente, así es. Pero eso no tiene nada que ver con esa cuestión.

172

Justin Foote tomó la palabra.

-Me parece que la Administración ha considerado este problema de la forma más superficial. A la ligera. No se trata de que seamos inmigrantes sin hogar. Como usted sabrá, sin duda, las Familias gozan todas de un gran bienestar económico; son incluso ricas. Y, por obvias razones, construimos nuestros hogares para que durasen mucho tiempo, Estoy convencido de que la mayor parte de sus estructuras están aún en muy buen estado.

-No lo dudo. Pero actualmente se encontrarán con que sus hogares están ocupados por otras personas.

Justin Foote se encogió de hombros.

-¿Qué tiene eso que ver con nosotros? Ese es un problema del Gobierno, que deberá dar albergue a las personas que han tomado ilegalmente posesión de nuestros hogares. Por lo que a mí respecta, en cuanto desembarque pienso obtener una sentencia del tribunal más próximo, para que se me haga justicia y volver a tomar posesión de mi hogar.

-No es tan fácil, señor. Usted puede hacer tortilla con huevos, pero le resultará imposible sacar un huevo de la tortilla. Usted ha estado legalmente muerto durante años, y el inquilino de su casa ostenta un título legal, No lo olvide.

Justin Foote se irguió y miró con ojos chispeantes al enviado de la Federación, que parecía, según pesó Lazarus, un «ratón acorralado».

-¡Legalmente muerto! ¿En virtud de qué actos, señor? ¿Por culpa mía? Yo era un abogado honorable, respetuoso con la Ley, que cumplía con mis deberes de ciudadano y con mi trabajo, sin hacer daño a nadie, cuando fui arrestado sin causa alguna y forzado a huir para defender mi vida. Y ahora se me dice, como si no tuviera importancia, que mi propiedad ha sido confiscada y mi existencia legal como ciudadano ha sido cancelada. ¿Qué sentido de la justicia es éste? ¿Está todavía en vigor el

Tratado?

-No me comprende bien, señor. Yo...

-No estoy interpretando equivocadamente nada, señor Rodney. Si la justicia se aplica según resulta conveniente, entonces el Tratado es papel mojado. Yo haré de mí mismo un caso que sirva de precedente a todos los miembros de las Familias. A menos que no se me devuelva mi propiedad, toda e inmediatamente, iniciaré un proceso que dará mucho que hablar en todo el país. Durante muchos años he sufrido inconvenientes, penalidades, exilios y peligros. Ahora no se me puede contentar sólo con palabras huecas. Ni a mí, ni a toda esta gente.

-Foote tiene razón, Rodney -dijo Slayton Ford-. El Gobierno debe ver la forma de resolver satisfactoriamente este problema... Y debe hacerlo pronto.

173

Lazarus captó el guiño que le hizo Libby y se dirigió hacia la puerta de salida.

-Creo que Justin les tendrá ocupados todavía más de una hora. Vámonos al club a recuperar algunas calorías.

¿Y si nos necesitan? -El capitán nos llamará. 8

Lazarus se metió entre pecho y espalda tres grandes bocadillos, un doble de crema y algunos dulces. Mientras, Libby se contentó con bástante menos. Lazarus hubiera querido comer más aún, pero se vio obligado a responder a muchas preguntas de los parroquianos.

-$1 comisario del departamento ha dejado de poner los pies por aquí -_se quejó Lazarus a Libby, mientras se tomaba la tercera taza de café-. El pequeño pueblo les acostumbró a la vagancia. Andy, ¿te gustaría comer chile con carne?

-Me vendría muy bien.

-Solía haber un restaurante en Tijuana que servía el mejor chile que haya comido nunca. Me gustaría saber si aún sigue allí. -¿Dónde está Tijuana? -preguntó Margaret Weatheral.

-¿ Es que no te acuerdas de la Tierra, Peggy? Bien, querida, está en la Baja California. ¿Sabes dónde está eso?

-¿Crees que no he estudiado geografía? Está en Los Ángeles. -Bastante cerca de allí. Quizá tengas razón, por ahora...

El altavoz de la nave llamó:

-¡Al jefe de astrogación! ¡Por favor, acuda a la cabina de control!

-i$oy yo! -repuso Libby, dándose prisa. Se repitió la llamada, que fue seguida por:

-¡A todo el mundo! ¡Preparados para la aceleración! ¡Todos a bordo! ¡Preparados para la aceleración!

174

-Bien, muchachos, allá vamos de nuevo -dijo Lazarus, ajustándose l« falda escocesa y silbando mientras salía del comedor.

California, a ti yo vuelvo al cabo de mucho tiempo...

La nave partió de nuevo y las estrellas desaparecieron de la vista. El capitán King había dejado el control, reuniéndose con el huésped, el enviado de la Tierra. Miles Rodney, realmente impresionado, parecía necesitar un trago para recobrarse. Lazarus y Libby permanecieron en la cabina de control. No había nada que hacer durante unas cuatro horas aproximadamente -tiempo de la nave-. Ésta permanecería en el para-espacio antes de volver al espacio normal, en las cercanías de la Tierra.

Lazarus sacó un cigarrillo.

-¿Qué tienes planeado para cuando vuelvas a casa, Andy? -Lo cierto es que todavía no he pensado en ello,

-Será mejor que empieces a pensarlo. Habrá algunos cambios. -Creo que volveré al hogar una temporada. No puedo imaginar que los Ozarks hayan cambiado mucho,

Librodot

-Las colinas de tu país permanecerán iguales, me imagino. Pero encontrarás a la gente cambiada.

-¿Y eso?

-Recordarás que en cierta ocasión te dije que.yo me había hartado de las Familias y perdí el contacto con ellas durante casi un siglo... En conjunto, se habían vuelto todos tan cursis y tontos que no podía soportarlos. Me temo que vuelva a suceder algo parecido, y ahora en mayor medida, puesto que esperan vivir casi indefinidamente. Inversiones a largo plazo, para estar seguros de cubrirse el riñón... Ya me entiendes.

-Pero esto no te afectará a ti en nada.

-Mi punto de vista es diferente. Yo nunca tuve razón real para estar aquí. Después de todo, como dijo Gordon Hardy, yo soy de la tercera generación del plan Howard. He vivido mi vida conforme se fue presentando. Pero esto no es una actitud corriente. Toma, por ejemplo, a Miles Rodney, asustado ante el cambio de una situación que haga zozobrar determinados privilegios...

-Me alegré de ver a Justin hacerle frente -dijo Libby-. No le creía tan decidido. -¿No has visto nunca a un perrito expulsar de su jardín a otro perro mucho mayor? -¿Y tú crees que Justin se saldrá con la suya? -Seguro que lo hará, con tu ayuda. -¿La mía?

-¿Quién sabe algo de la paratransmisión, aparte de lo que me enseñaste a mí?

175

-He dictado muchas notas para el archivo,

-Pero estos registros no están en poder de Miles Rodney. La Tierra necesita tu transmisión estelar, Andy. Ya has oído hablar de la «demografía explosiva de la Tierra, Ralph me ha dicho que el Gobierno piensa seriamente en una disposición que limite rigurosamente la natalidad. Será preciso obtener un permiso especial para tener un hijo...

-¿Es posible?

-Es un hecho real. Puedes contar con ello, y con que habrá una tremenda emigración, si se encuentran planetas adecuados... Y ahí es donde interviene tu transmisión estelar. Con ella, expandirse hacia las estrellas será un hecho real y práctico. Tendrán que negociar.

-Pero, en realidad, no me pertenece. El pequeño pueblo la calculó. -Vamos, no seas tan modesto. Tú lo conseguiste. Y tú querrás ayudar a Justin, ¿verdad?

-Seguro que sí.

-Entonces la utilizaremos para regatear con ellos. Tal vez sea yo quien discuta las condiciones. Alguien tendrá que hacer una pequeña exploración antes de que se comience a emigrar en gran escala. Vayamos a la situación real del asunto, Andy. Nos arriesgaremos por este rincón de la galaxia, y veremos qué tiene para ofrecernos.

Libby se acarició la nariz, pensando en la propuesta.

-Me parece interesante... después de que haya visitado mi casa. -No hay prisa. Encontraré una buena nave de diez mil toneladas y la equiparemos con tu sistema de transmisión estelar.

-¿Y qué haremos para conseguir tanto dinero?

-Lo tendremos. Organizaremos una Corporación con tal fin. Yo me encargaré de todo esto, organizando además otras filiales para explotar las infinitas posibilidades económicas que nos brinda esa llave mágica del universo que tienes en la mano. Entonces...

-Entonces, ¿será una realidad? Creía que hablabas en broma, Lazarus.

-Yo no bromeo nunca con esas cosas. Necesitamos a un hombre de cuello y corbata para que se ocupe de los libros y de la situación legal... Alguien como Justin. Sí, Justin Foote será nuestro hombre. -Me parece muy bien.

-Volveremos tú y yo a las estrellas, a ver qué sacamos de por ahí. Y será divertido, ya lo verás.

Se quedaron en silencio durante un rato. Finalmente, Lazarus dijo:

176

-Andy... -¿Sí?

-¿Vas a ocuparte de este nuevo sistema de transfusiones de sangre nueva y todo lo demás?

-Supongo que sí.

-He estado pensando en esto. Entre nosotros, ya no soy tan rápido con los puños como lo era hace doscientos años. Tal vez mi larga vida se acerca a su fin. Pero te diré una cosa. No comenzaré a planear nuestra salida a las estrellas hasta que me entere de este nuevo proceso. Me ha dado una nueva perspectiva. Empiezo a pensar en miles de años..., yo que nunca me ocupaba de nada que fuese más allá del próximo miércoles...

Libby emitió una risa divertida.

-Parece como si todavía estuvieras creciendo.

-En serio, Andy. Es lo que he estado haciendo siempre. Los dos últimos siglos han sido para mí la verdadera adolescencia, para exliresarlo de alguna forma... Por mucho que viva, creo que no voy a preocuparme de las cuestiones finales, las importantes, más de lo que me preocupa Peggy Weatheral. Los hombres, nuestra clase de hombres, hombres de la Tierra, nunca tuvieron tiempo suficiente para enfrentarse con las cuestiones importantes.

-¿Y cómo propones que nos encaremos con estas cuestiones fundamentales? -¿Cómo voy a saberlo? Pregúntamelo otra vez dentro de quinientos años. -¿Crees que habrá alguna diferencia?

-Lo creo, De todos modos, necesito tiempo para husmear y recoger algunos hechos curiosos. Por ejemplo, aquellos dioses de Jockaira...

-No eran dioses, Lazarus. No les consideremos como tales. -Claro que no lo eran. Mi opinión es que son seres que han tenido tiempo suficiente para pensar. Algún día, dentro de mil años, intentaré entrar en el templo de Kreel, mirarlos cara a cara y decirles: «¡Hola, muchachos! ¿Qué sabéis que yo no sepa?»

-Tal vez no fuese muy saludable.

-Pondremos las cartas boca arriba, de todos modos. No me gustó lo que ocurrió allí. En todo el universo no debe existir nada donde el hombre no pueda meter sus narices a fin de conocerlo... Así es como estamos hechos, y creo que así debemos seguir, por alguna razón.

-Tal vez no exista ninguna.

177

-Sí, puede que todo sea una broma colosal, sin sentido alguno. Lazarus se puso en pie y se estiró cuan largo era.

-Pero voy a decirte una cosa, Andy. Cualesquiera que fuesen las respuestas, aquí tienes a un mono que piensa seguir saltando y olfateando, y viendo todo cuanto pueda verse, mientras los árboles sigan en pie.

178

Librodot